KAREN A. MOON



# Cristales y Espejos

Un Trono de Rosas y Espinas

# CRISTALES Y ESPEJOS

# UN TRONO DE ROSAS Y ESPINAS, VOLUMEN 2

KAREN A. MOON

Copyright © 2025 by Karen A. Moon
All rights reserved.
No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Primera edición en alemán enero de 2025
© Karen A. Moon
Diseño de portada: © Lara Wynter Books
Edición: Nina Krönes, Lektorat Zeilenkleid
Traducción: Monica Lopez

Todos los derechos reservados, incluidos los de reimpresión total o parcial en cualquier formato.
La trama y todos los personajes son ficticios. Cualquier parecido con personas vivas o reales es pura coincidencia y no es intencionado.

***Karen A. Moon***
***c/o WirFinden.Es***
***Naß und Hellie GbR***
***Kirchgasse 19***
***65817 Eppstein***

Página web: www.karenamoon.com
Tienda: www.karenamoon.shop
Instagram: karenamoon.author
Facebook: Karen A. Moon Autora
Boletín: www.karenamoon.com/MONDSCHEINPOST/

Diseño interior del libro:
© Karen A. Moon con Inkarnate, Creative Fabrica y Canva

# ÍNDICE


la profecía

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Epílogo

Precuela gratuita
Aquí me encontrarás:

# LA PROFECÍA



***Una cazadora nacida bajo la luna llena de sangre.***
***Besada por las estrellas.***
***Dotada de un don que puede salvar a su pueblo.***
***Unida en matrimonio con un jinete,***
***que lleva la herencia del rey en su sangre.***
***Guiará a su gente hacia la paz,***
***y destruirá al enemigo.***

**Última profecía de los pueblos unidos de Eclaria,**
**interpretado y traducido por los ancianos Vulas y Tanil**

# PRÓLOGO



***Nombrar rey a mi hijo me resulta difícil.***
***Pero llevamos esperando casi un siglo,***
***y el destino aún no nos conducía a la cazadora correcta.***
***La búsqueda parecía ser en vano;***
***quizá porque el novio real no era el de la profecía.***
***Yo ya había conocido al gran amor de mi vida,***
***y eso solo ocurre una vez en la vida.***
***Así que espero que mi dimisión conduzca a la elegida, que la Cazadora para mi hijo aparezca después de esto.***

**Del diario de Gronus, Rey de los Jinetes de Dragones**

*En algún lugar de Brysalia, lejos de Eclaria*

—Ah! —gritó enfadado y empujó hacia atrás la silla en la que acababa de sentarse con fuerza, produciendo un sonido seco al estrellarse conta el granito.

Sus ojos se entrecerraron en rendijas mientras miraba el espejo de su escritorio. Mostraba la arena de la última prueba de los jinetes de dragón y al antiguo rey sentándose en un trono improvisado con una sonrisa satisfecha pero rencorosa, mientras observaba a la

ganadora de las pruebas abrirse paso sin miedo entre los dragones circundantes. La cazadora de la profecía. Jadina.

Gronus, que hasta hacía poco era el gobernante de la raza de los jinetes de dragón, se convirtió en presa fácil de las ansias de poder debido al dolor por su esposa y al odio hacia los cazadores que se había desarrollado como consecuencia de ello. En retrospectiva, deberían haberle impedido hacerse con el trono del anterior rey de toda Eclaria en cuanto se presentó la oportunidad. Sin embargo, nadie se atrevió a impedirlo.

No era más que un milagro que Gronus le hubiera dado la corona a su hijo, Kayden. Pero no le confiaría el cetro ni el poder estatal que conllevaba. Su demonio interno no lo permitiría. Pero la profecía lo obligaba a dar ese paso. La cazadora elegida solo podría encontrarse con el rey adecuado de los jinetes y ese no era Gronus, aunque lo hubiera esperado durante casi un siglo.

El hombre golpeó con el puño cerrado el tablero de la mesa frente al espejo. Debería haber sabido que Gronus no era de fiar. El poder que le habían ofrecido había sacado lo peor de él. Pero el observador a distancia no tenía otra opción en ese momento, ya que el hijo de este tirano sediento de poder era el jinete de dragón mencionado en la profecía. El que llevaba la herencia del rey en la sangre, y que era lo bastante poderoso como para encontrar una compañera igual en la cazadora elegida. Un alma gemela.

Como un titiritero, Hakon, el consejero de la pareja real de la Eclaria unida, había movido los hilos en el siglo pasado. E intentaba persuadir a sus marionetas para que dieran los pasos adecuados, guiarlas para que todo encajara por fin. Para que la maldición que pesaba sobre la tierra pudiera romperse. Durante cada luna de sangre había ido en busca de la salvadora de la profecía, observando de cerca a cada chica cazadora nacida hasta que por fin logró encontrarla. Una chica llamada Jadina. Su magia atrajo su mirada a través del Espejo de la Vista, tan fuerte que resplandeció al nacer.

En ese momento, la esperanza se manifestó en él tanto como la preocupación. Su magia podía salvar a Eclaria, pero brillaba tanto como un faro en la oscuridad nocturna del océano, atrayendo demasiados peligros antes de que pudiera abrirse camino.

Por fortuna, sus padres fueron seres perspicaces cuando él se puso en contacto con ellos. Sin dudarlo, se trasladaron con su hija a la soledad del vasto desierto, ocultos de cazadores, jinetes de dragones y otras fuerzas que querían clavar sus garras en la niña. Un escudo que la pequeña familia extendió sobre ellos impidió que se viera el brillo mágico de la niña. Esto hizo que Jadina creciera segura.

Pero por mucho que Hakon intentara planificarlo y controlarlo todo, era incapaz de influir en algunos de los hilos de la vida. Entre ellos, la repentina desaparición de los padres de Jadina, quienes, según sus instrucciones, se dedicaron al entrenamiento mágico de su hija y debían prepararla para su camino en la vida. Su inesperada ausencia, y con ella la extinción del escudo mágico, le causaron gran preocupación y le hicieron verse obligado a reorganizar y modificar sus planes. Tuvo que tomar medidas que antes ni siquiera consideró necesarias, y le resultó muy difícil ponerlas en práctica. Pero fue por su seguridad. Por su seguridad y la de Eclaria.

Pero este contratiempo no fue el único que tuvo que afrontar. No, había habido tantos en este viaje, pequeños y grandes, hasta las intrincadas maquinaciones de los Cazadores, que terminaron por enviar a uno de los suyos: Cilia, en una misión suicida a las Pruebas del Jinete de Dragón. Con el objetivo de matar a la Cazadora de la Profecía.

Cómo le habría gustado a Hakon salvar a Jadina del dolor de una traición así, ya que la niña creció cerca de su corazón a lo largo de los años, como su propia hija. Pero solo podía asegurar la supervivencia de Jadina. Ahora ya no.

Suspirando, volvió a inclinarse sobre el espejo. Su mirada se posó en Kayden, el joven rey, que tenía mucho más en él de lo que hasta entonces imaginaba. Tampoco su padre, que trataba de mantenerlo bajo su estricto régimen.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Hakon al pensar que esto pronto cambiaría. No había razón más fuerte que el amor para ir a la batalla por algo. Y el fuego que ardía en los ojos de Kayden mientras observaba a Jadina demostraba que su corazón ardía por ella, al igual que su magia. Ardía. La ansiaban, la anhelaban… y a su magia,

que despertaba lentamente del sueño al que estuvo sometida durante todos esos años.

Por desgracia, los escollos que habían estropeado el camino hasta llegar a este punto provocaron una apasionada batalla entre ambos desde su encuentro, que culminó con la deshonestidad del joven rey.

Le habría encantado ayudar a los dos a resolver sus diferencias para que por fin pudieran ascender juntos a lo que estaban destinados a vivir. Pero no podía influir en los sentimientos.

Cansado, recogió la silla caída y se dejó caer sobre ella. Se frotó los ojos agotados con las manos. Hakon se dio cuenta de que solo podría guiarlos por el buen camino y esperar que las fuerzas oscuras aún no les pisaran los talones.

# CAPÍTULO I



***Tan pronto como aparezca la cazadora de la profecía, ambos pueblos la desearán para sí.***
***Algunos para usarla como arma,***
***los demás para eliminar el peligro que supone.***

**De las Crónicas de Tanil**

*Simultáneamente en el reino de los jinetes de dragón en Eclaria*

—Hijo mío —le dijo el rey a Kayden. Levanté la cabeza y me quedé mirando al jinete. *¿Es el hijo del rey?*

—Mi rey —continuó su padre. No, Kayden no era el príncipe, era el rey de los jinetes de dragón. De repente, tantas piezas del rompecabezas comenzaron a encajar, solo para que todo lo demás que creía tener con él se derrumbara al mismo tiempo como un castillo de naipes. Se me llenaron los ojos de lágrimas, que aparté con la mano. Era el rey y me lo ocultó. Me engañó, me mintió y se aprovechó de mi ignorancia. El corazón me ardió. Kayden fue mi amigo, mi amante, pero nunca mi confidente.

El padre del jinete puso mi mano sobre la de su hijo y no pude reprimir el cosquilleo que recorrió mi piel.

—Aquí está tu novia.

Kayden estaba quieto, sin moverse. ¿Por qué no decía nada, por qué no venía en mi ayuda? ¿O esperaba demasiado de él? No, si de verdad era mi amigo, como había afirmado ser, entonces se levantaría ahora y desafiaría a su padre. Por mi bien. Por nuestro bien. Pero su mirada permaneció en blanco y sin mirarme a mí. Casi como si no sintiera nada, como si nada de esto le correspondiera. Cada segundo que pasaba en silencio, avivaba aún más mi tornado de fuego interior.

—Como te he dicho, vas a ser *su* mujer, asquerosa rata del desierto —repitió el antiguo rey, como si quisiera clavarme aún más el cuchillo.

—Nunca seré *su* mujer —le espeté, evitando la mirada de Kayden. No quería volver a ver el dolor que mis palabras parecían desencadenar en él. Él se lo había buscado. Esta noche habría reaccionado de otro modo ante semejante vínculo con él, pero tantas cosas se habían desencadenado hasta entonces. Demasiadas cosas. No quería tener nada que ver con un hombre así, y mucho menos casarme con él.

—¿En serio crees que tienes elección? —se rio—. Eres más tonta de lo que creía, si de verdad creías eso —dijo el hombre acercándose a mi cara. Su aliento apestoso llegó a mi nariz, provocándome náuseas.

—No solo lo creo, sé que puedo elegir. Cada quien determina su propio destino. Y si es necesario, lucharé por ello —respondí, acercándome un poco más a él a pesar de su mal aliento—. ¿De verdad quieres convertir en enemigo a quien tiene un don que puede salvar a todo el mundo, anciano?

Era una carta peligrosa la que estaba jugando con esas palabras, pero quería que supiera que usaría todo lo que pudiera reunir contra él y su maldita tiranía. Aunque ni yo misma supiera lo que era.

Sin embargo, mi movimiento parecía estar dando sus frutos, poque pude ver un leve temblor en su párpado derecho. Aunque se esforzaba por mantener su máscara de compostura, pude ver de cerca cómo la insinuación del miedo clavaba sus garras en su alma. El miedo y la incertidumbre parpadearon tras sus iris.

Retrocedió tres pasos, sin apartar los ojos de mí. Di un suspiro de alivio y aspiré el aire limpio en mis pulmones. Este hombre tenía un alma tan apestosa como su aliento.

—Ja —rio el padre de Kayden con fingida diversión—. Ni siquiera tienes magia, rata del desierto. Si el señor dragón y tu victoria en las pruebas no me confirmaran que de verdad eres la cazadora de la profecía, no podría creerlo. Ahora sométete a tu nuevo papel o haré que te encierren en las mazmorras.

Estaba arremetiendo con amenazas como un animal acorralado. Así que le dediqué una dulce sonrisa y me callé. Por mucho que me hubiera gustado seguir desafiando al viejo rey, no merecía la pena pasar varias noches en la mazmorra. Y menos después de todo lo que tuve que pasar en las pruebas.

Miré a Kayden, que aún sostenía mi mano entre las suyas, y luego al asiento que había a su lado, que, según la profecía, a partir de entonces sería el mío. Como su consorte. Jamás me doblegaría a la voluntad de esos dos hombres. Sin embargo, no podía negar que mi camino me había conducido hasta aquí y si lo que la profecía decía de mí era cierto, entonces era más poderosa de lo que jamás hubiera podido soñar. Era suerte. Tenía que estar de acuerdo con Gronus en este punto. Aunque podía sentir la chispa de magia que el señor dragón mencionó brillando en lo más profundo de mi ser. Aún me resultaba difícil comprender que esa pequeña chispa pudiera tener el poder absoluto del que hablaba la profecía.

Este pensamiento me produjo malestar y tragué saliva. El poder conlleva responsabilidad. La responsabilidad de ayudar y proteger a los más débiles. Por muchas almas podridas que hubiera entre los nuestros, no podía abandonar a los inocentes.

Eclaria tenía que encontrar el camino de vuelta a la paz. Como un país unido, como siempre había sido. No traicionaría a mi pueblo ni a los jinetes. No, me encargaría de que la guerra entre los dos pueblos terminara.

Cerré las manos en puños con determinación. Por mucho que el padre de Kayden hablara de suerte o destino, solo yo podía tomar las riendas de mi vida y guiarla en la dirección correcta. Nadie más podía. Ni siquiera las diosas del destino.

A partir de ahora sujetaría con fuerza mis propias cuerdas del destino y no las soltaría tan fácilmente.

Así que levanté la barbilla y acepté el papel que me correspondía. Pero no para ocupar mi lugar junto al rey. No. Nunca estaría al lado de Kayden mientras él no luchara a mi lado.

Sin decir palabra, le quité la mano de encima, me di la vuelta y corrí por la arena hacia Nayda. Tenía mucho que explicarme, pero primero tenía que sacarme de aquí. Necesitaba tiempo para pensar, para sopesar mis opciones.

Esta batalla aún no había terminado.

—Vuelve —oí que me llamaba el anciano, pero no respondí y seguí caminando por la plaza de la arena, donde seguían reunidos todos los dragones.

—¡Ahora mismo, si le tienes valor a tu vida! —gritó enfadado y solo ahora me di cuenta de lo silencioso que estaba el público. Nadie dijo una palabra y los ojos de todos los presentes estaban fijos en nosotros.

Pero antes de que pudiera darme la vuelta y escupir una respuesta a los pies de ese viejo tirano, sentí que los dragones se agrupaban uno a uno detrás de mí. No hacían ningún ruido y su postura no era beligerante, pero cuando miré a mi alrededor, me alegró verlos a todos mirando fijamente al viejo rey, cuyos ojos se abrieron de par en par ante tanta atención.

En ese momento, el último cuerpo de dragón se interpuso entre nosotros y me impidió ver al anciano. Como no oí más protestas de su parte, supuse que su respeto por esas poderosas criaturas mágicas era demasiado grande, para ya no continuar.

Aliviada, seguí caminando hacia Nayda, que estaba en el borde de la arena. Ella también me miró y en sus ojos brilló una culpa que antes ni siquiera pude vislumbrar en su mirada. Le esperaban muchos reproches. Al fin y al cabo, a pesar de nuestra animadversión inicial, había llegado a considerarla mi amiga.

*Al igual que Cilia*, susurró en lo más profundo de mi ser y, una vez más, vi en mi mente la imagen de ella yaciendo muerta en el suelo. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no mirar en dirección a su cadáver. Me temblaba el cuerpo y me rodeé el torso

con los brazos. La vista se me nubló de repente y solo ahora me di cuenta de que me estaba balanceando.

Dos fuertes brazos me agarraron antes de que pudiera desplomarme. *¿Kayden?* ¿Era él? ¿Se había separado de su padre y había venido en mi ayuda? La esperanza inundó mi cuerpo como una ola de calor y se convirtió en hielo en cuanto me di cuenta de quién me atrapó.

—Te tengo, chica —oí la profunda voz de Lenn. Luego me levantó entre sus brazos. Dejé que lo hiciera. Estaba demasiado agotada para apartarme de sus cuidados.

—Te lo explicaremos todo —dijo Nayda, que me tomó de la mano —. Pero no aquí, donde los leales al padre de Kayden pueden oír demasiado.

—Parece una hoja. Tenemos que llevarla al sanador, quizá se haya hecho daño después de todo —oí ahora la voz preocupada de Dex.

—Lo que la lastimó, imbécil, no fueron las pruebas, fuimos nosotros… y Kayden —le gruñó Nayda indignada, sorprendiéndome con esas palabras. Nunca había esperado tanta sensibilidad por su parte y al mismo tiempo fue como una bofetada. Sí, todos me lastimaron. Me sentía herida en lo más profundo de mi alma y no sabía cuánto tiempo tardaría en cerrar esas heridas y si las cicatrices resultantes desaparecerían algún día.

Una vez más, las lágrimas salieron a la superficie y esta vez estaba demasiado cansada para contenerlas, para luchar contra ellas. En cuanto las solté, fluyeron por mi rostro sin control.

Los cálidos y constantes senderos que trazaban en mis mejillas se sentían de algún modo tranquilizadores. Casi como un escalofrío. Me sentí bien al ceder por fin y dejar de reprimir mis sentimientos.

—¡Oh, Jadina! Lo siento mucho por todo —afirmó Nayda, pero yo no podía levantar los ojos para mirarla. Para buscar en su mirada la verdad que todos me estuvieron ocultando. Así que cerré los párpados y di a mis pensamientos y a mi cuerpo el descanso que necesitaban. El tiempo para llorar.

Este momento debería haber sido un momento de alegría. Tras semanas de entrenamiento, tras los numerosos obstáculos, había

superado las pruebas de jinete de dragón sin magia. Pero no con Cilia a mi lado, que debería haber ocupado su lugar en el trono. Con la fuerte magia que llevaba dentro, siempre asumí que era la cazadora de la profecía. Ella era mi esperanza para salir de aquí, para volver a mi hogar. A lomos de un dragón.

Nada de esto ocurrió y me pregunté si debería haber muerto durante los exámenes.

«No, nunca», gritó mi voz interior. Este pensamiento era cruel y equivocado. Aunque me costara aceptarlo, estaba bien que hubiera sobrevivido. Que la profecía ahora pudiera hacerse realidad. Después de todo, se lo juré a mi padre. «Yo, Jadina, prometo que pase lo que pase, nunca perderé la esperanza y seguiré viva para ocupar mi lugar en esta historia», oí mis propias palabras como un eco del pasado. *¡Esa maldita promesa!* En mi interior suspiré, pues siempre sospeché que algún día me perseguiría.

Pero una cosa era cierta. La tierra y los pueblos de Eclaria debían liberarse de la maldición. Y según la profecía, yo era su última esperanza.

Las náuseas aumentaron en mí mientras dejaba que estas palabras se deshicieran en mi boca. «Soy su última esperanza. El poder conlleva responsabilidad», volví a pensar, dándome cuenta de que en mi caso pesaba demasiado.

Las expectativas que todos tenían de mí eran muy diferentes. Algunos esperaban de mí la ansiada victoria sobre los cazadores. Otros me querían muerta porque era una amenaza para su pueblo. Quizás también había quienes esperaban que rompiera la maldición y reunificara el país. Esta última facción ciertamente solo incluía a un pequeño número de Eclarianos. La mayoría me veía como un peligro o un arma.

¿Qué esperaban mis amigos?, si es que aún podía llamarlos así, de mi victoria.

Se los preguntaría. Pero no ahora. Ahora tenía que reunir fuerzas para poder sobrevivir en esta nueva situación, en esta nueva jaula. Para poder sobrevivir.

Así que mantuve los ojos cerrados, aparté todos los pensamientos y me rendí al cansancio que me hizo caer a los brazos

de un sueño profundo. Justo antes de que la oscuridad me envolviera por completo, oí que alguien me llamaba por mi nombre. Era la voz de Kayden. «No, no podía ser», decidí. Me había traicionado y acababa de decepcionarme una vez más. Entonces caí en la oscuridad ingrávida, donde me envolvió un silencio tranquilizador.

# CAPÍTULO 2



***La pareja real de Eclaria no podría ser más diferente.***
***Mi hermano, el Rey Ryland, es un hombre tranquilo y justo, que guiará a nuestro país hacia un futuro dorado.***
***La reina Adayla, sin embargo, es tan salvaje y poderosa como las olas del océano.***
***Capta los corazones de todos los cazadores y jinetes por igual con su audacia y su naturaleza suave.***
***Es una reina a la que seguirías hasta la muerte.***

**Del diario de Elzira,**
**Asesor de la pareja real**

¡Fuera de aquí! Tu mala conciencia tendrá que esperar un poco más. —Las palabras me llegaron amortiguadas—. Todavía está dormida. Mandaré a buscarte en cuanto se despierte… si es que quiere verte.

A las imperiosas palabras de Eline siguieron varios suspiros y el cierre enérgico de una puerta.

El silencio volvió a extenderse a mi alrededor, lo que, unido al calor de mi cama, me dio la bienvenida para quedarme dormida una vez más. Pero por mucho que me hubiera gustado escapar a este

mundo fuera de la realidad, sabía que no podía esconderme para siempre.

—Debería darles vergüenza haberle mentido de esa manera tan descarda a esa pobre muchacha —se reprendió en voz baja la señora regordeta mientras abría y cerraba los armarios de la habitación contigua.

Parpadeé y abrí los ojos. Sentía los párpados pesados e hinchados. Alcancé a ver la luz del día a través de las cortinas, lo que me deslumbró tanto que tuve que volver a cerrar los ojos. ¿Había dormido toda la tarde y la noche completa?

Un pío suave y preocupado junto a mi oreja derecha y el suave roce de unas plumas blandas contra mi mejilla, me hicieron sonreír por primera vez desde los acontecimientos. Limycu, mi pequeña águila, se acurrucó contra mi cara.

—Estoy bien, pequeño —susurré tranquilizándolo y toqué su cabecita con los dedos para acurrucarla—. Estoy bien.

¿De verdad? Un vigoroso codazo con su pico contra mi nariz me demostró que mi amiguito no me creía. Suspirando, enterré la cara en sus plumas.

—Tienes razón. No estoy nada bien —murmuré, luchando una vez más contra las lágrimas que brotaban—. Se supone que soy la Cazadora de la Profecía. —Tragué con fuerza e intenté ignorar el puño invisible que me rodeaba el corazón. No podría volver a mi hogar tan pronto como esperaba. A mi desierto—. Además, mis amigos me mintieron, Kayden me traicionó y Cilia… —Todavía me costaba decir lo que mi amiga intentó hacerme. Si lo decía en voz alta, se convertía en una verdad para la que no estaba preparada y eso dolía demasiado. Desafiante, levanté la barbilla. Después de todo, había atravesado cada una de esas malditas pruebas. Sin magia. Entonces también superaría esto.

—Estaba sola cuando llegué aquí y aun así sobreviví a todas las pruebas. Así que me las arreglaré para mi próxima tarea sin ella. Pero sabes, Limycu, por suerte aún te tengo a ti. —Como confirmación, el águila gorjeó y se acurrucó aún más cerca de mí.

—Y me tienes a mí, hija mía —oí de pronto la voz firme de Eline —. Y no me iré de tu lado, querida. —Inmediatamente abrí los ojos y

el rostro pecoso de la mujer regordeta se desplazó ante mi mirada.

Me puso una mano en la frente con cuidado y me sonrió satisfecha.

—La fiebre ha bajado. Eso me alivia.

—¿Fiebre? ¿Como los humanos? —pregunté sorprendida e intenté ponerme en pie. ¿Por qué mi cuerpo estaba tan débil?

—Soy un ser mágico y no debería tener fiebre.

—Ven. —Eline me ayudó a sentarme y me puso una almohada en la espalda. El polluelo se tumbó en mi regazo como una bolita de plumas y me dejó abrazarla.

—Tampoco era fiebre en ese sentido. Era más como si tu cuerpo estuviera ardiendo. Empezó después de que la banda te trajera aquí. Tal vez por eso dormiste tanto. —Eline tiró de mi edredón antes de correr hacia las ventanas y abrir las cortinas.

Una ola de luz solar se derramó sobre la habitación. Parpadeando, me asomé y contemplé las vistas. Al parece tendría que soportar estas malditas montañas durante un tiempo todavía.

—¿Cuánto tiempo dormí? —pregunté, tratando de distraerme de la sensación punzante que la perspectiva desencadenaba en mí.

—Más de tres días —contestó Eline mientras colocaba una bandeja con fruta, pastas y té sobre la cama.

—¿Tres días? —exclamé, frunciendo el ceño. ¿Qué había pasado en ese tiempo?

—Sí, hija mía. Todo el mundo estaba preocupado. En especial, K…

—No quiero saber nada de ese traidor —interrumpí con dureza a Eline, pero después me dio pena.

Inclinó la cabeza con tristeza.

—Es terrible lo que te hizo —susurró—, y me avergüenzo de él. Así como por mí misma. Tenía la impresión de que sabías quién era el padre de Kayden. Debería habértelo dicho. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No es culpa tuya que sea un jinete de dragón mentiroso y arrogante. Debería haberlo sabido. —Mis duras palabras me hicieron tirar inquieta de las plumas de Limycu hasta que su parloteo me devolvió al aquí y ahora.

—Crie a Kayden después de la muerte de su madre. Así que soy tan culpable de su comportamiento como Kayden o su padre. —Se sentó a mi lado en la cama y me miró con tristeza—. Fracasé.

¿Fracasó? ¿En qué? ¿En que sus padres le educaran para ser decente?

—No —exhaló, ahora mirándome directo a los ojos. La tristeza de sus ojos se apoderó de mí y me arrastró a las profundidades de su dolor. Las lágrimas corrían por su rostro y un sollozo la sacudió. Eline estaba llorando. Esta mujer tan fuerte y enérgica lloraba lágrimas amargas.

Levanté con cuidado a la ahora dormida Limycu sobre el edredón para volverme hacia mi amiga y estrecharla entre mis brazos. ¿Qué era lo que le causaba tanto dolor?

—No conseguí protegerle —me susurró llorosa al oído.

—¿De quién, Eline? —pregunté mientras le acariciaba la espalda de forma tranquilizante.

—Del del viejo rey. —De nuevo sollozó—. De… de su padre.

Aunque no quería, la idea de que Gronus pudiera haberle hecho algo a su hijo me hizo sentir una rabia indescriptible. El sentimiento era tan intenso que me aferré al delantal de Eline como si pudiera sostenerme. Solo entonces las palabras salieron de mi boca.

—¿Qué le hizo ese tirano a Kayden? —gruñí, sorprendida por la facilidad con que su nombre se deslizó entre mis labios.

—Le hizo sufrir de todas las formas posibles. Tanto mental como físicamente. —La voz de Eline sonó cortante—. Desde una edad temprana, Kayden tuvo que soportar el abuso y la humillación de su padre. Antes de morir, su madre lo protegía de las rabietas de Gronus. Ella misma a menudo no se libraba de sus golpes. Era una esposa y madre tan cariñosa.

Mis nudillos ya se habían vuelto blancos, me aferraba con tanta fuerza a Eline mientras sus palabras dejaban un temblor en mi interior.

Me habría encantado saltar y pasarle un cuchillo por la garganta a Gronus con mis propias manos por lo que había hecho. Quitarle la vida por robarle a Kayden su infancia y el amor que todo niño merecía.

¿De dónde vino este sentimiento de querer defender a Kayden? ¿No debería estar enfadada con él? ¿No debería estar resentida con él en lugar de querer defenderlo? La necesidad de protegerlo, de pararme frente a él y desafiar a Gronus en vez de a él, se hinchó dentro de mí y pareció hacer que mi corazón se desbordara.

—Fui una de las primeras mujeres en pasar las pruebas de jinete de dragón y ser atada a un dragón. Por eso me eligieron cuando buscaban una niñera para el joven príncipe. Elzira, la madre de Kayden, fue amiga mía, así que sabía lo que más necesitaba el principito. Amor. Lo único que no recibió de su padre y lo único que podía curar las heridas físicas y mentales que Gronus le infligió. Lo crie como si fuera mi propio hijo y le di la seguridad que a Elzira le habría encantado seguir dándole. Pero ahora pienso que eso podría no haber sido suficiente para salvarlo de la frialdad inherente a su padre. Esta hastiada indiferencia. ¿De verdad no me di cuenta de que ya estaba creciendo dentro de Kayden, como una úlcera? ¿Cómo pude equivocarme tanto?

Se zafó con cuidado de mi abrazo y me cogió la cara con las dos manos. Mis ojos ardían en lágrimas de rabia.

—Siento, querida Jadina, haber fracasado y que este fracaso te haya roto el corazón.

—No es culpa tuya —aseguré en un intento de controlar mis emociones. La injusticia cometida con Kayden se clavó en mi corazón como una flecha envenenada, avivando el odio que ya sentía por su padre.

—Sí, lo es y nunca podré perdonármelo. Se lo debía a Elzira y no pude hacerle justicia a mi amiga.

Se secó las lágrimas con una mano y me miró con decisión.

—Yo estaba allí cuando fuiste llevada a él por Gronus después de pasar la prueba. La frialdad y el vacío en los ojos de Kayden eran visibles incluso para el público. No te ayudó, no estuvo a tu lado. Ese no era mi Kayden. Ese no era el Kayden que crie con todo mi amor. Esa era una imagen de su padre. La imagen del nuevo rey.

Suspiró y bajó los ojos con tristeza.

—Siempre tuve la esperanza de que todo cambiaría a mejor el día en que Kayden fuera coronado rey. Pero ahora es el rey y sigue

siendo una marioneta de su padre.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué una marioneta de su padre? Como rey, está por encima de Gronus, ¿no? —pregunté en un intento de querer desmenuzar todo esto.

—Cuando se anunció el cambio de trono tras la última prueba, Gronus anunció que seguiría ostentando el poder estatal. Por lo tanto, Kayden es solo la cara del reino. Las manos que controlan nuestro destino siguen siendo las del antiguo rey. —La amargura resonó en su voz—. Aunque Kayden ya no sea el joven que yo creía, seguiría siendo un rey mucho más justo que su padre

Yo seguía agarrado al delantal de Eline como una mujer que se ahoga a un salvavidas. Temía cometer alguna imprudencia en cuanto la soltara. Mi ira hacia Gronus era demasiado fuerte, eclipsando todas las injusticias que me habían hecho.

No podía dejar que lo que sucedió con Kayden me afectara en mi área emocional. Él no era mi amigo. Ya no lo era. Quizá nunca lo fue. No podía, no debía, importarme lo que le pasara. ¿O debería? Todavía intranquila por mis propios sentimientos, respiré hondo y dejé de lado cualquier pensamiento sobre lo que Eline me estaba contando. Había asuntos mucho más importantes que resolver, no solo en relación con mi destino, sino con el de todo el país.

—¿Sabías que Kayden ya era el rey cuando yo llegué? —le pregunté. Tenía que saberlo para poder concentrarme en mi tarea.

Me miró con decisión.

—No, no lo sabía. Como tú, me enteré en la última prueba. Así que sé cómo te sientes.

Asentí con la cabeza. Esta conversación estaba cobrándome más energía de la que esperaba. Cansada, me hundí en las almohadas. Luego le sonreí agradecida.

—Me alegro de tenerte a mi lado, Eline. Los próximos meses van a ser duros y necesito todos los amigos que pueda tener.

—Será más difícil de lo que crees, querida —dijo contrita mientras tomaba mis manos entre las suyas—. Esta noche hay un baile en el que serás presentada como prometida del rey.

¿Un baile? ¿Un compromiso? Mis ojos se nublaron por un momento y una vez más corrí el riesgo de que me venciera el

mareo, pero Eline me apretó las manos, mirándome a los ojos, y me mantuvo en el aquí y ahora.

—Vas a ir —ordenó y sus palabras sonaban más a una declaración de guerra—. Les demostrarás que de verdad eres la cazadora que tiene el poder de salvar a todos. Irradiarás fuerza, elegancia y al mismo tiempo una ferocidad desenfrenada que cautivará a todos. Nunca olvides que eres la futura consorte del rey, eres la profecía. Asegúrate de que te sigan a ti y no al tirano que los somete a todos. Ponlos de tu parte.

Eline tenía razón. Era hora de hacer que mis títulos trabajaran a mi favor. Cuantos más jinetes se unieran a mí al final, mayores serían las posibilidades de éxito. No importa lo que pareciera. Necesitaba aliados, no amigos. No cometería ese error una segunda vez.

—Come algo ahora y luego te transformaremos en la mujer que toda Eclaria ha echado de menos durante tanto tiempo.

# CAPÍTULO 3



***Me resisto a darle el trono a mi hijo.***
***Pero el cumplimiento de la profecía***
***y la destrucción del enemigo***
***es más importante para mí que el título.***
***Eso es todo lo que será,***
***todo lo que legaré a mi hijo,***
***porque el verdadero poder seguirá en mis manos, el poder del Estado.***
***Durante demasiado tiempo, incluso durante el reinado de Ryland, he luchado por ello.***
***Nunca lo regalaría.***

**Del diario de Gronus, Rey de los Jinetes de Dragones**

Insegura de cómo afrontar la situación, pensé en hablar con Nayda, Lenn y Dex antes del baile, pero decidí no hacerlo. Eline me dijo que acudían a la puerta de mi habitación varias veces al día para comprobar mi bienestar. Por supuesto que lo hacían, ya que me prometieron una explicación. Pero ¿acaso quería escuchar sus explicaciones, excusas y disculpas?

Kayden ni siquiera se había aparecido por aquí durante estos días. Me fastidiaba que aquella información me doliera tanto y amenazara con reabrir todas mis heridas internas. Por suerte, Eline siguió persiguiéndome después de comer, así que no tuve tiempo de pensar en ello mucho tiempo.

Esta mujer de verdad valía su peso en oro. Siempre sabía lo que yo necesitaba. Después de que se derrumbara en mis brazos, nos acercamos incluso mucho más que en las semanas anteriores. Pude ver su lado vulnerable.

Pero ahora no había señales de ello. Como de costumbre, recorría la habitación llena de energía. Con una sonrisa en los labios que le hacía olvidar que hacía apenas una hora se le habían saltado las lágrimas.

Primero me envió al cuarto de baño, donde me empapó y perfumó con una variedad de fragancias exóticas hasta que sentí que parecía oler igual a un ramo de flores.

—Estos aceites de baño son exquisitos y datan de la época anterior a la maldición, cuando florecía el comercio entre nuestra isla y el continente. Siempre los he guardado para ocasiones especiales. Y hoy es una ocasión especial.

—¿Por qué no los usas tú si son tan valiosos? —De alguna manera me sentí avergonzada de que desperdiciara este tesoro conmigo.

—Porque soy una anciana que no necesita volver loco a ningún hombre. Pero tú sí. Además, el aroma es digno de una reina. Y tú eres la futura esposa del rey, así que eres como una reina. No lo olvides nunca, Jadina —replicó, mientras vertía en el agua de la bañera más aceites de unas botellitas con tapón dorado.

—Pero no quiero volver loco a Kayden. Será mejor que se mantenga alejado de mí —refunfuñé, aunque disfrutaba con estos aceites y sus maravillosos aromas.

—Es un hombre. Si quieres que se rinda a tus deseos y a tu voluntad, entonces tienes que usar todas las armas que tienes. No solo las forjadas en hierro. —El dolor de sus palabras sobre su antiguo protegido no podía ocultarse tras su determinación.

—Tengo un arma mucho mejor —le dije, dedicándole una sonrisa —. Mi lengua afilada.

—¡Ja! —se mofó—. Tendrá que tener cuidado con eso. Pero ya debería saberlo. —Me miró preocupada—. ¿Sabes bailar, hija mía?

—¿Bailar?

—Sí. Siempre hay baile en un baile. ¿No lo sabías? —Se acarició el delantal un poco nerviosa.

—No te preocupes, Eline. Recibí algunas clases de baile con mis padres cuando era niña y tenía en mi escondite un libro de pasos de baile que leí innumerables veces a lo largo de los años.

Me miró con escepticismo.

—No creo que un libro pueda sustituir la práctica. Debería llamar a Jordane para que al menos te enseñe lo básico. Date prisa, hija, aún tenemos mucho que hacer. —Con estas palabras, se apresuró a salir de la sala de baño. Suspirando, me recosté en el agua de la escalera y disfruté del calor y del silencio que de pronto me rodeaba.

Bailar. Hacía siglos de que mi madre no cantaba y de que mi padre me enseñara bailes de la corte al son de su melodía a la luz de la hoguera.

Recordé cómo me había puesto en pie una y otra vez y cómo había girado alrededor del fuego conmigo.

Nos divertimos tanto que hasta mamá no podía cantar más de lo mucho que se reía.

El recuerdo me calentó el corazón, mi boca se torció en una sonrisa de felicidad y en mi mente oí la hermosa voz de mi madre; olí el fuego y sentí los fuertes brazos de mi padre. Hasta que la tristeza me catapultó de vuelta al presente.

Cómo me hubiera gustado tenerlos a mi lado, sentir su amor y poder pedirles consejo. Pero estaban muertos.

—¡Sal de la bañera! —oí gritar a Eline, asomando la cabeza por la rendija de la puerta—. Ya he mandado llamar a Jordane para que te dé una clase de baile. También tenemos que probarte el vestido que te hice. Recuerdo un vestido de baile muy específico de la última reina de Eclaria. De la Reina Adayla. Si le hago algunos retoques al tuyo, estoy segura de que se parecerá tanto al de ella que todos los presentes pensarán que es Adayla la que está delante de ellos y no

tú. Parece que podrías ser su hermana. El mismo pelo, la misma piel dorada y una belleza especial que las rodea a las dos.

Eline enrojeció de emoción y tuvo que abanicarse el rostro con ambas manos mientras seguía murmurando para sus adentros todas las cosas que le quedaban por hacer antes de volver corriendo a la otra habitación.

Salí de la bañera para no provocar su ira. Envuelta en un albornoz, entré poco después en el salón y miré horrorizada a mi alrededor. Había ropa preciosa, cintas, joyas y zapatos esparcidos por el suelo. En medio, entre varios fardos de tela, descubrí a Eline, armada con unas tijeras, examinando todo el terciopelo y la seda en tonos dorados. Mechones de cabello sobresalían de su recogido un poco despeinado y una feroz determinación brillaba en su mirada.

El vestido azul oscuro más hermoso que había visto en mi vida, colgaba de un maniquí de modista. Atraída por su belleza, caminé hacia él admirando el fino borde azul, incluso transparente, que cubría el profundo escote entre los senos. Este fino tejido hacía que el vestido fuera elegante y al mismo tiempo apropiado, revelador y sensual. Me llenaba de emoción la idea de poder utilizarlo.

—¿Ya te emociona usarlo? —preguntó y sonrió—. Y ni siquiera has visto la parte de atrás de esa belleza —añadió, riendo por lo bajo.

Sorprendida, la miré y sí, me miraba con picardía.

—¿La parte de atrás? —pregunté sorprendida.

—Ve y míralo tú misma —respondió la mujercita, señalando el maniquí con el vestido.

Curiosa, caminé a su alrededor y cuando mis ojos se posaron en el otro lado de la prenda, solté un chillido, que callé poniéndome la mano sobre la boca. Realmente Eline no había prometido demasiado. La espalda también estaba cubierta por un borde transparente hasta el coxis, aunque se estrechaba hacia la parte inferior. Lo que, sin lugar a dudas, atraería la atención hacia mi trasero.

—Me alegro de que te guste. Espera a que lo termine. Todavía tengo algunas ideas que quiero desarrollar —dijo, riendo—. Con este

vestido, encarnarás todo lo que no esperarías de una «rata del desierto». Elegancia, grandeza e intocabilidad.

Tenía razón. Este vestido era digno de una reina y lo llevaría con orgullo. Aunque iba a ser mi baile de compromiso, mi expectación creció al ver el vestido. Recordé las innumerables historias de los libros de mi madre en las que las protagonistas bailaban en grandes veladas y conocían a su príncipe azul. En los cuentos, estos momentos siempre se caracterizaban por el glamour y la felicidad. Mi corazón se aceleró al pensarlo.

Con dedos temblorosos, acaricié el borde del vestido y me pregunté si podría sentir las manos de Kayden sobre mi piel desnuda. Un temblor de excitación me recorrió todo el cuerpo y, casi como si me hubiera quemado con la tela, retiré la mano y me rodeé el torso con los brazos.

Por fortuna, Eline no vio mi reacción.

—¿De dónde lo sacaste? —pregunté con voz ronca, y un momento después me aclaré la garganta. ¿Por qué reaccionaba de esa manera solo de pensar en Kayden? ¿Cómo sería en el baile si tenía que bailar a su lado? Temía encontrarme con él. Necesitaba tiempo para ordenar y consolidar mis sentimientos. Por desgracia, no contaba con eso.

Eline dejó caer las tijeras y la tela.

—Empecé a coserlo hace semanas —respondió sin mirarme.

—¿Hace semanas? Pero… —Pero era la primera vez que me veía y no había aprobado ni una de las pruebas.

—Sí. En el fondo de mi corazón supe que eras tú.

—¿Que era quién?

—La cazadora de la profecía. Simplemente lo sentí y supe que quería apoyarte en tu viaje. Y como se me da bastante bien coser y confeccionar, eso fue justo lo que hice. Cuidé de ti e hice este vestido. Un vestido para mostrar a todos la mujer que vi en ti desde el principio, incluso cuando Kayden te trajo toda sucia y medio muerta. Una reina.

Ahora por fin levantó los ojos, en los que brillaban lágrimas, pero también orgullo.

—Y no me has decepcionado, querida Jadina.

—Oh, Eline —me atraganté, también luchando contra las lágrimas. Ella siempre había creído en mí. Pero antes de que pudiera correr hacia ella y lanzarme a su abrazo maternal, se secó las mejillas húmedas con una carcajada.

—Dioses, ambas estamos tan sentimentales hoy. Pero no tenemos tiempo para sentimentalismos. Tu clase de baile está a punto de empezar y yo tengo que terminar de coser el vestido. Así que shoo… Shoo. Hay un vestido para tu sesión detrás del biombo para que no tengas que aprender a bailar en albornoz.

Meneando la mano en mi dirección, me miró de forma desafiante. La dulce y querida Eline, con su corazón de oro y una determinación que parecía la de un burro testarudo.

Riendo, desaparecí tras el biombo y me puse el vestido lila y los zapatos plateados que me esperaban. Antes de terminar, la puerta sonó.

Eline me sacó de detrás del tabique por el brazo y me arrastró al centro de la sala. Incluso en esos momentos, no hacía excepciones con sus etiquetas.

Me trenzó el cabello con rapidez y me tiró de los volantes de las mangas unas cuantas veces antes de dirigirse a la puerta. Detrás de ella había un hombre larguirucho de rasgos severos al que más me valía no pisar si no quería que su visible mal humor se apoderara de mí. Llevaba una especie de maleta en la mano.

—¡Jordane! —susurró la regordeta mujer a modo de saludo mientras realizaba una reverencia elegante—. Estamos infinitamente agradecidas de que hayas encontrado tiempo para nosotras.

El profesor de baile miró a Eline con una ceja levantada.

—De todos modos, no tenía nada mejor que hacer —dijo con frialdad, y al momento siguiente recorrió la sala detrás de Eline con los ojos entrecerrados hasta que me vio en medio del desorden reinante. La frialdad de su mirada se combinó ahora con curiosidad y desprecio no disimulado al mismo tiempo.

—¿Por fin se ha despertado? —En ese momento oí la voz apresurada de Nayda desde el pasillo, detrás de Jordane, y antes de que el distinguido caballero se diera cuenta, Eline estaba tirando de él hacia el interior de la habitación por las solapas de su túnica.

—¡Ahora no tiene tiempo para ti! —gritó a través de la rendija y sin más, la cerró—. Perdóname por este incidente —se disculpó ante el sorprendido profesor de baile, que se palmeaba la ropa con indignación en la cara, como si el roce de la mujercita la hubiera ensuciado—. Jadina, ¿por qué no vas a tu habitación con Jordane para la lección?

—¿A la alcoba de la Cazadora? —preguntó indignado y vi que Eline también se percató de su omisión a cualquier título con relación a mí. Me lo negó rotundamente.

Eline no sería Eline si se hubiera limitado a aceptar este insulto subliminal de su protegida, con etiquetas o sin ellas.

—Jordane, o vas a la alcoba de la *Señorita* o tendrás que conformarte con el baño. No creo que la *Señorita* sea una mujer de agua y deba hacer un baile de agua en el baile.

Cada «señorita» sonaba a un gruñido y ese fuego en sus ojos me asustaba incluso a mí.

—Vamos a su alcoba, Lady Jadina —dijo el profesor de danza un poco más dócil y me siguió a la habitación contigua sin decir otra palabra. Al pasar junto a Eline, una sonrisa triunfal se dibujó en nuestros labios. Era capaz de algo más que coser y cuidar. Era una loba a la que habían dejado salir de su jaula. Como un dragón que escupe fuego cuando lo necesita.

# CAPÍTULO 4



***El pueblo de los Cazadores y el pueblo de los Jinetes de Eclaria forman juntos la fuerza de su imperio.***
***Los cazadores son salvajes de corazón***
***y al mismo tiempo seres sensibles,***
***mientras que la elegancia de los jinetes***
***y su prudencia los caracteriza.***
***Sin embargo, ambos pueblos son peligrosos.***

**Extracto de la antología**
***Las criaturas mágicas de Brysalia* por Horacio**

Por qué, en nombre de la Gran Madre, Eline me obligó a tomar este tipo de clases? Preferiría tener que correr cincuenta carriles en la sala de entrenamiento antes que soportar esta tortura.

Observé con desconfianza cómo Jordane abría su maleta y sacaba un aparato que yo solo había visto en los libros. Era una caja de madera con un gran embudo. La colocó con cuidado sobre una mesita antes de limpiar la madera con un paño.

—Empezaremos con un vals sencillo. Es un baile de pareja que se suele bailar en los bailes —dijo con rigidez, el sonido de su voz contrastaba con el gesto anterior, incluso tierno.

Hizo girar una manivela situada en un lateral de la caja y al momento siguiente sonó una bonita melodía. Encantada por aquellos sonidos, que supuse eran música, di unos pasos hacia la caja extraña.

El larguirucho había caído en el olvido. Solo oía los sonidos que me envolvían en calidez. Me punzaban el corazón, penetraban en mi alma y hacían temblar mi cuerpo. Sentí cada nota que tocaba la orquesta. Sentí las emociones que el compositor había plasmado en el papel. Era tan diferente oírlo que leerlo.

—¿Lady Jadina? —La voz de Jordane me arrancó del abrazo en el que la música me sumió, acarreándome de vuelta a la realidad, con la frialdad de sus palabras y el asombro que lo envolvía—. Estás llorando —me dijo.

Sorprendida, me limpié la mejilla con el dedo. Sin darme cuenta, la música me hizo llorar, pero… ¿Por qué?

—Las personas pueden sentir la música de tal manera que hacen suyas las emociones que resuenan con las notas. Tiene un gran corazón. Consérvalo incluso en tiempos de tormenta.

Las facciones de Jordane se habían suavizado, tanto que incluso reconocí asombro y esperanza en sus ojos. Al instante se inclinó hacia mí y, sobresaltada por el gesto, que, a diferencia de su anterior elección de palabras hacia mí, demostraba humildad, di unos pasos hacia atrás.

—¿Me concede esta pieza, Lady Jadina?

Y ahora me daba cuenta del importante atributo que Eline había olvidado para mi lucha. Mi corazón. Este hombre frente a mí no estaba impresionado por hermosas ropas o armas. Buscaba lo que se reflejaba en su música. Un corazón que sentía. Un corazón que amaba y podía mostrar compasión. Cualidades que una reina debía poseer, así como su determinación y espíritu de lucha.

Porque solo un gobernante con voluntad y corazón unidos podría sanar esta tierra.

¿Era eso lo que él veía en mí? ¿No tenía yo mi corazón consumido por la ira, la tristeza y el odio?

Antes de que pudiera seguir pensando en ello, mi profesor de baile tomó mi mano y me acercó a él.

—Empezamos con la postura correcta.

Jordane me explicó los pasos, las posiciones y las posturas con más paciencia de la que esperaba. Cuando terminó la lección con un vals, floté con él por mi habitación, sin pisarle ni una sola vez. Nunca habría pensado que pudiera desarrollar tanto amor por la danza. Había probado la sangre y la sensación de moverme con la música y sus sonidos era casi embriagadora. Ahora no era solo el vestido lo que endulzaría mi velada, sino también cada una de las piezas me concederían esta noche.

—Gracias por esta maravillosa oportunidad, Lady Jadina. No esperaba que fuera usted una bailarina tan talentosa —anunció Jordane después de recoger su caja de música y de que yo le acompañara de vuelta al salón hasta la puerta de la habitación. Hizo una pequeña reverencia—. Si vuelve a necesitar que le enseñe, mándame a llamar.

—¿Sería posible tener clase una vez a la semana?

Me miró sorprendido y un ligero rubor apareció en sus mejillas. Donde antes su rostro parecía anguloso y poco amable, Jordane parecía ahora mucho más joven, sin las arrugas de su fiereza.

—Será un honor. —Con una sonrisa de felicidad en los labios, desapareció por la puerta y salió al pasillo.

—¿Qué demonios le has hecho al pobre? —preguntó Eline, mirándole con suspicacia—. Parece un hombre totalmente diferente.

—Mi amor por la música y el baile, ablandó su frio corazón —informé mientas sonreía con picardía—. Y de verdad disfruté de la sesión.

Eline miró embelesada a lo lejos.

—A mí también me encantaba bailar. Hace mucho tiempo, pero a veces sigo soñando con flotar por la pista de baile del salón.

Eché un vistazo al salón. Todo estaba ordenado. Casi como si este caos no hubiera existido dos horas atrás.

—¿Qué pasó por aquí? —pregunté.

—Terminé de coser el vestido. —Se acercó a mí con un brillo en los ojos—. Pero no podrás verlo hasta que lo lleves puesto. Por eso empezaremos por tu cabello y luego conjuraremos unas mejillas sonrosadas, unos ojos despiertos y una boca roja color carmín.

Llena de entusiasmo por la acción, la mujercita me empujó hacia mi tocador con una fuerza inesperada. Había colgado un paño negro sobre el espejo.

—Lo estás poniendo muy emocionante —dije, riendo y señalando la negrura frente a mí.

—Solo quiero ver lo abrumada que estarás por tu reflejo en el espejo.

La excitación se apoderó de mí. No solo por la agradable expectación con relación al vestido, sino por lo que se vendría después; estaba segura de que sería algo desagradable. Tendría que enfrentarme a Kayden. Su padre anunciaría el compromiso y las expectativas de los jinetes me alcanzarían.

Era demasiado para no estar nerviosa o ansiosa. ¿En qué me estaba metiendo? No quería un compromiso y, sin embargo, comprendía que no podía evitar una alianza con el rey si quería lograr mi objetivo y llevar al país a la paz que merecía.

Aparte de eso, también estaban Nayda, Lenn y Dex, a quienes les debía dejar que me contaran su versión de la historia. Aunque no había excusa para que yo no supiera quién era Kayden en realidad. No solo un jinete dragón o su líder de escuadrón. No, él era el *rey* de los jinetes dragón. Ocultar tal hecho cuando te ibas a casar con el mismo era un acto imperdonable. Sobre todo, entre amigos.

Al mismo tiempo, no podía deshacerme de las palabras de Eline sobre su infancia y juventud. Una y otra vez veía en mi mente esta pequeña versión de él siendo gritado o golpeado por su tiránico padre. Cada golpe y cada palabra mezquina me dolían en el corazón. Por mucho que quisiera bloquearlo, seguía reapareciendo en mi cabeza y hacía que la sangre de mis venas hirviera de rabia contra Gronus.

Con las manos en puños, dejé que Eline me peinara y me maquillara. No estaba segura de quererlo. Sin embargo, confié en ella: sabía mejor que yo lo que era apropiado en un baile como este y en mi precaria posición, debía ser humilde.

Después de ir y venir a mi alrededor una docena de veces y añadir otra caricia aquí y allá o mover un mechón de pelo, finalmente asintió satisfecha.

—Ahora cierra los ojos —ordenó—. Voy a ponerte el vestido.

Eline parecía aún más excitada que yo. Sus mejillas estaban rojas y el brillo de sus iris era como una hoguera en la oscuridad.

Para no aguarle la fiesta, cerré los párpados y dejé que me guiara por la habitación. Luego sentí cómo me desabrochaba los botones del vestido por detrás. En cuanto estuvo en el suelo a mis pies, Eline me ayudó a ponerme otro. Al momento siguiente, bajo su dirección, mis brazos se deslizaron por unas mangas sedosas y frescas hasta que la tela se pegó a mi vientre y a mis piernas como una segunda piel. Sentí que Eline me rodeaba y cerraba los broches de la espalda. Lo último que hizo fue ponerme los pendientes, un aro en la cabeza, un collar y ayudarme a calzarme.

—Puedes abrir los ojos, hija mía —exhaló con voz entrecortada. ¿Qué aspecto tendría? ¿Como el de una princesa? ¿Una reina? ¿De verdad quería ser eso? ¿Seguiría siendo yo al mirarme en el espejo? ¿O estaría convertía en otra persona?

—No puedo —susurré, dándome cuenta de que mi cuerpo temblaba y, como si pudiera protegerme con eso, apreté aún más los párpados.

—Te desafío a que lo hagas —respondió y me acarició la espalda de forma tranquilizadora. Pude sentir el calor de su mano en el borde transparente de mi vestido; y fue como sentir directamente su toque sobre mi piel. Como si no hubiera nada.

¡Dioses!, y si podía sentir el toque de Eline sobre mi dermis, podría sentir el toque Kayden en cuanto bailáramos juntos.

—No puedo ir al baile. —Mi voz sonó tan pequeña como me sentía en ese momento—. Por las expectativas que hay ahora sobre mí. Por todos los jinetes que me mirarán. —Entre jadeos, luché por respirar. Esto era demasiado. Mucho qué asimilar—. Por su culpa. —La verdad me hizo detenerme un momento—. Aún no puedo verle. No puedo hacerlo.

—Sí, puedes, Jadina. Eres fuerte y lo conseguirás —La confianza de Eline se extendió sobre mí como una manta cálida y protectora—. No solo por ti, sino por tu nación. Por Eclaria. Ha llegado el momento de demostrar tu fuerza y tu valor. Yo creo en ti. Con todo el corazón.

¿Por Eclaria? ¿Estaba preparada para asumir semejante responsabilidad? Había luchado mucho para llegar hasta aquí. Había sobrevivido y superado pruebas, había salido victoriosa de esta batalla con heridas internas y externas y mi don había despertado. Como un manantial de fuerza inagotable, sentí el resplandor en mi interior que se había encendido durante mi noche junto a Kayden.

Eline vio en mí lo que ya estaba latente en mi interior. ¿Por qué me resistía a verlo en este momento? En lugar de seguir creyendo que yo era la Jadina que fue arrastrada hasta aquí desde el desierto, debía seguir mi instinto. Y eso me decía que tenía un destino.

Era hora de afrontar la verdad. Así que levanté la barbilla y dejé que me invadiera la certeza de convertirme en la nueva reina de los jinetes de dragones. Solo entonces abrí los párpados.

Cuando el reflejo de mi reflejo se encontró con mi mirada, tuve que parpadear varias veces. Como un diamante que hubiera llovido sobre mi vestido en miles de minúsculas motas de polvo, la tela azul oscuro brilló como el cielo nocturno sobre el desierto. El borde que se extendía desde el escote hasta debajo del pecho solo dejaba entrever lo que se ocultaba tras él.

Mi mirada se deslizó por mi figura: la prenda se ceñía elegante y opulente a mi silueta, ahora femenina y poderosa. Abrazaba la parte superior de mi cuerpo y se ensanchaba a medida que caía por mis piernas. La falda descendía en cascada por mi espalda hasta casi rozar el suelo, aunque por delante no lo hacía, dejando espacio suficiente para poder bailar.

Incrédula, di un paso hacia el espejo, dejando al descubierto mi pierna derecha a través de la abertura del vestido en la que no había reparado antes.

—Quédate así —me pidió Eline. Luego se puso en cuclillas delante de mí y me sujetó la daga que Kayden me dio antes del último examen al muslo con un cinturón del mismo color que la falda. Así llamaría la atención de todos en cuanto atravesara el salón de baile.

—Es perfecto —suspiró satisfecha—. Es elegante, sensato, salvaje, conmovedor y peligroso. Igual que su dueña.

# CAPÍTULO 5



***Una mirada más atenta a la profecía***
***nos indica que el rey de los jinetes de dragones***
***y la cazadora elegida***
***serán algo más que un matrimonio.***
***Desde tiempos inmemoriales, las alianzas entre los seres de Eclaria se han forjado únicamente cuando***
***su magia y poder están igualados.***
***Entonces me pregunto ¿qué papel tendrá el rey en la salvación de Eclaria, cuando lo que promete la profecía es una Cazadora?***
***Al parecer, eso se está por ver.***

**De las Crónicas de Vulas**

Me resultaba difícil apartar los ojos de mi reflejo. Aún no podía creer que la persona del vestido azul reluciente fuera yo. Apenas me reconocía. Eline me maquilló discretamente: tenía los ojos delineados de color negro, las mejillas empolvadas de un toque palo rosa tenue y los labios de color rojo. Pero la tiara que llevaba en la cabeza y el resto de las joyas también habían sido elegidos con esmero.

No distraían la atención de mi rostro ni del vestido, sino que los acentuaban. Sin embargo, lo que nadie de los presentes pasaría por alto sería la daga que sobresalía de mi pierna desnuda. La misma que había matado a Cilia. Cualquiera que hubiera estado presente en la última prueba sabía que yo era muy buena con esta arma. Algo que había mantenido en secreto hasta entonces.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos.

—¿Ya? —refunfuñó Eline enfadada—. Es demasiado pronto.

Se puso en pie y volvió a caminar a mi alrededor, tirando un poco del vestido por todas partes hasta dejarlo «perfecto». Había llegado el momento. El momento que estuve esperando y temiendo el día entero.

Una oleada de nerviosismo recorrió todo mi sistema y me dejó helada. Estaba a punto de verlo. De reencontrarme de nuevo con Kayden. ¿Habría sido la conmoción de la última prueba lo que me mantuvo tan serena? No lo sabía, pero ahora una tormenta de emociones se desencadenaba en mi interior y me confundía. Me debilitaba. Y realmente no podía mostrar debilidad en el baile, no con todos esos lobos acechándome. Yo era la cazadora de la profecía. Estaban esperando que, como tal, me doblegara. Gronus en particular quería eso. Y mis sentimientos por Kayden no jugaban a mi favor…

*No*, pensé y respiré hondo. *Tengo que ser fuerte.* Mis emociones no tenían cabida en este juego de poderes. Así que decidí reprimirlas y encerrarlas. Mandarlas hasta el fondo más alejado de mi corazón.

En vez de eso, me vislumbré en la cima más alta de aquí de las montañas que rodeaban el castillo, lanzando la llave de esta parte de mí lo más lejos posible. A la nada infinita de la que nunca podría ser recuperada.

Eso era todo lo que podía permitirme en este momento. Necesitaba mi fuerza para la batalla que tenía que librar. Sin importar la escala que eso tomaría.

Nada ni nadie podía hacerme vacilar.

Eline me sonrió y me cogió de las manos.

—Estoy muy orgullosa de ti, Jadina. Pase lo que pase, nunca lo olvides.

¿Qué quería decir con eso?

Antes de que pudiera preguntarle, golpearon de nuevo a la puerta. Esta vez con más vehemencia que antes.

—Ya es hora —dijo, soltándome las manos y corriendo hacia la persona que esperaba. Cerré los ojos un momento para serenarme y puse cara de desinterés. Una máscara para ocultar el caos que tenía dentro. Pero aquello tiraba de mi corazón y lo hacía tambalear como un gato salvaje. Resignada, volví a abrir los párpados y vi cómo Eline abría la puerta de un halón con energía.

—Está lista —anunció con frialdad, sin saludar a la persona que tenía delante—. Y no olvides tu promesa.

Eline dio un paso a un lado, dejando ver a un Lenn de aspecto contrito. *¿No es Kayden?* Una dolorosa punzada detuvo los latidos de en mi pecho.

—Jadina, aquí está tu acompañante para el baile. Me juró por su honor no molestarte con preguntas o explicaciones. Esta fiesta es importante y no quiero que te distraiga.

Su gélida mirada se desvió hacia el jinete de dragón, que me miraba boquiabierto. Se deslizó reverentemente sobre una rodilla e inclinó la cabeza. ¿Qué le hizo Eline a Lenn? Nunca le había visto comportarse de forma tan extraña.

—Mi Reina, le juro mi lealtad eterna. En las buenas y en las malas. Te seguiré a todas partes y pondré mi vida a tu servicio.

Confundida, miré a Eline, que sonreía satisfecha.

—¿También lo conjuraste para que hiciera esta estupidez? Si es así, fue una broma muy cruel, querida Eline.

—Yo no le obligué a nada —exclamó indignada, antes de cambiar a una sonrisa diabólica—. Mi trabajo aquí está hecho. Si Lenn ya está reaccionando así a tu aparición, entonces esta noche seguro que va a ser una noche muy interesante.

Sacudiendo la cabeza, corrí hacia Lenn y le puse en pie.

—Venga, vamos. Y déjate de tonterías. No soy tu reina, así que por favor llámame por mi nombre normal.

—Todavía no —dijo el jinete sorprendentemente serio y dejó que su mirada se deslizara de nuevo por mi aspecto—. Pero ya lo eres por esta noche, *Jadina*.

Luego se volvió hacia Eline.

—En serio no quiero que seas mi enemiga.

¿Había algo parecido al respeto y el reconocimiento en su voz?

—Vamos, *milady*. Vámonos. No puedo esperar para llevarte al salón de baile.

Me tendió el brazo de buen humor. Aún no estaba segura de si lo que había dicho iba en serio y de qué debía pensar al respecto, pero el tiempo apremiaba. Llegar tarde daría que hablar. Así que le cogí del brazo y dejé que me sacara de la habitación y me llevara al pasillo.

Me volví por última vez hacia Eline, que nos cuidaba con lágrimas en los ojos.

Los pasillos estaban vacíos. ¿Ya estaban todos en la velada?

—¿Cómo estás?

La pregunta de Lenn llegó sin previo aviso.

—Bien —respondí seca y distante. No quería hablar de mi estado de ánimo en este momento.

—Me alegra oír eso.

Sus palabras sonaron y se sintieron tan mal.

Este era mi amigo, el que me había apoyado en las últimas semanas y el que hizo más agradable mi primera estancia en el castillo. Le miré insegura. Tenía tantas preguntas en la punta de la lengua que quería hacerle. Esta distancia no me gustaba, pero no podía superarla. Era como si fuera un muro demasiado alto y yo resbalara contra sus lisas paredes cada vez que intentaba conquistarlo. Pero al mismo tiempo, las preguntas me carcomían. ¿Por qué no me dijo la verdad? ¿Había algo más que no me estaba contando?

—¿Lenn? —El jinete se pegó un poco más a mí, pero me miró de todos modos. Detecté incertidumbre y tristeza en sus gélidos ojos azules. ¿Era el momento adecuado para enfrentarme a él? Decidí no hacerlo y probé con una pregunta más inofensiva—. ¿Cómo estás?

—¿Quieres la verdad? ¿O la versión que Eline dice que debo contarte?

—¿Qué tal la verdad, para variar? —Mi respuesta fue más brusca de lo que pretendía.

—¡Ja! Ahí está otra vez. La Cazadora que no tiene pelos en la lengua. Eso me gustó de ti la primera vez que nos vimos. —Sonrió y me encontré devolviéndosela. Luego volvió a ponerse serio—. No me encuentro bien. Y antes de que digas nada, no voy a darte explicaciones sobre mi comportamiento en este momento. Solo quiero que sepas que los demás y yo lo sentimos muchísimo y que ojalá pudiéramos cambiarlo. Nos encariñamos contigo y no queremos perderte como amiga.

Como amiga. No como la cazadora de la profecía o como su reina. No. Lenn hablaba con la verdad, podía sentirlo. Llevaba sus sentimientos en la manga.

—Gracias, Lenn. Aprecio tus sinceras palabras.

Eso era todo lo que obtendría de mí hoy. Era todo lo que podía darle en este momento, pero podía ver en su cara que era todo lo que esperaba ahora.

—Vamos entonces. Tengo que llevarte con alguien antes del baile.

—¿Con quién? —pregunté sorprendida. Después de todo, Eline había sonado como si tuviéramos que darnos prisa para llegar a tiempo a la velada—. ¿No llegaremos tarde a la fiesta?

—No te preocupes por eso. Los invitados se lo están pasando bien y seguro que no se darán cuenta si llegamos un poco después.

—¿Me dirás a dónde vamos?

—No. —La sonrisa de Lenn rejuveneció su rostro y no pude evitar sentirme cómoda en su presencia.

Me llevó del brazo por varios tramos de escaleras y, cuando volvimos a girar en un pasillo, tuve una idea de adónde me llevaba. La alegre excitación hizo que mi corazón latiera más deprisa y, cuando estuve segura de que nos dirigíamos a la cueva donde siempre me había encontrado con Elara, fui yo quien cogió a Lenn de la mano y tiró impaciente de él detrás de mí.

—Alguien está deseando conocer a una dragona gruñona —dijo y se rio.

—¿Gruñona? —Junté las cejas—. Elara es cualquier cosa menos gruñona.

—Parece que la conociste de forma distinta a la mía. —Se pasó la mano por la nuca, avergonzado—. Una vez me prendió fuego en los pantalones.

—¿Y por qué te ganaste eso? —pregunté, disfrutando de la ligereza de nuestra conversación, que me distraía de la noche que se avecinaba.

—¡No me merecía nada como eso! —gritó Lenn indignado, y luego sonrió con picardía—. Tienes razón. No estaba del todo libre de culpa. Al fin y al cabo, había abrochado el arnés de Kayden al revés, de modo que estuvo colgado boca abajo sobre el estómago de Elara y maldiciendo durante todo el vuelo.

Sus ojos brillaron con descaro y se le escapó una risita al recordarlo.

—¿Entonces a Elara no le hizo tanta gracia y te castigó por eso?

—Sí —confirmó y sonrió socarrón.

Ya habíamos llegado a la entrada de la cueva y me levanté el dobladillo de la falda mientras caminábamos por la pared exterior. Lenn, que caminaba delante de mí, fue el primero en accionar la construcción para que se abriera la cortina de agua y, después de que él se deslizara, yo hice lo mismo.

Luego de unos momentos, el sonido del agua a mis espaldas se reanudó, pero apenas lo percibí porque mi atención estaba centrada en el enorme dragón azul que aterrizó en la plataforma frente a mí en ese mismo instante.

—¡Elara! —grité y corrí hacia ella con la falda recogida.

—*¡Pequeña cazadora!* —Oí la suave voz de la dragona en mi mente. La escama que yacía en la piel de mi muñeca pinchó ligeramente mientras acariciaba su cuello—. *Quería asegurarme de que estabas bien después de las pruebas.*

—*Gracias* —me limité a responder y me tragué mi pena, con la que no quería agobiarla. Al fin y al cabo, también afectaba a Kayden y él era su jinete, con quien compartía un vínculo especial.

Expulsó sonora nube de vapor por las fosas nasales.

—*Así que no estás bien* —declaró—, *aunque Kayden me lo juró y el señor dragón Kargon también estaba firmemente convencido de*

*que no habías sufrido ninguna herida grave. Tendré que volver a hablar con los dos.*

Sin quererlo, una imagen de la dragona regañando al imponente y temible señor dragón, se formuló en mi cabeza y una sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios. Mi espacio se acortó hacia ella y me acurruqué a su lado. Primero Lenn había conseguido hacerme sonreír y ahora Elara.

—*Físicamente, estoy bien* —intenté tranquilizarla.

—*¿Pero?* —sondeó sin piedad.

—*Pero hay muchas cosas que debo tener claras. Mi nuevo papel. Mi tarea. Mi destino. Mis sentimientos.* —Mi mirada se desvió hacia Lenn, que me esperaba junto a la cascada.

—*¿Sientes algo por ese bromista?* —Elara, que al parecer había seguido mi mirada, se indignó y siguió sus palabras con un estruendo que vibró en lo más profundo de mi ser.

—*¡No!* —exclamé, enfatizando mi respuesta con movimientos de negación de mi cabeza—. *Lenn es solo un amigo. Al menos eso es lo que yo creo.*

Elara me miró con sus sabios ojos antes de apretar su hocico contra mí.

—*Estás triste, pequeña cazadora. Puedo verlo en tus ojos y puedo oírlo en tu ser.*

—*Me siento traicionada, Elara. Por todos los que me importan* —salió disparado de mí sin control y las lágrimas se acumularon en mis ojos. No podía llorar ahora. No tan cerca del maldito baile.

—*Primero inspira y espira con calma* —me aconsejó la criatura, que al parecer se dio cuenta de que no quería hablar de ello. No en este momento—. *Confía en ti misma y en tu corazón. Te mostrará el camino correcto.*

¿Podría hacerlo? Estaba tan herido y lleno de cicatrices. Me preguntaba si todavía era capaz de latir correctamente en absoluto.

—¡Jadina! —Oí a Lenn llamar desde la cascada—. ¡Lamento molestarte, pero tenemos que llegar al baile ahora!

—*Tengo que irme* —informé a Elara, tragando al mismo tiempo el nudo que tenía en la garganta. En un momento tendría que entrar en una sala llena de jinetes—. *¿Estarás en la ceremonia de unión?*

*—Todos los dragones estarán allí. Ya estoy deseando que llegue. Aunque esta ceremonia siempre trae más preocupaciones tanto para los dragones como para los jinetes.*

*—¿Por qué?* —La miré sorprendida. ¿Qué quería decir con eso?

*—Cada vez nacen menos dragones que puedan unirse a un jinete. Cada año aumenta el riesgo de que un jinete se vaya con las manos vacías porque no hay dragón para él.*

*—Eso es terrible. Eso significaría la muerte de ese jinete.*

*—La muerte o una vida de soledad lejos de estas montañas.*

Sabía lo que significaba vivir en absoluta soledad y no le desearía ese destino a nadie.

*—Pero no te preocupes. Habrá un dragón para ti. Después de todo, eres la cazadora de la profecía.*

Le dediqué a Elara una leve sonrisa. Según el señor dragón, mi magia había despertado, pero aún solo sentía el pequeño resplandor en mi interior y no un don despierto. ¿De qué valía la Elegida de la profecía si no tenía poderes mágicos?

*—Creo en ti, pequeña cazadora* —dijo la dragona, acurrucándose contra mi costado por última vez antes de lanzarse desde la cornisa a las profundidades. Me habría encantado subirme a su lomo y volar con ella. Hacia la infinita libertad del cielo.

# CAPÍTULO 6



***Attilus me convenció***
***para acompañarle al baile real.***
***Al principio me negué,***
***No soy partidaria de las inspecciones de productos.***
***Pero mi mejor amigo hizo la promesa:***
***no tendría que bailar con el rey.***
***También me tentó con una visita***
***a la biblioteca real.***
***Así como una reunión con Hakon.***
***No pude resistirme y acepté.***
***Esperemos que no haya sido un error.***

**Del diario de Lady Adayla**

Hay toda una sala llena de jinetes de dragón esperándote —comentó Lenn mientras atravesábamos los laberínticos pasillos, poniéndome de nuevo nervosa—. No te preocupes —añadió entonces—. Te adorarán.

Sea como fuere, no me lo creía. Cuando llegamos a las magníficas puertas dobles que conducían al salón de baile, me preparé para enfrentarme a los muchos presentes que no me verían

más que como un arma. Un arma que debía ser aceptada para el fin al que estaba destinada. Nada más. Un murmullo de voces y el sonido de la música se oían a través de la madera de la entrada.

—¿Estás lista? —quiso saber y se soltó de mi brazo. Dio dos pasos a un lado para poner distancia entre nosotros y eso me hizo sentir completamente sola. Sin pensarlo, volví a atraerlo a mi lado.

—Sí, estoy lista —murmuré, aferrándome a él. Aunque no hacía calor en los pasillos del castillo, el sudor corría por mi espalda. No había nada malo en recibir algo de apoyo en una caminata tan difícil. Los lobos que me esperaban tras aquella puerta se abalanzarían sobre su presa pasase lo que pasase. Con Lenn a mi lado, me sentiría un poco más segura para dejar que las miradas de odio rebotaran en mí. Aunque ya sabía que seguirían llegando a mi interior, aunque no me permitieran mostrarlo al mundo exterior.

Antes de que Lenn pudiera abrir la puerta, levanté la barbilla, cuadré los hombros y me recordé a mí misma mi tarea. *Puedo ser la Cazadora,* repetí como un mantra. *Si soy fuerte.*

En ese momento, la puerta se abrió y la música y las conversaciones en voz alta se abalanzaron sobre mí. Lenn me apretó la mano, lo que me dio el apoyo que necesitaba para no estremecerme.

La sala estaba llena de jinetes, todos vestidos con túnicas festivas. Una orquesta estaba en medio de ellos, intentando tocar contra el ruido. El trono se había colocado al final de la sala, pero no veía al rey ni a su padre por ninguna parte. ¿Todavía no venían? Aplasté la esperanza tan rápido como apareció.

*Es tu fiesta de compromiso, gato tonto,* me regañé a mí misma. *Por supuesto que vendrá. Por lo menos el prometido.*

—Vamos —me susurró Lenn y tiró de mí para cruzar el umbral. Cuando entramos en el vestíbulo, todas las miradas se volvieron hacia nosotros y de repente se hizo el silencio. Tan silencioso que podía oír cómo se me aceleraba el corazón en el pecho. Bajé la mirada para serenarme antes de que tuviéramos que caminar entre la multitud hacia el trono.

Sin embargo, para mi fortuna, Lenn estaba acostumbrado a tales apariciones. Su postura se mantenía erguida y había orgullo en su

mirada. Tal vez disfrutaba de la atención, que solo nos estaban otorgando a nosotros dos en este momento. Así que fue él quien me condujo entre la multitud.

Me inquietaba la cantidad de gente presente y a cada paso que daba me costaba más no mirar al suelo delante de mí para evitar el inevitable odio.

*Debes levantar la cabeza. ¡Esta no es la forma en que una reina —La Reina—, entre en una habitación!*

Así que hice lo que tenía que hacer, me armé de valor y volví a levantar la barbilla para mirar a los ojos a todos los que nos cruzábamos.

Pero me encontré con una situación completamente distinta a la que esperaba. Donde pensaba que solo vería desprecio, resentimiento y asco en las miradas, descubrí lágrimas de emoción en los ojos de las mujeres y admiración en los de los hombres. Aquí y allá oí un susurro. *Adayla.* Susurraban el nombre de la última reina de la Eclaria unida.

Caminamos por el pasillo mientras todos me miraban embelesados. Confundida, intenté comprender lo que estaba pasando. ¿Era el vestido? Si era así, Eline de verdad dio un golpe maestro. Pero, ¿cómo podía un trozo de tela hacer algo así? ¿O tenía razón mi amiga y sí me parecía tanto a Adayla?

La multitud frente a nosotros se separó y entonces él apareció de pie frente a mí. Kayden. Su cabello negro, siempre alborotado, estaba ahora pulcramente peinado hacia atrás y, en lugar de su uniforme de cuero, llevaba una túnica azul y dorada que hacía juego con la mía. ¿Era una coincidencia? Su túnica se ajustaba a su torso musculoso y se estrechaba en la cintura. Llevaba botas altas con los pantalones y un cinturón de armas enroscado en la cintura, al que estaban sujetos los mismos cuchillos que *yo* llevaba en el muslo.

No obstante, me di cuenta de que en una de las fundas de su cinturón no había ningún arma. ¿Ese era el espacio para el mío? ¿Por qué no había tomado otra para él?

Despacio, examiné al rey, que hasta hacía poco había sido más que mi mejor amigo. Había sido mi amante, hasta que llegué a su rostro y lo miré a sus ojos color caramelo. Un cálido escalofrío me

recorrió la espina dorsal y un cosquilleo constante me invadió. El encuentro de nuestras miradas fue un relámpago que azotó todo mi cuerpo. El deseo hizo que sus ojos se encendieran y me miró con admiración.

La gente que nos rodeaba se difuminó en mi campo de visión cuando se acercó a mí, me hizo una reverencia y me cogió la mano.

La sensación de hormigueo que había sentido antes con cada una de sus caricias fue una tormenta en aquel momento. Mi cuerpo, mi alma, incluso el resplandor de mi interior parecía querer ir hacia él. Estar a su lado, de su cuerpo, de su alma y de su magia.

Esta sensación de urgencia fue tan fuerte que me hizo balancearme y pequeñas estrellas bailaron en mi campo de visión.

Cerré los ojos y respiré hondo.

Unos fuertes brazos me rodearon la cintura y, cuando levanté la mirada, me encontré con que el mismo deseo que me atenazaba, se arremolinaba en sus profundidades ambarinas.

Entonces me di cuenta de que estaba absoluta e irrevocablemente perdida en lo que a este hombre se refería…

*Jadina, cálmate,* intenté decirme a mí misma. Pero la proximidad de Kayden había convertido los latidos de mi corazón en un rugido tan fuerte en mis oídos que no podía oír ni mis propios pensamientos. Mis emociones oscilaban entre los sentimientos que aún afloraban en mí al verle y el miedo a ceder a ellos. ¿Y si volvía a hacerme daño? Sería mucho más seguro no volver a permitirle estar tan cerca de mí.

Así que obligué a mi cuerpo a mantener las distancias, en contra de sus propios deseos. Cada paso que daba lejos de él me dolía.

Kayden, sin embargo, no se dejó impresionar y acortó distancias poniéndose a mi lado, todavía con mi mano firmemente agarrada.

—*Rey* —siseé indignada, tratando de controlar el caos que reinaba en mi interior. La tensión de mi pecho amenazaba con asfixiarme.

—Mi *reina* —ronroneó el hombre a mi lado, lanzándome una mirada descarada—. Estás… preciosa esta noche —continuó en voz baja, dejando que la forma formal de dirigirse a mí se deshiciera en su boca. Le miré sorprendida y, de repente, el caos emocional que

había en mi interior desapareció. En realidad, había esperado que me pidiera perdón, igual que Nayda, Lenn y Dex, y que me lo explicara todo. Había esperado al menos esa decencia de su parte, pero ahora estaba aquí, frente a mí, burlándose de mí. Los demás invitados al baile y el verdadero motivo de la fiesta quedaron en el olvido.

¿A qué juego estaba jugando? Fuera lo que fuera, solo avivó una emoción en mi interior: mi ira.

Un gruñido escapó de mi garganta e hizo que la comisura de su boca se crispara. ¿Le estaba divirtiendo? Me estaba provocando adrede y lo sabía. Aunque nos conocíamos desde hacía poco tiempo, sabía que nunca hacía nada sin pensar. Entonces, ¿qué intentaba conseguir desafiándome de esta manera?

—¿O quieres que te siga llamando *Gato Montés*? —preguntó y mi mandíbula se tensó ante el término cariñoso. Si hubiéramos estado solos, sin el público, se habría desangrado a mis pies por aquel comentario.

Pero en lugar de eso, intenté relajarme y le sonreí con chulería. Bien, me uniría a su juego.

—Ese título está reservado solo para amigos.

Su expresión decayó un momento, pero enseguida recuperó la compostura y me dedicó también una sonrisa.

—Tienes razón, *gato montés*. Ya no soy un amigo. Hoy estoy convirtiéndome en tu prometido. Eso me pone por encima del título de amigo.

Este intercambio de golpes entre nosotros me sentó demasiado bien. Puso a descansar mis pensamientos sobre la profecía y mi magia.

—Bien. Como también soy tu prometida, tengo derecho a algo más que el título de *rey*. ¿Cómo debería llamarte? —Me golpeé la barbilla con el dedo índice y lo miré con expresión pensativa hasta que fingí que se me había ocurrido una idea excelente. Hice una breve pausa y mis labios se curvaron en una sonrisa falsa pero radiante—. He encontrado el nombre perfecto para ti —dije sonriendo, antes de continuar con una expresión carente de emoción —. A partir de ahora, te llamaré *asno*.

—No debo olvidar dar las gracias a Nayda por enriquecer tu vocabulario con expresiones tan… placentera —ronroneó Kayden, y las comisuras de su boca se crisparon de nuevo.

Pero mi respuesta se quedó atascada en la garganta cuando empezamos a movernos y nos dirigimos al trono individual. ¿Por qué solo había una silla? ¿Dónde debía sentarme? ¿En el regazo del maldito rey? Eso estaba totalmente fuera de lugar.

El pensamiento debería haber sonado enérgico, pero se difuminó en un mar de tantas emociones que una vez más subieron a la superficie de mi ser.

Como una serpiente que olfatea a su presa, el padre de Kayden se deslizó desde detrás del trono y me distrajo del problema de los asientos. Me miró con rabia. Sus ojos no dejaban de recorrer mi vestido y detecté algo parecido al nerviosismo, además de la ira. Así que no se había perdido los susurros y las miradas de todos los presentes. Menos mal.

Después, tendría que dar las gracias a Eline por el vestido. No solo era hermoso, sino también increíblemente poderoso, capaz de conmover a los espectadores hasta las lágrimas y la admiración, así como de poner al viejo rey al rojo vivo.

Más segura que antes, le sostuve la mirada con la barbilla en alto. Nunca conseguiría doblegarme, como había amenazado con hacer cuando nos conocimos. Cerré las manos en puños con determinación.

—Ay —gimió Kayden a mi lado y solo ahora me di cuenta de que seguía tomándome la mano. Aflojé el agarre—. Eso dolió, gato salvaje, pero sí, admito que de verdad me he ganado el título de *asno* en este momento. —¿Era eso un atisbo de disculpa? Se inclinó hacia mí—. Espero poder demostrarte en el futuro que soy mejor que eso —exhaló una promesa que provocó un aleteo nervioso en mi interior. Su aliento rozó mi mejilla con calidez, trayéndome recuerdos de tacto, calor y ternura que habían hecho flotar mi mundo durante un breve instante.

Sin darme cuenta, me había acercado a él, pero ahora vi que su mirada estaba fija en su padre. Su frialdad me devolvió al presente y di un paso atrás.

—Vas a tener que hacer un gran esfuerzo. —Mi voz, que debería haber sonado fuerte, estaba teñida de tristeza y decepción. Los ojos de Kayden revolotearon hacia mí al oír mis palabras y mis sentimientos se reflejaron en ellos.

—Lo sé —fue la única respuesta que dio. Pero la seriedad que resonaba en ella no tenía nada en común con sus provocadoras bromas anteriores.

Llegamos hasta su padre y al trono individual. Había un cojín de terciopelo rojo en uno de los escalones que conducían al sillón. Destacaba sobre el suelo claro como un charco de sangre en la nieve. ¿Qué significaba esto? ¿Sería este mi lugar? ¿Sentarme en el suelo, a los pies del rey?

Miré a Gronus con el ceño fruncido y apreté los labios con fuerza. El horror se mezclaba con la ira. Los sentimientos corrían calientes por mis venas y ya no podía reprimirlos. Volví a cerrar las manos en puños, con las uñas clavándose profundamente en mi piel y en la de Kayden. Pero esta vez no hubo ninguna queja ni sonido por parte de él. Aunque no quisiera admitirlo, su presencia me daba apoyo.

—Mi rey —ronroneó el anciano sin dirigirme otra mirada, señalando con la mano el asiento del gobernante e invitando a su hijo a tomar asiento.

—Padre —respondió Kayden con frialdad.

En lugar de sentarse, realizó un elegante giro y me levantó, haciendo que me sentara en el trono. Se me escapó un sonido agudo y sobresaltado de la garganta y, por mucho que intenté mantener la compostura, mi asombro se vio reflejado en mi cara. Kayden se arrodilló frente a mí, sobre la almohada roja, y depositó un suave beso en mi mano. Mi mirada pasó de Gronus al hombre que tenía delante.

—Mi reina —dijo, mirando de mí a su padre, a quien pude oír inhalar sobresaltado junto a nosotros. Ese sonido fue respuesta suficiente. La almohada estaba destinada a humillarme.

La satisfacción fluyó cálida por todo mi cuerpo. Relajada, me incliné un poco hacia atrás. ¿Era esto una declaración de rebeldía por parte de Kayden a Gronus? Sin embargo, en lugar de alegrarme por su valentía, el miedo y la desconfianza se volvieron a adueñar de

mí. Una nueva pregunta se manifestó en mi interior y me sumió en otro caos mental. ¿Y si los dos solo querían hacerme creer eso y en realidad estaban confabulados en este asunto? De nuevo me senté en la silla y me mordí el labio con nerviosismo. ¿Podría estar en lo cierto?

Antes de que pudiera seguir pensando en ello, todos los presentes se arrodillaron o hicieron una profunda reverencia.

Miré alrededor de la habitación con un nudo en el pecho. ¿Qué significaba esto? En la primera fila, vi a Len con Nayda y Dex, que también estaban arrodillados, pero sus ojos no estaban en el suelo como la mayoría de ellos. No, los tres miraban al padre de Kayden, con una mano ya en la empuñadura de sus armas.

—¡Levántense! —ladró el viejo rey a través de la sala. Desenfrenado, dio rienda suelta a su ira con dicha palabra. Los primeros asistentes al baile se pusieron tambaleantes en pie. Solo Kayden no se movió. El odio bullía en su mirada a Gronus.

Los recuerdos de las historias de Eline sobre los malos tratos que había sufrido a manos de su padre brotaron en mi interior y se extendieron por mi boca como bilis amarga. La sola idea de que un hombre como Gronus siguiese lastimando a Kayden, me hizo sentir un nudo en la garganta.

No importaba lo que estuviese sucediendo entre él y yo, no podía dejar que eso continuara. Tener que estar cerca de ese tipejo sin poder hacerle responsable de sus actos me dejaba sin aliento.

—Quiero bailar —dije con un grito ahogado y me detuve, tirando de Kayden hacia arriba y apartando la degradante almohada con el pie. Me miró sorprendido y la suavidad de su mirada aflojó las cuerdas que me atenazaban la garganta.

—¡Orquesta! ¡Por favor, toquen un vals! —ordené en voz alta antes de que pudiera cambiar de opinión, y corrí con Kayden de la mano hacia el centro de la sala, donde ya se había despejado una pista de baile para nosotros.

Podía sentir la ardiente mirada del padre de Kayden a mi espalda. Sin duda, Gronus hervía de rabia. El anuncio del compromiso tampoco se había producido aún y esperaba que siguiera así.

Mis padres fueron el único ejemplo de matrimonio que tuve y eso me dejó marcada desde entonces. Sabía que quería el amor y la confianza que se tuvieron el uno al otro y eso era algo que yo también quería cuando me casara. Nada menos. Casarme con un hombre por razones políticas, sin la base del amor y la confianza, me parecía una traición a mí misma. E incluso si no estaba segura de lo que sentía por Kayden en este momento, mi confianza en él estaba perdida.

En cuanto pisamos la pista de baile, se oyeron los primeros y dulces sonidos de la orquesta.

De acuerdo con la etiqueta, Kayden se inclinó ante mí, sin dejar de sostener mi mano entre las suyas.

—¿Me concedes este baile, mi reina? —suspiró, mirándome a los ojos. No, a mi alma. Su mirada, llena de tantas emociones, se clavó en la mía. Cuando descubrí el fuego del deseo en esta tormenta de emociones, tuve que tragar saliva. Sin embargo, asentí.

Lentamente, Kayden se acercó y casi como si estuviéramos de nuevo en mi cuarto de baño aquella noche, me rodeó la cintura con los brazos sin apartar la mirada.

No se me escapó el ligero temblor de sus dedos al tocar el borde de mi espalda. Como tampoco se le escapó el escalofrío que recorrió mi cuerpo en el mismo momento en que me tocó. El anhelo llenó hasta el último rincón de mi ser. El anhelo de poder retroceder en el tiempo y sumergirme de nuevo en la intimidad que habíamos compartido.

Kayden aspiró el aire y su pulgar acarició la tela con suavidad, que ocultaba un poco la visión de mi piel desnuda, pero permitía que su calor fluyera sin obstáculos. Era como si no llevara vestido en ese momento y solo pensarlo hizo que el cosquilleo se extendiera a mi anhelante vientre.

*¡Maldita sea!* ¿Por qué reaccionaba así ante él?

Algo incontrolado, me acercó más a su cuerpo, para dar al momento siguiente el primer paso de baile, que yo seguí sin vacilar.

Su respiración acelerada, que desde luego no procedía del primer giro en nuestra secuencia de pasos, me demostró que también estaba luchando con sus necesidades físicas. La lujuria que ahora

ardía en sus iris no me facilitó la tarea de refrenar mi propio deseo. Todo dentro de mí me urgía a estar cerca de él. Entregarme a él. En cuerpo y alma.

—Esta noche estás deslumbrante —susurró con voz ronca.

—Te estás repitiendo. —Las palabras estaban destinadas a caer sobre él con frialdad, como la hoja de una espada, pero en su lugar se mezclaron con un gemido porque Kayden pasó su mano por mi espalda baja—. Imbécil —empujé por detrás, con la esperanza de ocultar o incluso suprimir mis verdaderos sentimientos con otro intercambio de golpes.

—Tú también tienes un culo precioso con ese vestido —me devolvió Kayden, y la sonrisa torcida que jugueteó alrededor de sus labios hizo que me tirara del abdomen en lugar de la distracción que esperaba.

Debería haber esperado seis meses, no, un año entero, antes de aceptar quedar con él. Aunque dudaba mucho que el tiempo pudiera cambiar algo en nuestra atracción, que se había vuelto irrevocable desde nuestra noche juntos.

Aparté la mirada y la dejé deslizarse sobre los demás invitados al baile, que ahora formaban un círculo alrededor de nosotros dos y nos devoraban con la mirada. A una jinete de dragón de la primera fila le corrían lágrimas por las mejillas y otra dama, a la que también le brillaban los ojos, le entregó un pañuelo. Los hombres con los que nos cruzamos inclinaron la cabeza, asombrados, cuando nuestras miradas se cruzaron.

Todavía me inquietaba la reacción de los presentes. Me veían como alguien que no era. Una reina fuerte que les defendería. ¿Podría alguna vez estar a la altura de esa imagen? ¿Podría ser algo más que la imagen de mujer a la que me parecía? ¿O había mucho más detrás de esa admiración?

—¿Te preguntas por qué los invitados al baile te tratan con tanta reverencia y fascinación?

Las palabras de Kayden llegaron a mis oídos y mi mirada cayó de él expectante. Sabía leerme tan bien. El fuego de sus ojos seguía ahí, pero ya no parecía una hoguera de un metro de altura, sino llamas crepitantes en la chimenea.

—Sí —respondí, temiendo que mi voz y mi cuerpo me traicionaran una vez más con un gemido.

Kayden recorrió con la mirada mi vestido, que parecía arder en mi piel. Tragó saliva una vez y las llamas de sus ojos se encendieron por un momento antes de volver a calmarse. El calor en mi interior se hizo insoportable y traté de poner un poco más de distancia entre nosotros.

Con un gesto de la mano, Kayden indicó a los espectadores que se unieran a nosotros en el baile. Se lo agradecí mucho, pues así evitó que los presentes siguieran mirándome de esa manera tan fija.

—Antes de que la maldición cayera sobre nuestra tierra, Eclaria tenía una reina que, como tú, tenía el cabello negro y la piel dorada —empezó a decir Kayden con voz ronca—. En aquella época se celebraba un baile, el Baile real, en el que el rey debía elegir a su novia y, por tanto, a su reina entre las candidatas presentes. Lady Adayla, que se convirtió en su reina, apareció en esa ocasión con un vestido azul oscuro cubierto de purpurina.

*¡Igual que la mía!* Abrí los ojos. ¿Por qué Eline me puso este vestido? En un baile de compromiso que tanta esperanza inspiraría a los presentes al verme y al recordar a la reina Adayla.

De repente, el vestido me pareció demasiado ajustado para poder respirar en él.

—¿Y ahora quieres que la historia se repita eligiéndome como tu reina? —pregunté, sintiendo que el estómago se me revolvía nervioso al darme cuenta.

—No —respondió con calma. Su expresión se suavizó—. No, querida Jadina. Quiero que me elijas como tu rey.

Mi corazón pareció detenerse por un momento y mis entrañas se apretaron.

—¿Qué quieres decir? —Luché para que la pregunta saliera de mis labios.

—Quiero decir que solo me casaré contigo si me eliges como tu marido. Por amor y… —Las sombras se posaron en su mirada—. Confianza.

# CAPÍTULO 7



***Aún no estoy seguro de qué es lo más sensato:***
***separar a mi hijo de la cazadora después de que se case con ella, o dejar que consoliden su vínculo, tal y como lo dicta la profecía.***
***Sea cual sea mi decisión,***
***Necesito algún medio de presión para mantenerlos bajo control;***
***Porque lo que de ellos necesito, es el poder y beneficio que puedan proporcionarme.***
***En el de ellos está únicamente cumplir con la profecía y, por tanto,***
***Destruir el poder que tienen los cazadores.***

**Del diario de Gronus, Rey de los Jinetes de Dragones**

La tristeza resonó en su voz con la última palabra. *Confianza.* Pesaba mucho entre nosotros y parecía destruir la cercanía que habíamos creado durante el baile.

¿Podría volver a confiar en Kayden? La pregunta me daba vueltas en la cabeza, sin dejarme ningún otro pensamiento. Estaba tan

cansada de estar sola, de tener que esconderme siempre, de no poder confiar en nadie. Fue así desde que mis padres murieron.

Todo extraño y todo lo desconocido significaba peligro. Eso me enseñaron. No era fácil deshacerse de hábitos que estaban prácticamente horneados en ti. ¿O podría saltar por encima de mi sombra con Kayden? ¿Superar mi miedo?

Era más fácil saltar por encima de un profundo abismo a una altura vertiginosa en la prueba de jinete de dragón que abrir mi corazón a alguien.

Mis labios empezaron a temblar y me tragué la primera lágrima que empezó a formarse.

—Bien dicho, Rey —me reí sin gracia e intenté esconderme tras la máscara de la burla—. Como si eso fuera a cambiar algo de nuestra situación. Tu padre y la profecía exigen un matrimonio. Mis sentimientos no tienen importancia.

—Ya he informado a mi padre de mi decisión —respondió rígido, casi como si la mera mención de su tiránico padre le inquietara.

—¿Y crees que le importa tu decisión? —Qué ingenuo era al pensar que Gronus aceptaría dicha propuesta. Tal y como había visto a ese hombre hasta ahora, no me parecía alguien que renunciara a sus planes por otra persona. Ni siquiera por su hijo.

—Bueno, le dije que si se preocupa por la vida de su hijo y no quiere que me asesines mientras duermo, mejor que acepte.

La pesadez de la conversación anterior se disolvió en la nada con la sonrisa descarada que me dedicó. ¿Por qué me hacía imposible odiarle? Por mucho que me sacudiera la desconfianza, en el fondo no perdía la esperanza de poder perdonarle.

—A tu padre le costará que haya podido introducir de contrabando un arco y una flecha en nuestro lecho matrimonial sin que se dieran cuenta —intenté también mantener la ligereza entre los dos. Pero al pronunciar la palabra *lecho matrimonial*, el aire entre nosotros se cargó como si hubiera sido la manivela de una caja de madera, que a continuación reproduciría los sonidos de una música seductora. La lujuria se encendió de nuevo en los ojos de Kayden y avivó los míos. Todo en mi interior me dolía por él, por sus besos, por su tacto y por su amor.

—No, no un arco y una flecha, sino ese cuchillo con el que eres tan asombrosamente bueno.

Su mano se movió hasta mi cintura, donde se deslizó cada vez más abajo hasta que llegó a posarse a la altura del cuchillo. Mi cuerpo ardió. *Mi maldito cuerpo traicionero.* Me sentí mareada y solo ahora me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración mientras su mano me tocaba.

—Ese cuchillo que está blasonado en tu hermoso muslo desnudo. —Sus dedos se deslizaron un poco más por mi pierna hacia el cuchillo—. ¿O debería quitártelo aquí y ahora y erradicar el peligro?

En un rápido movimiento, su mano se dirigió hacia el artefacto. Pero en lugar de cogerlo, tiró de mí hacia él por la vaina, acortando al mismo tiempo la distancia que nos separaba. Enganchó los dedos bajo la correa en la cara interna de mi muslo y su cuerpo se apretó tanto al mío que pude sentir su excitación con claridad, que este peligroso juego desencadenaba en él, sobre mi estómago.

Ahora era yo quien inspiraba con fuerza. Mi centro palpitó de deseo. Kayden solo tenía que estirar los dedos y podría sentir cómo mi cuerpo reaccionaba ante él. Cómo lo ansiaba.

Mi pecho subía y bajaba frenético, y se me escapó un suspiro silencioso. Jadeante. Mi mirada se desvió hacia su boca.

Su cara estaba muy cerca de la mía y su aliento me rozaba la mejilla. Abrumada por mis propios sentimientos y las ganas de posar mis labios sobre los suyos, cerré los ojos.

—Cómo me gustaría besarte ahora —susurró justo encima de mi boca, como si hubiera leído el deseo en mis ojos cerrados. Podía saborear la agonía que acompañaba a estas palabras en mi lengua. *Bésame,* exigía una voz en mi interior y sentí su indecisión, su lucha interior.

Sin embargo, para mi sorpresa, soltó mi cinturón de armas y volvió a poner distancia entre nosotros durante el siguiente turno. La ausencia de su cercanía se derramó sobre mi cuerpo con un frío helado, dejando un vacío que me resultaba dolorosamente familiar.

—Pero no haré eso como tampoco te quitaré el cuchillo —dijo con voz ronca y decepcionada abrí los ojos—. Quiero que me elijas como yo te elijo a ti, mi gato salvaje.

La determinación apareció en su rostro. ¿Lo decía en serio?

Mis labios formaban palabras que no podía pronunciar. Mi corazón era un desastre.

—Tengo sed —me atraganté. Ya no podía soportar bailar con este hombre y la intensidad de su cercanía. Los dulces sonidos de la música me encendían el corazón, al igual que sus ojos—. Vamos a tomar algo —pedí, con la esperanza de ordenar mis sentimientos mientras recuperaba el aliento.

Kayden interrumpió nuestro paso y me tomó del brazo.

—Como quieras, *mi reina* —se burló de mí con una sonrisa irónica, y aunque la comisura de mis labios se crispó, consideré la posibilidad de darle un puñetazo en la barbilla como la primera vez que nos vimos.

No, eso no era lo que de verdad quería hacer. Quería arrastrarlo al armario de las escobas más cercano y obligarlo a poner su orgullo donde estaba su boca. Y más.

Pero ni siquiera se me permitía pensar eso. Así que dejé que me condujera con las rodillas débiles hasta el fondo de la sala, donde se había dispuesto un bufé. Kayden bajó dos vasos de una torre, llenos de un líquido espumoso, y me entregó uno.

El baile, pero sobre todo el calor de la conversación, me provocaron mucha sed, así que me acabé el vaso de un trago. La bebida fluyó por mi garganta refrescante, y la sensación de hormigueo se extendió por mi estómago vacío.

Antes de que pudiera volverme hacia los innumerables platos y cuencos, Kayden ya me estaba tendiendo un pastelito, que estaba servido justo al lado de la torre de cristal.

—Prueba esto. Sabe delicioso con el vino.

También cogió uno para él y ahora se lo llevaba a la boca. Mientras se chupaba los dedos, en los que aún quedaba algo de azúcar en polvo, me veía socarrón. *¡Estúpido!* Lo hizo a propósito.

Miré con desconfianza el pastel que tenía en la mano. Nunca había probado algo como esto, mucho menos el vino.

—Estos dos manjares solo se sirven en ocasiones especiales —respondió Kayden a mi pregunta no formulada.

Pero antes de que pudiera darle un bocado, el padre de Kayden apareció de repente a su lado. Una vez más, llevaba una máscara de compostura, pero no me engañó. Reconocí el odio y la ira con que me miraba. ¿Qué le hice yo para que me mirada de esa manera? ¿O sus sentimientos iban dirigidos contra mi pueblo?

—Entonces, ¿lo están pasando bien con la bebida, los bocadillos y la ocasión? —preguntó sin interés.

—Padre, por favor, déjenos solos —exigió Kayden con una inconfundible inseguridad en la voz que no solía reconocer en él.

Como si no hubiera oído a su hijo, se interpuso entre los dos y su fría mirada se deslizó sobre mi vestido.

—Qué vestido tan magnífico. —Extendió la mano hacia la reluciente tela, pero antes de que pudiera tocarla, di un paso a un lado. Temblando, sus dedos alcanzaron el vacío y tiró de mi brazo contra su cuerpo.

—Me trae tantos recuerdos —siseó ahora, con su mal aliento quemando las palabras en el aire entre nosotros—. Cuando lo vi, me pregunté cómo una pequeña cazadora podía saber que nuestra antigua reina había llevado un vestido similar. En el baile real. —Se acercó un poco más—. Pero entonces recordé quién es tu doncella. Eline.

Su nombre salió de su boca como si escupiera algo venenoso y el miedo se abrió paso hasta lo más profundo de mi conciencia. ¿Por qué la mencionaba?

—Por supuesto que la castigaré por este acto de… ¿cómo debo llamarlo? ¿Incitación a la rebelión? ¿Traición? —Una sonrisa diabólica convirtió su rostro en una mueca aterradora e involuntariamente me rodeé el torso con los brazos. Al instante, Kayden estaba a mi lado, agarrándome por la cintura y tirando de mí contra su cálido costado. Por mucho que odiara admitirlo, su cercanía me daba el apoyo que necesitaba en aquel momento.

—¿Qué intentas decir, padre? ¿Dónde está Eline? —le espetó enfadado a Gronus.

El hombre tomó un vaso de vino espumoso.

—¿En este momento? En la cámara de tortura para forzar una confesión.

No pude reprimir un grito de sorpresa y Kayden, a mi lado, también se estremeció ante las palabras de su padre.

—Mañana, sin embargo, será llevada ante el verdugo.

Sentí frío y no pude evitar que todo mi cuerpo temblara.

—¡Lenn! —dijo Kayden, sin apartar los ojos de su padre. Solo entonces me di cuenta de que Lenn, Dex y Nayda se habían colocado detrás del bufé, con las manos en las empuñaduras de sus armas.

—A ver si la afirmación de mi padre es cierta —ordenó y Lenn salió corriendo de la habitación.

—¿De verdad crees que no diría la verdad en un asunto como éste? Hijo mío, deberías conocerme mejor que eso. Sabes por experiencia propia que nunca rehuiría lo que considero un castigo apropiado.

Kayden se puso rígido a mi lado y percibí que su cuerpo volvía a sentir la agonía por la que había pasado en el pasado. Esto no era una actuación. La reacción y los sentimientos de Kayden eran reales. No importaba cuánto quedara por resolver entre nosotros, Gronus era nuestro enemigo común en este momento.

Así que acaricié tranquilizadoramente la espalda de Kayden, trayéndolo del recuerdo al aquí y ahora. Me abrazó un poco más fuerte en agradecimiento por este gesto.

—No tienes pruebas de que haya cometido traición. Coser un vestido no es un delito —defendí a Eline.

—Cazadora, ¿de verdad crees que necesito justificar una ejecución? Lo que yo diga se llevará a cabo sin que nadie lo cuestione. Eso es lo que significa el verdadero poder. —Se rio y tomó un sorbo de su bebida. —Luego nos miró a los dos como si fuéramos un par de niños a los que hubieran privado de sus golosinas—. Oh, no pongan esas caras. ¿O es que acaso les importa la criada?

¿Por qué hizo eso? Sabía muy bien que Kayden quería a la mujercita como a una madre. Después de todo, fue ella quien lo crio. Sus palabras avivaron la rabia que llevaba dentro y apreté los puños, clavando los dedos en la tela de la túnica que Kayden llevaba a la espalda.

—¿Por qué? —espeté a Gronus y levanté la barbilla esperando su respuesta.

—¡Porque frustró mis planes! —gritó sin control y dio un paso hacia mí. Kayden intentó apartarme de él, pero me mantuve firme. Fuerte e inquebrantable, aunque temblaba por dentro—. Todos aquí deben verte como la pequeña cazadora sin magia indigna de casarse con el rey. *La rata del desierto* a cuyo pueblo debemos destruir para eliminar por fin al verdadero enemigo y acabar con la maldición. La ladrona que, con su victoria, nos roba uno de los cada vez más raros dragones a los jinetes de dragones en la ceremonia de unión.

Su voz casi se quebró y solo ahora me di cuenta del escudo que Gronus había colocado cuidadosamente sobre nuestro pequeño grupo para que nadie pudiera oír su arrebato. Sus palabras me revolvieron el estómago. Pretendía echarme a los lobos. Sin que él tuviera que mover un dedo, yo no habría sobrevivido mucho tiempo en este castillo. Eline me salvó la vida con el vestido. Jugó con los recuerdos de todos de una reina a la que todos habían amado y respetado y les dio la esperanza de que la historia se repetiría. Ahora Gronus la hacía sufrir por ello.

—Monstruo —le escupí a los pies.

—Ts, ts, ts, rata del desierto. ¿O también quieres acabar en una de mis adorables celdas del calabozo? —Gronus respondió de forma relajada. Parecía haber recuperado el control de sí mismo y de sus emociones. Kayden me apretaba contra su cuerpo con todas sus fuerzas. Su padre miró de mí a él—. Sin embargo, son una pareja tan hermosa. Es una pena que no quieran anunciar su matrimonio.

Todo en mi interior se tensó y mi mirada se disparó hacia Kayden. También era la venganza de su padre por haberse rebelado contra él y haberme negado a casarme con su hijo. Vi la misma comprensión en los ojos de Kayden y se puso pálido. ¿Sería siempre así? Si no nos plegábamos a la voluntad de Gronus, ¿nos amenazaría con la vida de nuestros amigos? ¿Era este su plan para mantenernos bajo control mientras abusaba de su poder para destruir a mi pueblo y subyugar al suyo? Un verdadero tirano.

Me entraron náuseas y el vino se me atascó en la garganta. La idea de cómo sería nuestro futuro como marionetas de Gronus casi

me provocó arcadas.

En ese momento, Lenn irrumpió en la sala. Incluso desde la distancia, pude ver por su expresión que Gronus no mentía. Eline estaba en la cámara de tortura y probablemente estaba soportando un sufrimiento insoportable. Por nosotros.

—¿Qué podemos hacer para probar que Eline es inocente? —exclamé con los dientes apretados. En ese momento, deseé tener ya todo el poder del que hablaba la profecía, solo para poder destruir a ese tirano.

—Déjame pensar —caviló, con una sonrisa aún más amplia. Sabía que había ganado—. ¿Qué tal si anuncian esta noche que mañana celebraremos su boda? Eso podría convencerme de la inocencia de Eline.

Kayden no dijo nada. Acababa de prometerme que no tenía que casarme con él mientras yo no quisiera. Y si lo hacía, solo por amor y confianza. Su silencio demostraba que quería aferrarse a esas palabras a pesar de todo. Pero la vida de Eline estaba en juego. No podíamos abandonarla. Para este momento, estaba convencida de que Kayden ya estaba haciendo docenas de planes para liberarla, pero subestimó la crueldad de su propio padre. Mandaría matar a Eline en cuanto rechazáramos su proposición, y entonces sería demasiado tarde para cualquier operación de rescate. No teníamos más remedio que aceptar este matrimonio precipitado y forzado.

Con los ojos todavía fijos en Kayden, carraspeé para que me salieran las palabras que no deberían haberme costado tanto decir.

—De acuerdo. Nos casaremos mañana y dejarás a Eline tranquila.

# CAPÍTULO 8



***Solo puedo esperar que el destino de Jadina***
***se una a alguien,***
***que pueda domar a nuestra pequeña marimacho,***
***pero que no quiera doblegar su carácter.***
***Que quiera cabalgar junto a ella.***
***Solo así el poder de mi hija***
***podrá desarrollarse plenamente.***

**Del diario de Xoran,**
**Exgeneral del ejército eclariano**

Kayden me miró con una disculpa en los ojos. No podría cumplir lo que acababa de prometerme.

Una pesadez de plomo se extendió por mí, amenazando con arrastrarme a mi propia oscuridad. Con esas palabras, me encadené a Kayden. Pero esa decisión aseguraba la vida de mi amiga. *Eso es todo lo que importa ahora.*

—Me alegro de que hayamos podido llegar a un acuerdo después de todo. Ordenaré a los guardias que detengan la tortura. Sin embargo, no podrá abandonar la mazmorra hasta después de tu boda. No quiero que me traiciones después de esto.

Una nueva fuerza fluyó por mis venas ante las palabras de Gronus y me enderecé hasta alcanzar toda mi estatura. No quería que pensara que mi destino me dominaría y debilitaría. Yo había tomado esta decisión. No él.

—Pero se permitirá que un sanador la vea y la trate. Y tras su liberación, estará bajo nuestra protección —negocié el bienestar de Eline, mirando al tirano que teníamos delante con un escalofrío mortal en las venas. Algún día pagaría por esto. Me lo juré a mí misma.

—Está bien —aceptó—. Sin embargo, ni ustedes dos ni sus lacayos pueden visitarla hasta después de la boda.

—Entonces, ¿cómo vamos a saber que cumplirás tu palabra? —La aguda voz de Kayden cortó el opresivo silencio que se había apoderado de mí. Aliviada, le miré. Tal vez, no estaba luchando sola.

—Tendrás que confiar en mi palabra —le espetó su padre.

—No —respondió Kayden con firmeza—. Te atarás a un juramento mágico.

Las cejas de Gronus se alzaron. Al parecer, estaba tan sorprendido como yo por las fuertes palabras de su hijo.

—Parece que has aprendido algo —dijo el viejo rey con sorna y le ofreció la mano a Kayden, que la cogió en el instante. Una banda roja brillante se extendió alrededor de sus manos.

—Pero recuerda esto. Cada vez que no te pliegues a mi voluntad, haré que alguien cercano a ti sufra por ello —gruñó el tirano antes de soltar la mano de Kayden como si se hubiera quemado con ella.

Mi mirada se dirigió a Nayda, Lenn y Dex. Gronus sabía muy bien cómo y dónde atacarnos. Nos tenía en la palma de su mano. Pero, ¿por qué quería mantenernos bajo control? ¿Estaba tal vez planeando movimientos contra los cazadores que sabía que no me gustarían, que no nos gustarían? Gronus era un hombre cruel y no quería ni imaginarme qué terribles escenarios bélicos estaría ideando en su cabeza para mi pueblo. Un escalofrío me recorrió la espalda y me dejó sin aliento por un momento.

—Y ahora ten la bondad de anunciar tu boda para mañana —ordenó, tomando un pastelito de pasada y desapareciendo entre los espectadores.

Como el aguijón de un alacrán, sus amenazas hirieron mi corazón y mi alma. Luchar por mí misma y arriesgar mi propia vida, eso podía hacerlo. Pero se trataba de las vidas de mis amigos.

Mis rodillas se debilitaron de repente y los bordes de mi campo de visión se volvieron negros.

—¿Estás bien? —preguntó Kayden a mi lado y me di cuenta de que estaba apretando más fuerte su agarre alrededor de mi cintura, intentando darme apoyo.

Sin mirarle, asentí con la cabeza, solo para sacudirla al momento siguiente.

—¡No! —exclamé, ignorando a los espectadores—. No pasa nada —dije un poco más bajo. La rabia y el sentimiento simultáneo de impotencia ya no podían reprimirse. Me recorrió el cuerpo como lava caliente y me devoró por dentro. Un sollozo salió de mi garganta y, aunque quise gritar por el dolor, solo lo acompañó un suave graznido.

—Gronus nos tiene en la palma de su mano, Kayden. Lo sabes tan bien como yo. —Una vez más, mi mirada se desvió hacia nuestros amigos, que ahora estaban de pie junto a nosotros. Bajaron la mirada inseguros—. Ya tiene a Eline en su poder y no dudará en dañar a Nayda, Lenn o Dex. No podemos poner sus vidas en peligro.

Miré desesperada a Kayden, esperando que tuviera una solución, pero sus ojos solo reflejaban mi propio horror.

—Que sea nuestra decisión, chica —dijo Lenn con una sonrisa de disculpa.

—Lenn tiene razón. No muestres ninguna consideración por nosotros —gruñó Nayda, visiblemente molesta. No sabía si se trataba de nosotros o de Gronus.

—Solo puedo estar de acuerdo con eso —se unió ahora Dex.

—¿Y cómo reaccionarían si se invierten los papeles? —pregunté al grupo. Había consternación en sus rostros al darse cuenta de que tampoco podrían sacrificarnos.

—Jadina tiene razón —dijo Kayden, tranquilo—. No pondremos en peligro la vida de nadie. Eso significa que tendremos que aceptar

lo que Gronus nos pida hasta que encontremos una salida, pero podemos usar ese tiempo para hacer un plan.

Sabía que este jinete de dragón estaba de nuevo haciendo planes en su mente.

—Así es —coincidí con él—. Solo tenemos que asegurarnos de que Gronus se lo crea.

Suspirando, me pasé las manos por la cara y esperé no haber arruinado el maquillaje que Eline me realizó. Debajo había un campo de escombros, causados por Gronus, que tenía a mi amiga en sus garras. Pensar en ella y en su situación actual me hacía sentir enferma. Luché por reprimir otro sollozo. Nada más importaba ya. Ni la profecía, ni mi magia, ni siquiera mis sentimientos. Primero debía liberar a Eline de las garras del tirano. Y si eso significaba formar equipo con Kayden, Nayda, Lenn y Dex, que así fuera. Era una alianza forjada en la adversidad y no tenía nada que ver con nuestra amistad anterior.

—Que los cuatro estemos en el mismo barco en esto no significa que haya olvidado lo que pasó —aclaré, viendo cómo Nayda, Lenn y Dex se estremecían como si les hubiera dado una bofetada. Kayden, a mi lado, se puso rígido y bajó el brazo que aún tenía alrededor de mi cintura. La frialdad que llegaba a ese punto dolía incluso más que las amenazas de Gronus y la victoria de hoy.

Nayda dio un paso hacia mí.

—Sabemos que te hemos hecho mucho daño. Nos gustaría explicártelo. Por favor, danos la oportunidad de hacerlo.

Todos, excepto Kayden, me miraron y pude ver en sus miradas tristes lo mucho que les molestaba esta situación. Tanto como a mí.

—Me parece bien. Pero solo después de esta maldita boda —cedí y las caras de los tres se iluminaron un poco. Un peso invisible que siempre me había hecho sentir el corazón más pesado en el pecho de repente se hizo mucho más ligero.

—Gracias, Jadina. Te lo agradecemos —dijo Dex, señalándome con la cabeza.

—Ahora tenemos que anunciar esta *maldita boda* —me recordó Kayden con mis propias palabras nuestra promesa a su padre. Parecía más distante que antes, lo que me produjo una punzada que

traté de ignorar. Aun así, me tendió el brazo—. Terminemos con esto.

Sin mediar palabra, me agarré a su brazo y dejé que me llevara de vuelta al trono.

—Lo siento —susurró, y esas pocas palabras se extendieron sobre mí como una manta cálida. No necesitaba decirme qué era lo que exactamente sentía. Ya lo sabía. Quiso librarme de un matrimonio precipitado, pero no pudo. La promesa a su padre nos lo impedía.

—Lo sé. —No había nada más que decir, pero aun así le dediqué una pequeña sonrisa.

—Estoy consciente de que cometí muchos errores —continuó en voz baja. ¿A qué venía todo esto? ¿Quería mi absolución justo antes de anunciar nuestro compromiso para sentirse mejor? ¿Cómo podía querer hablar de eso ahora? El nerviosismo se apoderó de mí y sentí que una garra invisible me apretaba el corazón.

—Kayden, es un matrimonio político. Siempre ha existido algo así. No hace falta que seamos amigos ni que nos amemos —repliqué con más dureza de la necesaria, y la palabra *amor* se convirtió más bien en un murmullo. «Por favor, no me des explicaciones ahora», supliqué en silencio. Si ahora admitía que todo lo que sucedió, lo planificó con tiempo y que en verdad jugó tanto conmigo como con Cilia, entonces no sabía de dónde sacaría fuerzas para quedarme quieta. El baile, la conmoción de saber que Eline estaba cautiva y el inminente anuncio de nuestro compromiso me quitaron todas las que tenía. Todo mi ser quería salir corriendo del salón y arrastrarse bajo el edredón de mi dormitorio. Como cuando era pequeña y mi padre me hablaba de los dragones. Pero ahora no podía huir.

—Lo sé —respondió, y no pude ignorar la tristeza que resonaba en su voz. Me llegó al alma, al corazón, donde se fundió con el mío.

—Ojalá pudiéramos sacar a Eline de la celda ahora mismo —dije.

—Yo también —aceptó con un suspiro.

Estuvimos en silencio el resto del camino. Cada uno perdido en sus propios pensamientos. La orquesta tocó otro vals y me habría encantado dejar atrás todos mis problemas y preocupaciones, arrastrar a Kayden a la pista y bailar con él hasta altas horas de la

madrugada. Pero yo no era una de las princesas de los cuentos de mis padres. Esas que iban por la vida cantando y bailando y acababan casadas con su príncipe azul.

Solo era una pequeña cazadora que se había colado en una historia demasiado grande y trataba de sobrevivir.

—Tengo una idea de cómo podemos sacar a Eline del calabozo hoy. —Las palabras de Kayden llegaron a mí de repente—. Confía en mí. —Me miró suplicante.

¿Confiar? Esperaba mucho de mí con esta petición.

—Sácala de ahí —evadí su súplica—. No me importa nada más.

Sin reaccionar a mi respuesta, Kayden hizo un gesto a Dex para que se acercara y le susurró algo. Lo miró sorprendido, para luego mirarme a mí con el ceño fruncido.

—¿Si es eso lo que quieres? —preguntó inseguro.

—Sí —respondió y Dex desapareció entre la multitud.

¿Qué era exactamente lo que Kayden estaba planeando? Dex parecía muy desconcertado. Antes de que pudiera preguntarle al rey a mi lado, llegamos al trono.

Esperando que Kayden ocupara esta vez su asiento como legítimo gobernante de los jinetes de dragones, quise situarme a su lado. Nada ni nadie me llevaría al cojín a sus pies. Gronus había ganado hoy, siempre, pero no conseguiría mi honor y mi orgullo. Levanté la barbilla con decisión.

Pero mi prometido me empujó hacia al trono y me dijo que me sentara. Gronus montaría en cólera. Eso me gustó. El tirano nos tenía en sus manos con la boda, pero debíamos demostrarle que no le teníamos miedo.

Así que tomé asiento, extendiendo la falda de mi vestido sobre el terciopelo rojo que cubría el asiento, mostrando una vez más su reluciente esplendor. Mi pequeña arma personal que Eline había hecho brillar. No debería haber pasado por la agonía de la tortura por nada.

Kayden se puso a mi lado y me cogió la mano. ¿Era para hacer creer a los presentes que éramos el uno para el otro? ¿O para mostrar unidad a su padre? No lo sabía, pero ambas razones tenían

sentido para mí. Así que no aparté la mano ni siquiera cuando entrelazó sus dedos con los míos.

Como dos piezas de puzle que encajan a la perfección, la conexión que tengo con este hombre me atravesó de lado a lado. Su piel se acurrucó contra la mía e hizo que mi estúpido corazón latiera más rápido. *¡Maldita sea!* Eso no facilitaba las cosas.

En ese momento, Dex entró en la sala y, para mi asombro, le acompañaba la sacerdotisa que había rezado la oración a la Gran Madre durante la misa en memoria de Fenja, que había muerto en la primera prueba.

Se acercó a nosotros con pasos rápidos y su vaporosa capa roja era casi como un faro que se extendía por la habitación. Todos los presentes le hicieron sitio con respeto. Se detuvo frente al trono e hizo una reverencia.

—Me mandaste llamar. —No era una pregunta, sino una afirmación. Una sonrisa de complicidad adornó sus labios.

—Gracias por venir tan rápido, Sacerdotisa Rosaria. Entonces podemos empezar enseguida —dijo Kayden y se volvió hacia Dex—. ¿Conseguiste lo otro que te pedí? —quiso saber y su amigo asintió. Observé con la respiración contenida y me pregunté si la realeza de verdad necesitaba una sacerdotisa para anunciar unos esponsales. ¿Qué tramaba Kayden?

—¿Estás preparada? —me preguntó. Asentí insegura.

De repente, la incertidumbre apareció en el rostro de Kayden mientras me ayudaba a bajar del trono.

—Si no puedo cumplir tu deseo de no tener que casarte conmigo, al menos quiero cumplir otro deseo —me susurró y me miró embelesado. Su sonrisa de disculpa y ternura se quedaría conmigo para siempre. Se grabó a fuego en mi corazón y todo mi ser saltó de alegría. Fuera cual fuera su plan, lo seguiría.

Para no mostrarle esa emoción, dejé que mis ojos se clavaran de nuevo en la sacerdotisa, que me saludó con una benévola inclinación de cabeza.

Gronus se acercó hacia nosotros con la cabeza roja y brillante, pero antes de que pudiera alcanzarnos, Kayden se volvió hacia los asistentes del balón, pidiendo su atención.

La orquesta dejó de tocar y todas las miradas se volvieron hacia nosotros. En el último momento, Gronus frenó su carrera hacia nosotros.

—Hoy tenemos algo más que celebrar que la victoria de esta fantástica mujer que, según la profecía, nos salvará. —Con un elegante movimiento, levantó mi mano hasta sus labios y la besó. Su intensa mirada se clavó en la mía y, por un breve instante, el mundo que nos rodeaba pareció desaparecer. Solo estábamos él y yo. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal y, una vez más, el hormigueo anhelante casi me volvió loca.

—Como una aparición de nuestra amada reina Adayla, hoy ha entrado en el baile y como entonces, hoy lo abandonará como mi consorte y vuestra reina.

*¿Consorte y reina?* Miré a Kayden con una mezcla de horror y asombro, mientras los invitados al baile prorrumpían en vítores de alegría.

# CAPÍTULO 9



***El matrimonio entre un jinete***
***y una cazadora siempre es algo especial.***
***No se trata solo de la unión de dos pueblos,***
***sino también de dos corrientes mágicas diferentes.***
***Con el Rey Ryland y la Reina Adayla, sin embargo,***
***fue algo más que el matrimonio entre***
***un jinete y una cazadora.***
***Eran mágicos fuegos artificiales.***

**De las notas de Hakon,**
**Consejero del Rey Ryland**

P*or los dioses!* Kayden quería que el matrimonio se celebrara justo ahora para que Eline no tuviera que quedarse en la celda hasta mañana. Esa era su forma de complacer mi deseo.

Ahora también se me dibujó una sonrisa en los labios. Esto cambiaría el juego de Gronus a nuestro favor. Obviamente sospechaba lo que Kayden estaba planeando. Pero ya no podía impedirlo. Gracias al juramento mágico, aún tenía que atenerse al acuerdo y liberar a Eline justo después de nuestra boda. Sin importar cuando tuviera lugar.

—Gracias —le susurré a Kayden, que me dedicó una sonrisa traviesa.

—Ojalá pudiera hacer más.

La sacerdotisa se volvió hacia el salón de baile en ese preciso momento y los vítores se apagaron de inmediato. Se hizo el silencio en la gran sala y un sentimiento de solemnidad invadió a los presentes. Al mismo tiempo, me invadió un nerviosismo atroz. *¿Qué hacía aquí? ¿Cómo había llegado a esto, a casarme con el Rey de los Jinetes de Dragón después de todo?* Aunque la Gran Madre tuvo piedad, evitando que tuviera que tomar al tiránico padre como esposo, esta situación no era decisión mía. ¿Era un error creer que siempre hay una oportunidad para escoger?

No, esto también fue mi propia elección. Acepté un compromiso por mi propia voluntad. Bajo coacción del viejo rey, pero no por la voluntad de otro. E incluso ahora, en este momento, podría haberme negado a casarme con Kayden, pero no lo haría. Elegí la felicidad de los jinetes y no la mía. Eso era parte de mi deber, de mi destino, ¿no? Si alguien me hubiera predicho esto hace unos meses, me habría reído a carcajadas.

—Nos hemos reunido aquí para presenciar la unión entre dos amantes —anunció Rosaria con voz tranquila, y sin embargo sus palabras calaron hondo en mi alma y la estremecieron tanto que un temblor recorrió mi cuerpo. Este matrimonio no era una verdadera unión amorosa, sino un compromiso por la libertad de Eline. Una moneda de cambio político. ¿No lo veía? Me habría encantado sacudirla y gritarle que se retractara de esas palabras, que contenían tantos deseos y anhelos. Pero, ¿qué habría cambiado? No habría hecho desaparecer la jaula en la que me había metido con este matrimonio. Así que guardé silencio, me tragué la protesta contenida que me ahogaba la garganta y miré estoicamente a una distancia indeterminada mientras ella seguía hablando.

—Es el matrimonio entre una cazadora y un jinete de dragón, ambos destinados a ascender al trono. Un acontecimiento que era tradicional antes de que llegara la maldición, pero que en estos tiempos de guerra es especial y crea esperanza. La Gran Madre ha

reunido a estos dos amantes, ha unido sus almas y les recompensará por su amor.

*¡Otra vez esas palabras! ¡Amantes! ¡Amor!* Todo se tensó en mi interior y necesité de mi autocontrol para no jadear en voz alta. A mi lado, Kayden se estremeció al oírla y la miró con los ojos muy abiertos. ¿Qué le pasaba? Su comportamiento me hizo dudar aún más de si aquello era lo correcto. Mi mano viajo hacia mi escote. Necesitaba respirar. *Inspirar. Espirar.*

*¿Por qué su reacción me aprieta aún más las entrañas y me produce una presión sorda en el pecho?*

Rosaria se volvió hacia nosotros. Me sonrió un momento y, de algún modo, no pude evitar la sensación de que sospechaba lo que yo estaba pensando.

—Tómense de las manos —nos pidió, ante lo cual Kayden se volvió hacia mí y me miró suplicante. Me tendió la mano que tenía libre incitándome. Tuve que tragar saliva. Cuando era niña, mi madre me leía a menudo un libro de cuentos. Después, soñaba durante días con un apuesto príncipe que me salvaba de un dragón con su arco y flecha. Después, mi fantasía siempre terminaba en una hermosa y magnífica boda con ese mismo héroe. Para mí, la idea de encontrar la felicidad con un hombre así, como en las bellas historias, era el único amor verdadero por el que luchar. Seguro que muchas niñas soñaban con lo mismo.

Pero ahora, como las mujeres de los cuentos de hadas, me encontraba aquí, en un castillo frente al rey, y el esplendor que solía cubrirlo todo en mi imaginación se había convertido en alquitrán negro y apestoso. Ya no era una niña y desde entonces tantas habían sacudido mi mundo para que pudiera aferrarme a mis sueños por más tiempo.

Mi mirada se encontró con la de Kayden. Sus ojos se posaron en mí. De repente irradiaban cierta relajación, una serenidad que nunca antes había visto en él. Parecía más resignado que yo a nuestro destino.

Me sumergí en su color caramelo y, de repente, yo también me tranquilicé por completo. Era como si su mirada fuera capaz de mantenerme erguida, de darme fuerzas. Y entonces supe que no

necesitaba tener miedo de esta conexión. Que todo iría bien. Kayden no me forzaría a nada ni intentaría doblegarme, a pesar de nuestro matrimonio. A diferencia de su padre.

Así que puse mis manos en las suyas y, por primera vez en días, el cosquilleo de nuestro contacto se sintió cálido y agradable. El brillo de mi pecho se encendió y aleteó excitado por el placer de la cercanía de él. Todo mi cuerpo ardía, al igual que el del hombre que ahora se hundía también en mi mirada.

Nos miramos en silencio y me sentí más cerca que nunca de su corazón. ¿Se debía a la magia de la ceremonia?

—Gran Madre, esta mujer y este hombre se presentan ante ti para contraer el vínculo matrimonial. —Las palabras de Rosaria me arrancaron de mis pensamientos—. Dales tu bendición eterna, ayúdales a tratarse siempre con respeto y amor y guíales en los momentos buenos y difíciles.

Ya estábamos en tiempos difíciles y si alguna vez llegaban los buenos tiempos, probablemente seguiríamos caminos separados a partir de entonces. Pero para superar juntos todas las dificultades que se nos presentasen, no hacía falta amor, sino mucho más que respeto. Nuestra prueba era confiar el uno en el otro. ¿Seríamos capaces de hacerlo?

—Gran Madre, forja el vínculo que los unirá por toda la eternidad —las palabras de Rosaria resonaron con fuerza en el silencio de la sala. Había cerrado los ojos, vuelto la cara hacia el techo y su larga melena rubia, que caía como arena del desierto sobre su capa roja, empezó a brillar.

Una cinta roja y brillante salió de las manos de la sacerdotisa. Observé con asombro cómo se elevaba hacia una de las arañas que había sobre nosotros y, de repente, se disparó hacia abajo. Fría y cálida al mismo tiempo, envolvió nuestras manos.

Murmurando en voz baja, la sacerdotisa pronunció palabras que yo desconocía y cayó en trance. Su cuerpo estaba petrificado, solo sus labios se movían para pronunciar el conjuro.

Se detuvo de golpe y, en ese mismo instante, el brillo de mi pecho empezó a hormiguear. Un cosquilleo que sin preverlo se

convirtió en tormenta, hasta que tuve la sensación de que estallaría en cualquier momento.

*¿Qué sucedía?* Presa del pánico, miré a Kayden, que mantenía los ojos fijos en mí. A través de la ropa que llevaba, vi un resplandor en su pecho y, justo cuando mi pecho estaba a punto de estallar, un rayo de luz azul salió disparado de él. Sin inmutarse, se elevó. Era tan hermoso como un río a la luz del sol, abriéndose paso a través de la tierra seca para hacerla florecer.

Fue entonces cuando me di cuenta de que la cinta verde y brillante volaba hacia la azul. Confusa, miré hacia abajo y me di cuenta de que había brotado de mi interior. ¿Era esta mi magia? ¿Esa que creía que no existía y que acababa de despertar? Esta cinta, que brillaba con tanta fuerza y potencia y no como la gota atrofiada que siempre imaginé, demostraba que el señor dragón tenía razón. Yo era más de lo que pensaba.

Las lágrimas me nublaron la vista y el verde se convirtió en un mar de praderas y bosques, alimentado por el río azul. Mientras las lágrimas corrían sin freno por mis mejillas y veía cómo las dos cintas se envolvían la una en la otra, se entrelazaban y luego caían en picado juntas sobre nuestras manos para unirse a la luz roja de Rosaria, mi visión se aclaró.

Los espectadores cayeron de rodillas, con las cabezas inclinadas. Solo Gronus permaneció de pie en medio de la sala. Erguido y como un monumento a nuestro destino. Su mirada se clavó en nuestras manos. En ella brillaba la ira, pero también algo más. Si no lo supiera, diría que reconocí miedo en sus ojos. Un miedo puro y profundo que no podía explicar.

La magia roja de Rosaria se desprendió de nuestra piel y se deslizó hacia su ama. Ahora había vuelto a centrar su atención en nosotros. Satisfecha, miró las cintas azules y verdes que también se liberaban de nuestras manos. Pero no para retirarse hacia nosotros. Me horroricé al ver que la luz mágica de Kayden se desprendía de él y salía disparada hacia mí. Miré horrorizada la luz que se dirigía inexorablemente hacia mi interior. Intenté retroceder, pero Kayden seguía agarrando mis manos y, antes de que pudiera apartarme, me

golpeó en el pecho. Exactamente en el punto donde mi propia cinta se había soltado y se precipitaba hacia él.

Con implacabilidad y suavidad al mismo tiempo, la magia del jinete se estrelló contra mí, haciéndome tambalear por la fuerza del impacto. Pero Kayden seguía sujetándome las manos con fuerza.

Caliente como un rayo, la luz azul se abrió paso en mi cuerpo, recorrió mis venas como un infierno de llamas y se sumergió en las profundidades que ocultaban mi propia magia. Me dejó temblando.

*¿Gran Madre, qué ocurría?*

El pánico se apoderó de mí e intenté liberar mis manos del agarre de Kayden. Quería agarrarme el pecho, hacer un agujero con el cuchillo por donde había entrado la banda mágica y sacármela con mis propias manos.

Pero Kayden no me soltó. En vez de eso, me sonrió.

—No pasa nada, Jadina. Deja que pase —pidió, acariciándome el dorso de la mano con el pulgar—. Respira.

*Para él era fácil decirlo.* Al fin y al cabo, era *su* magia la que quería conquistarme. Estaba a punto de lanzarle unas cuantas palabras de enfado cuando vi que una luz verde se deslizaba por sus venas bajo su piel. ¡Le estaba pasando lo mismo que a mí!

No tuve tiempo de pensarlo, porque en ese momento la magia de Kayden se encontró con la mía.

Un jadeo escapó de mi garganta y miles de emociones me golpearon al mismo tiempo, haciendo que mi luz ardiera. Sentí que me desbordaban los sentimientos, la magia y el calor. Mi cuerpo y mi alma se tensaron hasta romperse como la cuerda de un arco y en el momento en que por fin se desgarró, cerré los ojos y me dejé arrastrar.

Para mi sorpresa, no fue el miedo lo que me dominó. No, lo que me invadió fue más bien la sensación de volver a casa. Me trajo recuerdos de brazos fuertes que me abrazaban y manos suaves que me acariciaban la mejilla.

Un agradable calor se extendió por mi pecho y, sin tener que preguntar, supe que la magia de Kayden y la mía se unieron en mi interior. Una pulsación constante y poderosa captó mi atención. Era tan fuerte y hermosa. Era mi don, que por fin brotaba de mi magia.

Su latido palpitaba en mi interior. Aunque aún era nuevo, ya me resultaba familiar y, por primera vez en mi vida, no sentía ningún vacío en el pecho. Era casi como si hubiera vuelto a encontrar algo que había perdido hacía mucho tiempo.

—Jadina —jadeó Kayden, y al oír su voz, mi magia tarareó una dulce melodía. Abrumada por esa reacción, abrí los ojos. Mi mirada se encontró con la suya y, por un momento, sentí que reconocía una parte de mí misma en sus iris.

Entonces descubrí la corona que ahora estaba entronizada en su cabeza. No era la ostentosa corona que Gronus aún llevaba, como si fuera el rey y no solo el padre de su soberano. No, la señal de poder de Kayden era un estrecho anillo dorado adornado con piedras azules. Tan azules como su magia.

Rosaria se acercó a nosotros. Sobre un cojín de terciopelo rojo yacía una corona gemela de la de Kayden. Solo que en esta las piedras brillaban en un verde intenso.

Mi marido se llevó mis manos a la boca y me besó casi con reverencia en el dorso de ambas antes de dejar de tocarme. Frías y vacías, mis manos se hundieron en la falda.

Kayden quitó la corona de la almohada y se arrodilló ante mí.

*Otra vez no.* No debería convertirlo en un hábito. Me hacía sentir incómoda cada vez. No quería un hombre que se pusiera de rodillas delante de mí. Quería a alguien que se pusiera a mi lado y me considerara su igual.

—Jadina, me gustaría pedirte que fueras no solo mi esposa, sino también la reina a mi lado. Junto a ti, me gustaría traer paz y prosperidad a esta tierra. En el norte, en el este, en el sur y también en el oeste de nuestro imperio, nuestro reinado brillará, unirá y marcará el comienzo de una nueva era.

# CAPÍTULO 10



***Los jinetes de dragón nunca***
***aceptarán una reina,***
***mucho menos viniendo de los cazadores.***
***El odio hacia ese pueblo es demasiado grande gracias a la profecía y la maldición.***
***Alimenté ese fuego en ellos durante mucho tiempo***
***Y ahora que es incontenible,***
***Lo usaré a mi favor.***
***Nadie se interpondrá entre la posibilidad***
***de gobernar sobre toda Eclaria y yo.***
***Ni siquiera esa maldita rata del desierto,***
***por mucho que crea que ese es su destino.***

**Del diario de Gronus, Rey de los Jinetes de Dragones**

Al oír las últimas palabras de Kayden, vi por el rabillo del ojo cómo una sacudida recorría el cuerpo de Gronus. Se quedó de pie con los puños cerrados, temblando de rabia. Al parecer, no era así como había planeado nuestro matrimonio, ni siquiera mi coronación.

—¿Aceptarás el título? —preguntó mi marido con la mirada baja y supe que con esta pregunta intentaba sacarme de esta situación. Ahora estábamos casados, tal y como exigía la profecía. Había cumplido con lo necesario para satisfacerlos a ellos y a su padre. No necesitaba convertirme en reina si no quería. Sin embargo, me ofreció estar a su lado con humildad, con respeto, no solo como su consorte, sino como reina, su igual.

Aunque el título fuera solo simbólico, ya que Gronus seguía reclamando para sí el poder del Estado, podría abrir una brecha en su política. Su odio hacia los cazadores era grande y por ello su objetivo era la destrucción de mi pueblo. Una cazadora como reina podría hacerle más difícil llevar a cabo este plan entre los jinetes de dragón sin resistencia.

Así que me arrodillé y puse mis manos sobre las de Kayden. Me miró sorprendido. Confusión y asombro se reflejaban al mismo tiempo en su hermoso rostro.

—Sí, acepto el título. —Mi voz se alzó con firmeza e inundó el silencio de los presentes como una ola. Mi interior, sin embargo, temblaba y mi decisión amenazaba con destrozarme—. Juro luchar a tu lado con bondad, justicia y solidaridad por todos los seres del reino. Defender la protección de sus derechos y su libertad y guiarlos hacia un futuro de esperanza.

Se me puso la piel de gallina. Este voto me llevaría al límite. Era consciente de ello. Pero nunca cejaría en mi empeño de hacerlo realidad. Y Kayden también lo sabía. Lo reconocí en su mirada, que contenía tantas emociones que preferiría evitar. Orgullo, anhelo, esperanza y… ¡No! No podía pensar en eso ahora. Haría que mi propio corazón se estremeciera. Así que bajé la barbilla y cerré los párpados.

—Por la presente te corono reina Jadina —las solemnes palabras de mi esposo llegaron a mí a través de un algodón absorbente mientras me colocaba la corona sobre la cabeza.

Ahora ya no había vuelta atrás. Ni de mi nueva posición ni de la maldita profecía. Al menos no si no quería romper promesas, destruir esperanzas y desencadenar nuevas guerras.

Los espectadores rompieron el silencio con aplausos y la orquesta comenzó a tocar una alegre canción.

—¿Puedo felicitaros, Majestades?

Oí la voz de Rosaria y, de mala gana, abrí los ojos. Me habría gustado alejarme de la realidad un rato más.

Kayden me tendió la mano para ayudarme a levantar, pero no la cogí. En su lugar, me levanté sin su ayuda. Un acto simbólico de mi propia fuerza e independencia. Un recordatorio de que yo era la Cazadora de la profecía capaz de guiar a todos a la paz.

Mi marido estaba cerca de mí, pero no nos tocábamos.

—Gracias, sacerdotisa Rosaria, apreciamos sus felicitaciones. Mi reina y yo también le agradecemos la espontánea, pero hermosa boda —respondió Kayden con cierta rigidez y formalidad.

Rosaria soltó una risita un poco cohibida con una mano sobre la boca mientras sus ojos revoloteaban de mi marido a mí y viceversa.

—Para una pareja tan hermosa y dedicada, estoy feliz de hacerlo.

—Estamos en deuda contigo.

—Haz que tus palabras sean verdad. Entonces no me deberás nada. —Con una última sonrisa en mi dirección, se dio la vuelta y cruzó el salón de baile, ondeando su capa roja, antes de marcharse.

Mi mirada se deslizó sobre los presentes, pero no pude ver a Gronus por ninguna parte. ¿Se fue para retorcerse de la rabia? ¿O se escabulló para reorganizar sus planes?

Sin embargo, teníamos que asegurarnos de que ya no podía hacer daño a Eline.

—Voy a sacar a Eline de la mazmorra ahora mismo —le dije a Kayden, recogiéndome ya la falda para bajar a toda prisa los escalones y salir del pasillo.

Pero el jinete de dragón me retuvo por el brazo. Con suavidad, pero con firmeza.

—Ahora eres una reina, Jadina —me recordó, mirando un momento mi corona, que era tan ligera que ni siquiera la sentía—. No puedes irte así, salir corriendo de la sala y llevarte a un prisionero de las mazmorras.

Le hizo señas a Lenn sin soltarme. Al parecer me conocía mejor de lo que yo creía. Dioses, nada me retendría aquí, ni siquiera esta

maldita corona.

—Lenn, por favor, saca a Eline de su celda y tráela… —Me miró un momento, acompañado de un suspiro—. Llévala a los aposentos de Jadina. —Sus palabras me invadieron de calidez. Sabía que la quería conmigo esta noche para cuidarla. Lenn asintió y salió a cumplir con su orden.

—¡Dex! —Su amigo estuvo con nosotros un instante después—. Envía por un sanador para Eline. Dile que la trate en las habitaciones de Jadina. El soldado también desapareció sin decir palabra.

¿Dónde estaba Nayda? Miré a mi alrededor con asombro hasta que la vi detrás de mí. Estaba allí de pie. Inmóvil. Sus ojos evaluaban a los presentes, lista para abalanzarse sobre cualquiera que se acercara demasiado.

Arriesgaría su vida por nosotros. Pero no lo hacía solo por sentido del deber. Nayda era una dragona testaruda que, como yo, había experimentado muchas cosas en el pasado. No seguía órdenes. Fue por eso que me enteré de las pruebas que atravesaría y de su letalidad.

Si alguien era tan estúpido como para atacarnos, ella se lanzaría hacia delante con total abandono para defendernos. Una amistad que corría el riesgo de derrumbarse en ese momento. Y todo por una mentira. Suspirando, aparté la mirada de ella y traté de sacudirme la presión que se había instalado en mi pecho al pensarlo. Pero fue en vano. Sabía que tenía que hablar con ella y también con Lenn y Dex. Pero no hoy. Por ahora, lo único que quería era dejar atrás todo lo ocurrido y ocuparme de Eline. Caminé impaciente de un pie a otro.

—Estoy cansada —le dije en voz baja a Kayden—. Ahora me voy a mi habitación. —Empezó a hablar, y sabiendo que estaba a punto de recordarme de nuevo mis nuevas obligaciones, le corté de tajo—. No me importa lo que tú o cualquier etiqueta real tenga que decir al respecto. Ahora me voy a mis aposentos y allí cuidaré de mi amiga. Mañana podemos hablar —siseé, con los ojos fijos en el rey.

Seguía agarrado a mi brazo y yo estaba a punto de apartarme cuando soltó su agarre y dio un paso atrás.

—Buenas noches, mi reina —dijo lo bastante alto como para que lo oyeran los invitados al baile que estaban cerca de nosotros, y me hizo una reverencia. ¿Podría dejar de hacer eso de una vez? Me esforcé por reprimir un gesto de desagrado. Estaba exagerando.

Entonces se paró frente a mí en un instante. Su cara justo delante de la mía. Su mirada se clavó en la mía con deseo y mi cuerpo traicionero estalló en llamas. Su calor se apoderó de mí y todo en mí ansiaba sentirlo sobre mi piel, como un hombre congelado que anhela una manta.

El aroma del aire frío de la noche y del cuero hizo que mi magia resplandeciera y no pude evitar cerrar los ojos para no perder el control y lanzarme sobre él delante de todos los invitados al fardel. En ese momento, odié todo lo que había en mí que le exigía con tanta urgencia. Mi cuerpo, mi alma, incluso mi magia.

Intenté con todas mis fuerzas poner distancia entre los dos, pero mis piernas ya no obedecían mis órdenes. Todo lo contrario. Todo me atraía aún más hacia él y, sin darme cuenta, estaba dando un paso hacia él. Me sentí aliviada cuando nuestros cuerpos por fin se tocaron.

Tembloroso, Kayden aspiró el aire que vibraba entre nosotros y sentí cómo sus manos se precipitaban hacia delante para agarrarme por la cintura. Justo antes de que pudiera tocarme, dejó de moverse y un gemido escapó de mi garganta.

¿Qué me pasaba? ¿Qué fue lo que hizo la sacerdotisa con esa ceremonia? Donde antes ya me había sentido atraída por él, ahora no era solo una atracción, sino un poder que me devoraba y era mucho más fuerte que yo.

Permanecí inmóvil, apretada contra su cuerpo, mientras sentía su aliento en mi cara cada vez más caliente y rápido hasta que finalmente posó sus labios en mi mejilla, suaves como el terciopelo. Trémulo, exhaló un beso sobre mi piel demasiado caliente y pareció dejar que se quemara al contacto.

—Vendré a verte más tarde —me susurró al oído. Su voz era áspera y ronca. Al oír sus palabras, un ardiente anhelo descendió hasta mi entrepierna. Tanto mi magia como mi corazón saltaron. Quería que no esperara hasta más tarde, sino que me tomara justo

ahora. Aquí, en el trono, hasta que ambos llegáramos al clímax, gritando el nombre del otro. Como la noche anterior a la última prueba—. Solo para ver cómo está Eline, por supuesto —añadió, y como agua helada esta afirmación se derramó sobre mí, apagando el fuego que rugía como una tormenta en mi interior y aflojando los lazos de mi cordura. Mis ojos se abrieron de golpe y tuve que parpadear un instante para volver a la realidad.

Mi cuerpo respondió por fin a mi orden de retroceder. Con un gran paso atrás, creé la distancia necesaria entre los dos para poder respirar de nuevo. Mantuve la mirada baja. Ahora no podía mirarle a los ojos, de lo contrario podría ver mi maldito deseo y mi decepción, que seguramente brillaba en toda mi cara.

—Gracias, rey Kayden —dije serena, asentí y me di la vuelta para marcharme. Mi hermosa falda de cielo nocturno crujió al bajar los escalones del vestíbulo. Los bailarines detuvieron sus pasos, me hicieron sitio e hicieron una profunda reverencia.

Atravesé el pasillo en dirección a las puertas dobles. Dirigí una última mirada anhelante a la orquesta. Me habría encantado bailar al son de su música toda la noche. Pero me prohibí pensar con quién.

Antes de llegar a la puerta, Nayda me adelantó y me abrió. No me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que la adelanté y salí al pasillo. Nayda volvió a cerrar la puerta tras de mí y bloqueó las miradas de los invitados al baile que me siguieron hasta allí.

Me detuve un momento, aspirando aire en mis pulmones mientras colocaba la mano en el lugar de mi pecho donde descansaba mi magia entrelazada con la de Kayden. Las lágrimas me escocieron los ojos. No quería preguntarme de qué se trataban. Hoy habían ocurrido muchas cosas y todo tipo de emociones bullían en mi interior. Era un puro caos de sentimientos y tendría que tomarme el tiempo necesario para ordenarlos todos. Pero no ahora.

—¿Estás bien? —preguntó Nayda, estaba preocupada y agradecí que no utilizara ni las formalidades, ni el título que adornaría ahora mi nombre.

Intentando enjaguarme las lágrimas traidoras, me volví hacia ella. Entonces la cogí de las manos y le dediqué una sonrisa

dolorida. Con ella, no necesitaba fingir que estaba bien.

—Gracias, Nayda.

—¿Por qué? —Sorprendida, me miró con los ojos entrecerrados, como si quisiera asegurarse de que la ceremonia no me había causado ningún daño mental.

—Por estar aquí y por no llamarme *Reina Jadina*.

—¡Ja! —gimió—. ¡Imagíname a mí llamar reina a una pequeña *rata del desierto*! —Sonrió descarada y me guiñó un ojo. En ese momento, la amé por su franqueza y me pregunté una vez más por qué no me había contado la verdadera identidad de Kayden a pesar de su honestidad. Una vocecita en mi interior me dijo que debía de haber una buena razón.

—¿Por qué no me dijiste que Kayden era el rey?

Nayda se puso seria y miró frenética a su alrededor. Luego se acercó un paso.

—*No pude* decírtelo —susurró. Su mirada ahora suplicaba—. Pero créeme, de haber podido, lo habría hecho, joder. Odiaba tener que ocultártelo. Me destrozaba por dentro.

—¿Por qué no pudiste? —pregunté y me acerqué también. Al parecer, tenía miedo de ser escuchada.

—No puedo decírtelo aquí. Volvió a mirar a su alrededor con inquietud—. Prometo que te lo contaré todo. Pero no aquí, donde todos pueden oírnos.

—Está bien —respondí y, al menos, el caos emocional relacionado con mi amiga pareció calmarse de repente. Sentí alivio y volví a respirar hondo.

—Entonces vamos a ver cómo está Eline —dije recogiéndome la falda y corriendo hacia mis aposentos con Nayda a mi lado.

Aunque mi miedo por Eline seguía latente, la breve conversación con Nayda me dio nuevas fuerzas. No estaba sola.

# CAPÍTULO II



***A menudo, nuestras emociones guían y desencadenan nuestra magia.***
***Por eso es importante que no solo la utilices a ella, porque entonces pueden controlar tus sentimientos.***

**Extracto de la antología**
***Las criaturas mágicas* de *Brysalia* por Horacio**

Llegamos a mis aposentos un poco más tarde, sin aliento. Las pruebas y los tres días de sueño posteriores me debilitaron más de lo esperado. Lo mejor sería que retomara mi entrenamiento con Nayda.

El entrenamiento me ayudó a sobrevivir a las pruebas. Pero ahora habían terminado. ¿Podría seguir? ¿O tendría que detenerlo por mi nuevo estatus? Quería continuar con mi entrenamiento de tiro y atletismo. Ni siquiera podía imaginar mi vida sin ellos.

Que las pruebas de jinete de dragón hubieran terminado no significaba que estuviera a salvo. Ahora había mil nuevas razones por las que debía mantenerme firme en la batalla. Y lo último que quería era que mis amigos arriesgaran sus vidas por mí solo porque yo no podía defender la mía.

En cuanto abrí la puerta e irrumpí en el salón, un Limycu que gorjeaba tristemente vino volando hacia mí y se sentó en mi hombro. Frotó su cabeza contra mi mejilla. ¿Había visto ya a Eline? ¿Por eso estaba tan alterado? Le acaricié las plumas con el dedo índice.

—Todo irá bien, pequeño. Eline mejorará pronto. —Al menos eso esperaba. La puerta de mi dormitorio estaba cerrada y Lenn se paseaba nervioso de un lado a otro frente a ella. Dex estaba sentado en un sillón, pero, al contrario de lo que acostumbraba, no estaba leyendo ningún libro. Estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados en los muslos, mirando al suelo.

—¿Cómo está? —pregunté en el silencio de la habitación. Ver así a los dos jinetes de dragón hizo que un temblor recorriera mis extremidades. ¿Cómo estaba Eline? Me pasé las manos por la falda, ansiosa.

Lenn se movió hacia mí y solo ahora me di cuenta de lo pálido que estaba.

—La curandera está con ella —dijo y, de forma inesperada, me abrazó con fuerza. Apretó mi cara contra su pecho con la mano, dándome algo a lo que aferrarme durante las siguientes palabras—. Pero no tiene buena pinta, Jadina. Cuando la encontré en su celda, todavía respiraba. —Me acarició la espalda, casi como para suavizar sus palabras. Se me hizo un nudo en la garganta y sentí náuseas. ¿Qué significaba aquello? ¿Estaba casi muerta?

Un temblor recorrió mi cuerpo y, antes de que pudiera detenerlo, dejé escapar un sollozo agónico. Lenn me apretó aún más contra él y eso me sentó bien. Me quitó parte del dolor que se clavaba en mi corazón. Rodeé su torso con los brazos y me aferré a él mientras intentaba recuperar la compostura.

Lenn puso su barbilla sobre mi cabeza.

—Estoy seguro de que todo irá bien. Dex trajo aquí a la mejor sanadora del castillo.

Podía oír en su voz las dudas que él mismo estaba experimentando. También sufría.

Un carraspeo cortó la tensión de la sala como una espada afilada y, de forma tan inesperada que casi pierdo el equilibrio, Lenn se

soltó del abrazo. Su mirada se dirigió disculpándose a la persona que estaba detrás de mí y no tuve que voltear a ver, para saber de quién se trataba.

—¡Kayden! —dije sin darme la vuelta. Mi cuerpo seguía temblando y como Lenn ya no me sujetaba, mis piernas amenazaban con ceder debajo de mí. Solo la voluntad de no parecer débil delante de él me mantuvo erguida.

—Vine tan rápido como pude. ¿Cómo está Eline? —Su preocupación, mezclada con un extraño rumor, me robó la imperturbabilidad que intentaba reflejar con todas mis fuerzas y ya no pude contener las lágrimas. Con las últimas fuerzas que me quedaban, me volví hacia él.

—No lo sabemos. La sanadora está con ella en este momento. Pero Lenn… —Un sollozo escapó de mi garganta y no pude sacar de mi boca las palabras que el jinete acababa de decirme.

—No tiene buena pinta —me ayudó a salir de mi enmudecimiento.

—Todo esto es culpa mía —susurré, diciendo por fin lo que me rondaba por la cabeza desde que Gronus nos informó de su detención—. Fue mi vestido el que la puso en peligro.

Por fin mis piernas cedieron y me desplomé en el suelo. Dos brazos familiares me sujetaron y tiraron de mí contra un fuerte pecho. El aire nocturno y el cuero me envolvieron. Ya me resultaban tan familiares. Aterradoramente familiares.

—No es culpa tuya —me susurró Kayden al oído—. Nunca debes pensar eso. Es culpa de mi padre.

—Pero si Eline no hubiese hecho ese vestido para mí, nada de esto habría ocurrido —protesté, enterrando la cara en su túnica.

—La reina Adayla lució ese vestido, y nada tiene que ver con la prenda. Mi padre de igual manera habría elegido y torturado a otra de nuestras amigas por algo igualmente trivial. Necesitaba influencia para que nos doblegáramos a su voluntad. Por eso lo hizo. Podría haber sido cualquiera cercano a nosotros.

Me levantó la barbilla y me cogió la cara con las manos, obligándome a mirarle. Me acarició la cara con suavidad y ternura, y me invadió una sensación tranquilizadora de seguridad.

—Estos sentimientos de culpa y autoflagelación son los que le hacen el juego a mi padre. Quiere sembrar la duda y la inseguridad en nosotros, manipularnos para que no hagamos nada que él no haya consentido. —Percibí calidez en su mirada e infinita comprensión. Conocía demasiado bien las maquinaciones de su padre. ¿Qué hizo Gronus para mantener al niño callado y obediente, aparte de la violencia? No quería saber por lo que Kayden ya había pasado. Solo de pensarlo se me helaba la sangre.

—Así que, por favor, no vuelvas a creer que una acción de mi padre es consecuencia de tus actos y, por tanto, culpa tuya. De lo contrario te romperá y entonces todo estará perdido.

Kayden tenía razón. Esa culpa me destrozaría, y me había jurado a mí misma, tras mi primer encuentro con el antiguo rey, que nunca permitiría que me destrozara. Así que me pasé una mano por la cara y asentí. No dejaría que Gronus me quebrantara.

—Eso es —dijo Kayden, ayudándome a ponerme de pie. A pesar de mi nueva determinación, me balanceé un poco y él me rodeó la cintura con un brazo para estabilizarme. Mi esposo. Esa palabra despertó en mí tantas emociones diferentes. Por un lado, me producía un agradable calor en el estómago. Por otro, un nudo que no me dejaba respirar con libertad desde la ceremonia. Pero ahora no quería pensar en eso. Eline era más importante y no mi apresurado matrimonio con el hombre al que le entregué mi corazón, que lo rompió y que ahora intentaba remendar.

Me despegué de los brazos de Kayden y me senté en la silla libre junto a Dex. Por supuesto, no me perdí la mirada penetrante de mi marido mientras me observaba.

No debería dejar que se acercara tanto a mí en este momento. Aunque ahora éramos aliados contra su padre, aún me costaba confiar en él. Sobre todo, cuando se trataba de mi corazón. Primero teníamos que resolver las cosas que había entre nosotros.

Lenn volvía a pasearse de un lado a otro frente a la puerta del dormitorio, Nayda estaba apoyada en la pared del otro lado de la habitación con los ojos cerrados, balanceando la pierna de un lado a otro, y Dex se deslizaba ruidosamente en su asiento. Solo Kayden

estaba de pie como una puta estatua en medio de la habitación, mirándome con fijeza.

Sentí un gran alivio cuando la puerta se abrió y salió una dragona de mi edad. ¿Una qué…? ¿Era una jinete de dragón o un…?

Estaba rodeada de un resplandor que nunca antes había visto y, cuando se volvió para cerrar la puerta en silencio tras de sí, dejé escapar un sonido de sorpresa al ver sus alas. Estaban partidas en dos, eran translúcidas y al mismo tiempo reflejaban todos los colores del arco iris. Eran preciosas y no pude apartar los ojos de ellas. Me pregunté si sería de Brysalia.

—Felycitia —la saludó Kayden con una respetuosa inclinación de cabeza—. Dime, ¿cómo está Eline? —Por fin su atención ya no estaba puesta en mí. Yo también me levanté de un salto y me coloqué junto a él, expectante pero también ansiosa. Nerviosa crucé los dedos delante del estómago.

La joven sonrió suave y cálidamente, sus ojos azules y acuosos parecían cansados. A mí me pareció agotada. ¿Tan agotadora fue la curación? Dejó la maleta que llevaba en el suelo. Luego se pasó los dedos por el sudoroso cabello rubio claro.

—Sus heridas son muy graves y se le ha negado su propia magia para evitar el proceso de curación. —Felycitia suspiró y la tristeza brilló en sus ojos—. Su magia desapareció casi por completo. —Solté un grito horrorizado y los demás también maldijeron.

La curandera me puso una mano en el brazo para tranquilizarme.

—Estuvo cerca, pero saldrá adelante. No te preocupes.

Estas palabras me quitaron el miedo y la tensión que se habían ido acumulando en mi interior desde que me enteré de la detención de Eline. Aliviada, me abalancé y abracé a la joven que acababa de salvar la vida de mi amiga.

—Gracias —susurré. Me hubiera gustado dejar correr las lágrimas que estaban a punto de caer, pero hoy ya había derramado demasiadas—. ¿Puedo verla?

Me solté del abrazo. Las mejillas de Felycitia estaban un poco sonrojadas. Al parecer la avergoncé con mi espontaneidad. Pero me sonrió de vuelta.

—Sí, puedes hacerlo. Por favor, asegúrate de que beba agua y tome su medicina. Dormirá hasta mañana por la mañana. Entonces volveré a verla.

La curandera me dio instrucciones sobre qué vial administrar y en qué cantidades y a qué intervalos. Luego se despidió de todos con una pequeña reverencia y salió de la habitación casi en silencio.

Kayden me adelantó hacia el dormitorio contiguo y yo le seguí. Pero cuando llegamos a la cama, me detuve, sobresaltada, y me tapé la boca con la mano para no gritar de horror. Se me saltaron de nuevo las lágrimas y no pude contenerlas.

—¡Mierda! —Nayda maldijo detrás de mí y puso su brazo alrededor de mis hombros—. Ella va a estar bien. No lo olvides.

Pero, ¿cómo iba a creérmelo con el espectáculo que se nos presentaba? Eline estaba tumbada bajo mi edredón hasta la barbilla y de repente parecía aún más pequeña de lo habitual y tan vulnerable. Había manchas de sangre roja por todo el edredón blanco. Pero lo peor de todo era su cara. Estaba irreconocible. Si no supiera que se trataba de ella, no la reconocería. Le habían cortado parte de su largo pelo rubio y arrancado otros mechones. Tenía profundos cortes en la cara, el más largo sobre el ojo izquierdo. El otro ojo estaba muy hinchado y su pequeña nariz parecía un campo de escombros. Sus descarados brotes de sol ya no eran visibles bajo la sangre y la decoloración azul-púrpura.

Kayden se puso de rodillas delante de la cama. No necesité ver su cara para darme cuenta del horror que se plasmaba en ella. Sentía lo mismo que yo.

Apartó el edredón con manos temblorosas y deseé que no lo hubiera hecho. El cuerpo de Eline estaba completamente envuelto en vendas blancas, pero no podían ocultar sus heridas.

Era evidente que le habían cortado dos dedos de cada mano e infringido heridas en el estómago y el pecho. Un rojo intenso empapaba las vendas antes blancas de esos lugares y me sentí mal.

¿Qué clase de monstruo le hacía algo como esto a alguien? La ira se apoderó de mí.

De repente, pareció desatarse una tormenta en la habitación. Las cortinas se agitaron y mi pelo se echó hacia atrás. Limycu se metió

en mi manga, chillando. ¿De dónde venía el viento? Las ventanas estaban cerradas.

Lenn y Dex pasaron junto a mí hacia Kayden y empezaron a hablar con él, intentando calmarlo. Nayda me empujó a un lado y se puso delante de mí para protegerme. ¿Qué estaba pasando?

Mis ojos se posaron en Kayden, que se levantó despacio. Todo su cuerpo temblaba. Lenn le puso una mano en el hombro mientras seguía hablándole en voz baja. ¿Esta tormenta venía de él?

—¡Kay! —Lenn trató de llegar a él más fuerte esta vez.

Ahora yo también sentía que algo salvaje se agitaba en mi interior. Una parte de mi magia quería unirse a la tormenta y convertirla en un tornado destructor. Solo pude reprimirlo con dificultad.

En ese momento, Kayden estiró las manos hacia Lenn y Dex, que salieron despedidos hacia atrás. Gimiendo, aterrizaron un poco más lejos en el suelo.

Entonces levantó la cara hacia el techo y su grito lleno de dolor me atravesó toda la médula. Me llegó al corazón, al alma y a mi magia.

# CAPÍTULO 12



***La magia negra abre nuevas posibilidades y allana el camino hacia un poder mayor.***
***Solo tenemos que atrevernos a utilizarlas.***

**Extracto de un diario, autor anónimo**

Nayda también fue arrastrada por el siguiente torbellino y se apretó contra la puerta de la habitación. Con todas sus fuerzas y los dientes apretados, intentó luchar contra aquella fuerza de la naturaleza, pero no pudo hacerlo.

Solo yo seguía de pie en el mismo sitio. Aunque mi vestido y mi pelo se arremolinaban, el viento no me hacía nada más, aunque cada vez era más fuerte.

Las gotas del cristal de la lámpara de araña sobre mi cama tintinearon cada vez con más violencia y los primeros objetos fueron barridos de los armarios y las mesas.

¿Qué sucedía con Kayden? ¿Qué era esto? No solo nos puso en peligro a nosotros, sino también a Eline.

—¡Kayden! —grité contra la tormenta, pero no respondió—. ¡Kayden! ¡Basta! —Lo intenté de nuevo, pero fue en vano.

Un recuerdo apareció en mi mente. Cuando Lenn colocó la mano en el hombro de Kayden, él pareció reaccionar. Quizá debía tocarlo

para que me escuchara. Sin más preámbulos, braceé contra el viento y di con cuidado un paso en su dirección.

Como un muro de hielo que se derrite, la tormenta retrocedió ante mí y dio paso a su amo. Llegué hasta él sin esfuerzo, le puse la mano en el hombro y repetí mis palabras.

—¡Kayden! ¡Detente!

Muy despacio, se volvió hacia mí. Sus iris eran negros como el carbón y reflejaban tanto dolor, miedo, odio e ira que me aparté sin querer de él. Sin embargo, me agarró de la muñeca y me acercó a él.

—Yo… no puedo… no —respiró con dificultad, el cansancio le hacía temblar la voz. ¿Se había dejado llevar por sus emociones y, por tanto, ya no era capaz de controlar su magia?

—¡Pero tienes que hacerlo! —grité por encima de la tormenta—. ¡Estás poniendo en peligro a Eline!

Las lágrimas corrían ahora por sus pálidas mejillas. Angustiado por el dolor, sacudió la cabeza y sus ojos parecieron oscurecerse aún más mientras la tormenta rugía con más fuerza.

—Duele demasiado y el odio hacia mi padre es demasiado grande —sollozó desesperado, rodeándome la cintura con el brazo y aferrándose a mí como un ahogado a un salvavidas.

Ahora estaba tan cerca de mí que podía sentirle con todos mis sentidos. Vi su dolor, sentí el temblor de su cuerpo contra el mío, olí el aroma del aire frío de la noche y el cuero mezclado con su desesperación, oí su respiración entrecortada y saboreé su magia en mi lengua. Todas estas impresiones se arremolinaron a mi alrededor en la tormenta, me arrastraron y encendieron un fuego inextinguible de anhelo en mi interior. Este era el hombre vulnerable y cariñoso que yo conocía.

Intenté con todas mis fuerzas reprimirlo, luchar contra él, pero entonces me di cuenta de que ahora también me miraba fijamente, y el mismo anhelo parpadeó en sus ojos. Como una chispa que se abría paso en la oscuridad para iluminarla. Para convertirse en un fuego que devoraría todo a su paso.

¿Era solo mi imaginación o la tormenta también se había debilitado un poco?

—¡No importa lo que estés haciendo! ¡Sigue así, Jadina! —oí la voz de Nayda gritar por encima del rugido del viento—. ¡Está ayudando!

En ese momento, una de las gotas de cristal de la araña tintineó contra el suelo y golpeó justo al lado de la cama. El sonido fue como una llamada de atención. Sin pensármelo dos veces, le puse la mano en la nuca, enterré los dedos en su cabello y tiré de él hacia mí hasta que nuestros labios se rozaron.

Se sentía como volver a casa. Una nostalgia a la que por fin me rendía. Mi cuerpo se acurrucó contra el suyo y sentí que su temblor desaparecía de repente. Un suspiro escapó de su garganta y se mezcló con mi gemido placentero. Cerré los ojos y me distancié de mi entorno.

Me agarró más fuerte con deseo, apretando su cuerpo cálido y fuerte contra el mío. Exigente y al mismo tiempo inseguro, como si fuera consciente de que no podía tomar lo que quería. Ni un beso ni más.

Pero también me deslicé por ese abismo que se había abierto entre nosotros, un lugar de comprensión.

*Es por Eline*, intenté decirme, mientras mi lengua jugaba alrededor de la suya y surgía en mi interior el deseo de que me tomara aquí y ahora. Que pudiera olvidar lo que ocurrió. En aquel momento, lejos de la realidad, parecía una opción. El vínculo que nos unía una y otra vez parecía suficiente.

No obstante, una mano se posó sobre mi hombro.

—La tormenta amainó —susurró Nayda, arrancándome de la ilusión que tejí para justificar este beso. Cortó todos los hilos, por muy anudados que estuvieran, y dejó que la complicada maraña se derrumbara en un castillo de naipes.

Quité las manos de su cabello a regañadientes y necesité todas mis fuerzas para despegar mis labios de los suyos. Con las piernas temblorosas, di un paso atrás.

—Jadina —pronunció mi nombre suplicante y cada letra se clavó como una daga en mi carne. No dijo nada más, pero deseé que dijera algo que me quitara la inseguridad.

Sin abrir los ojos, me aparté de Kayden. No quería mirarlo ahora. No podía. El dolor y el deseo que estaba segura de detectar en su mirada me romperían para siempre.

—Por favor, vete ya —susurré en voz baja pero firme, y la única señal de que me escuchó se reflejó en los pasos que se alejaban, primero vacilantes y luego más decididos… La puerta de mis aposentos se cerró con un fuerte portazo. Un sonido que se mezcló con el renovado desgarro de mi corazón.

Suspirando, abrí los ojos y miré a mi alrededor. Ni Lenn ni Dex ni Nayda le habían seguido. Permanecían de pie, inseguros, en las ruinas de mi dormitorio. Lenn se frotaba la nuca un poco avergonzado y Dex se miraba las puntas de los zapatos. Al parecer, toda la situación les incomodaba.

Solo Nayda se puso a mi lado y me miró preocupada.

—¿Estás bien? —me preguntó, acariciándome el brazo para tranquilizarme.

No, nada estaba bien. Pero era inútil quejarse. El pasado y lo que sucedió no se podían cambiar. Así que me limité a asentir. No quería saber qué habría ocurrido sin su intervención. En una fiebre de deseo, probablemente habría cruzado todos los límites. En su presencia.

—Gracias —murmuré, algo avergonzada por la falta de autocontrol que mostré.

—No hay de qué —se desentendió—. En esta situación de mierda, solo quería salvarte de ti misma. Pensé que después te arrepentirías.

—Tienes razón —coincidí con ella mientras el calor subía a mis mejillas.

—Deberían hablar de toda la mierda que hay entre ustedes y reconcíliense antes de… bueno, ya sabes a dónde quiero llegar.

Lenn levantó ahora las manos a la defensiva.

—Por favor, no lo digas, Nayda. No soy un mojigato, pero tener que ver cómo se la chupan el uno al otro… no lo quiero.

Dex asintió sin levantar la vista. Mis propios gemidos durante el beso resonaron traicioneros en mis oídos. *¡Mierda! ¿Cuántas veces y, sobre todo, cuán alto había hecho ese sonido?*

—No te preocupes, intervine a tiempo —intentó tranquilizarme la jinete—. Antes de que se arrancaran la ropa —añadió con una risita y Lenn gimió de desesperación.

—¡Nayda! —gritó mientras se tapaba los oídos con las manos—. ¡Llevaré esta imagen conmigo para siempre!

Dex, que seguía callado, se puso rosa del cuello para arriba. No tenía ni idea de que los dos pudieran avergonzarse tanto.

Ahora a mí también se me escapó una risita y Nayda me sonrió satisfecha.

—Es agradable verte reír de nuevo.

Su comentario pretendía ser amistoso, pero hizo que se me borrara la sonrisa. Ya era hora de hablar con los tres.

Suspirando, me pasé la mano por la cara y me acerqué a Eline. Volví a taparla con cuidado y le acaricié la mejilla con suavidad.

—Todo irá bien —susurré con voz entrecortada. Eso era lo más importante. Que se curara y mejorara. Desde luego no volvería a ser la Eline de antes después de esta experiencia, pero la ayudaríamos en todo.

Luego me volví hacia los jinetes de dragón e intenté sacudirme el miedo a la confrontación. Nunca había tenido amigos, así que no sabía cómo afrontar un conflicto. Puse una barrera invisible alrededor de mi corazón debido a la experiencia.

—Venga, vamos al salón.

Mi voz sonó más fría de lo que pretendía y en realidad lo único que deseaba era acurrucarme junto a Eline y contarle lo que sucedió en el baile. Pero también sabía que, si se escabullía por aquí a su manera habitual, me pediría que por fin empezara a hablar con mis amigos. Que escuchara su versión de la historia.

Lenn tragó saliva al oír mis palabras y Dex trotó tras su amigo como un perro apaleado, de vuelta a la zona de asientos del salón. Solo Nayda me sonrió.

—Gracias por darnos la oportunidad de explicarte —dijo y me frotó el brazo con ánimo. Parecía darse cuenta de que la situación era tan difícil para mí como para ellos. Si no incluso más.

Como dos colegiales a los que pillaron haciendo travesuras y ahora esperaban a ser castigados por su profesor, Dex y Lenn se

sentaron juntos en mi sofá, que de repente les pareció demasiado pequeño para sus enormes figuras.

—Entonces, quiero escuchar por qué no me dijeron que Kayden es en realidad el rey de todos ustedes —dije sin vacilar mientras me dejaba caer en el sillón frente a los chicos. Tras decirlo me sentí cansada. Agotada. La tela de mi vestido me envolvía como la espuma de un baño. Me habría encantado quitármelo y ponerme la ropa de dormir, pero primero tenía que acabar con esta difícil conversación.

Nayda estaba de pie detrás del sofá. Tenía los brazos cruzados delante del pecho y los ojos llenos de tristeza.

—No podíamos decírtelo —repitió lo que me dijo de camino hacia aquí.

—Así es, Jadina. Queríamos decírtelo, todos nosotros, pero no pudimos.

Lenn confirmó las palabras de Nayda y por un momento, me pregunté a quién se refería con *todos nosotros*.

—¿Y por qué no? —Los miré interrogante a cada uno. Mi mirada se detuvo en Dex, que volvía a moverse inquieto en el sofá.

—Porque el padre de Kayden nos obligó a hacerlo con un juramento mágico. —Como si se hubiera quitado un gran peso de encima con estas palabras, inspiró y finalmente se relajó.

—Hace unos meses, Kayden y yo fuimos convocados por su padre, que entonces aún era nuestro rey. El bastardo estaba furioso porque aún no habíamos encontrado a la cazadora adecuada y ahora se veía obligado a tomar otras medidas. La profecía indica que la cazadora se unirá con el jinete que lleve la sangre del rey, el verdadero rey de los jinetes de dragones. Al parecer, Gronus por fin se había dado cuenta de que Kayden era la clave del éxito. —Dex me miró con tristeza.

—¿Y qué pasó después? —pregunté y Nayda se rio sin gracia antes de continuar.

—Gronus nos obligó a arrodillarnos ante él y a extender las manos. Luego nos cortó la palma de cada uno con una daga ritual y nos hizo jurar que no diríamos ni una palabra sobre lo que nos iba a revelar. Hasta que él mismo lo hiciera público. Si rompíamos el

juramento antes de eso, pagaríamos con nuestras vidas. Maldita magia negra que nos habría matado si no hubiéramos cumplido.

El odio estaba escrito en su rostro y ahora tenía las manos cerradas en puños.

—Solo entonces nos dijo que Kayden sería nuestro rey a partir de ese día, pero que conservaría el poder del estado y seguiría dirigiendo el gobierno. La posición de Kayden era solo una farsa, un título sin poder. Tuvo que aceptar entrenar a la cazadora, si la encontraban, atarla a él y, en última instancia, casarse con ella —me dijo Lenn, y con cada palabra que decía, mi carga se hacía más liviana. No tuvieron otra opción.

Solo Gronus podía ser tan cruel. *Entonces Kayden tampoco podía decirme la verdad.* Ese pensamiento se filtró lentamente a la superficie de mi conciencia. Cada gota de esta realización sonaba en mis oídos. Me urgía a mirar más de cerca y enfrentar mi miedo. El miedo a que me volvieran a hacer daño. El alivio me inundó y quise seguir a Kayden para decirle que todo iba a ir bien.

Pero en ese momento, otro pensamiento se entrometió ante esa idea: pasó la noche con Cilia. ¿O era eso parte de la red de mentiras que mi amiga tejió? Pero, ¿por qué no lo negó cuando me enfrenté a él?

—Todos nos sentimos fatal por haber tenido que mentirte de esa manera. Créenos —interrumpió Nayda mi tiovivo de pensamientos con voz suplicante.

Hice una breve pausa, respiré hondo y dejé escapar toda mi rabia y mis sentimientos de decepción. Entonces salté de la silla y corrió a brazos de mi amiga, que me atrapó con un sonido de sorpresa.

—Por supuesto que te creo. Y ahora lo entiendo —dije y me volví hacia los dos hombres, que me miraron aliviados. Les acaricié el pelo de forma conciliadora.

—Entonces pensemos cómo podemos frustrar los planes de Gronus.

# CAPÍTULO 13



***Todos los jinetes creen que son las pruebas lo que se interponen entre ellos y los dragones.***
***Solo durante la ceremonia de unión se dan cuenta de que se trata de una falacia.***

**Libro de texto del primer año de la Rider Academy**

Un poco más tarde, estaba sentada en el suelo frente a la mesa del salón con un vestido más cómodo, mordiendo uno de los bocadillos que Lenn y Dex trajeron para todos nosotros. Me costó mucho esfuerzo comer algo, ya que tenía el estómago apretado. Aun así, sabía que tenía que mantener las fuerzas. No solo por mí.

Antes de eso, volví hacia Eline para ver cómo estaba, pero como de todos modos no podía dormir, los cuatro decidimos comer algo y discutir al mismo tiempo cuáles eran nuestras opciones.

Limycu se asomaba regularmente a mi manga para que le metiera un trozo de carne en el pico. Me buscaba más de lo habitual, lo que me llevó a la conclusión de que sabía muy bien qué le había ocurrido a Eline y cómo estaba.

—¡Sigo pensando que Kayden y tú deberían huir! —Nayda repitió su sugerencia, que yo ya había rechazado con vehemencia, con la boca llena.

—No, eso está fuera de discusión. Los pondríamos en peligro. Sé que Kayden tampoco querría eso.

—¿Qué otra opción hay? Gronus se vengará. De eso estoy seguro —dijo Lenn, cogiendo otro bocado de la bandeja traída del bufé del salón de baile—. Te necesita a ti y a tu poder para llevar a cabo su plan de destruir a los cazadores. Pero eso solo significa que te mantendrá con vida durante un tiempo. Es un hombre cruel y probablemente esté tramando nuevas formas de ponerte de rodillas mientras hablamos.

Sabía que Lenn tenía razón. Gronus era un matón y sus entrañas estaban carcomidas por el odio. No dejaría que ningún obstáculo se interpusiera en su camino.

—Nayda, me gustaría pedirte que continúes entrenándome. Mi magia aún no es lo bastante fuerte como para defenderme, así que mis únicas armas contra Gronus o sus secuaces son mis habilidades de combate y mi puntería con el arco y el cuchillo.

Mi amiga asintió con la cabeza.

—Claro que sí. Reanudaremos el entrenamiento lo antes posible. Ya he hablado con Kayden de que también tienes que estar preparada para la ceremonia de unión. Ahí serás elegida por un dragón.

—Ah, sí, casi lo había olvidado por culpa de la boda y la coronación. Aún me esperaba este último paso para convertirme en una jinete de dragón hecha y derecha.

Tragué saliva al pensar en el señor dragón y en sus últimas palabras. Tenía muchas preguntas. En primer lugar, quién había atado mi magia y qué hizo que se liberara.

«Te lo explicaré todo en la ceremonia de unión», retumbó la voz del dragón negro dentro de mí. ¿Qué podría decirme? ¿Y de dónde iba a obtener esa información?

—También recibirás clases de magia para explorar la tuya y aprender a usarla —continuó mi amiga.

—¿No lo saboteará Gronus? —le pregunté y ella bajó la cabeza con tristeza.

—El entrenamiento mágico no, porque necesita que manejes tu poder. Lo mismo ocurre con los preparativos para la ceremonia de unión, porque no sobrevivirás mucho tiempo en las montañas sin un dragón. Deberíamos reservarnos el entrenamiento de combate y no darle demasiada importancia. —Me guiñó un ojo, conspiradora—. Pero nos las arreglaremos.

—Kayden me dijo que ustedes dos estaban tratando de averiguar más sobre la maldición y la profecía. —Dex se volvió hacia mí.

—Sí, es cierto. Pero no pudimos encontrar nada que fuera informativo.

La decepción aún me corroía.

—Voy a profundizar de nuevo en los libros a ver si descubro algo útil. Tal vez podamos encontrar una forma de acabar con esta locura y la guerra.

—Eso sería genial, Dex —dije, agradecida por su oferta de ayuda —. Tengo la sensación de que hay muchas cosas que no sabemos sobre estos dos aspectos, pero podría ayudarnos a entenderlo todo mejor.

—Te apoyaré —dijo Lenn con decisión—. Puede que no sea tan ratón de biblioteca como tú, pero cuatro ojos ven más que dos.

Recordé el castillo de la anterior pareja real. Había volado tan cerca con Elara que podía ver la tierra negra que rodeaba el palacio. Se extendía por el paisaje como una mancha de tinta oscura, bordeando las montañas por el este y el desierto por el oeste.

—¿Creen que podríamos encontrar más pistas e información en el Palacio Eclariano? —pregunté inseguro.

Los tres me miraron atónitos. En sus rostros se reflejó un miedo que nunca antes había visto en ninguno.

—¿El… Palacio Eclariano? —Lenn se esforzó por pronunciar las palabras.

—¿No conoces las historias que se cuentan sobre ese lugar?

La pregunta vino de Dex.

—No tienen porqué creerse todas las estupideces que la gente dice —espetó Nayda a los dos hombres, pero no pude pasar por alto

el temblor de su voz.

—¿Qué dicen del viejo palacio? —pregunté

—Se dice que la maldición habita allí y que cualquiera que se acerque al castillo será absorbido por la negrura y se convertirá en polvo, igual que los antiguos habitantes —informó Dex con un matiz científico, aunque sin duda se trataba solo de rumores.

—No se ha vuelto a ver a nadie de los que partieron hacia el palacio Eclariano —añadió Lenn, que parecía haber perdido el apetito porque volvió a tirar el muslo de pollo al plato.

—Y no te olvides del monstruo carnívoro que vive en el lago frente al castillo y atrae a todo lo que vive a sus aguas para devorarlo allí —agregó Nayda, poniendo los ojos en blanco de forma demasiado demostrativa para que yo creyera que de verdad no le importaba.

—Como ves, primero deberíamos concentrarnos en los libros que podemos encontrar aquí, en el castillo de Dragonfall, antes de embarcarnos en expediciones atrevidas —sugirió Dex y tuve que darle la razón. El riesgo de explorar ese terreno contaminado y desconocido era demasiado grande.

—Tal vez el señor dragón sepa más —dije—. Después de todo, también afirmó saber quién amarró mi magia.

Mis amigos me miraron inseguros.

—Kargon no suele hablarnos en privado a los jinetes, excepto a Gronus cuando se trata de asuntos de estado. Solo se dirige a todos nosotros con los anuncios generales durante el desafío de la última prueba o después de la ceremonia de unión. Pero siempre es extraño oír hablar a un dragón. Es el único de ellos que puede hablar de verdad —intervino Lenn.

*¿Fueron imaginaciones mías la conversación que sostuve con ese dragón?*

—Creo que a Gronus no le gustó nada que hablara contigo. —Nayda se encogió de hombros—. Bueno, si lo hace de nuevo, tal vez deberías preguntarle sobre la maldición y la profecía.

—¿Cuándo va a tener lugar la ceremonia de unión? —pregunté, dejando a un lado la idea de hablar con el señor dragón.

—Una ceremonia como esta solo se celebra una vez al año —me informó Dex y la decepción se apoderó de mi interior. Había disfrutado de los momentos a lomos de Elara y me moría de ganas de volar por fin mi propio dragón.

—¡No pongas esa cara! —exclamó Nayda riendo. Al parecer podía ver la decepción en mi rostro—. Los jinetes de la última prueba aún están esperando su ceremonia. Así que tendrás que competir con ellos.

—¿Competir? —jadeé. Antes había pensado que se trataba solo de un acto formal.

—Esa es una forma de verlo —explicó Lenn—. Después de todo, el dragón más fuerte elige al jinete más fuerte. El dragón más débil elige al jinete más débil. Es una especie de demostración de fuerza en la que todos los participantes muestran lo que pueden hacer.

—Recuerdo haber leído sobre eso —cavilé—. Dragón y jinete deben ser iguales, ¿no?

—Sí —coincidió Dex—. Así que cuanto más entrenes tu magia y aprendas a controlarla, más poderoso será el dragón que se ate a ti.

—El señor dragón decide cuándo tendrá lugar la ceremonia. Nadie, ni siquiera el rey, sabe cuándo será. Así que tendremos que aprovechar al máximo todos los días que nos quedan. Podría ser a la mañana, pero también podría ser dentro de unos meses —suspiró Nayda y se frotó la cara con la mano—. En tu caso, espero que aún nos quede algo de tiempo. Ni siquiera sabemos qué don tienes.

Eso era cierto. Sentía un latido y un brillo constantes en el pecho, pero no sabía qué tipo de magia había detrás.

—Pero ahora también tiene la magia de Kayden —señaló Dex—. Necesitamos entrenar eso con ella. Así que podríamos empezar por ahí.

Le miré sorprendida.

—¿Viste las bandas de luz?

De alguna manera creí que solo Kayden y yo pudimos verlas. Tal vez la sacerdotisa Rosaria.

—Todo mundo vio esas cintas de mierda —se rio Nayda—. Gronus también. Ese fue el momento en que se largó con su coraje echando chispas.

—Oh. —Tragué saliva.

—Por eso pudiste llegar a Kayden cuando provocó la tormenta en tu habitación —intervino Lenn, explicando por qué el viento no podía hacerme daño.

—Pero lo que me sorprende es que la magia que hay en ti no se uniera a la de él y conjurara también una tormenta —consideró Dex, mirándome con cautela—. ¿Qué sentiste cuando Kayden perdió el control?

—Sentí que algo salvaje se agitaba en mi interior y quise desatar un tornado. Pero pude reprimirlo.

—Es asombroso —exclamó Dex sorprendido—. Por lo general, con una conexión como la que tienen, la otra persona se ve arrastrada y no puede escapar de ella. Se necesita una voluntad y una magia muy fuertes para suprimir la del otro. —Su rostro brillaba de emoción—. Siempre supe que podíamos esperar grandes cosas de ti, pero tampoco esperaba que fueran tan grandes.

Los tres me miraron ahora y parecía como si me vieran con otros ojos. Esta atención me incomodaba, así que me rodeé el torso con los brazos. Como si pudiera evitar que vieran la magia que había en mi interior.

—Si de verdad fuera tan poderosa como afirmas, mi don ya tendría que haberse manifestado —murmuré a la defensiva—. Así que no tengamos expectativas demasiado altas de mi magia y concentrémonos en asegurarnos de que al menos puedo usar el poder de Kayden en mí para el ritual de unión.

Nayda sonrió.

—Sí, claro. Nos centraremos en la magia del hombre que estás evitando. Eso sí que será divertido.

Miré a mi amiga mostrándole los dientes.

—No me dijo que era el rey. —Tras decirlo supe que era una excusa poco convincente, después de todo, él tampoco podía contarme más de lo que hicieron sus amigos—. No lo entiendes —dije mucho más suave y con una mirada de disculpa. No estaba bien hablarle de esa manera.

—¿Te das cuenta de que esta frase no tiene mucho sentido, puesto que ya nos has perdonado? —contraatacó Nayda

desafiándome.

—Eso es verdad. Pero… —empecé. De alguna manera no me sentía bien contándoles sobre su noche con Cilia. Tal vez se reirían de mí porque creía que podía reclamar en exclusiva al rey.

—Pero ¿qué, Jadina? —preguntó ahora Lenn, y su voz era tan compasiva que las lágrimas volvieron a brotar de mi interior. Sacudió mi corazón, que parecía consistir solo en una fina capa de cristal. Una capa de cristal que ya estaba agrietada.

—Cilia me dijo que Kayden se acostó con ella. —Las palabras salieron a trompicones y bajé los ojos para no tener que mirar la compasión en ellos—. Poco después estuvo conmigo.

La respiración entrecortada de los tres jinetes me hizo levantar la vista. El horror y el asombro se reflejaron en sus rostros y Nayda se abalanzó sobre mí para estrecharme entre sus brazos.

—Eso duele como la mierda —murmuró contra mi oído—. Lo entiendo.

Y por fin, en los brazos de mi amiga, pude llorar por ello, permitir que me doliera y afrontarlo.

# CAPÍTULO 14



***La cohesión dentro de los escuadrones va más allá de la de un grupo de guerreros reunidos al azar.***
***Se trata de confiar tu vida a los demás.***
***Esta confianza requiere algo más que respeto.***
***Requiere amistad y solidaridad.***

**Registros de Lady Flavia,**
**Líder de la segunda temporada**

Mi cuerpo tardó un rato en dejar de temblar por los sollozos, pero Nayda me abrazó todo el tiempo y me acarició la espalda de forma reconfortante.

En algún momento, me despegué de su abrazo y me limpié las últimas lágrimas de la cara. Había sido tan liberador compartir esta preocupación con alguien.

—¿Estás bien? —preguntó Nayda ansiosa y asentí. Hablar de lo que me preocupaba me quitó un gran peso de encima. El problema no desaparecía, pero ahora pesaba menos.

—Gracias por escucharme. Llevo mucho tiempo cargando con esto.

—No hay problema. —La jinete dudó, pero no sería mi Nayda si no dijera lo que pensaba—. Pero, ¿le preguntaste a Kayden si era verdad? Cilia, como todos descubrimos, no era de las que dijera la verdad.

Lenn y Dex también me miraron y vi que la esperanza se encendía en ellos. La esperanza de que su amigo hubiera sido acusado injustamente.

—Lo hice —respondí, despejando cualquier duda.

—¿Y qué dijo? —preguntó Lenn.

—Nada. No dijo nada —manifesté, incapaz de ocultar la desesperación en mi voz.

Los hombros de Lenn se hundieron y bajó la mirada.

—¿No dijo nada al respecto? —jadeó Nayda indignada—. ¡Ese imbécil! —Saltó a mi lado con los puños cerrados y comenzó a pasearse por la habitación con los dientes apretados—. ¡Qué imbécil! Eso es un sí —gruñó.

—Mantén la calma. Tal vez el mismo Kayden se quedó tan sorprendido que no supo qué decir. ¿Cuándo lo confrontaste al respecto? —Dex trató de tranquilizarnos.

—Antes de la última prueba. Me apartó para darme su cuchillo. Afirmó que no se fiaba de Cilia. Entonces le dije que él debía saberlo mejor porque, después de todo, estuvo con ella —relaté y el recuerdo de esta situación reavivó mi tristeza mezclada con la ira, que se reflejaba en la magia de mi interior. Por segunda vez aquella noche, la reprimí.

—¿Y después? ¿Qué pasó entonces? —preguntó Lenn.

—Entonces esperé su reacción y cuando no llegó nada, salí corriendo. Y no, no me siguió. —Las últimas palabras fueron más bien un susurro. Ahora se había hecho tanto silencio a mi alrededor que me pareció oír otra grieta en el cristal, alrededor de mi corazón.

Los tres intercambiaron miradas incrédulas. Kayden era su amigo, su jefe de escuadrón y su rey. No podía ignorar la decepción.

—La verdad no creo que haya estado con Cilia, pero por qué no dijo nada al respecto, tampoco lo entiendo. —Dex se pellizcó el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Cilia era guapa —dijo de pronto Lenn, que fue literalmente ensartado por la aguda mirada de Nayda. Levantó las manos a la defensiva—. No, no quería decir eso. ¿Por qué no me dejas terminar? —Me miró disculpándose—. Pero por muy guapa que fuera, todos nos fijamos en cómo te miraba.

—¿Cómo me miraba? —pregunté y sentí que mi corazón saltaba a traición.

—Como si fueras el primer amanecer tras años de noche oscura.

Sorprendida, miré a Nayda, que se había puesto roja al oír sus propias palabras.

—Um, o alguna otra mierda romántica —tartamudeó y se dio la vuelta.

—Nayda tiene razón —se unió ahora Dex—. No hay duda de cuánto le gustas, Jadina. Tal vez deberías confrontarlo de nuevo.

Suspirando, me recosté en el sillón que tenía detrás. ¿Tendría valor para otro enfrentamiento? Una vez más, el miedo a una nueva herida se coló en mi interior y se abrió paso hasta mi corazón.

—No creo que tenga fuerzas para afrontarlo en este momento —intenté disuadirme—. Hay tantas cosas que son más importantes que mis sentimientos o los suyos. Por un lado, está Eline, que necesita recuperarse. Luego no debemos olvidar la ceremonia de unión y, sobre todo, me preocupa Gronus. ¿Qué será lo próximo planeará? Además, hay una profecía que debe cumplirse y mi magia que aún no ha producido un don. Agotada, me froté los ojos. Y aunque parecía una excusa, las cuestiones planteadas me pesaban en el pecho—. Hay tantas cosas para las que necesito mi poder. Y volver a ser rechazada por él así, no podría soportarlo.

Con las últimas palabras, me desplomé aún más sin querer.

—Lo entiendo, pero ¿tus hostilidades y discusiones no cuestan también mucha energía?

La pregunta vino de Dex.

—Sí, pero son menos dolorosas —admití, encogiéndome de hombros.

Los ojos de Dex se abrieron de par en par por un breve instante.

—Así que es verdad lo que dijo la sacerdotisa —susurró más para sí mismo.

Estaba a punto de preguntarle a qué se refería cuando la puerta de mis aposentos se abrió de golpe y Gronus y sus guardias entraron corriendo.

Ante eso, mis amigos se pusieron en pie, con las manos ya en las empuñaduras de sus armas y sus rostros, antes compasivos, se tornaron ahora sombríos y llenos de odio hacia el padre de Kayden.

—¿Molesto? —preguntó, indiferente a los jinetes de dragón que tenía a mi lado. Sus ojos se paseaban con desaprobación por todos y cada uno de ellos, casi como si estuviera ideando un método de tortura para ellos.

Para distraerle de mis amigos, también me levanté y me puse en su campo de visión. Con mis últimas fuerzas, levanté la barbilla y enderecé los hombros mientras caminaba hacia él.

—¿Qué haces aquí? ¿En mitad de la noche? —le pregunté y sin mostrarle ningún respeto. Ya lo había perdido desde nuestro primer encuentro.

Sus ojos se entrecerraron cuando por fin me miró y vi cómo se le curvaba la boca por la falta de un saludo apropiado. Levantó la mano en mi dirección y al mismo tiempo oí el chirrido del acero sobre el acero cuando los jinetes que estaban detrás de mí desenvainaron sus armas.

Los ojos de Gronus se desviaron por encima de mi hombro hacia mis amigos y luego de nuevo hacia mí. Temblando de rabia, volvió a bajar la mano y dio un paso en mi dirección.

—Yo que tú tendría mucho cuidado con cómo te expresas conmigo —canturreó apacible—. No querrás que ninguno de tus *compañeritos* salga herido. —Su sonrisa se volvió cruel.

Sabía que iba en serio y que no se privaría de ejecutar a todo su primer escuadrón. Estaba poseído por la locura y ya no podía pensar con claridad. Así que me volví hacia los tres y les dije que volvieran a enfundar sus armas. Se mostraron reacios a hacerlo, pero finalmente cada uno de ellos volvió a guardar su espada.

—Qué bien —exclamó Gronus satisfecho y pasó junto a mí hacia los aperitivos que quedaban. Allí cogió un pastelito y se lo metió en la boca, casi como si nada de esto acabara de ocurrir. De repente, olfateó el aire y sus ojos adquirieron un brillo codicioso.

—¿Es sangre lo que huelo? —preguntó y su mirada se deslizó hacia la puerta de mi habitación. Lenn se puso delante y yo di unos pasos hacia él. Ese cerdo no podía acercarse a Eline.

Gronus se rio.

—Oh sí, lo había olvidado. Hiciste que trajeran a la doncella a tus aposentos.

¿Cómo lo sabía? ¿Quién le informó?

Imperturbable, se volvió hacia mí.

—¿Cómo está? —quiso saber, con expresión lobuna. Me di cuenta de que estaba jugando con nosotros, pero no pude reprimir la ira y el odio que surgieron en mi interior. La magia de Kayden se agitaba en mi interior y ansiaba otra tormenta.

Nayda, que había llegado a mi lado, me puso una mano en el brazo.

—No merece la pena —susurró, y tenía razón. Cerré los ojos un momento y respiré profundo. Cuando volví a abrirlos, me encontré con la mirada escrutadora de Gronus.

—Interesante —ronroneó—. Muy interesante.

Giró sobre sus talones y caminó de vuelta a la puerta, donde sus guardias le esperaban inexpresivos. Se volvió de nuevo y la crueldad de su mirada me puso la piel de gallina.

—Oh sí, casi olvidó de mi visita hacia ti.

Su mirada se volvió penetrante cuando empezó a hablar de nuevo.

—¡Mañana te mudarás a los aposentos de Kayden! —dijo más alto de lo necesario y sentí que el suelo cedía bajo mis pies. *¿Las habitaciones de Kayden? ¿Iba a compartir habitación con él a partir de ahora? ¿Estar tan cerca de él?* No podía hacerlo.

—¿Por qué? —pregunté, el temblor de mi voz delatando el naufragio que causaba en mí con esa noticia.

—Porque lo digo yo y ya deberías saber lo que pasa si desafía mi voluntad —siseó, con su mirada deslizándose inequívocamente sobre mis amigos.

—Como tu criada está… ocupada en otra cosa, te daré hasta mañana para recoger tus pertenencias y mudarte.

Sin volver a mirarme, salió de la habitación y, cuando el último guardia echó la puerta a la cerradura, me estremecí.

Me volví hacia Nayda, Lenn y Dex con incredulidad.

—¿Por qué quiere que me mude con Kayden? —les pregunté, apartando la idea de tener que compartir la cama con mi marido.

Lenn se encogió de hombros, al parecer tan confundido como yo. Nayda miró a Dex, cuya actitud pensativa era evidente por la pronunciada arruga de su frente.

—¿Quizá piensa que así puede controlarte mejor? —aventuró, pero también sonó muy inseguro sobre su propia suposición.

—¡Seguro que está planeando algo otra vez, ese cabrón! —maldijo Nayda sin pelos en la lengua.

—No importa lo que sea. Por desgracia, no tengo más remedio que hacer lo que él dice. Lo ha dejado muy claro. Dependiendo de cómo esté Eline mañana, deberíamos ponerla en un lugar donde esté segura —razoné.

—Puede quedarse conmigo —se ofreció Nayda—. Pero viajo mucho durante el día debido a mis compromisos y estaría sola.

—Es muy amable por su parte. Si no encontramos una mejor solución, sería estupendo que la acogieras. Cualquier cosa es mejor que dejarla sola en sus aposentos donde Gronus puede encontrarla fácilmente.

Dex bostezó con ganas y Lenn se frotó los ojos cansados.

—Deberíamos irnos a dormir ya —sugerí, aunque no estaba segura de poder conciliar el sueño.

—Vayan a dormir, chicos. Yo me pondré cómoda aquí en el sofá. Lenn, vendrás a relevarme en dos horas y luego Dex estará de turno. —Nayda dividió tareas de vigilancia. En realidad, no era necesario.

—Pero…

—¡Sin peros! —gritaron los tres al mismo tiempo, haciéndome sonreír.

Tal vez debería aceptar su ayuda y apoyo. Después de todo, yo no podría defender a Eline tan bien como ellos.

—Gracias —fue todo lo que dije.

—No hay problema. Pero también deberías dormir —dijo Nayda —. ¿Quieres acostarte con Eline? Si no, puedes quedarte con el sofá.

Le hice un gesto para que se fuera.

—El sofá es tuyo. Compartiré la cama con Eline.

—Por favor, cierra las puertas de tu dormitorio para que nadie pueda acceder con demasiada facilidad.

—Lo haré. —Mi mirada se deslizó sobre todos ellos—. Gracias por estar a mi lado. No podría pedir mejores amigos a mi lado.

Lenn y Dex volvieron a avergonzarse, con Lenn acariciándose la enrojecida nuca y Dex dedicándome una sonrisa incómoda. Solo Nayda me miró y me abrazó.

—Siempre estamos aquí para ti —dijo, antes de separarse de mí y poner cara seria—. Ahora todos a la cama, rápido. Mañana tenemos que organizar una mudanza y quiero programar la primera sesión de entrenamiento. Todo el mundo tiene que estar bien descansado —ladró, y los otros dos jinetes de dragón salieron corriendo de la habitación.

También abrí la puerta de mi dormitorio.

—Jadina —oí que llamaba desde donde estaba.

—¿Sí? —Cuando me volví hacia ella, estaba de pie junto al sofá y su mirada mostraba determinación.

—Estoy segura de que Kayden no se acostó con esa zorra —dijo bruscamente, y luego, sin esperar respuesta por mi parte, se tumbó en el sofá y se durmió.

La esperanza surgió dentro de mí. La esperanza de que tuviera razón.

# CAPÍTULO 15



***Las criaturas mágicas de***
**Ellyllia *se llaman Vilen.***
***Su imperio se eleva muy por encima de las masas de la tierra de Brysalia y solo puede alcanzarse desde el aire.***
***Por eso todos los Vilen tienen alas.***
***Las formas de magia más comunes entre los Vilen son: magia de agua, magia de aire y magia curativa.***

**Extracto de la antología**
***Las criaturas mágicas de Brysalia* por Horacio**

Como era de esperar, no pegué ojo en las horas siguientes. Eline permaneció inmóvil a mi lado el resto de la noche sin despertarse ni una sola vez. Solo su respiración y algún gemido ocasional indicaban que seguía viva.

Cuando llamaron a la puerta de la habitación poco después del amanecer, agradecí poder abandonar por fin la cama. Era la sanadora Felycitia.

—Buenos días, Felycitia —saludé a la joven después de abrir la puerta y dejarla pasar—. Gracias por volver a ver cómo estaba Eline.

Mis ojos volvieron a posarse en sus hermosas alas y la pregunta de dónde venía se hizo cada vez más urgente. Sin embargo, la aparté, pues no quería asustarla.

—Buenos días, Majestad —respondió y se inclinó ligeramente.

—No, por favor, llámame Jadina —tartamudeé incómoda, sin sentirme a gusto con mi nuevo papel. Para disimular mi incomodidad, me senté en la cama junto a Eline.

—Pero solo si me llamas Fely —dijo con una sonrisa y yo no pude evitar responder. La inquietud anterior se desvaneció.

—Me encantaría. Pero dejaremos de lado las formalidades, si te parece bien.

—Por mí, estupendo. —Fely se acercó y sus ojos se posaron en Eline con preocupación—. ¿Cómo está nuestra paciente hoy?

—No se despertó en toda la noche —dije—. Pero sí gemía de vez en cuando. Creo que era por el dolor.

—Entonces tendremos que aumentar la dosis de los analgésicos —caviló y caminó alrededor de la cama hacia el lado donde estaba tumbada Eline. Dejó la maleta sobre la mesilla y la abrió.

No pude evitar echar un vistazo curioso al interior. Dentro había frascos y tarros con contenidos de colores muy variados.

Fely sacó un vial que contenía un líquido morado.

—¿Podrías abrirle la boca, por favor? —me preguntó, e inmediatamente me deslicé hacia Eline en la cama para hacer con cuidado lo que me pedía la curandera. En cuanto creé un pequeño espacio entre los labios, Fely se inclinó hacia delante y dejó caer tres gotas del medicamento sobre la lengua de Eline.

—Gracias. Ahora puedes volver a cerrarle la boca. El dolor debería disminuir en los próximos minutos.

Mis ojos volvieron a posarse en mi amiga, cuyo rostro parecía un campo de escombros. Fely, que me observaba, me puso una mano en el brazo para consolarme.

—En cuanto despierte, me ocuparé de las heridas. Si las trato adecuadamente y estimulo su propia magia al mismo tiempo, apenas podrá ver nada de las heridas en muy poco tiempo. Lo único que no puedo devolverle es la vista de un ojo. Lo siento mucho.

—¿Y sus dedos? —quise saber, reprimiendo otro estallido de lágrimas.

—Por desgracia, tampoco podré reemplazarlos. Pero… —pensó un momento—, una vez vi una construcción de un marinero que había perdido varios dedos en una tormenta. Tal vez podría reproducirse. Pudo volver a agarrar con normalidad y realizar hasta los movimientos más pequeños.

—¿Algo como costura y bordado?

—Sí, eso debería ser posible.

El alivio inundó mi cuerpo. Eline tenía por delante un largo y difícil camino de recuperación, pero mejoraría. La ceguera de un ojo y los dedos que le faltaban eran un reto en el que todos la apoyaríamos. Quizá al menos pudiera recuperar la movilidad de los dedos amputados mediante una construcción, como sugería Fely. Por fortuna, no conservaba ninguna otra deficiencia.

—Estoy muy agradecida de que hayas llegado a Eclaria, Fely —solté, y al ver que un velo de tristeza se posaba en su rostro, me di cuenta de lo insensible que fue eso de parte—. Lo siento. Lo que quería decir es que me alegro de que seas la sanadora de Eline.

Los acuosos ojos azules de Fely se llenaron de lágrimas, que trató de reprimir, mientras se limitaba a asentir, aunque no parecía tan contenta con la situación como yo.

—¿De dónde eres, Fely? ¿Y cómo acabaste en Eclaria? —pregunté ahora sin rodeos, pues me parecía mal ignorar su situación después de mi paso en falso.

Fely suspiró y se sentó a mi lado en la cama. Su mirada se posó en las manos cruzadas sobre su regazo. Casi como si pudiera encontrar allí los recuerdos de tiempos pasados.

—Soy un Vile y vengo de tierra firme. De Ellyllia, un reino de Brysalia que se cierne sobre la tierra. —Ahora sí me miró y el brillo de sus ojos mostraba su amor por su tierra natal. Quise pedirle que me hablara más de ella, pero una sombra se proyectaba ya sobre sus iris y volvió a bajar la mirada—. Vine a Eclaria poco antes de que llegara la maldición para estudiar una planta medicinal que solo crecía aquí, en el este del país. Después de que la tierra fuera invadida por la negrura y se formaran el desierto y las montañas, me

quedé en el este, con los jinetes de dragones. Tengo una cabaña en la ladera de la montaña sobre la que se alza el castillo de Dragonfall.

Mi mirada se posó en sus alas.

—¿Así que vuelas hasta aquí todos los días?

—Sí. Desde el principio tuve claro que no quería convertirme en jinete de dragón. Quiero mantenerme al margen de la política entre cazadores y jinetes. Y mientras no viva en las montañas, no estoy obligada a ello. A diferencia de los jinetes, que quieren quedarse aquí arriba con su gente. Como sabes, su magia se desvanece si no se unen a un dragón a tiempo. Mi magia se regenera en cuanto vuelvo a mi cabaña en la montaña.

Ahora fui yo quien le puso una mano reconfortante en el brazo.

—Si quieres hablar de ello, aquí siempre serás bienvenida —le aseguré.

—Eso es muy dulce. Muchas gracias. Sabes, tuve grandes amigas y un marido en Brysalia. Los extraño a todos terriblemente.

Las primeras lágrimas comenzaron a caer y no pude evitar abrazarla.

—No tengo a nadie aquí —sollozó. Sabía muy bien cómo se sentía. Ahora que había hecho amigos, no querría imaginarme cómo me afectaría mi soledad anterior.

—¿Qué tal si vienes a visitarme más a menudo? —le sugerí—. Me encantaría que lo hicieras. Así podrás hablarme de tu país, de tus amigos y de tu marido. A veces ayuda hablar de ello.

Me miró sorprendida.

—Pero ahora eres la reina. Seguro que no tienes tiempo para problemas tontos como el mío.

Me reí sin gracia.

—No es más que un título, querida —le confié—. Ni el rey ni yo tenemos autoridad real. Somos meras marionetas del titiritero Gronus.

—¿El anterior rey? —exclamó con los ojos muy abiertos.

—Así es. Nos obligó a los dos a casarnos. —Mi mirada se posó ahora en Eline—. Ella fue la moneda de cambio.

En los ojos de Fely apareció un fuego que no había esperado ver en esta mujer por lo demás tranquila y sosegada.

—¿Entonces *él* es el responsable de sus heridas? —exclamó indignada mientras se limpiaba las últimas lágrimas de su mejilla—. He visto mucha crueldad, pero esta es una de las peores. Y créeme, sé de lo que hablo. Después de todo, luché en una guerra contra los monstruos del inframundo y una reina tiránica que en realidad era una diosa.

Ahora era yo quien la miraba asombrada.

—¿Tú qué?

—Luché codo con codo con mis amigos y mi marido contra el mal en la última guerra que asoló el continente de Brysalia. Y ganamos. —El orgullo brilló en su rostro—. Después de todo, fuimos nosotros quienes encontramos la profecía y contribuimos a la destrucción de la diosa.

La emoción me invadió.

—¿Entonces sabes de profecías?

—Bueno, *saber* no es la palabra adecuada, pero pudimos interpretar una antigua profecía y las enigmáticas palabras de las Norns —dijo—. Mi amiga, la princesa de Ellyllia, se reunió con las diosas del destino.

La mujer joven que tenía delante debía de tener varios siglos. Había experimentado mucho y, junto con sus amigos, había logrado lo que planeábamos hacer. Descifrar una profecía y derrocar al gobernante que teníamos.

La miré fascinada y un excitado cosquilleo se extendió por mi piel.

—¿Tú también nos ayudarías? —solté y, abrumada por mi propia euforia, le agarré las manos.

¿Me habría precipitado? ¿De verdad podía confiar en ella? El rostro de Cilia apareció ante mi ojo interno. Confié en ella. Creí que era mi amiga, pero al final me terminó traicionando.

En el pasado, mi desconfianza y mi miedo a lo desconocido siempre me habían protegido, pues aprendí de mis padres a esconderme cuando alguien se acercaba por tierra o por aire.

Sin embargo, aquí, entre los muros del enemigo, me abrí y aprendí a confiar. ¿Hice bien? ¿Debería haber tenido más cuidado? Después de todo, casi me había costado la vida.

¿Podía confiar en mis propios sentimientos, en mi instinto, cuando se trataba de amistades?

Me escuché a mí misma por un momento. Tenía un buen presentimiento sobre Fely. ¿Cómo fue con Cilia? ¿Por qué me abrí a ella? La respuesta estaba clara. Porque, como yo, había sido cazadora y me había dado la sensación de que no estaba sola entre enemigos. Aunque en aquel momento hacía mucho tiempo que no estaba sola. Mis verdaderos amigos habían surgido de entre mis enemigos.

Sin embargo, retiré las manos de las suyas, la euforia se desmoronó y miré mi regazo.

—No sabes si puedes confiar en mí, ¿verdad? —preguntó Fely. No parecía decepcionada ni enfadada por su propia afirmación. Levanté la vista, sorprendida.

—De dónde…

—Puedo verlo en tu cara y también me enteré de la historia con la otra cazadora en el último examen. Sería natural que ahora te sintieras insegura. —Me miró con simpatía.

—Es verdad —admití con un suspiro—. Era mi amiga y aun así quiso matarme.

Fely asintió y esta vez me cogió las manos.

—Entonces veamos cómo puedo ganarme tu confianza —sugirió con una leve sonrisa—. No hace falta que me cuentes tus secretos ni que me incluyas en tu círculo íntimo. Pero si necesitas ayuda, acude a mí.

La preocupación que estaba ahogando mi garganta se desvaneció y de repente no fue tan difícil devolverle la sonrisa.

—Lo haré. Gracias. —Nos lo tomaríamos con calma y quién sabía si podría convertirse en una gran amistad—. Y si hay algo que pueda hacer por ti, házmelo saber también.

Fely miró a Eline.

—Voy a darle más medicina para regenerar su magia. Pero tiene que dormir uno o dos días. Está a salvo aquí contigo.

Sobresaltada, miré también a Eline.

—¡No, no lo está! —jadeé—. Gronus ordenó trasladarme a la habitación de Kayden y no sabemos dónde esconder a Eline por eso.

Nayda se ha ofrecido a acogerla, pero tampoco estaría a salvo de él. Temo que vuelva a hacerle daño.

La desesperación volvió a apoderarse de mí y mi cuerpo tembló de preocupación.

Fely juntó las cejas, pensativa, y miró en silencio de Eline a mí y viceversa.

—Ella puede venir conmigo. Tengo un segundo dormitorio. Es bienvenida. También la ayudaría a curarse si estoy siempre a su lado. Y nadie vendrá a buscarla a mi casa. Mi cabaña está tan escondida entre las laderas de la montaña que no la encontrarán si no saben dónde buscar.

—¿Harías eso?

Una sonrisa tímida apareció en sus facciones.

—Por supuesto. Diles a tus amigos que traigan a Eline esta tarde. Tendrán que transportarla con cuidado.

—Lo haré. Gracias, Fely.

Después de todo, quizá nos haríamos amigas antes de lo esperado.

# CAPÍTULO 16



***Nos preocupa que el número de jinetes de dragón aumente más rápido***
***que el número de dragones.***
***La competencia durante la ceremonia de vinculación es cada vez mayor,***
***ya que se teme que no haya suficientes dragones que acepten un vínculo.***

**Actas del comandante supremo de los jinetes**

Eso te ofreció? —preguntó Lenn con asombro cuando, una hora más tarde, les conté lo que Fely me había ofrecido en relación con Eline.

—Sí. Ni siquiera lo dudó. ¿Por qué te sorprende? Fue muy amable conmigo. ¿No suele serlo?

¿Me equivoqué de nuevo? ¿No era tan simpática como parecía? Sentí que esa desagradable sensación de desconfianza me recorría el cuerpo una vez más y me hacía temblar.

—¡No, no! —se defendió el jinete—. No quiero decir eso. Es simpática y todo. Pero… — Buscando ayuda, miró primero a Dex,

que tenía la nariz metida en un libro, y luego a Nayda. Suspiró con fuerza.

—Lo que Lenn quiere decir es que no tenemos ni puta idea de si se puede confiar en ella. Nadie la conoce, ya que lleva una vida muy solitaria. Solo sale de su cabaña, dondequiera que esté, cuando se necesita de su experiencia.

—Ya veo.

Con eso algunas cosas me quedaron claras. Fely se había desterrado a la soledad porque echaba de menos a sus amigos y a su marido. Ahora tenía la sensación de que necesitaba nuestra ayuda tanto como nosotros la suya.

—Volviendo al tema que nos ocupa. —Lenn interrumpió mi hilo de pensamiento—. Molgar, el dragón de Nayda, y mi Trihar no son los dragones adecuados para llevar a Eline al valle. Son demasiado salvajes. —Nayda sonrió orgullosa ante las palabras de Lenn—. Así que yo sugeriría tu dragona, Dex.

El jinete levantó la cabeza.

—No hay ningún problema. Estoy seguro de que Sunny estará encantada de hacerlo.

—¿Sunny? —exclamé sorprendida—. ¿Así se llama tu dragona?

—Cuando la conozcas, verás que el nombre es espantosamente acorde a su dueña —dijo Nayda, y me di cuenta de que estaba reprimiendo una risita.

Con los ojos entrecerrados, Dex miró a la jinete de dragón.

—Sunny es lo mejor que ha podido sucederme. Después de todo, ¡es más educada que tú!

Fue bonito cómo Dex intentó proteger a su dragona de la lengua afilada de Nayda, pero yo ya conocía a mi amiga y sabía que ella ganaría y le haría sufrir durante su marcha victoriosa.

Así que me puse delante de Dex para que ya no pudiera ver a la jinete.

—¿Puedes pedirle que nos ayude? Eso sería genial.

—No hay problema. Pero iré solo, para poder hablar con ella *sin interrupciones*.

Cerró el libro y salió de la habitación, con los ojos fijos en Nayda. Si pudiera disparar bolas de fuego desde sus iris, mi amiga habría

ardido en llamas hacía tiempo.

En cuanto la puerta se cerró tras él, Nayda se echó a reír.

—¡Tu cara fue un poema cuando escuchaste el nombre! —rio divertida—. Espera a conocerla. Sunny, el sol entre los dragones, es una firme opositora a la violencia, pero no menos inteligente que su jinete.

—Sunny de verdad es diferente a la mayoría de los dragones —se unió ahora Lenn—. Es tan equilibrada como nuestro querido amigo y tiene una respuesta para cada pregunta. Así como Dex es una enciclopedia andante entre los jinetes de dragón, Sunny lo es entre los dragones. —Se inclinó hacia mí con aire cómplice—. Deberías oír de qué se ríen juntos. Son bromas que alguien nacido con una afinidad normal por el conocimiento no entendería.

—¿Cómo sabes todo esto? Se comunican a través del pensamiento, ¿no? —pregunté asombrada.

—Trihar me lo dijo —sonrió Lenn.

—Sí, porque el dragón de Lenn es tan bocazas como su jinete —le espetó Nayda, a lo que él le sacó la lengua como un niño pequeño.

Casi no había visto a sus dragones, pero cuando lo hice, fue de lejos. Sabía que Trihar tenía escamas verdes, mientras que Molgar, el dragón de Nayda, era rojizo y tenía una punta verde y dentada en la cola.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y Lenn se echó hacia atrás en su silla. Dex entró en la habitación, su mirada, que no parecía haberse relajado desde que salió, prácticamente apuñalaba a sus amigos. Su dragona era muy importante para él, no cabía duda.

—A Sunny le encantará llevar a Eline a la cabaña de Felycitia. Se alegra de volver a ver a la sanadora. Al parecer, le gusta la Vile —me informó, después se sentó en su asiento anterior y continuó con su lectura.

Me habría gustado decirles que Fely había luchado en una guerra en el continente y que lo sabía todo sobre maldiciones y profecías, pero sentí que no me correspondía a mí decirlo.

—Gracias, Dex. Creo que hay mucho más en la naturaleza tranquila de Felycitia de lo que creemos —dije—. Al menos está

dispuesta a acoger a Eline a pesar del peligro que corre.

Sin responder a mi comentario, esta vez Lenn distribuyó las tareas del día. Él y Dex llevarían a Eline con la curandera y prepararían todo lo necesario. Nayda y yo teníamos que empaquetar mis pertenencias, que se habían acumulado aquí en mis habitaciones durante las últimas semanas, para poder llevarlas a la habitación de Kayden.

—Oh sí, casi lo olvido. Fely dijo que Eline tiene que ser transportada con mucho cuidado. ¿Cómo vamos a hacerlo? —pregunté al grupo—. No podemos sacarla de aquí en la cama. Sería demasiado llamativo.

—¿Qué tal si la cargo yo? —sugirió Lenn, flexionando los músculos de sus bíceps. Nayda puso los ojos en blanco, molesta por aquella exhibición.

—Idiota. Tiene heridas por todo el cuerpo. Si la cargas, le dolerá más. —Ella le golpeó en la parte superior del brazo con el puño, a lo que él respondió con un aullido.

—Nayda tiene razón —coincidí—. Parece una locura, pero creo que lo mejor será que saliera flotando de aquí.

Lenn sonrió socarrón.

—Puedo concederte ese deseo —presumió hinchando el pecho—. Bueno, yo personalmente no, pero conozco a alguien… —Su sonrisa se derrumbó de repente—. Alguien que tú conoces también y con quien no tienes buena relación en este momento. Mierda. Lo siento, Jadina.

Nayda agradeció su última frase con una palmada en la nuca.

—¡Idiota insensible! —le regañó.

—Te refieres a Kayden, ¿verdad? ¿Y su magia de aire? —le pregunté, tratando de sonar lo más tranquila y relajada posible al oír el nombre de mi marido, aunque aquello bastó para desencadenar un huracán de emociones en mi interior. El anhelo, el deseo y la desesperación corrían calientes por mi interior.

El jinete de dragón asintió una vez.

—Pídele que te ayude con el transporte. Es por Eline y su bienestar es lo más importante en este momento —decidí, tragándome el malestar de tener que enfrentarme a él de nuevo—.

Además, él también tiene que estar enterado de lo que vamos a hacer. Eline es como una madre para él.

Antes de que pudiera volver a cavilar sobre aquel hombre y todo lo que se interponía entre nosotros, me aclaré la garganta. Me limpié las manos sudorosas en el vestido y me volví hacia Nayda.

—¿Me ayudas a meter la ropa en las cajas que me han entregado esta mañana? —le pregunté.

—Claro —respondió con una sonrisa alentadora.

Lenn se fue para informar a Kayden de nuestro plan, y Dex se retiró para averiguar cómo atar una camilla a la espalda de su dragona para Eline.

En silencio, Nayda y yo metimos un vestido tras otro en los baúles y, cuando por fin añadí mi uniforme de entrenamiento, me costó no ponérmelo y ponerme al límite en la sala de entrenamiento hasta que ya no poder pensar en nada más. Seguir corriendo hasta que el carrusel de pensamientos por fin se detuviera.

Luego metimos mis libros, joyas y cintas del cabello en una caja más pequeña.

Cuando por fin estuvimos listas, los primeros guardias ya estaban preparados para llevar mis pertenencias a los aposentos de Kayden. Gronus no perdió tiempo en este asunto.

Suspirando, eché un vistazo a las habitaciones, que ahora parecían mucho más vacías. Este se había convertido en mi hogar en las últimas semanas y me resultaba sorprendentemente difícil decir adiós.

Limycu se sentó en mi hombro y graznó inquieto mientras uno de los guardias se llevaba también su cesta.

—No te preocupes, pequeño. Esta noche podrás volver a dormir en ella, pero en otra habitación —le dije al polluelo mientras le acariciaba las plumas con el dedo índice.

Se me formó un nudo en la garganta al pensar dónde y, sobre todo, junto a quién tendría que pasar la noche. Las próximas noches. Sin tener claro durante cuánto tiempo. Respiré aire mientras el pensamiento amenazaba con asfixiarme.

—¿Qué tal si dejas a Limycu con Eline y vamos a dar un paseo por la sala de entrenamiento? Lenn también debería llegar en

cualquier momento para su turno de guardia — sugirió Nayda y la alegría se extendió por mí ante la idea de un buen entrenamiento; sin embargo, así como vino, se fue.

—Pero mi uniforme ya está empaquetado y recogido —me quejé decepcionada.

—No te preocupes por eso. Tengo muchos más, joder. Te prestaré uno. —Nayda desestimó mi preocupación.

En ese momento, Lenn regresó y poco después entré en la sala de entrenamiento con mi amiga. Por suerte, hoy no había mucha gente, así que solo había unos pocos grupos de jinetes en la enorme sala, ocupados con diversas sesiones de entrenamiento.

Cuando me veían, se detenían un momento para asentirme o incluso saludarme. Noté que cada vez que esto sucedía se me calentaban las mejillas e, inquieta por la atención no deseada, me incliné hacia Nayda.

—Quizá no fue tan buena idea después de todo —le susurré.

—¡Oh, tonterías! —exclamó en voz demasiado alta—. Créeme, nadie te prestará más atención después de correr.

—¿Porque se me da fatal? —le pregunté, un poco picada por esta afirmación.

Su respuesta fue una carcajada.

—No, niña tonta. Porque para entonces ya se habrán olvidado de tu presencia. Aunque, ahora que tú misma has sacado el tema en… —Imitó una mirada pensativa, deslizando los ojos por mi figura.

Ahora tuve que reírme y empujé mi codo contra su costado. Por fin me relajé un poco.

—No seas descarada —la amonesté, riendo—. Parece que has olvidado que ahora soy una mujer de estatus.

—No te lo pienses mucho —respondió y también me dio un codazo en el costado.

—¡Oye, Nayda!

De repente oí a alguien gritar por el pasillo. La jinete de dragón miró a su alrededor y gimió al descubrir de quién procedía la llamada. Seguí su mirada y descubrí a un pequeño grupo de jinetes observándonos. O, mejor dicho, me miraban a mí.

—¿Quiénes son? —quise saber.

—Serán tus compañeros durante la ceremonia de emparejamiento.

Ahora los miré a cada uno con curiosidad. El grupo estaba formado por seis hombres y cuatro mujeres que se acercaban a nosotras.

—¿Qué quieren? —cuestionó en un susurró, sin apartar los ojos de ellos.

—Están echando un vistazo a la competencia —dijo con gesto adusto y sus ojos se posaron en mi vestido lila.

—¡Mierda! —maldijo—, esperaba evitar este encuentro hasta que estuvieras con tu maldito uniforme y no con ese vestido de princesa.

Ahora también me miraba a mí misma. Nayda tenía razón, pero no podía hacer nada.

—Entonces tendremos que apechugar —gruñí.

El grupo ya nos había alcanzado y todos hicieron una reverencia exageradamente profunda, que pude identificar como lo que se suponía que representaba. Burla y escarnio.

—Majestad —me saludó el jinete de dragón que había pronunciado el nombre de Nayda—. ¿Te has perdido? No querrás ensuciar tu hermosa ropa, ¿no es así?

Aquello funcionó y el escozor dolió más de lo debido. Habría soportado mejor aquel comentario incluso con los harapos que había llevado en el desierto. Pero al igual que no me había hecho amiga del título de Lady o incluso de Reina, estas ropas se habían convertido en las mías. Por mucho que Eline hubiera intentado hacérmelas agradables. Una vez más deseé llevar el uniforme de entrenamiento, que me habría sentado como una armadura contra este desprecio.

Oí que Nayda, a mi lado, cerraba las manos en puños con tanta fuerza que le crujieron las articulaciones.

—¡Basta, Dorian! —escupió a sus pies como una amenaza de muerte—. La viste durante las pruebas y sabes que no es una maldita muñeca con vestido.

—Lo único que sé es que es una maldita cazadora que no tiene nada que hacer en nuestro trono y que quiere robarnos a nuestros dragones —gruñó el sujeto y los demás asintieron con la cabeza,

reflejando en sus rostros el mismo odio que su camarada. Desde luego, este grupo no había estado entre los invitados al baile de la noche anterior.

Dieron un paso hacia nosotras, todos me miraban como si quisieran abalanzarse sobre mí.

—Debes tener cuidado durante la ceremonia. Muchas personas mueren ahí. Y por lo general no llevaban tanto tul como *tú*, cazadora —gruñó uno de los jinetes de dragón de larga melena pelirroja.

Era una clara amenaza de muerte y la hostilidad de sus ojos demostraba que iba en serio.

Pero también empezaba a sentir rabia por esas amenazas y acusaciones injustificadas. Alimentaba mi propia combatividad. No me dejaría intimidar. No con este grupo.

—Hay mucha gente que me quiere muerta —respondí con una risa sin gracia—. Ponte en la cola. Porque te lo aseguro, vas a tener que esperar tu turno.

La ira ardió en sus ojos y Dorian se alzó amenazante frente a mí. Me llevaba dos cabezas de ventaja y me vi obligada a inclinar la cabeza hacia atrás si no quería evitar su mirada. Aquello no me gustaba nada, pero ya podía sentir mi magia ardiendo bajo mi piel y mezclándose con mi propia ira.

—No seas descarada. ¿O crees que, porque te den, zorra de mierda, una corona y te dejen entrar en la cama del rey, tienes algo que decir aquí?

Antes de que pudiera retroceder a tiempo, escupió en la falda de mi vestido, destruyendo mi última pizca de autocontrol.

Estaba a punto de asestarle un puñetazo en su cara burlona cuando un torbellino hizo retroceder a mi objetivo.

—¡Dorian! —rugió una voz que conocía muy bien, llena de rabia.

¿Qué hacía aquí? ¿Y por qué demonios estaba interfiriendo?

# CAPÍTULO 17



***Durante la ceremonia de emparejamiento, el jinete del dragón debe revelar su don mágico. Para ello, debe mostrar sus habilidades en una presentación ensayada o en una batalla entre los participantes.***

**Extracto del código de la Rider Academy**

Solo ahora me di cuenta de que Nayda había desenvainado su espada junto a mí. Gimiendo, volvió a bajar el arma y me miró, atónita.

—Tu maldito marido de verdad no nos envidia ninguna diversión —comentó, poniendo los ojos en blanco.

Fue agradable saber que a mi amiga le molestó su actuación tanto como a mí.

Como si se tratara de una catástrofe meteorológica, mi marido pasó por delante de mí hacia mi contrincante, que se quedó helado con los ojos abiertos de par en par. Había sido derribado por el huracán y de repente me pareció tan pequeño e indefenso, encogido en el suelo.

—Majestad —tartamudeó, y esta vez no había ningún atisbo de sarcasmo en sus palabras—. Lo siento.

Kayden se detuvo un momento frente al hombre que acababa de enfrentarse a mí sin miedo y con arrogancia. Se inclinó sobre él amenazante.

—¿Qué dijiste? —gruñó sin piedad. Toda su estatura estaba tensa y pude ver que se contenía a sí mismo y a su magia.

Kayden tenía que dejar de hacer eso. Por un lado, nunca podría ganarme el respeto que necesitaba y que este grupo no tenía por mí. Por otro, era mi lucha.

—¡Cómo te atreves! —grité furiosa. Kayden se estremeció brevemente, pero no se volvió para mirarme—. ¡Esto no es asunto tuyo, Kayden!

—Te escupió, te insultó y te amenazó —presionó entre dientes apretados.

¿Había desarrollado algún tipo de problema de agresividad desde que me convertí en su esposa?

—¡Basta! —Estaba enfadada. Muy enfadada. No solo con él o con Dorian, sino con todo lo que había sucedido en los últimos días. Pero sobre todo por estar tan indefensa a merced de Gronus y su crueldad. Toda esa rabia se acumulaba en mi cuerpo en este momento y no quería otra cosa que estallar.

Pero Kayden acababa de quitarme el saco de boxeo en el que podría haber descargado esos sentimientos explosivos, así que no podía quejarse de recibir toda mi carga de ira.

—¡No te metas, Jadina! —refunfuñó indignado—. Yo te coroné reina y tengo que asegurarme de que nuestro pueblo te respete como tal.

Sus palabras carecían de toda lógica a mis oídos.

—No, todo esto es cosa mía —seguí insistiendo, poniendo los puños en las caderas. Finalmente, Kayden se volvió hacia mí. Sus iris ya se habían oscurecido, pero no tanto como la noche anterior, cuando había conjurado la tormenta en mis aposentos. Aun así, su mirada parecía devoradora.

Mi interior me empujó hacia él y di un paso en su dirección.

—¡Fuera de aquí! —ordené, notando cómo mi magia se abría paso a través de los poros de mi piel. Era una buena sensación. Pero

en lugar de a mi marido, vi por el rabillo del ojo al grupo de jinetes de dragón y a Dorian emprendiendo la huida.

Sin embargo, les dejé marchar. Mi ira ya había encontrado un nuevo objetivo, lo cual era igual de bueno que unos cuantos hombres y mujeres que temían que les arrebatara un dragón al que aún no estaban atados.

Durante la ceremonia de unión, quizá habría muchos momentos en los que podría hacerle pagar por sus insultos.

Para entonces Kayden también había dado un paso hacia mí e inmediatamente su calor y su aroma me envolvieron. Mi corazón no quería otra cosa que saltar de alegría, y el resto de mi cuerpo anhelaba estar aún más cerca del hombre que tenía enfrente. Sentir sus manos sobre mi piel desnuda. Su lengua bailando alrededor de la mía. Dentro de mí.

*¡Mierda!* Desde aquella maldita ceremonia nupcial, ni siquiera había sido capaz de discutir con él sin querer saltarle encima y arrastrarlo hasta mi cama. Tuve que tragar saliva y registré en sus ojos los mismos anhelos que yo albergaba.

—Aaash —gruñí con frustración y, para no perder la última pizca de control que tenía sobre mi cuerpo, giré sobre mis talones y me marché enfadada sin decir palabra.

—¡Jadina, espera! —oí a Kayden gritar detrás de mí. Pero no me giré para mirarle. Lo que necesitaba ahora era una pista de atletismo donde poder huir de esos sentimientos indeseados.

—¿Qué fue eso? —preguntó Nayda a mi lado, que me había seguido sin dudarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¿tu huida? Nunca lo habías dejado escapar así de fácil. —Nayda me miró escéptica de reojo.

La cogí de la mano con decisión y tiré de ella hacia el vestuario femenino más cercano.

—Ni yo misma lo sé —admití—. Desde aquella ceremonia con la sacerdotisa, mi cuerpo, no, todo mi ser, se vuelve loco cuando estoy cerca de él.

—¿Qué quieres decir exactamente? —me preguntó y se sentó en uno de los bancos, mientras yo empezaba a pasearme arriba y abajo

delante de ella.

—Bueno, ¿cómo se supone que voy a explicar eso? —Me costó decir lo obvio. Me incomodaba. No quería preguntar por él. Me había hecho daño.

—Es tan… —empecé de nuevo, pero entonces mis ojos se posaron en mi amiga, que parecía estar pasándoselo en grande.

—¿Quieres decir que te pones cachonda cuando estás cerca de él? ¿Que quieres follártelo? ¿Quieres llevártelo a la cama?

—Um. Sí —admití sincera—. ¿Cómo lo sabes?

Nayda soltó una carcajada.

—Cualquiera con ojos en la cabeza lo sabe.

—¿Es tan obvio? —Me dejé caer impotente en el banco junto a ella y enterré la cara entre las manos.

—Sí, lo es. Pero créeme cuando te digo que él no es diferente. Prácticamente te devora con la mirada.

—¿Cómo se supone que vamos a compartir un dormitorio así? —pregunté, gimiendo y evitando mirar a mi amiga. Hubiera preferido esconderme en algún sitio.

—¡Ja! Mejor aléjate lo más posible en la habitación. A menos, claro, que no quieras torturarte sin sentido y ceder a la atracción. —La miré horrorizada y ella movió las cejas arriba y abajo alentándome.

—¡Nayda! ¡No puedo dormir con él! No ahora, cuando todo es tan… incierto.

—Es tu marido. ¿Qué otra ventaja tiene este matrimonio? —Me miró desafiante.

De verdad no tenía ninguna ventaja. A menos que fueras una heroína nata y quisieras salvar a tu pueblo. En ese caso, este matrimonio sí tenía sus ventajas.

—Ninguna —admití desalentada.

—Entonces tal vez deberías considerar dejar que las cosas sigan su curso y exteriorizar tu lujuria contenida. Incluso podría animarlos a trabajar juntos contra Gronus.

¿Nayda tenía razón y esta maldita atracción nos impedía concentrarnos en cosas más importantes? Pero no podía acostarme

con él por eso. ¿Y si después de todo había estado con Cilia? Entonces esta traición solo dolería aún más después.

—No puedo hacerlo —susurré sincera—. No puedo separar mis sentimientos de mi deseo.

Nayda asintió con complicidad.

—Lo sé. Se llama amor.

Volví a enterrar la cara entre las manos.

—Tú tampoco —gemí molesta, lo que hizo que Nayda soltara una suave risita.

—¿Sabes qué tiene de bueno tu… situación? —me preguntó de repente, haciéndome mirarla sorprendida.

—No, ¿qué?

—Que tu magia siempre estalla durante tus peleas. —Al parecer, Nayda tenía un ojo más agudo de lo que yo estaba acostumbrada.

—¿Te refieres a su magia o a la mía? —Veamos qué tan bien me había observado.

—La suya. La tormenta furiosa. Apuesto mi culo a que tu propia magia es muy calmada y suave. La antítesis de la de Kayden.

¿Podría ser cierto? Sin darme cuenta, ya me había escuchado a mí misma. La dragona podía estar en lo cierto. Podía sentir la magia salvaje de Kayden crepitando con urgencia bajo mi piel, pero la mía propia, ese cálido resplandor en mi interior, era una pulsación constante y tranquila.

En ese momento, llamaron a la puerta.

—¡Jadina! —escuché la voz de Kayden. Sonaba cansada, decepcionada y un poco desesperada—. ¿Puedo hablar contigo?

Miré a Nayda inquisitivamente.

—Habla con él —me aconsejó en voz baja—. Solo él puede ayudarte a controlar su propia magia. Y la necesitas para la ceremonia de vinculación.

—No quiero quedarme a solas con él —respondí suplicante, pero mi amiga se limitó a mirarme con cara de «no me digas» antes de correr hacia la puerta, abrirla y desaparecer en el pasillo.

Kayden se asomó por la esquina. Tenía las manos en los bolsillos del pantalón. Eso creaba la impresión de compostura, pero vi a

través de esa fachada. Estaba nervioso e inseguro. Nayda tenía razón. Debería hablar con él. Al pensarlo, mi miedo volvió a aflorar.

—Hola —dijo y dio un paso hacia la habitación, que era demasiado pequeña. Antes de que pudiera acercarse a mí, señalé el banco de la pared de enfrente. *Espero que sea suficiente distancia.*

—Siéntate —le pedí insegura y él se limitó a asentir, pero pude ver que la tensión parecía desvanecerse en él.

—¿Podemos hablar? —preguntó en cuanto estuvo sentado—. En primer lugar, quiero disculparme por la situación con Dorian. Por supuesto, sé que puedes luchar tus propias batallas.

¿Qué quería decir? Curiosa, ladeé la cabeza y le observé. Sin embargo, solo pude detectar sinceridad y honestidad.

—Y así debe ser —continuó—. Como bien has señalado tú misma, es la única forma de ganarse el respeto entre los jinetes de dragón.

—Me alegro de que pienses lo mismo —contesté con una leve sonrisa—. Continua.

—Como he dicho, siento mucho haberme entrometido —respondió con seriedad.

—¿Entrometido, Kayden? Arrasaste por el pasillo como un tornado y asustaste totalmente a Dorian. —Aunque tenía que admitir que había sido todo un espectáculo, no admitiría ese hecho delante de él.

—¡Argh! —Kayden estalló de repente y se pasó las manos por su hermoso cabello negro, haciendo que cayera más salvaje que nunca sobre su cara—. Es que no sé qué me pasa. —Su mirada se clavó en mí, anhelante y desesperada—. Desde nuestra boda no puedo controlarme, cuando se trata de ti. Si alguien te mira o te hace reír, me pongo celoso. Si alguien te toca o incluso te amenaza, como Dorian, entonces pierdo todo el control sobre mí y mi magia.

Asombrada por sus palabras, le miré. Yo sentía lo mismo. Pero no me atrevía a decírselo.

Estaba cansada de las muchas discusiones que había tenido que librar y, al mismo tiempo, sus palabras me hacían sentir insegura.

—Lo siento —añadió de repente, como por casualidad.

—¿Qué es lo que sientes? —quise saber y me puse de pie. Nada podía retenerme en mi asiento. La inquietud que sus últimas palabras habían desencadenado en mí me instó a pasar finalmente a la acción. Me pasé las manos por la cara—. ¿Por qué te disculpas? ¿Por el matrimonio? ¿Por tu intromisión? ¿Por tu aventura con Cilia?

Ya, lo había dicho.

Sus ojos se abrieron de golpe, destellando decepción y dolor.

—Jadina, tengo… —Me miró dubitativo—. Yo…

¿Por qué se interrumpía? Su mirada, que estaba puesta en mí, se tornó triste, insegura y desgarrada al mismo tiempo. ¿Por qué no me contradecía? ¿Por qué no decía por fin las palabras que yo tanto ansiaba oír? *No, no me acosté con Cilia.*

Pero, una vez más, no llegó nada que pudiera liberarme de mi inseguridad. En lugar de eso, el momento de su silencio no hizo más que alargarse y mis nervios se tensaron hasta el punto de ruptura. El pánico aumentó lentamente en mi interior y cerré las manos en puños. Si no reaccionaba ahora, me confesaría que era verdad y que sí había compartido la cama con Cilia. El miedo me paralizó durante un segundo, antes de tensar los hombros y dejar que una frialdad desconocida se deslizara por mi cuerpo.

—¡No quiero tus excusas, Kayden! —No quería que lo dijera después de todo. El miedo a ello hizo que todo mi cuerpo temblara. ¿Sería capaz de soportar este dolor otra vez? ¿O me rompería? El cristal alrededor de mi corazón, que ya estaba agrietado, crujió con fuerza en mis oídos.

—Pero… —susurró, evitando al mismo tiempo mi mirada.

—No quiero hablar más de ello —exhalé con las últimas fuerzas que me quedaban, con la voz temblorosa. No, no tenía fuerzas para soportar otro golpe. Entonces prefería permanecer en lo desconocido.

Pero ambos éramos la pareja real y, como él, yo tenía una responsabilidad hacia Eclaria. Era consciente de ello. Así que me recompuse y, como antes, me puse la máscara de la reina. Una mujer fuerte a la que nada ni nadie podía apartar de su destino.

Miré a Kayden con la barbilla levantada, los hombros erguidos y la mandíbula tensa.

—Tenemos que hablar de la ceremonia de unión, de tu magia en mí y de cómo puedo controlarla —informé. Mi voz ahora tan firme como una roca.

Con suerte, el cambio de tema le distrajo de intentar explicarme algo que yo… no podía soportar.

—Lenn me contó lo que piensas hacer para prepararte para la ceremonia. Por supuesto que estaré allí para ayudarte. Después de todo, soy tu marido. —Su sonrisa torcida de acompañamiento hizo que mi corazón diera un vuelco de más.

# CAPÍTULO 18



***A menudo, gracias a la apariencia de la criatura mágica se puede inferir su don.***
***En los Vilen domina el elemento agua,***
***y se ve reflejado en sus ojos azules;***
***en las dríadas de Annwyn el cabello rojo como el fuego, transmite su poder sobre dicho elemento.***
***A veces, sin embargo, no hay que dejarse engañar por sus frágiles apariencias.***

**Extracto de la antología**
***Las criaturas mágicas* de *Brysalia* por Horacio**

En primer lugar, quizá deberías cambiarte de ropa. —Su mirada se deslizó sobre mi vestido lila, pero a diferencia de Dorian, no parecía disgustado. Todo lo contrario. El deseo que se apoderaba de él al verme, parecía estar tatuado en su frente. Sus facciones lo transmitían y sus ojos lo reflejaban.

—¿Y después? —Intenté que volviera a centrar su atención en el tema, al tiempo que cruzaba los brazos delante del pecho para impedir que viera mi escote.

Se aclaró la garganta.

—¿Qué tal si Nayda y tú corren un rato y entrenan combate para mantenerse en forma? Mientras tanto, arreglaré todo lo que necesites para que podamos entrenar tu magia aérea después —sugirió.

—¿Nosotros? ¿Solo tú y yo? —le miré insegura.

—La sala de prácticas, destinada a este tipo de magia, es muy grande. Lo bastante grande como para mantener las distancias —dijo, y un tirón en la comisura de sus labios me dijo que sabía exactamente de dónde venían mis dudas.

—Me parece bien. Aunque llevaré a Nayda —aclaré de todos modos, y aunque Kayden trató de quitarse importancia con un insignificante encogimiento de hombros, pude notar por el leve arqueo de sus labios que no le gustaba mi sugerencia. Si escuchaba en mi interior, no podía evitarlo, pero tuve que engañar a mi cuerpo traidor.

En ese momento, Lenn irrumpió en la habitación. Sorprendido, miró de Kayden a mí y viceversa. Luego se frotó la nuca un poco inseguro.

—¿Interrumpo? —preguntó con una sonrisa pícara y mientras yo respondía con un claro *no*, oí el *sí* de Kayden al mismo tiempo. Sin embargo, lo ignoré.

—¿Qué pasa? —pregunté, ignorando el disgusto de Kayden por la aparición de el jinete.

—Queremos preparar todo para poder llevar a Eline a la cabaña de Felycitia más tarde. Pero para eso necesitamos la ayuda de Kayden y su magia.

Lenn y yo miramos al mago con cara de desafío.

—Ya voy —aceptó suspirando y se levantó de un salto—. Pero te veré luego —me recordó al pasar y yo maldecí el momento en que se acercó tanto a mí que su olor me llegó a la nariz. Conteniendo la respiración, asentí con la cabeza.

Nayda entró en el recinto y cerró la puerta tras de sí. Me miró curiosa.

—¿Qué? —pregunté más brusca de lo que pretendía y me arrepentí de inmediato.

—¿Tan mal fue? ¿No hablaron? —interrogó.

—Sí, pero no sobre el tema que tanto te interesa —mentí. Sin embargo, la decepción que apareció en su rostro tras mis palabras demostró que tenía razón al suponer dónde residía su interés. Pero, ¿cuán decepcionada se sentiría si le dijera que Kayden no había vuelto a responder a la pregunta?

—¿Entonces sobre qué?

—Sobre que ambas entrenaremos combate y resistencia, y luego puedes acompañarme al entrenamiento mágico con él. —Mientras decía esto, intenté que no se notara lo mucho que me había dolido la conversación con mi marido.

—¿Por qué debería asistir a tu entrenamiento él? —preguntó escéptica.

—Bueno —murmuré, evitando su mirada.

Aspiró el aire entre los dientes.

—Espero que no estés intentando decirme que tengo que hacer de tu puta carabina —exclamó horrorizada—. ¡No! ¡No! ¡No! —maldijo mientras movía la cabeza de un lado a otro con vehemencia.

—Cuando estamos solos en una habitación, discutimos o nos caemos encima. Estoy demasiado cansada para lo primero y no estoy preparada para lo segundo. Te necesito, Nayda. Por favor. —Le supliqué hasta que por fin dejó de mirarme con rabia.

Luego suspiró resignada y se llevó el puño cerrado al puente de la nariz.

—De verdad estás empezando a arruinar mi reputación de jinete de dragón peligrosa y de corazón frío. Antes de que llegaras, los hombres se asustaban si siquiera me veían de lejos. Ahora recibo mensajes de amor anónimos que me dejan en secreto en la puerta de mi habitación. ¿Y sabes lo que dicen esas cartas?

—No, ¿qué? —pregunté con expresión inocente, la comisura de mis labios tensándose poco a poco. Así que Nayda recibía cartas de amor.

—Dicen que por fin han visto mi verdadera naturaleza, mi buen corazón que incluso puede latir por una cazadora desconocida. ¿Y por qué no por un apuesto jinete de dragón? Podría vomitar cada vez que leo eso. ¡Y tú eres la única culpable!

Sus ojos se entrecerraron y me fulminó con la mirada, señalándome con el dedo, culpable.

—Y ahora me estás convirtiendo en una chaperona. Después de eso, ninguno de los chicos me tendrá respeto.

—¿Pero no es agradable cuando otros también pueden disfrutar de tu bonita forma de ser? —me burlé de ella—. ¿O es que no hay ningún jinete de dragón *guapo* que te pueda gustar? —Como un ciervo inocente ante un lobo hambriento, la miré con los ojos muy abiertos—. Por favor —volví a suplicar.

—¡Oh, mierda! No me mires así. —Dio dos pasos hacia atrás, golpeándose la espalda contra la puerta—. Está bien, lo haré —concedió a regañadientes, provocando una sonrisa de alivio en mis labios.

—Gracias —le dije.

—Entonces vamos. Tenemos que ponernos los uniformas. Ya no soporto ver tanto color pastel. —Miró mi vestido con asco. Es curioso cuántas reacciones diferentes podía provocar en los jinetes de dragón.

—Pero aún tengo una pregunta —admití.

—¿Y eso es?

—¿De verdad no sabes quién te está mandando las notas anónimas? —Esta vez no pude contener la sonrisa.

—¡Ja! —se rio—. ¡Ojalá lo supiera!

—¡Oh, vamos! Cuéntame. —Agradecida por la conversación y la distracción que me proporcionaba, le dediqué mi mejor sonrisa.

—Tal vez te lo diga cuando des más vueltas de las que acostumbras a la pista que yo.

—Sabes que eso es imposible. Eso es mezquino. —Di un pisotón como un niño enfurruñado, lo que solo hizo que Nayda se riera aún más.

—Eres muy convincente —admitió—. Me lo pensaré. Pero vamos, si no, no empezaremos a entrenar hasta que se ponga el sol.

CUANDO LLEGAMOS a las colchonetas para el entrenamiento de combate después de una sesión de carrera muy satisfactoria, gemí

para mis adentros. El grupo de Dorian bullía alrededor de una de ellas, animando ruidosamente a dos luchadores, uno de los cuales era el jinete de dragón pelirrojo. El propio Dorian se mantenía un poco apartado y observaba la acción desde la distancia. Como era de esperarse, nos vio en cuanto nos acercamos a las colchonetas.

—Oh, pero si es la perra que caza. ¿Incluso el rey ya no tiene ganas de protegerte, zorra? —preguntó mientras se acercaba a nosotras. Tenía valor, había que reconocérselo. La pelea entre las mujeres terminó de golpe y el grupo se unió a él.

*Mierda, otra vez no. Una vez al día debería ser suficiente.*

Nayda también me miró molesta. Diez contra dos, sin duda había habido peores en su carrera como jinete.

—¡Dorian, vete! —ordenó y se dirigió a una colchoneta—. Queremos entrenar aquí. Eso es todo.

—¿Ah, sí? —Su mirada volvió a deslizarse sobre mi figura, esta vez en traje de cuero. Me estremecí al sentirme siendo inspeccionada—. ¡Entonces veamos lo que puedes hacer, Cazadora! —Sus palabras destilaban asco.

—¡Piérdete, Dorian! —Nayda le exigió de nuevo—. Es una orden. —Estaba claro que mi amiga ya no estaba de humor para esto y, por tanto, jugó la carta de la jerarquía, en la que ella, como jinete del primer escuadrón, estaba muy por encima de él, que ni siquiera estaba atado a un dragón.

—Ya, ya, Nayda —la reprendió el jinete como a una niña pequeña —. ¿Quién se va a poner a la defensiva? Nosotros también estamos aquí para entrenar, ¿no?

Sus ojos se posaron de nuevo en mí y algo lobuno apareció en ellos.

—¿Qué tal si entrenamos juntos? Julze contra la Cazadora. —Ante sus palabras, la pelirroja se adelantó y me sonrió con crueldad.

—¿Nos dejarás solas entonces? —pregunté antes de que Nayda pudiera responder. Estaba claro, por sus gemidos a mi lado, que ella no se habría involucrado en este duelo.

—¿Si ganas? Tal vez —respondió Dorian—. Pero si Julze sale victoriosa, entrarás en la arena en la ceremonia de atadura sin armas.

—Diez jinetes armados contra una cazadora desarmada. ¿No tienen sentido del honor? —escupió Nayda—. Entonces, ¿cómo se supone que va a defenderse de ti? ¿Con sus manos?

Sin dejarse impresionar por las palabras de la jinete, siguió caminando hacia nosotras.

—Probablemente no tenga otra opción, porque la zorra no parece tener magia. —Mi amiga gruñó al oír el insulto, pero se contuvo. Su mano seguía preparada en la empuñadura de su arma. Me dejó la decisión a mí.

—De acuerdo —acepté, poniendo fin a todo el asunto, y no me perdí la mirada de Nayda. Estaba claro que esperaba que cambiara de opinión.

—Muy bien. Así que va a ser un duelo —dijo Dorian con alegre expectación—. Julze, sube al tatami —ladró—. Majestad, si es tan amable —continuó dulcemente.

Con una mirada fulminante en su dirección, seguí a la jinete de dragón pelirroja hasta la colchoneta más cercana, mientras los demás miembros del grupo nos distribuíamos a su alrededor para que los luchadores no pudiéramos ser vistos desde lejos.

Nayda corrió a mi lado.

—A menudo se olvida de proteger su lado izquierdo —me susurró antes de colocarse detrás de mí, en el borde de la colchoneta.

—¡Estas serán las reglas! —gritó Dorian—. La pelea solo termina cuando uno de los combatientes se rinde o está muerto.

¿Por qué no me sorprendió en absoluto lo segundo? Típico de un jinete de dragón. Pero no había forma de que me rindiera. Tampoco desperdiciaría mis pensamientos en un posible deceso.

—Nadie ajeno a la estera puede interferir. —Sus ojos se posaron en Nayda y yo también la miré. Apretando la mandíbula, asintió al jinete—. ¡Todo lo demás está permitido! —gritó. En ese momento, los ojos de mi amiga se abrieron de par en par y me miró con preocupación. ¿Qué significaba eso exactamente? ¿Armas? Miré a Julze, pero no pude ver ningún arma en ninguna parte de su ceñido traje.

—¡Adelante! —ordenó Dorian y, sin previo aviso, la pelirroja se abalanzó sobre mí. No tuve más remedio que esquivarla, lo que

provocó que se lanzara al vacío, pero enseguida recuperó la compostura.

—¡No te escaparás de mí! —gritó desde el otro lado de la alfombra, y había algo salvaje en su mirada, como un depredador persiguiendo a su presa. *Mierda, su mirada no es solo salvaje, es una locura.* Dioses, ¿en qué me había metido?

Una vez más, cargó contra mí como un toro. En mi cabeza, di un rápido repaso a las tácticas de defensa que Lenn y Dex habían intentado enseñarme concienzudamente en las horas de entrenamiento de combate.

Así que me decidí por una combinación de ataque y defensa. En cuanto Julze llegó a la mitad de la colchoneta, yo también me abalancé sobre ella, esquivándola en el último momento para detenerme detrás de ella. Entonces la agarré por la cintura, pasé la pierna por debajo de la suya y la tiré a la colchoneta.

—¡Sí! —oí exclamar a Nayda y supe que Lenn y Dex habrían estado muy orgullosos de mí.

A Julze, en cambio, no le gustó nada mi maniobra. Su rostro enrojeció mientras se levantaba con dificultad. En sus ojos se reflejaba la rabia. Ira y odio. Una combinación explosiva.

Su cabello rojizo se había soltado en parte de la trenza y ahora le colgaba indomable en la cara.

—¡Me las pagarás, zorra! —gritó enfadada y se marchó furiosa de nuevo. Volví a esquivarla, pero mientras corría hacia el otro lado de la colchoneta, vi cómo su pelo cambiaba de rojo a blanco desde la raíz hasta las puntas.

—¡No! —gritó Nayda enfadada, señalando a Dorian—. ¡Eso es trampa!

—¡Todo vale! —respondió con una sonrisa socarrona y dirigió su mirada a Julze, que ahora estaba de pie al otro lado de la colchoneta, completamente canosa y mirándome con fijeza—. ¡Eres mi chica! Acaba con ella.

*¿Qué significaba aquello?* ¿Había pasado por alto algo fundamental? Con un manotazo, Dorian activó un escudo protector alrededor de nuestra alfombra. Y entonces vi por fin lo que los demás ya sabían. De repente, a pesar de mi uniforme de cuero,

sentí frío. Una capa de hielo cada vez más gruesa se extendía por el suelo y afectaba a mi estabilidad sobre la alfombra de combate.

¡Julze dominaba la magia de hielo!

# CAPÍTULO 19



***El talento de caminar por los sueños es muy raro y también uno de los más peligrosos.***
***Esto permite al usuario no solo influir en sueños y pensamientos, sino también ocupar el cuerpo de la víctima.***
***Incluso en el mundo de la vigilia.***

**Extracto del libro de texto sobre el dragón**

M*ierda!* ¿Cómo esa pelirroja podía dominar la magia de hielo? Creí que era más de fuego o algo.

Pero sin importar la magia que usara, estaba a su merced. Sin armas y, desafortunadamente, aún sin magia. Podría haber sido capaz de conjurar una suave brisa con la magia de Kayden, pero no me creía capaz de noquearla.

—¡Cuidado! —gritó Nayda en ese momento y pude apartar el brazo justo a tiempo para evitar una flecha de hielo que Julze disparó desde sus dedos.

—Ahora no eres tan altanera, ¿verdad? —preguntó riendo, acercándose casi con sigilo, como un lobo. A pesar de lo resbaladizo de la superficie, lo consiguió sin problemas. Yo, en cambio, apenas

me atrevía a girar la cabeza, pues notaba cómo mis botas resbalaban por el hielo con cada pequeño movimiento.

*¿Qué hago?* ¿Esquivar sus flechas de hielo hasta que me alcanzara? Una vez delante de mí, tal vez podría agarrarla e intentar tirarla al suelo con una de las técnicas de palanca de Lenn. Con premura, busqué una salida para esta situación.

De nuevo una de sus flechas salió disparada hacia mí y, como no podía inclinarme lo suficiente hacia el lado izquierdo sin perder el equilibrio, me rozó el hombro derecho.

Pero antes de que pudiera comprobar la herida, me golpeó en la pierna izquierda. Su sonora carcajada resonó en el escudo y pareció rodearme mientras se me cortaba la respiración.

¿Cómo pude pensar que podría enfrentarme a uno de ellos?

Un dolor caliente y punzante me recorrió la pierna, sentí que cedía y me desplomé en el suelo. *¡No!*

—¡Ya está! —Oí a Dorian vitorear, y su alegría por mi dolor fue como otra bofetada de hielo en la cara.

¿Me había sobrevalorado? ¿Había sido descuidada? ¿Actué sin pensar? ¿O fue el impulso de vengarme de las humillaciones de las últimas semanas?

Fuera lo que fuese lo que me metió en este combate, fue un gran error. Debería haber controlado mis emociones y no haber cometido semejante imprudencia. La cazadora salvaje del desierto, que no tenía nada que perder, había tenido la sartén por el mango y no la reina recién coronada responsable de todo un país. Una mujer que dejaba atrás amigos y un marido cuando ahora moriría a causa de su propia estupidez. Actué de forma egoísta y lo lamentaba en lo más profundo.

El aire a mi alrededor se había vuelto tan frío que pensé que se me congelaría la respiración. Todo mi cuerpo temblaba mientras intentaba mantenerme de rodillas. Tumbada como un animal abatido, no quería morir. Porque eso era a lo que había accedido. A una lucha de vida o muerte. ¿Cómo pude ser tan estúpida?

Julze estaba de pie frente a mí. Inclinó la cabeza hacia un lado mientras me miraba.

—¿Te gusta lo que ves? —siseé entre dientes.

—La verdad que sí —respondió con una sonrisa malévola. Entonces levantó la mano y el hielo que cubría el suelo se deslizó sobre mí. Se comió mi uniforme de cuero y me mojó la piel como si fuera un paño hecho de cuchillos. Sin embargo, permanecí inmóvil de rodillas. La capa crepitante subió más y más hasta que se detuvo a la altura de mi caja torácica.

Me resultaba mucho más difícil respirar en esta jaula de hielo y no tardaría en desmayarme.

Me miró con satisfacción.

—Me gustas más así. —Risueña, dio otro paso hacia mí. Me había hecho inofensiva con su helada porque no podía mover los brazos ni las piernas—. Majestad —hizo una reverencia, simulando levantar la tela de una falda imaginaria—. Le dejo el honor de decidir cómo desea morir.

Mi mirada se dirigió a Nayda, que discutía a gritos con Dorian al otro lado del escudo. Estaba a punto de arrancarle la cabeza para llegar hasta mí. El pánico y el miedo brillaban en sus iris. Yo le había hecho esto. Dependía de mí compensarla.

¿Pero qué podía hacer? Lo único que aún podía mover era la boca. Así que tuve que hablar para salir de esto de alguna manera.

—Sabes quién soy, ¿verdad? —pregunté, tratando de aparentar la mayor calma posible.

—Una cazadora, la bolsa de agua caliente del rey y la supuesta reina —respondió con sorna.

—Podría discutir sobre el segundo título, pero bueno —le respondí bromeando en un intento de romper su hielo, que solo provocó un bufido despectivo por su parte—. Pero te has olvidado de algo.

—¿Qué? ¿Que eres una zorra? ¿Una rata del desierto? Eso no es nada nuevo.

*¡Cómo odio ese maldito apodo!* Con dificultad reprimí el fuego en mi interior y recuperé mi fingida compostura.

—Soy la cazadora de la profecía.

Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas mientras me miraba.

—Lo sé. Pero ya la cumpliste casándote con el rey.

—Si ese fuera el caso, ¿por qué los cazadores no han sido arrasados todavía y los jinetes de dragón siguen viviendo en lo alto de las montañas? —cuestioné su suposición.

Una arruga pronunciada en su frente me indicó que la había comprendido. Miró a Dorian. Casi como si buscara en él la confirmación de mis palabras. ¿De verdad creían que mi muerte ya no afectaría a la profecía?

—¿Qué crees que pasará si me matas ahora? —seguí hurgando en sus pensamientos. Me miró con desconfianza—. ¿Cómo se supone que voy a ser tu salvadora cuando esté muerta y destruya al enemigo para que por fin puedas vivir en paz y sin la maldición? —Por mucho que detestara esta profecía, si hoy me valía la vida, al menos serviría para algo.

—¡La maldición de la que ustedes son responsables! —siseó, y me pregunté si esa era la razón por la que los jinetes sentían tanto odio hacia nosotros, los cazadores. ¿Era así como les enseñaban desde niños? ¿Habrían grabado esa mentira en sus corazones para odiarnos lo suficiente como para arrasarnos en algún momento?

Sin embargo, estaba en conflicto. Por un lado, quería cazarme, aunque no sabía si por odio a los cazadores o por miedo a no poder vincularse con un dragón. Por otro lado, también se dio cuenta de que mi muerte podría tener graves consecuencias para el futuro de su pueblo. Así que ahora tenía que sopesar si elegir sus motivos personales o ser leal a su pueblo.

El castañeteo incontrolado de mis dientes pareció sacarla de sus pensamientos, porque al instante siguiente sacó un cuchillo y sin previo aviso me pasó la hoja por la mejilla.

El frío me impedía sentir el dolor. Pero la sangre caliente que goteaba por mi piel hasta el cuello evidenciaba un corte profundo que dejaría cicatriz.

Con el cuchillo en mi garganta, se acercó tanto a mi cara que pude ver los cristales de hielo brillando en sus ojos.

—Ahora considero esto una rendición lamentable y deshonrosa por tu parte y no te mataré. Todavía no —me siseó al oído. Rendirme no estaba en mi naturaleza, pero Julze no me dio tiempo a replicar, y sospeché que era la única opción que me daría—. Pero

créeme, te vigilaré y en cuanto termines tu misión, volveré a ponerte de rodillas y te mataré, así como al resto de tu repugnante gente.

La determinación reflejada en sus rasgos me demostró que iba en serio. Si no hubiera sabido que conocía la magia de hielo, habría jurado que vi pequeñas llamas parpadeando en sus ojos al oír sus palabras.

Dando un paso atrás, levantó el brazo en el aire y gritó:

—¡Se rinde! ¡La perra deshonrosa se rinde!

El grupo de jinetes de dragón comenzó a vitorear y, mientras el hielo retrocedía lentamente, Dorian bajó el escudo.

Nayda corrió hacia mí y me atrapó a tiempo antes de que pudiera desplomarme sin el apoyo del hielo, sacudida por el dolor y el frío.

—Lo siento mucho, Nayda. Actué de forma egoísta y precipitada —tartamudeé.

—No te preocupes —enjugó mi amiga mi disculpa—. No es verdad, ¿cierto? —me preguntó.

—Claro que no —dije con dificultad y tuve que sonreír. Era tan típico de Nayda—. Pero Julze se dio cuenta de que mi muerte podría tener consecuencias para su pueblo. Solo por eso me dejó con vida.

—Enséñame la cara —me pidió y volví hacia ella mi mejilla herida.

—Ouch. —Me ayudó con cuidado a ponerme de pie—. Eso se ve muy mal. Igual que tu pierna. Deberíamos limpiarte y, sobre todo, calentarte.

—Tienes razón, tenemos que ocuparnos de esto. Sobre todo, antes de que Kayden me vea así. Sería capaz de rastrearlos y destrozarlo por completo —dije, con los dientes aún castañeteándome.

—Tal vez tengamos suerte y encontremos a Felycitia en tus aposentos.

Ella me ayudaría, sin peros. No sabía por qué estaba tan segura de ello. Pero mientras cojeaba hacia mi alojamiento con Nayda, me alegré de haberla conocida.

Poco después, llegamos a las habitaciones que habían sido mi hogar durante las últimas semanas, las dos respirando agitadamente. Cuanto más nos acercábamos a ellas, más tenía que

apoyarme en Nayda, ya que la herida del muslo me había paralizado la pierna, y al final tuvo que cargarme.

Agotada, me dejé caer en el sofá y me quedé mirando con los ojos muy abiertos el camino desde el sofá hasta la puerta de mi habitación. Un rastro de sangre roja bordeaba la ruta que habíamos seguido. *¡Joder!* Ni siquiera Kayden podría perderse eso.

—¡No te preocupes! —intentó tranquilizarme mientras me levantaba la pierna—. Haré que venga alguien a limpiarlo.

—Gracias. —Cansada, cerré los ojos y me recosté en las almohadas.

—¡Ni te atrevas a cerrar los ojos! —ladró mi amiga, como si diera una orden a su escuadrón. Inmediatamente hice lo que pidió—. ¿Cómo va el dolor? —quiso saber mientras rebuscaba en los distintos armarios para volver con una manta que había encontrado.

—El frío tiene la ventaja de calmar el dolor —respondí y me subí la manta hasta la barbilla, tiritando.

—Al menos eso es algo —gruñó y abrió la puerta del dormitorio en el mismo momento—. ¿Felycitia? ¿Estás aquí? —preguntó en la oscura habitación.

—Sí, solo estoy recogiendo mis cosas —oí que respondía la sanadora y me invadió un alivio y un cansancio infinito al que solo quería rendirme.

—¡No! ¡No vuelvas a cerrar los ojos! —La voz de Nayda cortó el pequeño momento de rendición.

—Lo siento —dije, y hasta yo misma me di cuenta de la mala pronunciación que había acompañado a la frase—. Mierda. Sueno rara.

—Es congelación y falta de magia que pueda curar el cuerpo. —El rostro de Fely se cernió sobre mí.

—¿Puedes arreglarlo? Preferiblemente antes de que vuelva el rey —preguntó Nayda.

—Qué tal: ¿Lo intentaré?

—Suficiente para mí.

—Entonces, por favor, pásame la botella verde de mi maleta.

Sus palabras me llegaban como a través de un algodón absorbente. Por más que intentaba concentrarme, el cansancio me

arrastraba cada vez más lejos de la realidad, hacia un mundo de ensueño.

De repente, mi cuerpo se volvió muy pesado y la oscuridad me engulló, para volver a escupirme al momento siguiente.

Confusa, miré a mi alrededor. Estaba en la arena donde se había celebrado la última prueba de jinete de dragón. ¿Cómo volví hasta aquí?

—Esto es un sueño, querida Jadina —oí una voz grave y familiar, y cuando me di la vuelta, allí estaba el señor dragón. Negro, alto y de algún modo, aterrador.

# CAPÍTULO 20



***Nunca antes había un hechizo que me preocupara tanto,***
***como el que me preocupa ahora.***
***No solo estoy jugando con el destino de la chica,***
***sino también con la de todos los Eclarianos.***
***Si cometo un error y no se puede recuperar su poder,***
***entonces todos estaremos condenados.***

**De las notas de Hakon**

Qué haces en mi sueño? —pregunté y al mismo tiempo me di cuenta de que no era el primer sueño en el que el líder de los dragones venía a visitarme. Tras eso bajé los ojos. Había leído demasiadas veces en libros sobre la tradición de los dragones que nunca se debe mirar a un dragón directamente a los ojos.

—Jadina, mírame, por favor —me pidió Kargon, e hice lo que me ordenó. Sus ojos dorados me miraron divertidos. Luego me escrutó en silencio y tan profundo que creí que podría ver dentro de mí—. Así que ahora tú también tienes la magia del rey —dijo. ¿Cómo lo sabía?

Me miré con asombro. ¿Podría haber visto las dos cintas de colores brillantes en mi sueño?

Una carcajada retumbó en las paredes de la enorme cueva subterránea.

—No, Jadina. No brillas en dos colores. —Las gigantescas comisuras de los labios de Kargon se levantaron y me quedé mirándolo asombrada. ¿Podría estar sonriendo? ¿Qué medicina me dio Fely para que pudiera ver cosas tan maravillosas en mis sueños?

Volvió a soltar otra carcajada.

—Tus pensamientos son muy divertidos —dijo—. Hacía mucho que no me reía de esta manera. —Luego se aclaró la garganta enseriándose de nuevo—. No tengas miedo. Solo los dragones podemos ver tan adentro de una criatura que podemos leer la magia que lleva dentro.

—¿Puedes leer magia? —pregunté—. ¿Entonces también puedes ver qué magia tengo?

—Claro que puedo, pero no te lo voy a decir.

Decepcionada, bajé la cabeza. Esperaba que, si conocía mi magia, me resultaría más fácil invocarla.

—No estés triste. Lo descubrirás por ti misma. Estoy seguro de ello. Como debe ser. Como todo ser mágico lo hace.

—¿Por qué puedes visitarme en mis sueños? ¿Es esa tu habilidad mágica? —quise saber y volví a mirar a mi alrededor, sorprendida por lo real que parecía lo que me rodeaba.

—Así es. Soy lo que se denomina un caminante de sueños. No hay muchos de ellos entre los dragones y es un don que debe usarse con cuidado. Como con todos los dones que pueden usarse para influir o incluso controlar la mente o el cuerpo, el mal uso es criminal.

Asentí y me pregunté si de verdad podía controlarme en sueños. ¿Y qué pasaría al despertar? Un escalofrío me recorrió la espalda y automáticamente di un paso atrás.

—No tienes que tenerme miedo, Jadina. Nunca me apoderaría de tu cuerpo. Ni en el mundo del sueño ni en el de la vigilia.

Había tanta sinceridad y honestidad en los ojos dorados de Kargon que le creí.

—Dijiste que me dirías en la ceremonia de vinculación quién vinculó mi magia y cómo. ¿Es cierto? —cambié de tema e hice la

pregunta que me quemaba en la lengua.

—Sí —murmuró de acuerdo y movió la cabeza de un lado a otro —. Pero ahora solo puedo decirte *cómo*. Tal vez te ayude a no perder la fe en ti misma. Porque la necesitarás para la ceremonia, para que un dragón igual a ti pueda elegirte.

La emoción creció en mi interior. Por fin descubriría más cosas sobre mí y mi magia.

—Siéntate. —El señor dragón señaló una roca y solo cuando estuve sentada continuó—. Incluso cuando naciste, querida Jadina, tu magia era tan fuerte que su resplandor podía ser reconocido desde lejos por dragones y seres mágicos que también pueden leer la magia. Un mago que te buscaba desde el comienzo de la maldición sabía que era peligroso revelar tu existencia. Tú y tus padres habrían sido perseguidos. Los cazadores te quieren muerto y los jinetes de dragones te quieren como arma. Así que este mago visitó a tus padres, les dijo quién eras en realidad y les instó a ir contigo a la inmensidad del desierto. Así lo hicieron y pusieron un escudo protector alrededor de ti y de tu campamento para evitar que nadie viera tu magia.

La mirada de Kargon se volvió triste.

»Pero un día tus padres desaparecieron y con ellos el escudo protector que hasta entonces te había hecho invisible a los poderes de Eclaria. Aún eras demasiado joven para asumir la tarea que se te había encomendado. Además, el verdadero rey de los jinetes de dragón aún no estaba ascendido al trono. El mago, que hasta el día de hoy se preocupa por tu bienestar, no vio otra opción que encerrar tu magia en tu interior, suprimirla. Por tu propio bien, para asegurar tu supervivencia.

—¿Así que fue él quien encerró mi magia? ¿Me la quitó? —pregunté, atónita.

—No, Jadina. No te quitó nada. Tu magia estuvo dentro de ti todo el tiempo. Solo estaba ligada a un hechizo que impedía que se hiciera visible antes de que pudieras conocer al Rey Kayden y unirte a él.

Lo pensé por un momento. Este mago me salvó la vida. Además, Elara sí tuvo razón desde el principio cuando afirmó que veía magia

dentro de mí. Y por eso solo pudo desplegarse después de haberme acostado con Kayden.

—¿Quién es ese mago? —pregunté—. Después de todo, ha estado cuidando de mí desde que nací. Entonces quiero saber quién es. —Las palabras salieron como una orden de mis labios, lo cual no era en absoluto intencionado. Pero sabía tan poco de mi pasado que esperaba que este hombre pudiera contarme algo más.

—Te lo contará él mismo cuando llegue el momento. No es mi historia y, por tanto, no me corresponde a mí contarla.

—Pero me contaste porqué se ató mi magia. ¿Por qué puedes hacer eso, pero no decirme quién fue? —pregunté, confundida.

—Porque me dijo que te lo dijera. Pero nada más. También me pidió que entrenara tu magia contigo.

Mis ojos se abrieron de par en par mientras miraba al dragón negro.

—¿Se supone que tienes que ayudarme a sacar de mí mi propia magia? —tartamudeé y me apoyé las manos en los muslos.

—Así es. Tú misma ya desarrollaste uno de tus dones. Antes de que tu magia fuera liberada. Quizá porque es muy fuerte.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué don se supone que es ese? —quise saber. No había mostrado ninguna habilidad mágica. Ni siquiera después de que se desatara mi poder.

—El don de la vista —dijo solemnemente el caminante de sueños, pero yo seguía sin estar segura de a qué se refería. El dragón me miró expectante.

—¿Qué quieres decir con eso? —Ignoraba por completo lo que intentaba decirme.

—Puedes ver el futuro —anunció lo que parecía obvio—. De momento, solo en sueños, cuando tu subconsciente está más activo, pero nos aseguraremos de que pronto puedas hacerlo cuando estés despierta.

Mis sueños sobre cómo Fenja y Auri murieron en las pruebas volvieron a mí. Siempre sucedieron la noche antes de los desafíos. ¿Entonces había visto el futuro? ¿Habría podido evitar sus muertes? Tragué saliva e intenté alejar ese pensamiento de mí y seguir concentrándome en nuestra conversación.

Si esta habilidad se había desarrollado antes de acostarme con Kayden, ¿significaba eso que… tenía más de un don?

—¿Entonces tengo más de uno? —cuestioné intrigada al príncipe dragón.

—Sí. Al menos hay dos dones de los cuales tenemos conocimiento. Pero quién sabe, quizá nos sorprendas. —El dragón me guiñó un ojo, lo que noté con cierta irritación. ¿Acaso se trataba de un sueño febril?

»Cree en ti misma. Y no, esto no es un sueño febril.

—¿Puedes leerme la mente? —Le miré incrédula y al mismo tiempo pensé en todo lo que había pensado desde que nos conocimos.

—Sí y no —respondió críptico—. En el mundo de los sueños, el pensamiento funciona de forma un poco diferente que en el mundo de la vigilia. Como estás en tu subconsciente mientras sueñas, puedes imaginar tus pensamientos como nubes suspendidas en el aire. Las cosas que están muy presentes en tu mente se vuelven muy ruidosas y se convierten en una nube enorme. Las cosas que te parecen poco importantes son muy silenciosas y pequeñas.

Angustiada, miré por encima de mí, esperando ver nubes grandes y pequeñas, lo que hizo reír de nuevo al dragón. Oscuro y a la vez cálido, atronó la cueva en la que nos encontrábamos.

—Esas nubes son solo metáforas.

Sin embargo, no me gustaba que pudiera leerme la mente.

—¿Sería posible evitar que tuvieras acceso a mis pensamientos? —formulé mi pregunta con cuidado.

—No hay problema con los pensamientos silenciosos. No podré ignorar los que son importantes para ti, que literalmente gritas. Pero puedes contrarrestarlo clasificando todos tus pensamientos como no importantes.

Miré con escepticismo a mi enorme homólogo negro. ¿Cómo iba a hacerlo?

—Con un poco de práctica, estoy seguro de que funcionará. —El dragón me sonrió confiado, con sus gigantescos dientes asomando de forma aterradora.

El dragón se tapó la boca con una garra al escuchar mi pensamiento.

—Lo siento, no quería asustarte.

—¡No, no te tapes la boca! —grité y di un paso hacia él—. Siento haber pensado que tus dientes daban miedo. Por favor, muestra tu sonrisa y no la escondas. No te tengo miedo.

—Lo sé —respondió el señor dragón y volvió a bajar la garra. Sin embargo, su sonrisa ya se había desvanecido.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes —dijo con un guiño y ahora fui yo quien tuvo que reírse. El señor dragón tenía sentido del humor. ¿Quién lo habría esperado?

—¿Y qué pasa ahora? ¿Cómo entrenaremos mi don para que se manifieste?

—Primero tenemos que asegurarnos de que puedes encontrar e invocar tu magia.

—Ya sé dónde está. —Señalé el punto justo debajo de mi esternón—. Puedo sentir su brillo y su calor ahí.

—Es bueno que puedas sentirlos. Es un buen comienzo.

Su cumplido me llenó de orgullo.

—Cierra los ojos, Jadina —me pidió e hice lo que me decía—. Inspira y espira con calma.

La voz de Kargon sonaba cálida y suave.

—Ahora imagina que te sumerges en el lugar bajo tu esternón. Sigue la luz de tu magia. Tu atracción.

Sentí claramente el resplandor y seguí las instrucciones del dragón. En mi imaginación, me sumergí en mi cuerpo, en lo más profundo de mi ser. Me aferré a la atracción que emanaba de mi magia y descendí hacia la incertidumbre. Pero a pesar de lo desconocido, no sentí miedo. Todo lo contrario. Me llené de una alegre excitación. Cuanto más me acercaba a mi destino, más tranquila me sentía. Me sentía bien siguiendo la vorágine cada vez más lejos, hasta que pude ver la luz que provenía de mi magia.

—Lo estás haciendo muy bien. No te rindas, acércate aún más a ella.

Me sumergí con cuidado. Me dejé arrastrar por su atracción. Cuanto más me acercaba, más clara se volvía la hermosa red de magia que descansaba en mi interior.

Un núcleo radiante, tan brillante que resplandecía de blanco, formaba el centro. Estaba rodeado por una densa red de hebras verdes, con ramas azules visibles aquí y allá. La magia de Kayden.

Se me cortó la respiración. La visión del universo palpitante oculto en lo más profundo de mí era tan hermosa.

—Ahora imagina que tocas una de las hebras verdes de la magia —oí decir a lo lejos la voz del dragón.

Un poco torpe, extendí una mano imaginaria hacia una de las ramas mágicas y rocé ligeramente el rayo verde con el dedo índice.

Me resultaba familiar y reconfortante y, cuando la tomé entre mis dedos, se acurrucó con confianza contra mí. Esta magia era yo y yo era ella.

Con valentía, dejé que la cuerda se enrollara alrededor de mi mano, acurrucándose más cerca de mí. No era ni incómoda ni constrictiva. Todo lo contrario. Me sentí como si hubiera redescubierto una parte de mí misma perdida hacía mucho tiempo.

—Lo has hecho muy bien, Jadina. La próxima vez practicaremos cómo puedes pedir a tu magia que salga a la superficie, bajo tu piel —dijo la voz profunda de Kargon.

—¿La próxima vez? —pregunté decepcionada, porque aún no quería parar. Contrariada, abrí los ojos. Pero en lugar de estar en la cueva, estaba de nuevo en el sofá de mi antiguo salón, mirando a los ojos a una preocupada Fely.

# CAPÍTULO 21



***Soy y seguiré siendo el verdadero gobernante***
***de los jinetes de dragón.***
***El pueblo al que Eclaria pertenece por derecho.***
***Es nuestro reino y los cazadores deben desaparecer.***
***Después de todo, ellos son los culpables de la maldición y la muerte de mi esposa.***
***En cuanto mueran y la profecía se cumple,***
***la maldición también cederá***
***y Eclaria volverá a florecer.***

**Del diario de Gronus, Rey de los Jinetes de Dragones**

Jadina, ¿cómo estás? —quiso saber la sanadora—. Ya estabas muy fría cuando Nayda te trajo aquí.

Intenté incorporarme con cuidado, pero Fely me empujó de nuevo contra los cojines del sofá con una vehemencia de la que no la habría creído capaz.

—Primero tienes que descansar un poco —me retó y me dedicó una cálida sonrisa a pesar de su determinación. Luego su mirada se deslizó por mi mejilla. La herida debía de tener un aspecto terrible, porque reconocí una arruga pensativa y pronunciada en su frente.

—No te preocupes si te deja cicatriz —intenté tranquilizarla—. La herida era muy profunda. —Evitaría los espejos durante los próximos días, pues no quería ver cómo Julze me había desfigurado.

—¿Podría ser que tu magia se ha vuelto más fuerte? —reflexionó la sanadora, más para sí que para mí.

—No tengo ni idea. ¿Por qué lo preguntas? —La miré asombrada.

—Porque tu herida está casi curada. Apenas queda nada del corte. Leí los informes de los otros sanadores sobre ti y siempre decían que tus heridas cicatrizaban muy lentamente.

Sorprendida por la noticia, me pasé con cuidado el dedo por la mejilla y, en efecto, no notaba nada, salvo una ligera costra.

—¿Cómo? —me pregunté, y al mismo tiempo me cuestioné si no tendría algo que ver con el hecho de haber tocado mi magia en el sueño.

—No lo sé. —Fely rio—. Pero me alegro de que parezcas estar cada vez más fuerte. Así pronto no tendré que tratarte por pequeñeces. —Me guiñó un ojo y me subió la manta bajo la que estaba tumbada hasta la barbilla.

Intenté incorporarme de nuevo, pero Fely también lo evitó con éxito.

—Kayden me espera para el entrenamiento —refunfuñé—. Si no aparezco, se enterará de lo ocurrido y caerá como torbellino sobre los jinetes implicados.

—Eso les vendría muy bien —replicó con rabia subyacente en la voz—. Después de todo, atacaron a la reina y al mismo tiempo torturaron mágicamente a alguien que no podía defenderse con magia. Eso es inaceptable y deshonroso.

—Fue culpa mía y una decisión muy estúpida. Además, tengo que librar esta batalla sola. De lo contrario, nunca me ganaré el respeto que necesito para llevar a este pueblo a la paz.

Fely me miró con admiración.

—Una verdadera reina habla de esa manera. —Luego su mirada se suavizó—. Tómalo de alguien a quien no solo le gustas como reina, sino de alguien que piensa que no debes ponerte en peligro mortal con tal de ganarte el respeto de los demás.

—Tienes razón, pero cuando salí a la lona, pensé que podía ganar.

—¿Hasta que jugaron con cartas marcadas?

Asentí un poco avergonzada.

—Fue estúpido por mi parte.

—Sabían que serías lo bastante fuerte como para ganarles uno contra uno en el tatami. Solo alguien que sabe que ha perdido, busca recursos por medios injustos —dijo, acariciándome el brazo con ánimo—. Así que no tenías que demostrarles nada. Solo a ti misma.

Lo que dijo era tan cierto que tuve que tragar saliva. Aunque acababa de conocerme, reconoció de inmediato lo que me preocupaba. La duda. La cuestión de si alguna vez tendría el poder mágico necesario para cumplir la promesa que hice en silencio a Eclaria y a mí misma. La promesa de paz y de un país unido. El desagradable nudo en mi garganta ardió.

—Tal vez deberías ser un poco más sensata sobre esas peleas en un futuro y prevenirlas de antemano confiando en ti misma. Ya no eres la cazadora que tiene que imponerse a sus enemigos. Eres la reina que debe confiar en sus habilidades y actuar en consecuencia.

—Parece que sabes cómo comportarte en mi posición —comenté, dedicándole una sonrisa dolida—. Por desgracia, no tengo ni idea de lo que se espera de mí como reina ni de cómo debo reaccionar ante las situaciones que se me presenten.

—Y Nayda es sin duda la persona equivocada con quien hablar —dijo Fely con buen humor, acompañada de una sonrisa. Repasé mentalmente las últimas horas y me di cuenta de que tenía razón. Al igual que yo, Nayda era bastante salvaje y temeraria en una pelea. Las dos nunca evitábamos las discusiones y a menudo reaccionábamos de forma precipitada en esas situaciones.

—De hecho, sé mucho sobre asuntos de gobierno gracias a mi amiga Elena de Ellyllia. En mi país vivía en la corte y después de la guerra me consultaban a menudo cuando había que tomar decisiones importantes.

Sus ojos azules brillaron y su mirada se perdió en recuerdos lejanos. Cuando volvió a mirarme, reconocí la tristeza en su rostro.

—¿Podrías ayudarme con consejos? —le pregunté, esperando que esta petición la sacara de sus oscuros pensamientos.

—Estaría feliz de poder hacerlo. Después de todo, aún tengo que cumplir mis deberes como sanadora. —La incertidumbre tiñó su voz —. Además, no quiero abusar de ti. Sé lo difícil que te resulta hacer amigos.

—Deja que yo me ocupe de eso —le dije. Mi instinto me decía que podía confiar en ella—. Me encantaría que me ayudaras.

—Lo haré. —Ahora estaba radiante. Quizá pudiéramos ayudarnos la una a la otra. Ella podría ayudarme con las muchas tareas difíciles que tenía por delante y yo podría ayudarla con la soledad en la que se había enredado aquí en Eclaria y de la que parecía no poder encontrar una salida.

—Por desgracia, tengo que irme ahora. Debo preparar la alcoba de Eline.

—¿Todavía puedo despedirme de ella? —pregunté esperanzada.

—Sí, por supuesto. La recogerán en cualquier momento, pero tiene que haber tiempo suficiente.

Esta vez no me retuvo mientras me incorporaba y balanceaba las piernas sobre el borde del sofá. Me mareé un momento, pero se me pasó enseguida. Estiré con cuidado la pierna herida y puse peso sobre ella. No sentí el dolor esperado.

—Bueno, la rápida cicatrización de la herida no solo afectó a tu cara —dijo Fely con un guiño.

Volví a estirar y doblar la rodilla. Se curó tan rápido como mi mejilla. Me acerqué al borde del sofá y me levanté sin forzar.

—No te preocupes. Puedes caminar con normalidad.

—¿En serio? —pregunté sorprendida y lo probé de inmediato. La verdad es que no sentí nada, ni me afectó en modo alguno. Recordé con un poco de nostalgia los muchos momentos en el desierto en los que había necesitado de este tipo curación rápida. Con demasiada frecuencia, heridas similares a esta casi me habían costado la vida.

¿Encerrar mi magia fue la mejor solución? ¿Podría haber otra forma? Por el momento, mi poder no parecía lo bastante fuerte como para ser reconocido como tal desde lejos. Entonces, ¿cuánto poder poseía, a pesar de que entonces era solo una niña? ¿Y quién

estaba detrás de este mago que tuvo que tomar una decisión tan seria en aquel entonces?

En lugar de seguir pensando en ese desconocido, corrí hacia la puerta del dormitorio y hacia Eline.

Seguía tumbada en mi cama, inmóvil, y su pequeña figura casi desaparecía en ella. Sin hacer ruido, me senté a su lado en el colchón y tomé una de sus manos lisiadas entre las mías. Me esforcé por contener las lágrimas.

—Eline, soy yo, Jadina. Quizá puedas oírme. —Respiré agitada. La visión aún me hacía sentir mucha tristeza, rabia y miedo. Mis dedos que la sujetaban se tensaron y tragué con fuerza—. Tu curandera Fely cuidará de ti a partir de ahora. En su casa, en la ladera. Es muy buena y creo que allí te recuperarás rápido.

Todavía me ardían las lágrimas en los ojos, pues acababa de expresar mi mayor esperanza.

—En cuanto pueda, iré a visitarte. Junto con Limycu, por supuesto.

¿Dónde estaba la pequeña águila? En ese momento, un pequeño manojo de plumas salió de debajo de la manta de Eline. El pequeño me miró con grandes ojos saltones.

—Ahora tienes que despedirte de Eline —le dije—. Pero no te preocupes, pronto la visitaremos en casa de Fely.

Acarició la mejilla de Eline con su cabecita. Le resultaba difícil dejarla marchar. Pero era por su propio bien. Por su seguridad. Hubiera preferido enviar al águila bebé con ella, pero por un lado Limycu no lo aceptaría y por otro no quería hacer sufrir demasiado a Fely.

—Así que tienes que seguir practicando el vuelo para poder bajar hasta la ladera de la montaña y luego volver a subir al castillo sin problemas.

—Puede hacerlo —oí de repente una voz familiar detrás de mí—. Ya he hablado con Elara y está bastante segura de ello.

—Bueno, si Elara lo dice, entonces supongo que es verdad —dije sin volverme hacia Kayden, pero también podía oír el temblor en mi voz. Su presencia me inquietaba y no podía reprimirlo.

—¿Puedo? —preguntó, y ahora también detecté incertidumbre en su voz.

—Sí, pasa. Ya me he despedido de ella.

Me levanté y besé a mi amiga en la frente por última vez antes de volverme hacia Kayden. Abrió los ojos y dio unos pasos hacia mí. Justo antes de alcanzarme, aminoró la marcha y se detuvo. Estaba claro que no le resultaba fácil mantener la distancia. A mí también me hormigueaba la piel.

—¿Qué sucedió? —preguntó, con preocupación y enfado a la vez.

—Hice algo estúpido. Me dejé provocar y pagué caro ese error. No volverá a ocurrir —suspiré y al mismo tiempo me alegré de haberle dicho la verdad. Aunque ahora tenía que preocuparme de que no volviera a estallar.

Pero se pasó la mano por la cara y mantuvo la calma.

—Todos cometemos errores, Jadina. Incluso un rey o una reina. Es bueno que ya lo hayas visto por ti misma. Ojalá no hubieras tenido que pagar por ello. ¿Puedo preguntar qué pasó exactamente?

—No, no preguntes —le aconsejé y lo dije en serio—. A menos que quieras correr por la sala de entrenamiento como un toro viendo todo rojo otra vez.

Sonrió con picardía y no pudo evitar reírse un poco.

—Bueno, no quería dejar salir al toro hoy.

Ahora yo también tenía que sonreír.

—Solo prométeme que no te pondrás en peligro. —No sería él si no estuviera siempre preocupado por mi seguridad.

—Haré lo que pueda —respondí con la mayor naturalidad posible.

—¿Tan malo es?

—No te preocupes. Encontraré una solución.

Asintió inseguro y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Quedamos más tarde para entrenar? ¿Desatar mi magia en ti? ¿O estás demasiado agotada después del incidente por el que no quieres que pregunte?

—Creo que entrenar sería justo lo que necesito ahora —respondí, acercándome un paso—. —Pero quizá termines completamente agotado después de usar tu don para transportar a Eline.

Ahora también dio un paso hacia mí.

—Mis fuerzas no se agotan tan rápido.

A estas alturas ya no sabía de qué hablábamos en realidad. Esta maldita atracción me había tentado a seguir hablando para poder estar cerca de él. ¿Estábamos flirteando?

Respirando deprisa, me puse justo delante de él y lo único que deseé, fue que Kayden me agarrara y me besara de una vez.

# CAPÍTULO 22



***Un dragón solo se comunica con su propia especie o con su jinete.***
***Sabemos que solo hay una excepción a esta regla.***
***Cuando el jinete está conectado con alguien.***

**Libro de texto del cuarto año de la Rider Academy**

De repente, un carraspeo resonó en la sala y entraron nuestros amigos. Nunca me había alegrado tanto de verlos. Eso me permitió dar un paso atrás y Kayden hizo lo mismo.

—No queremos molestarlos —se disculpó Lenn—, pero tenemos que sacar a Eline de aquí ahora, de lo contrario será demasiado tarde. No es seguro volar tan cerca de la montaña en la oscuridad.

—Sunny está lista —anunció Dex.

—Genial. ¿Y, tú, Kayden? —preguntó Lenn.

—Vio a Jadina después de su pelea. Eso debería ser suficiente para que pueda levitar a diez dragones juntos —dijo Nayda, sin pelos en la lengua.

Kayden gruñó una vez indignado en su dirección.

—Seré silencioso y cuidadoso. Después de todo, se trata de Eline.

—Felycitia ya ha volado a su cabaña para prepararlo todo para la llegada de Eline. Así que nosotros también deberíamos ponernos en marcha —instó Dex.

—¿Has pensado cómo vas a transportar a Eline fuera del castillo para que nadie se dé cuenta? —pregunté. Aún no conocía su plan exacto, pero sin duda causaría revuelo que Eline flotara de repente por los pasillos.

—No te preocupes, Jadina. Lo tenemos todo bien pensado y bajo control. —Sonriendo, Lenn y Dex sacaron algunas herramientas de una bolsa que colgaba del hombro de Lenn. Con eso, corrieron hacia los grandes ventanales que daban al patio—. Nos hemos asegurado de que todas las habitaciones que dan al patio estén vacías en este preciso momento para que nadie pueda vernos.

—¿Cómo lograron hacer eso? —jadeé, ya que estábamos hablando de bastantes habitaciones.

—Felycitia nos dio uno de sus productos, que apesta horrible. Una sola gota en cada habitación fue suficiente para que nadie quisiera permanecer ahí. —El orgullo resonaba en la voz de Lenn mientras él y Dex forzaban una de las ventanas, igual que habían hecho los guardias al rescatar a Limycu. El frío aire de la montaña penetraba más en la antes cálida habitación con cada movimiento.

En cuanto la retiró por completo, Dex se asomó por la abertura resultante y silbó una vez en voz alta con los dedos entre los dientes. Poco después, se oyó el sonido de unas poderosas alas. Sorprendida, me apresuré a asomarme a la ventana y vi descender cuidadosamente a un dragón amarillo dorado que hacía honor a su nombre, Sunny. Llegó tan abajo que tuve que tragar saliva.

—¡Ahora es tu turno, Kayden! —gritó Dex a su amigo.

Mientras tanto, Nayda envolvió a Eline en mantas y ahora estaba tumbada en mi cama como un paquete atado.

Miré a Kayden con los ojos muy abiertos. Sabía que tenía mucho poder, pero hacer levitar a otro ser era, lo sabía por los libros, algo especial, incluso para un mago del aire. Miró con fijeza a la mujer que lo crio tras la muerte de su madre y solo bastó un pequeño gesto de su mano y al instante siguiente Eline flotaba sobre el colchón.

—Oh —jadeé sorprendida mientras la pequeña dama salía volando por la ventana pasando por delante de todos nosotros, dormida. Tenía fe en la habilidad de Kayden, pero aun así se me formó una capa de sudor en la frente mientras me rodeaba el torso con los brazos y me clavaba los dedos en el uniforme.

Sunny había colocado su enorme cuerpo directamente frente a la ventana abierta, donde flotaba en el lugar para que el cuerpo de Eline pudiera deslizarse sobre el improvisado sofá de transporte a la espalda de la dragona sin demasiadas maniobras.

En cuanto estuvo tumbada, Dex saltó por encima del alféizar sobre su criatura con elegancia felina y ató a Eline con la ayuda de varias correas.

—¡Son fantásticos! —exclamé aliviada y miré a mis amigos uno por uno con gratitud. Lo habían conseguido.

—No nos des las gracias todavía —dijo Lenn—. Tenemos que volver a hacerlo en la cabaña de Felycitia.

—Lo conseguirán. Estoy segura de eso.

—Ahora sí que has magullado tres egos masculinos —dijo Nayda riendo y me dio una palmadita en el hombro—. Kayden en particular apenas puede creer su suerte en este momento —me susurró al oído. Mis ojos se posaron en el hombre en cuestión. En ese momento, estaba bromeando con Lenn.

Verle así me dio una punzada. Kayden ya llevaba una carga tan pesada sobre sus hombros debido a su posición y a su padre, y ahora yo no se lo estaba poniendo nada fácil. Todo por esta historia con Cilia, que no sabía si era cierta o no. ¿Tal vez debería volver a hablar con él después de todo?

—¡Hasta luego! —oí gritar a Kayden y cuando levanté la vista, estaba sentado en el alféizar de la ventana y Lenn se alejaba volando en su dragón.

—¿Viene Elara a recogerte? —pregunté y me acerqué un poco más. No tan cerca como para que esta eterna atracción pudiera dominarme. Era una lucha interna incluso a distancia y parecía cada vez más difícil. ¿Cómo íbamos a sobrevivir una noche en el mismo dormitorio?

—Sí, debería llegar en cualquier momento. ¿Quieres saludarla?

—Me encantaría.

Disimulada, me pasé la mano por la muñeca, donde estaba la escama de dragón que Elara me había regalado después de que me cayera justo antes de una de las pruebas.

—*Hola, Jadina* —oí de pronto la aterciopelada voz de la dragona en mi cabeza. Parecía más clara que nunca. Me pregunté por qué—. *Me alegro de verte.*

—*Yo también estoy contenta.*

—*Me gustaría felicitarte* —dijo en el preciso instante en que su cabeza apareció frente a la ventana abierta. Su mirada era suave cuando se posó en mí—. *¡Por tu matrimonio y luego por tu coronación!* —Mientras Kayden nos miraba a los dos, ladeó la cabeza.

—*¿Cómo te encuentras ahora? Todavía parece como si algo te molestara. Y no me refiero a la condición de Eline o las amenazas de Gronus. Kayden me lo contó.*

—*Todo va bien* —mentí y supe de inmediato que era un error cuando Elara soltó un sonoro e indignado bufido. No se podía mentir a un dragón—. *No quiero hablar de eso* —añadí.

—*¿Quizá en otra ocasión, cuando tengamos más tiempo?* —preguntó en un tono más calmado.

—*Tal vez.*

—*Deberías venir pronto a volar de nuevo* —sugirió y mi mirada se deslizó sobre Kayden. Nos miró con los brazos cruzados delante del pecho.

—Quizá la amistad entre vosotros fue un error después de todo —refunfuñó indignado, pero su mirada no era de enfado, sino más bien de preocupación. ¿Tenía miedo de lo que pudiéramos hablar las das? ¿Y por qué no lo sabía todavía? Siempre tuve la impresión de que dragón y jinete lo compartían todo. ¿Y por qué no esto?

—*Me encantaría volver a volar contigo, Elara* —le dije a la dragona, cuyos ojos se iluminaron al oír mis palabras.

—*Me alegro* —retumbó su respuesta en mi mente—. *Pero ahora tenemos que irnos de verdad. Si no, Eline estará demasiado tiempo al aire libre.*

Miró a Kayden, que se balanceó por encima del alféizar de la ventana sobre su espalda.

—*¡Nos vemos, Jadina!* —gritó Elara en mi cabeza. Al mismo tiempo, lo oí de Kayden, quien, sin otra mirada en mi dirección, tomó asiento en la silla de montar y poco después subió a las nubes con su dragona hasta que dejó de ser visible.

—¿Puedes hablar con la dragona de Kayden? —La voz asombrada de Nayda sonó. Poco después, estaba de pie junto a mí —. Nunca había presenciado algo así. Los dragones en realidad no hablan con nadie excepto con sus propios jinetes.

—Lo sé y yo tampoco lo entiendo. Elara dijo que tendría que averiguar la razón por mí misma.

—¿Tal vez tenga algo que ver con la conexión entre ustedes? —reflexionó mi amiga.

—No, no puede ser eso —interrumpí sus cavilaciones. Al fin y al cabo, pude hablar con ella antes de la ceremonia matrimonial.

Nayda me miró confundida.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé —respondí con demasiada precipitación. No hubo respuesta por el momento y hacía tanto frío en la habitación que mis dientes empezaban a rechinar de nuevo—. Hace un frío del carajo aquí. Volvamos a poner la ventana —le dije, distrayéndola del tema en cuestión.

—Buena idea —aceptó, pero no sin dirigirme otra mirada pensativa.

Juntas volvimos a meter la ventana en el hueco y luego utilizamos las herramientas de los chicos para volver a colocarla hasta que ya no se viera que la habían quitado.

Entonces Nayda volvió a meter el martillo y el cincel en la bolsa de Lenn y se los colgó del hombro.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó.

—Suficiente para correr alrededor de la pista —respondí, con la esperanza de huir de los muchos pensamientos que me atacaban. Si las cosas seguían así, me pasaría el día entero en la pista de atletismo huyendo de mis problemas.

—No, definitivamente no vas a entrenar hoy. Tu cuerpo aún necesita descansar. Vamos a comer algo y luego vamos a la biblioteca —sugirió en su lugar y la palabra «comida» hizo que mi estómago gruñera tan fuerte que ambas tuvimos que reír—. Entonces será el comedor —dijo con una sonrisa—. ¿O prefieres ver primero tus nuevas habitaciones?

—No, en absoluto —respondí un poco demasiado rápido—. Siempre puedo hacerlo más tarde. —En realidad, no miraría las habitaciones de Kayden en absoluto si fuera por mí. Pero sabía que no podía evitarlo para siempre. Aunque la idea de solo dormir en una colchoneta en la sala de entrenamiento o en una silla de lectura en la biblioteca ya había cruzado mi mente. ¿No había también un sofá bastante acogedor? Entonces podría alegar que me quedé dormido mientras leía.

—Sé lo que estás planeando —dijo Nayda, mirándome un poco asustada—. Quieres pasar la noche en otro sitio.

—Um… No, ¿qué te hace pensar eso? —pregunté, ahora un poco inquieta por mi idea. ¿Tan transparente era?

—Porque te conozco, joder, y tu mirada te delató —espetó con frialdad—. ¿Dónde ibas a esconderte? ¿En algún lugar de la sala de entrenamiento? ¿En la biblioteca? ¿O quizás en tu antigua habitación?

—¡Dioses, realmente no hay nada que ocultarte! —exclamé indignada y al mismo tiempo decepcionada por haber sido descubierta.

—Y si yo sé todo esto, Kayden lo sabe aún más —gruñó.

—No creo que venga a buscarme si no aparezco en nuestra habitación esta noche. A él tampoco le gusta estar cerca de mí. Es lo mismo para nosotros.

Tres mentiras en una frase. Yo lo sabía y Nayda también. Sin embargo, ella no dijo nada.

—Entiendo que te asuste vivir con Kayden en sus aposentos después de todo lo que puede o no haber sucedido. —Tomó mis manos entre las suyas—. Pero no puedes huir de ello para siempre. Habla con él, escucha su historia y luego resuélvelo. Es algo entre ustedes y solo está fomentando el plan de Gronus para debilitarte.

Porque eso es lo que son si no trabajan juntos. Un par de débiles. Juntos podrán ser más fuertes.

La miré sorprendida.

—¿Desde cuándo puedes pronunciar discursos tan apasionados? Y sin maltratar ni una sola vez.

—¡Maldita sea! Yo tampoco sé de dónde ha salido eso —respondió con una sonrisa pícara, para volver a ponerse seria enseguida—. Pero piensa en lo que he dicho de todos modos.

—Lo haré —prometí y me tomé muy a pecho sus palabras, porque eran aterradoramente ciertas.

# CAPÍTULO 23



***La atracción emocional entre dos personas conectadas es tan fuerte como la física.***

**Extracto del libro *The Connected* de Horacio**

Pasamos el resto de la velada en el comedor, donde Nayda consiguió convencer a uno de los cocineros para que nos preparara un menú de tres platos increíblemente bueno. El postre en particular, la mousse de chocolate, era un sueño.

Ya aliviadas de que Nayda hubiera cancelado otra sesión de entrenamiento para hoy, nos sentamos en la biblioteca con la barriga llena. Intenté olvidar que aún tenía una cita con Kayden para el entrenamiento de magia.

Mi amiga estaba buscando libros sobre la ceremonia de unión. Quería saber qué normas podíamos utilizar o evitar, en relación con mi pequeño problema de no poder llevar armas.

Mientras ella ocupaba su lugar en la mesa de lectura con la mejor vista del paisaje con una pila de libros, yo seguía buscando algo que leer sobre los caminantes de sueños. Por un lado, quería saber lo que el señor dragón era capaz de hacer en mi

subconsciente y, por otro, buscaba una forma de bloquearlo fuera de mis pensamientos.

Por desgracia, no encontré lo que buscaba, lo que me hizo sospechar, y en su lugar cogí un libro que trataba en general de la transferencia de pensamiento y de cómo influir en ella. Como solo era un volumen muy delgado, opté por el acogedor sofá. Nayda se rio a carcajadas mientras me ponía cómoda con mantas y cojines.

—¿No me digas que te lo estás pensando y pasarás la noche aquí? —quiso saber.

—No, tu encendido discurso me ha convencido de lo contrario. Sin embargo, todavía tengo un poco de frío. La magia de hielo de Julze era demasiado fuerte.

—No te preocupes, estoy segura de que encontraré algo que te salvará de volver a convertirte en un bloque de hielo viviente. —Levantó uno de los libros de forma demostrativa.

Por desgracia, las mantas no conseguían llenar mi cuerpo del calor que le faltaba. No obstante, abrí el libro que había elegido con los dedos agarrotados por el frío. Lo primero que hice fue hojear el índice. Rastreé los títulos individuales con el dedo índice y me llevé una decepción. En ninguna parte encontré nada de que pudiera alejar a un lector de mentes. Sin embargo, mis ojos se posaron en otro título, *Los pensamientos de los conectados*.

Otra vez esa palabra. *Conectado*. Nayda la utilizó en relación con Kayden y conmigo, lo que me llevó a creer que se refería a la ceremonia de boda. ¿Qué tenían que ver nuestros pensamientos con este matrimonio? ¿Había algo más que yo no sabía?

Así que fui a la página donde empezaba el capítulo en cuestión.

*En las parejas también suele producirse una transferencia de pensamiento. Esta puede manifestarse de varias maneras: a través de un sentimiento intuitivo que señala a la pareja los pensamientos de la otra persona, hasta conversaciones mentales completas. Se conocen todas las etapas entre ambas posibilidades.*

*Cabe mencionar que las situaciones en las que se puede conversar sobre pensamientos son poco frecuentes.*

*Muchos científicos siguen buscando una explicación a este fenómeno. En mi opinión, se basa en el hecho de que las personas*

*conectadas, también conocidas como almas gemelas, están vinculadas emocionalmente entre sí. Este nivel superior del ser hace posibles muchas cosas que antes nos eran desconocidas.*

Las letras se desdibujaron ante mis ojos y se convirtieron en un caos salvaje. Cerré el libro de golpe. «¡No! Esto no puede estar pasando». De repente, mi respiración se volvió demasiado rápida y me sentí mareada.

—Jadina, ¿qué pasa? ¿Te sientes mal? —Mi amiga corrió hacia mí y se arrodilló junto al sofá—. ¿Es la magia del hielo? ¿Debería llamar a un sanador?

—No… es… —tartamudeé, porque aún no podía creer lo que este libro me había revelado.

—La Gran Madre ha unido a estos dos amantes, ha enlazado sus almas y les recompensará por su amor —resonaron en mí las palabras de la sacerdotisa, que había pronunciado durante la ceremonia nupcial. *Almas unidas.* Como almas gemelas. Recordé cómo Kayden se estremeció al oír sus palabras y la había mirado, atónito.

—Lo sabe —dije, ahogada por las lágrimas—. Y no me lo ha dicho.

—¿Quién sabe qué? —quiso saber Nayda, que ahora me ponía la mano en la frente con preocupación.

—Kayden —susurré, temiendo que cada palabra trajera un río de lágrimas—. Lo sabía y me lo ocultó.

—¿Qué es lo que no te ha dicho? —Confundida, Nayda tomó el libro de mi mano y lo miró con más detenimiento. Al parecer, esperaba encontrar allí las respuestas que yo aún no me encontraba capaz de decir.

—Almas gemelas. —La palabra flotó entre nosotras como una pompa de jabón que podía estallar en cualquier momento. Nayda me miró con los ojos muy abiertos.

—¿No lo sabías? —preguntó asombrada.

—No —sollocé—. No lo sabía. ¿Tú sí? ¿Cómo lo supiste?

—De la sacerdotisa. Lo mencionó durante la ceremonia.

—Las palabras solo tienen sentido para mí ahora —admití, sintiendo de repente un calor increíble.

Así lo sabían todos los que habían estado presentes en la boda. Gronus también, pues solo había abandonado la sala en la coronación.

Almas gemelas. *¡Mierda!* Como si todo no fuera lo bastante complicado ya.

Un nuevo pensamiento apareció en mi cabeza. Elara. Podía hablar con ella mentalmente, aunque siempre se dijo que solo su jinete podía hablar con su dragón.

—¿Por eso es que puedo hablar con Elara? —jadeé.

—Ese bien podría ser el caso y ya que ella no quiso decirte por qué, tal vez es obvio que sí lo es. A los dragones no les gusta interferir en asuntos del corazón.

—¿Cómo se supone que voy a enfrentarme a Kayden a partir de ahora? No solo ya me resulta difícil cada vez que lo veo. —El nerviosismo me abrumaba y hacía aún más difícil respirar con calma. Confundida por mis sentimientos, enterré la cara entre las manos.

—No te vuelvas loca otra vez, ¿me oyes? —Nayda trató de calmarme, me quitó las manos y me miró a los ojos—. Quizá él también esté tan confundido con todo esto como tú. ¿Has pensado en eso?

Tal vez tenía razón. Después de todo, no se había comportado como él mismo desde el matrimonio.

—Habla con él de una vez —me imploró—. Hay tantas cosas de las que tienen que hablar ahora. No temas sus respuestas. No importa cuáles sean, después podrás dejarlo atrás y reconciliarte con él.

—¿Reconciliarme? ¿Y si sus palabras me destrozan? ¿Cómo se supone que voy a encontrar la fuerza para eso?

—Sí que le quieres. —Me miró con severidad—. No puedes negarlo. Hasta un ciego puede verlo. —La jinete de dragón socavó hasta la más mínima objeción por mi parte—. Tú lo amas y él te ama. Este amor debería curar todas las heridas y eliminar todos los malentendidos.

—¿Por qué puedo enfrentarme valientemente a un jinete de dragón superior a mí en la batalla, pero no a Kayden en este asunto? —le pregunté, sabiendo yo misma la respuesta.

—¿Sobre qué asunto? —oí la voz de mi marido preguntar de golpe.

Nayda y yo nos sobresaltamos. Solo pude mirarle en silencio mientras mi amiga intentaba hacerme gestos para que hablara. Pero permanecí en silencio.

—¿De qué asunto está hablando, Nayda?

Kayden se volvió hacia mi amiga. Pero esta, puso los puños en las caderas, temeraria.

—Desde luego, no voy a interferir aquí. Tú la amas, ella te ama. Son almas gemelas. Hablen entre vosotros y quiten esta mierda de en medio. —Al momento siguiente se precipitó más allá de un aturdido Kayden a través de la puerta, que cerró detrás de ella con un golpe inconfundible.

Ambos nos miramos consternados y ninguno de los dos dijo nada al principio. Ambos parecíamos estar procesando en silencio las palabras de Nayda. Yo, desde luego.

—¿Me quieres? —Kayden por fin respiró, y me pareció ver brillar la esperanza en sus ojos.

Por supuesto, ahora podría mentir y decir que Nayda no sabía de lo que estaba hablando. Pero entonces no haríamos más que dar vueltas en círculo, y cada nueva mentira nos apretaría la soga al cuello.

—Sí —contesté con un suspiro—. ¿Es verdad lo que dijo? —Me pasé las manos por la manta de forma nerviosa, que me sudaban a pesar del frío que sentía en el cuerpo.

—¡Por los dioses, Jadina, te amo! Estoy enamorado de ti —soltó en voz demasiado alta y yo lo miré, sobresaltada. Reconocí el dolor que nuestra agitación causaba en él y que era tan parecido al mío. El anhelo por mí y la urgencia de estar cerca de mí sin mantener una distancia que ni nuestros cuerpos ni nuestras almas ni nuestra magia podían aceptar.

—Kayden…

—No, por favor, déjame decirte algo que debería haberte dicho hace tiempo —me interrumpió—. Nayda tiene razón y no puedo callarme más, Jadina. Te amo tanto que me duele cuando no estás a mi lado. Amo tu terquedad tanto como amo tu suave corazón.

Quiero descubrir el mundo junto a ti, así como nuestro amor. Me perdería por ti, conquistaría el tiempo y cruzaría universos solo para estar contigo. Para sentirme por fin completo. Junto a ti. Junto a mi alma gemela. Con mi mujer, con la que decidí casarme por amor. Porque te amo, Jadina. Te amo.

Mi corazón se detuvo un instante y sus palabras cayeron sobre mí como una lluvia cálida. Me quería. Me amaba de una forma que solo se creía posible en los cuentos de hadas.

Todo lo que antes había parecido importante pasó a un segundo plano. Independientemente de si Cilia dijo la verdad. En ese momento ya no importaba, estaba en el pasado. Aquí estaba este hombre que me amaba tanto como yo a él y quería un futuro con él. Con mi alma gemela. Quería confiar en él.

Ya nada podía separarme de él. Mi cuerpo, mi alma y mi magia se enfurecieron y solo se calmaron cuando aparté la manta, me levanté y salté a sus brazos. Nuestras bocas se encontraron y por fin me besó. Amoroso y tormentoso, exigente y suplicante.

Le hundí los dedos en el cabello y él me atrajo hacia sí. Aunque me apretó contra su cuerpo, no era suficiente. Todo mi ser ansiaba mucho más, necesitaba más: un hormigueo mágico se extendió bajo mi piel y un fuego tormentoso y apasionado, sondeó por mis venas.

Sin pensármelo dos veces, rodeé sus caderas con las piernas y él me llevó hasta el sofá, donde me tumbó sobre las mantas y los cojines. Tembloroso, terminó el beso y un gemido escapó de mi garganta cuando mis labios dejaron de sentir los suyos.

Su mirada se clavó en la mía y encontré tanto amor y calidez en ella que pensé que mi corazón podría estallar de alivio.

—Y nunca me acosté con Cilia —dijo bruscamente y de pronto me sentí mucho más ligera—. Tampoco la basé y mucho menos la toqué de ninguna manera posible. A la única que he deseado hasta el dolor ha sido a ti y a nadie más. Y así será para siempre.

Ahora tenía que armarme de valor y aclarar con él las dudas que aún me quedaban sobre el asunto. De lo contrario, su explicación nunca podría disipar por completo mis preocupaciones.

—¿Entonces por qué te vi con ella fuera de sus aposentos esa noche?

—En realidad, después de dormir juntos, no quería que te despertaras sola. Quería despertarme a tu lado para empezar el día contigo. Para amarte una vez más.

El calor fluyó hacia mis terminaciones nerviosas por sus palabras y un oscuro deseo penetró en su mirada.

—Pero sabía lo difícil que sería todo cuando nos descubrieran. Yo, el rey, y tú, una de las dos últimas participantes para las pruebas. Eso nos habría causado muchos problemas. Por eso me marché justo antes de que Eline llegara a tus aposentos —continuó, y me pareció que aún podía ver el conflicto en sus ojos en aquel momento —. De camino a mis aposentos, vi a Cilia. Acababa de salir de la sala de reuniones de mi padre. La seguí hasta la puerta de su habitación, donde me enfrenté a ella. Allí intentó seducirme mientras yo quería saber qué hacía con mi padre. Se volvió cada vez más insistente y evadió mis preguntas sin responderlas. Fue entonces cuando me marché y decidí darte un arma para la prueba final. Sospeché que tramaba algo.

Así que esa fue la razón del cuchillo. Poco a poco, todas las piezas del rompecabezas encajaron y supe que decía la verdad. Su magia dentro de mí me hizo sentirlo.

# CAPÍTULO 24



***Para dirigir todo en la dirección correcta,***
***tengo que ir con el rey de los jinetes de dragón.***
***Así como lo hice entonces con los padres de Jadina.***

**De las notas de Hakon**

Y por qué no me lo dijiste cuando te acusé de haberlo hecho? —cuestioné para quitarme la última esquirla de vidrio que aún me irritaba.

—Porque fui estúpido. Primero me pilló por sorpresa tu acusación, luego me ofendí. ¿Cómo podías tener tan poca fe en mí después de todo lo que habíamos vivido juntos? Al principio, me paralicé y me enfadé. Pero luego pensé en cómo se te podía haber ocurrido este absurdo en primer lugar y entonces me di cuenta de que solo Cilia podía haberte dicho algo así. Era alguien a quien creías que era tu amiga. Cuando por fin quise decírtelo, ya te habías dado la vuelta y saliste corriendo. Quise correr tras de ti, pero entonces habríamos tenido la pelea delante de todos.

—Eso nos habría causado aún más problemas, porque tú eres el rey y yo era una de las dos últimas candidatas en aquel momento —

concluí la retahíla de pensamientos por él y asintió con tristeza—. ¿Y en la sala de entrenamiento? —seguí preguntando.

—Tenía miedo de cómo reaccionarías después de haberte dejado creer durante tanto tiempo que te había traicionado. —Cada palabra se convertía más en un susurro ansioso—. ¿Entiendes que nunca te engañaría y que siento no haber aclarado este malentendido enseguida? —preguntó, con un ruego en la voz.

—Lo entiendo y siento no haberte dado la oportunidad de explicarlo todo después. Pero tenía tanto miedo de tus palabras.

—¿Miedo? ¿Y esto de boca de una mujer que ha superado todas las pruebas sin ningún tipo de magia? ¿Valiente y heroica?

—Lo sé, pero durante las pruebas no tuve que preocuparme de que me rompieran el corazón. Pero si me hubieras confesado que Cilia decía la verdad, no habría quedado de mi corazón más que polvo que se habría llevado el viento. —En ese momento, me escuché a mí misma. Mi corazón latía demasiado deprisa, pero el cristal agrietado había desaparecido. Ahora yacía libre y curado en mi pecho.

—Soy tuyo. Desde el momento en que te vi por primera vez. Allá en el desierto. Mi pequeño gato salvaje. No me importaba si eras la cazadora de la profecía o no. Había sentido, de hecho, sabía, que me pertenecías. No importaba lo que el destino me hubiera exigido, tú eras la que yo elegí. Para mí. Para el Kayden sin título y sin un padre que creyera que debía guiar mi destino. —Con suavidad, su dedo acarició mi mejilla y me dio un tierno beso en la punta de la nariz—. Soy tuyo y siempre lo seré. Somos almas gemelas y nuestro vínculo es irrompible. Cuando Rosaria, la sacerdotisa, lo dijo, se me aclararon muchas cosas y no podía creer mi felicidad.

—Acabo de darme cuenta ahora. Me refiero a lo de las almas gemelas y las palabras de Rosaria —admití, un poco cabizbaja. Pero debería haberlo sentido. ¿O fui tan terca que simplemente bloqueé el vínculo, esta atracción hacia Kayden, sin dejar que me afectara?

—Quise decírtelo tantas veces —susurró—. Me di cuenta de que no tenías ni idea. Pero no quería que te enteraras por mí. La persona en la que no podías confiar lo suficiente en ese momento.

—Pero ahora lo sé y me alegro de haberlo descubierto. Estuvo bien que no me lo dijeras. En realidad, solo me habría hecho sentir aún más insegura.

Tomé su cara entre mis manos.

—Te amo tanto como tú a mí. Y si mi terquedad, como tan cariñosamente la llamaste, no se hubiera interpuesto en mi camino, me habría dado cuenta antes de que me casé contigo por amor y no por razones políticas. Mi rey. Mi marido.

Por primera vez, la palabra sonaba bien y correcta. Así que atraje a Kayden hacia mí y lo besé con todo el amor que había sentido por él durante tanto tiempo. Au lengua se deslizó en mi boca y bailó alrededor de la mía. Olía a más, sabía a más y se sentía mucho más que antes. Como un hogar, seguridad, protección, amistad y amor sin fin.

Una vez más Kayden rompió nuestro beso y esta vez mis protestas fueron fuertes y desenfrenadas, haciéndole reír.

—Todavía tenemos toda una noche por delante y toda una larga vida juntos —dijo, sus ojos brillando con un fulgor que podría rivalizar con el cielo estrellado—. Pero antes de mostrarte *nuestros* aposentos, mi amada esposa… —Me besó la mano con galantería—. Hay algo más que necesito que veas.

Le miré sorprendida y la repentina seriedad de su voz me puso nerviosa.

—¿Qué es? —pregunté, sentándome en el sofá.

—No quiero que vuelva a haber secretos entre nosotros —respondió, poniéndose en pie y tendiéndome la mano. La cogí sin dudarlo.

Cálido y perfecto, se acurrucó en la mía. Un gemido de placer escapó de mi garganta cuando me ayudó a levantarme y me atrajo contra su cuerpo.

—No nos distraigas del tema —le amonesté sin aliento.

—Nunca me atrevería —respondió y me besó en el hueco detrás del lóbulo de la oreja. Su roce, tan pequeño como fue, entró en mi cuerpo como un relámpago y se extendió hasta la célula más pequeña de mi ser a una velocidad vertiginosa.

—Eso no es justo —murmuré con voz ronca, sintiendo su propio deseo presionando contra mi cadera.

—Y esto de boca de la mujer que ha sido bendecida con el cuerpo de una diosa —devolvió carraspeando y apretó posesivamente sus labios contra los míos.

*¡Esta maldita atracción!* Si no nos movíamos ahora, pasaríamos la noche aquí en la biblioteca.

Necesité toda mi fuerza mental y física para terminar el beso.

—Tenemos que recomponernos ya, Kayden —jadeé, viendo el dolor en su cara que tanto se parecía a la mía.

—Tienes razón —aceptó. Su voz aún tenía ese matiz áspero—. Y de verdad es importante lo que quiero mostrarte.

Esta vez no me cogió de la mano, sino que salió caminando de la biblioteca sin decir palabra y yo le seguí.

¿Disminuiría esta atracción si compartiéramos la cama? ¿O empeoraría las cosas? Sabía muy poco sobre las almas gemelas.

—¿Qué pasa? —Intenté distraerme de los temas de la *atracción* y la *cama*.

—¿Nunca te has preguntado cómo te encontramos en el desierto? —preguntó, mirándome por encima del hombro.

En ese momento recordé el mapa de la sala de mapas.

—Sabías exactamente dónde estaba mi campamento, ¿verdad? —asintió—. Vi el mapa donde estaba marcado el lugar —le expliqué.

—¿Así que estuviste en la sala de mapas? —preguntó, extrañado.

—Sí, y tu padre me pilló haciéndolo —dije contrita.

Kayden se detuvo de golpe y casi me choqué con él.

—No me digas que te hizo algo —gruñó, apretando los puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—No. Solo me amenazó —dije con tono apaciguador, poniéndole la mano en la mejilla. Conocía demasiado bien la sensación de tener que proteger a mi alma gemela de Gronus.

Kayden exhaló con alivio. No volvió a relajarse de inmediato, pero al menos pudo recuperar el aliento.

—Venga, enséñame qué es tan importante —le distraje de la situación. Me miró por última vez y la intensidad de su mirada hizo que un agradable escalofrío recorriera mi espina dorsal. Luego se dio

la vuelta de nuevo y siguió caminando. Poco después, llegamos a un ala en la que yo nunca había estado. Kayden caminó decidido hacia una puerta de doble hoja flanqueada por guardias.

Uno de ellos nos abrió antes de que hubiéramos llegado hasta ellos.

—Gracias, Samir —dijo el rey cuando pasamos, y yo asentí al hombre de forma amistosa, lo que él agradeció con una tímida sonrisa. Definitivamente, este guardia no pertenecía a las filas de Gronus.

—Samir es del segundo escuadrón y me es leal. Siempre puedes recurrir a él si necesitas algo —confirmó Kayden mi suposición.

Luego se apresuró a cruzar otra puerta, tras la cual se ocultaba su dormitorio. Me quedé embelesada mirando la gran cama, que parecía muy acogedora con sus muchas mantas y almohadas. Mis ojos se desviaron hacia mi marido, que ahora miraba de la cama a mí, algo avergonzado.

—Espero que el secreto que querías mostrarme no tenga que ver con tus habilidades en esta cama —comenté, con la risa que debía acompañar a mi broma atascándose en mi garganta. Se me secó la boca y, una vez más, el deseo por él me invadió como una ola recorriendo las costas de nuestra isla.

¿Fue por eso que Gronus me dejó mudarme a los aposentos de Kayden? ¿Sabía de la insaciable atracción entre almas gemelas? Tal vez sí.

—No —graznó un poco torpe—. Esto es lo que quería enseñarte. —En dos largas zancadas, se paró frente a una cómoda que estaba cubierta por una tela. Con un movimiento fluido, la retiró para dejar al descubierto un gran espejo situado encima del mueble.

—El espejo me dijo dónde estaba tu campamento y me dijo que te buscara.

Examiné el objeto con los ojos muy abiertos.

—¿El espejo puede hablar? —cuestioné sorprendida.

—Sé que parece una locura, pero sí —confirmó—. Apareció en mis aposentos poco después de que mi padre me informara que, a partir de ahora, sería el rey de los jinetes de dragón. Ninguno de mis guardias ni Nayda, Lenn o Dex supieron decir de dónde salió, ni

quien lo colocó aquí. Al principio pensé que el espejo podría haber venido de mi padre, pero una noche oí una voz.

—¿Y salió de este espejo? —Curiosa, examiné el objeto, que no tenía nada de extraño.

—Al principio pensé que alguien hablaba fuera de mi puerta, pero cuando pasé por delante de la cómoda, me di cuenta de que la voz venía de allí.

—¿Cómo sonaba quien te hablaba? ¿Y viste a alguien?

—No vi a nadie, solo era una voz masculina. Me dijo que sabía dónde estaba una de las candidatas a la prueba de jinete de dragón de las cazadoras y que tenía que buscarla. Cuando consulté un mapa de Eclaria, me dio las coordenadas exactas. Te encontramos un poco lejos de allí.

—Interesante —dije pensativa, intentando ignorar la inquietud que se apoderaba de mí. Alguien sabía dónde estuve todo el tiempo. Dónde me escondieron mis padres. ¿Quién podía ser? ¿Y también sabía que yo era la cazadora de la profecía?

—¿Dijo su nombre? —Me volví hacia mi esposo de nuevo.

—No. Solo que era amigo de mi madre y que este espejo era su regalo por mi coronación.

—¿Así que incluso sabía que eras el nuevo rey? —exclamé sorprendida y Kayden asintió—. Pero solo muy pocas personas lo sabían y todas estaban condenadas al silencio por la magia negra. Entonces, ¿cómo podía saberlo?

—También pregunté lo mismo.

¿Y quién, aparte de mis padres, había sabido dónde nos escondíamos en el desierto? ¿Dónde estaba mi campamento?

Me vino a la cabeza la conversación con el señor de los dragones. ¡El mago! Él sabía adónde habían huido mis padres conmigo. ¿Podría ser el extraño del espejo?

# CAPÍTULO 25



***Un ser no puede mostrar o revelar su don a otra persona sin motivo.***
***Es una ley no escrita,***
***así como también tienes que averiguar por ti mismo, qué don tienes.***
***Los talentos son como una pieza más de ti mismo, de tu personalidad, y por eso se convierten en un tesoro, en un secreto que hay que guardar.***
***Solo se está obligado a defender la propia vida o la de otro, para usar y revelar su don.***

**Extracto de la antología**
***Las criaturas mágicas de Brysalia* por Horacio**

Creo que sé quién está detrás de la voz del espejo —le hice saber a Kayden, que me miró con los ojos abiertos de incredulidad.

—¿Quién?

—Yo tampoco sé mucho de él, salvo que es un mago que aconsejó a mis padres que huyeran conmigo a la inmensidad del

desierto y ató mi magia en cuanto mi madre y mi padre desaparecieron.

—¿Él qué? —exclamó mi marido indignado, con la mirada clavada en el espejo. Parecía como si quisiera descargar su ira contra él.

—Respira hondo, Kayden. No eres tú el que se enciende así, es el vínculo entre nosotros.

Volvió a mirarme con agonía.

—Lo sé, pero no puedo controlarlo.

Tampoco mi instinto protector hacia él.

Para distraerlo, continué con mi historia.

—El mago ató mi magia para protegerme. Lo que mis padres habían hecho antes y ya no podían hacer.

La tristeza por haberlos perdido crecía sin freno en mi interior. Una pesadez familiar, que siempre surgía cuando pensaba en ellos, se instaló en mi pecho. Para deshacerme de este sentimiento, intenté silenciar el pensamiento y seguí hablando.

—Mis padres establecieron un escudo protector sobre nosotros y nuestro campamento siguiendo sus instrucciones. Así que debió saber exactamente dónde estuve todo el tiempo.

Tras esta catarata de palabras, inspiré y expiré con calma.

—¿De dónde sacaste toda esta información? —preguntó y cruzó los brazos delante del pecho.

—Del señor dragón. Me visitó en sueños.

—¿En tu sueño? —jadeó, horrorizado.

—El señor dragón es un caminante de sueños. —Los ojos de mi marido se abrieron aún más—. Y yo soy vidente, según él.

Su rostro se iluminó ante mis últimas palabras.

—Ya lo sospechaba después de que me contaras tus sueños en los que veías las muertes de Fenja y Auri.

—Kargon cree que este don debe ser tan fuerte que incluso desterrando mi magia no pudo reprimirse.

—O bien ese mago tuvo algo que ver y se aseguró de que se liberara ese don. —Pensativo, entrecerró los ojos hasta convertirlos en rendijas y miró el espejo con renovado interés.

De repente, su mirada volvió a dirigirse a mí.

—¿Eso significa que tienes más de un don? —preguntó, sin parecer sorprendido.

—Sí, según el señor dragón, hay otro escondido muy dentro de mí. Pero no me dijo exactamente cuál es. Dijo que lo averiguaría por mí misma. —Con las últimas palabras, intenté imitar la oscura voz del dragón. Por desgracia, con poco éxito.

Kayden apenas pudo contener la sonrisa ante mi lamentable intento.

—¿No te llevas bien con él? —cuestionó.

—La verdad es que sí. Al fin y al cabo, quiere ayudarme a encontrar y liberar mi magia —le dije.

—Entonces tendrá mucho trabajo contigo. —Había algo burlón en su voz.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunté, dando un paso hacia él. Fue un gran error, porque su olor a aire frío de la noche y a cuero captó mi nariz. Así que di otro paso atrás. No sin dejar de mirarlo interroga.

—Como sabes, yo tampoco tengo un solo don. El que tú conoces, la magia del aire, probablemente lo hayas sentido bajo tu piel. El otro yace latente en algún lugar con el tuyo en el centro de tu ser, esperando a que lo descubras.

—¿No puedes decírmelo? —le supliqué, pero se limitó a negar con la cabeza riendo.

—Desde luego que no. —Se pasó la mano por el cabello, avergonzado—. Por cierto, no estoy mucho mejor que tú. Mientras no conozcas y desarrolles tu don, no sé qué otra magia se esconde en mi interior gracias a ti.

—¿Qué tal un acuerdo? —sugerí y no pude evitar dar un paso hacia él—. En cuanto sepa qué magia tengo dentro, nos diremos qué dones tenemos.

Kayden me miró pensativo.

—En realidad, eso está prohibido, pero me gusta la idea. Tenemos un acuerdo. —Hizo una pausa—. Entonces eso significa que ahora yo también tengo el don de la vista. No tan pronunciado como el tuyo, pero ahora también forma parte de mí.

—Tengo curiosidad por ver cómo se manifiesta en ti. Si puedes ver el futuro en tus sueños como yo.

—No, creo que puedo hacerlo aquí y ahora. —Sus ojos se oscurecieron y también se acercó un paso—. Veo que pronto ya no podremos controlarnos y te mimaré toda la noche en esa cama de ahí… —señaló con el dedo—, hasta que lo único que pueda salir de tus labios sea mi nombre.

Desafiante y con la precisión de un lobo que observa a su presa, dio otro paso hacia mí.

—Oh —gemí al pensar en lo que acababa de prometerme. La lujuria se disparó caliente por mis venas y nubló mi mente. Así que volví a acercarme un poco más a él y, mientras tanto, su seductor aroma me envolvió, me enloqueció e hizo temblar todo mi cuerpo.

—Te he anhelado tanto —susurró y sus ojos se deslizaron por todo mi cuerpo una vez. Resplandeciente, su mirada trazó un camino ardiente sobre mi piel, acabando por fin con mi paciencia.

—Yo también me siento como tú —le dije y acorté la última distancia que nos separaba. Su cuerpo se acurrucó contra el mío y, sin decir una palabra más, me envolvió en sus brazos, tiró de mí y me besó con la ardiente pasión que había visto antes en su mirada.

—¿Qué te parece, están avanzadas mis dotes de vidente? —preguntó contra mis labios y tuve que reírme.

—Sin duda tienes un gran talento en ese sentido. Solo puedo esperar que esto también se aplique al cumplimiento de esa *profecía* —exhalé con una sonrisa pícara en los labios, que él aprovechó furioso tras mis palabras.

—Entonces déjame poner a prueba mis talentos —murmuró contra mi oído, y luego me pasó la lengua una vez por el cuello. Un gemido escapó de mi garganta y si Kayden no me hubiera estado sujetando, mis suaves rodillas no me habrían sostenido. Ávida de más, eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos.

Kayden repartió besos desde mi oreja hasta mi escote y el calor se acumuló en mi centro. Lo necesitaba, lo deseaba.

—Este maldito uniforme tiene que salir. Ahora mismo —maldijo, levantándome y llevándome a la cama que había intentado ignorar durante tanto tiempo. Sin más preámbulos, desabrochó algunos de

los cierres y yo también empecé a quitarle el traje del cuerpo con dedos temblorosos. Después de algunos tirones, los dos estábamos desnudos y yo estaba tumbada en la cama frente a él. Sin ninguna vergüenza ni sensación de estar a su merced. La mirada de admiración de Kayden, que se deslizaba sobre mi piel y parecía ver en mi alma al mismo tiempo, me hizo olvidar todo lo que me rodeaba.

—El cuerpo de una diosa —dijo con voz gutural y sus ojos oscuros se encontraron con los míos—. Mi esposa —susurró y la palabra hizo que mi corazón diera un brinco de alegría.

—Mi marido —respondí en voz baja y vi cómo se le iluminaba la cara de amor por mí.

—Repítelo —me pidió exigente.

Su petición me hizo sonreír y no tuve más remedio que repetir mis palabras de antes.

—Mi marido. Eres mío —añadí en voz más alta y rodeé sus caderas con las piernas al mismo tiempo. Luego le puse una mano en la nuca, enterrando los dedos en su cabello, y tiré de él para acercarlo más a mí—. Y yo soy tuya —respiré contra sus labios y pude ver el fuego que mis palabras provocaban en sus ojos antes de que prácticamente me devorara con el siguiente beso.

—Me estás volviendo loco —gruñó y yo sabía muy bien lo que quería decir, ya que también pensaba que estaba perdiendo la cabeza cada vez que él estaba cerca de mí.

Me besó de nuevo, salvaje y apasionado, y su mano se dirigió a mis senos. Me acarició la piel desnuda, la rodeó y finalmente la cogió con la palma de la mano para amasarla. Este contacto me hizo sentir calor y frío al mismo tiempo y eché la cabeza hacia atrás.

Sus labios recorrieron mi cuello hasta llegar al otro pecho. Me lamió el pezón con la lengua, dibujando círculos a su alrededor, para luego seguir bajando.

La lengua de Kayden se deslizó áspera sobre mi estómago y arqueé la espalda de placer, deseando sentirlo en todas partes, pero sobre todo en mi entrepierna, que ya palpitaba de gozosa excitación.

Mi pelvis subía y bajaba sin que yo hiciera nada. Pensé que explotaría de deseo si no me soltaba de una vez.

En cuanto su boca se posó en mi parte media y tocó el punto más sensible, no pude reprimir un fuerte gemido. Y con ese sonido, todo dentro de mí pareció liberarse. Mi magia y la de Kayden salieron a la superficie, uniéndose en una tormenta de luz que hizo temblar todo mi cuerpo.

Puntos de luz verdes y azules se difuminaron ante mis ojos y fue como si pudiera ver el universo con todas sus estrellas y planetas, mientras mi cuerpo temblaba y se rendía a la lengua de Kayden.

Como si buscara un punto de apoyo, un ancla en este mundo, agarré la mano de Kayden y entrelacé mis dedos con los suyos. Me besó tiernamente en el centro, y cada beso me hizo temblar de nuevo.

Solo cuando volví a descansar, sin aliento y bañada en felicidad, su hermoso rostro se cernió de nuevo sobre el mío. Su mirada, aún más oscura de deseo que antes, se posó en mí mientras me observaba. Mientras esperaba que una sonrisa se dibujara en mis labios.

—Has demostrado tu talento con esto —murmuré, resonando la lujuria en mi voz. Una sonrisa pícara hizo que su rostro pareciera mucho más joven de lo que a menudo aparentaba.

—Estoy lejos de haber terminado de mostrarte mis habilidades —gruñó, agarrando mi segunda mano y levantando mis brazos por encima de mi cabeza. Su cuerpo desnudo yacía pesado y cálido sobre el mío y podía sentir su excitación en mi muslo.

—Quiero sentirte muy dentro de mí —dije mi deseo más ferviente y vi cómo las llamas se encendían en sus ojos.

—Y quiero volver a oírte gemir así —susurró contra mis labios—. Ese es mi sonido favorito a partir de ahora.

Su beso era ardiente y posesivo. Mi lengua recorrió la suya y lo saboreé a él y a mí al mismo tiempo, lo que una vez más llevó mi deseo a cotas insospechadas.

—Hazme gemir —exigí y apreté mi pelvis contra él, como para dar más peso a mis palabras—. Te deseo.

Sus ojos brillaron ante esta última frase y también apretó su excitación contra mí, girando.

—Yo también te deseo. Tanto que duele.

Para demostrarle que le necesitaba *ya*, abrí las piernas, invitándole a hundirse por fin en mi interior. Los dos queríamos lo mismo.

Kayden no me hizo esperar. Se deslizó dentro de mí con cuidado y luego, sin apartar los ojos de los míos, me hizo el amor con suavidad al principio y luego cada vez más fuerte. Hasta que los dos caímos juntos en una tormenta de magia azul y verde.

# CAPÍTULO 26



***Seguimos buscando al General Xoran y a la Consejera Lianna.***
***Su poderosa magia puede abrirnos nuevos caminos en esta guerra contra los jinetes de dragón.***
***Esperemos que Gronus, el autoproclamado rey de los jinetes, no los haya encontrado ya.***

**Del diario del anciano del pueblo**
**Los cazadores occidentales de Bergens**

¡Kayden! ¡Kayden!

Desperté de golpe de un profundo sueño. Estaba tumbada en los brazos de Kayden, con él abrazándome tan fuerte como si temiera que me volviera a separar de su lado. Sus facciones estaban relajadas y una sonrisa satisfecha parecía acompañarle en el sueño. Mi amor por este hombre bullía en mi interior y era como si quisiera desbordar todo lo demás que había dentro de mí.

Le acaricié la mejilla con la mano y un agradable suspiro escapó de su garganta. Hicimos el amor varias veces en la noche y, sin embargo, mi deseo por él seguía sin estar satisfecho. Todo lo contrario. Cuanto más a menudo nos entregamos el uno al otro, más

fuerte se hacía nuestro vínculo y con él nuestra atracción. Solo por cansancio nos quedamos dormirnos.

—¡Jadina! ¡Kayden! ¿Están ahí?

Sobresaltada y asustada, me senté. ¿De dónde salía aquella voz? Miré alrededor del dormitorio, iluminado por unas cuantas velas. Pero proporcionaban luz suficiente para darme cuenta de que no había nadie en nuestra habitación.

—¡Jadina! ¡Kayden!

¿Podría ser la voz del espejo de la que mi marido me habló?

—Kayden —susurré. Se limitó a refunfuñar y me acercó más a su cuerpo—. Kayden —dije de nuevo, sacudiéndolo por el hombro—. ¡Despierta!

Una vez más, lo único que pudo oír fue un gruñido, pero entonces parpadeó y abrió los ojos.

—¿Qué pasa? —Me besó con ternura en la sien y pude ver que luchaba por mantenerse despierto.

—La voz del espejo. La oí.

Con mis palabras, se espabiló y se incorporó.

—¿Estás segura? —cuestionó, y sus ojos se desviaron hacia el objeto en cuestión, que habíamos olvidado tapar de nuevo en la batalla de nuestras emociones.

—Sí. Nos llama a los dos.

—¡Jadina! Kayden! —se escuchó de nuevo con claridad.

Kayden me miró.

—Primero iré yo, a ver qué quiere de nosotros —dijo con voz decidida.

—¿Por qué? —Le miré asombrada. Él sabía muy bien que yo decidía por mí misma lo que hacía o dejaba de hacer. Era el vínculo lo que hablaba de él. Le hacía querer protegerme. Pude ver en sus ojos que estaba luchando contra ello.

—Si él es el mago que ató tu magia. ¿Y si quiere quitártela de nuevo? —preguntó.

—¿Pero por qué haría eso? —reflexioné. El mago había suprimido mi magia para protegerme cuando aún era demasiado joven para hacerlo por mí misma. Aquellos días habían pasado y seguramente

no era casualidad que mi alma gemela hubiera sido capaz de romper aquel hechizo.

—No creo que vaya a hacerme daño.

Antes de que Kayden pudiera protestar, me levanté de la cama y me envolví el cuerpo con la manta.

Poco después, estuvo a mi lado con una manta atada alrededor de las caderas. Su torso desnudo con los músculos acentuados casi me daba ganas de empujarlo de nuevo a la cama para continuar donde lo habíamos dejado hacía apenas unas horas.

—Mi cabecita testaruda —se burló de mí, dándome un suave beso en el cabello.

Entonces me cogió de la mano y juntos nos dirigimos al espejo. En él se veía la silueta de un hombre. Cuanto más nos acercábamos, más claros se hacían sus contornos. Tenía el pelo negro y la piel dorada, como la mía. Le miré con asombro. Era un cazador. Pero, ¿era el mago del que habló el señor de los dragones?

—Jadina y Kayden, me alegro de verlos juntos al fin —dijo el desconocido, haciendo una leve reverencia seguido de sus palabras —. Mis soberanos.

Había respeto genuino en su voz.

—Sabes nuestros nombres. ¿Nos dirás el tuyo? —preguntó Kayden sin responder al saludo. Comprendí su cautela. Después de todo, el hombre del espejo parecía ser un cazador. Ellos eran sus enemigos, pero como yo había superado la prueba de jinete de dragón y, por lo tanto, era la cazadora de la profecía, también eran míos. Aún así, el recuerdo de Cilia y de sus palabras, me querían muerta para que no pudiera cumplir la profecía de casi cien años.

—Tienes razón y lamento no habértelo revelado cuando nos conocimos, ni mi rostro ni mi nombre. Pero temía que no creyeras a un cazador. Era tan importante que encontraras a Jadina después de que tu padre te nombrara rey. —Volvió a inclinarse—. Probablemente no me recuerdes ya que entonces eras solo un niño, Kayden, pero me llamo Hakon y fui consejero de la antigua pareja real de Eclaria. Del rey Ryland y la reina Adayla.

La reina que llevó un vestido de baile similar al mío. Cuya popularidad hizo que los invitados al baile me vieran con otros ojos.

—Saludos, Hakon. Espero que entiendas que es difícil para nosotros confiar en tu palabra en estos tiempos. No obstante, mantendremos los oídos abiertos y consideraremos más adelante lo que haremos con tu información. —La presión de Kayden sobre mi mano aumentó y supe que me estaba indicando que renunciara a mi propia opinión.

—Estoy de acuerdo con Kayden —respondí. Después de la traición de Cilia, ahora sabía que tampoco podía confiar en mi propia gente. Tenía que tener mucho cuidado—. Pero primero, tengo una pregunta para ti, Hakon.

El desconocido, que de algún modo me resultaba familiar, me miró expectante. Como si yo ya le hubiera visto alguna vez. Algo que parecía absurdo e imposible dada la historia de mi vida.

Inquieta por este pensamiento, me aclaré la garganta antes de continuar.

—El señor de los dragones me dijo que había un mago que sabía de mi existencia antes de que los jinetes de dragón me encontraran. Ya que sabes mi nombre, me gustaría saber si tú eres ese hombre.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Hakon. Era leve y al mismo tiempo parecía un niño al que hubieran pillado robando un caramelo.

—Sí, es exactamente quien soy, querida Jadina. Y como el señor dragón, estoy seguro te dijo, fui yo quien desterró tu magia tras la desaparición de tus padres.

El silencio se extendió entre nosotros después de sus palabras de sonido familiar. Podía sentir la tensión en el cuerpo de Kayden desde que Hakon revelara su identidad. El mago al otro lado del espejo nos observaba a ambos con interés.

—Gracias por su sinceridad —rompí el silencio, pero prescindí de la forma familiar de dirigirse a mí—. Se lo agradezco mucho.

—Pero me gustaría añadir que me resultó muy difícil quitarte tu magia. Sin embargo, no tenía otra opción. Tus padres, que siempre habían mantenido un escudo protector, desaparecieron de repente y tu magia era tan fuerte que cualquiera que la buscara podría encontrarte. Tuve que asegurar tu supervivencia hasta que llegara el día en que debías cumplir la profecía. Pero créeme cuando te digo

que luché conmigo mismo cuando llegó el momento de atar tu magia.

La tristeza se reflejó en los ojos del anciano, que me miraban implorantes.

—Espero que puedas perdonarme algún día.

—¿Cómo sabías que Jadina es la cazadora de la profecía? —Kayden intervino antes de que pudiera hacer promesas que aún me resultaban demasiado difíciles en ese momento.

—Uno de mis dones es reconocer la magia. La profecía dice que nació en una luna de sangre y fue besada por las estrellas. Así que pude localizar a Jadina poco después de nacer.

Habló de varios dones y tuve la sensación de que se trataba de un hombre muy poderoso. Después de todo, él también fue capaz de detener mi magia y condicionó su liberación a que conociera al rey adecuado, mi alma gemela.

—¿Y luego fuiste a ver a mis padres? —Quería más confirmación de la historia del príncipe dragón.

—Sí. Conocía muy bien a Lianna y Xoran, así que no dudaron ni un momento cuando les pedí que te pusieran a salvo.

—¿Conocías a mis padres? —pregunté sorprendida.

—Sí, como yo, estaban entre los consejeros personales y generales de la antigua pareja real de Eclaria. —Había dolor en su voz. ¿Acaso fueron algo más que conocidos casuales?

—¿Mis padres formaban parte del círculo íntimo del rey y la reina? ¿Por qué nunca me lo dijeron? —Al parecer, me ocultaron muchas cosas. Este pensamiento me atravesó el corazón como un cuchillo.

—Querían que supieras lo menos posible que pudiera ponerte en peligro —respondió Hakon—. Se suponía que nadie debía saber que habían ocupado un rango tan alto en Eclaria antes de la maldición. Los cazadores los buscaban para utilizarlos en la lucha contra los jinetes y la profecía, y Gronus quería ponerles las manos encima para evitar que se volvieran contra él. Tus padres eran muy poderosos y habrían sido un arma poderosa en esta guerra. Sin embargo, lo más peligroso que podían ocultar a Gronus y a los cazadores era tu existencia, Jadina.

Sentí la mirada de Kayden posada en mí. Reconocí en ella una mezcla de amor y gratitud. A pesar de los muchos peligros que se interpusieron en nuestro camino y de los enemigos que tenía, nos encontramos como las almas gemelas que éramos. Quizá gracias a este extraño hombre.

—¿Y qué papel debes desempeñar en este juego de poder? Al fin y al cabo, también eres cazador. ¿Cuáles son tus intereses y deseos? —pregunté. ¿Cómo podría volver a confiar en un cazador?

—¿Mis intereses y deseos? —Me miró con las cejas levantadas—. ¿Dónde crees que están, después de todo lo que te he contado? — Sus ojos marrones me clavaron literalmente. Se sentía atacada. Tal vez necesitaba practicar un poco más mis dotes diplomáticas.

—Siento si mi pregunta te ha ofendido, pero solo ha habido unos pocos seres en mi vida en los que he podido confiar. Desde pequeña me enseñaron a ser precavida y a esconderme de los demás. Y entonces llegó Cilia… —Tragué saliva y de nuevo la imagen de su cadáver apareció en mi mente.

—Está bien, Jadina. No debería haber reaccionado así. Después de todo, fui yo quien te vio crecer. Espero que no te moleste este discurso informal, pero así puedo expresarme mejor en este asunto. —Aliviada, sacudí la cabeza. Las bromas previas también me habían molestado e inhibido. Me parecía un error mantenerle a tal distancia. Su rostro seguía pareciéndome inquietantemente familiar.

—¿Solías visitarnos a mis padres y a mí? —pregunté—. Me pareces familiar.

Una cálida sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—Te acuerdas. Aunque tapé esos recuerdos con un hechizo. Sí, ya nos conocemos. ¿Recuerdas el espejito? O, mejor dicho, ¿la pequeña parte de él?

—Sí, claro que me acuerdo. No teníamos mucho y mis padres guardaban ese fragmento como la niña de sus ojos.

De repente me di cuenta de muchas cosas. Miré con los ojos muy abiertos al hombre del espejo.

# CAPÍTULO 27



***Todo avance hacia las regiones costeras se ve frustrado por circunstancias externas.***
***Ya sea una tormenta o ataques***
***de esos demonios voladores,***
***Todos los intentos de cruzar las fronteras***
***están fallando.***
***Es casi como si la maldición intentara detenernos.***
***Tampoco es posible abrir portales.***
***Ni para viajar ni para escapar***
***al continente de Brysalia.***

**Registros de Lady Flavia,**
**Líder de la segunda temporada**

No me digas que era un espejo como este el que usabas para estar en contacto con mis padres!

—Sí, así es. Pero no solo me comunicaba así con tus padres, también contigo. Tus habilidades mágicas eran únicas y tu madre me pidió que te enseñara en algún momento. Fui una especie de mentor para ti. —Me miró disculpándose mientras yo intentaba hacer aflorar más recuerdos, cosa que no conseguí.

—Tal vez por eso reaccioné tan imperturbable a tu pregunta hace un momento. Porque recuerdo haber pasado muchas horas contigo y olvidé que eso no se aplica a ti. Lo siento. Y para responder a tu pregunta después de todo. Deseo la paz y una Eclaria unida. Sin maldición y sin guerra. Mi interés radica en encontrar la causa y eliminarla.

Fueron palabras claras y me demostraron que estaba del mismo lado que nosotros.

—¿Cómo podemos lograr eso? —intervino Kayden—. No solo estamos luchando contra la maldición aquí en el Castillo Dragonfall, sino también contra mi padre, que no tiene otra cosa en mente que apoderarse de todo el país y destruir a todo el que considere su enemigo, los Cazadores. Nos está utilizando para sus propios fines. Todo lo que valemos para él es nuestra magia.

Hakon se frotó la nuca.

—Sí, Gronus se está convirtiendo cada vez más en un problema. Lo sé. Por desgracia, también hay cazadores al otro lado de Eclaria que están haciendo planes similares, pero en beneficio de su pueblo. Debemos proceder con cautela. Un paso a la vez. En primer lugar, es importante que Jadina aprenda a invocar y usar su magia. Sin esto, no podrán romper la maldición.

—¿Nosotros? —preguntó Kayden con asombro—. Pensé que esta tarea estaba reservada para la Cazadora de la profecía.

—Tú, Kayden eres su alma gemela. ¿Cuál sería el propósito del vínculo entre ustedes, que la profecía también presupone, si no es que ustedes son nuestra salvación en conjunto?

—Pero la profecía solo habla de matrimonio —contraatacó mi marido, confuso, y yo también miré asombrada al anciano en el espejo.

—Ah, Vulas y Tanil ya eran muy mayores cuando tradujeron el canto de la sirena. Me llevó mucho tiempo descubrir su verdadero significado. Matrimonio es sin duda la palabra equivocada. Significa un vínculo, un vínculo del alma —explicó Hakon.

—¿Eso significa que nos casamos para nada? —pregunté.

—El matrimonio entre ustedes tenía una finalidad política, ante todo, porque no de lo contrario no habrías podido convertirte en

reina sin el vínculo matrimonial. Y, en segundo lugar, seguramente fue Rosaria quien celebró la ceremonia. ¿No fue así?

—Sí, por supuesto que la mandé llamar. Es la sacerdotisa principal.

—Muy bien. Es una de las pocas de su especie que puede reconocer un vínculo de alma y unir ambas almas con su magia. Esa es la única forma en que las almas gemelas pueden transferir su magia a su pareja.

—¿Así que el intercambio de nuestra magia no formaba parte de la ceremonia nupcial? —Un cosquilleo recorrió mi cuerpo. Un cosquilleo excitado, mientras mi corazón saltaba de alegría. Rosaria cimentó nuestro vínculo, lo fortaleció y nos hizo más poderosos. Podíamos compartirlo todo. Nuestro amor, nuestra magia y quizá… ¿nuestros pensamientos?

—Así que eso significa que ambos son importantes para la profecía, porque al final tampoco dice: *ella guiará a su pueblo a la paz y destruirá al enemigo.* La traducción correcta es: *guiará a su pueblo a la paz y destruirá al enemigo.*

—¿Quién lo sabe todo sobre la traducción correcta de la profecía? —quise saber.

—Solo yo y el que ella llama *enemigo*. En cualquier caso, Gronus no sabe que ha tenido a uno de los salvadores del país en sus manos todo este tiempo. —Miró a Kayden, que se estremeció ante sus palabras—. Y no debe enterarse bajo ninguna circunstancia. Hasta ahora, cree que todo lo que tiene que hacer es mantener a Jadina a raya, y te está utilizando, Kayden, así como a tu conexión con el alma, para conseguirlo. El dormitorio compartido debería distraerte el tiempo suficiente para que él reúna una nueva fuerza de jinetes y los envíe al desierto. Pero su conocimiento de un vínculo de alma es muy limitado. Él mismo nunca estuvo unido a un alma gemela, aunque pensara que lo estaba con tu madre. Así que tu padre no sabe que, al decidir no separarlos, solo ha conseguido que sean más poderosos. Con cada… —miró al suelo, algo avergonzado, mientras continuaba—, *clímax* que experimenten entre ambos, su magia se activará y eso hará que las distintas hebras se entretejan

con mayor intensidad. Hasta que ya no pueden distinguirse entre sí y la magia del otro se convierte completamente en la tuya.

Ante eso tampoco supe dónde mirar. No era mojigata, pero hablar de mis encuentros con este hombre era ir demasiado lejos para mí.

—Eso suena muy bien —respondió Kayden—. ¿Pero de qué sirve si no podemos usarlo?

—Por eso es tan importante que Jadina descubra su magia. El Señor Dragón también se ha ofrecido amablemente a ayudar en este asunto. Por supuesto, yo también le enseñaré y tú, Kayden, debes enseñarle a usar tu magia por sí misma.

El mago nos miró a los dos con aire desafiante.

—También necesitas ser fuerte para la ceremonia de unión, Jadina. Unirte a un dragón te hará más poderosa, ya que él también, como tu alma gemela, puede compartir su magia contigo. Cuanto más poderoso sea tu dragón, mejor para nosotros y para Eclaria.

—¿Y cuál es el siguiente empeño una vez superado esto? —Me aventuré un paso más allá de los objetivos que ya me había marcado—. ¿Cómo podemos acabar con la maldición y unir a los pueblos? Hemos buscado en todos los libros sobre el tema en la biblioteca, pero no hemos encontrado ninguna pista.

—Tienes que volver a la fuente de la maldición. Al palacio Eclariano —razonó Hakon. Al parecer, él tampoco estaba seguro de lo que se esperaba de nosotros—. Espero que quien haya lanzado la maldición sobre la tierra haya dejado pistas.

—No entiendo por qué no estás en primera línea luchando contra la maldición. Con la extraordinaria magia que posees —intervino Kayden y comprendí su punto de vista. Yo también me lo preguntaba. ¿Dónde estaba Hakon? ¿Aquí, en Eclaria, o en otro lugar?

—Porque moriría en cuanto intentara entrar en Eclaria. Tuve que huir al continente de Brysalia, cuando la maldición acababa de extenderse por la isla y la cúpula mágica aún no la había sellado. En aquella época, aún pude escapar por medio de un portal. Pero ahora es impensable volver.

—¿Una cúpula mágica? —pregunté.

—Sí. Impide que nadie salga o entre en Eclaria. ¿Por qué crees que nadie de los otros reinos de Brysalia apareció para ayudar? Querían hacerlo, pero no pudieron.

—Conozco los rumores sobre aquellos que se atrevieron a intentar abandonar Eclaria. O bien nunca llegaron vivos a ninguna de las costas o fueron engullidos por una fuerza oscura. Sin embargo, no sabía nada de una cúpula mágica, aunque he sobrevolado grandes partes de la isla con Elara. Nunca llegamos a las regiones costeras, ya que las repentinas tormentas del desierto o los ataques de los zaraks nos obligaron a dar media vuelta. —La comprensión de Kayden también se filtró en mí.

A menudo me pregunté por qué nadie vino a ayudarnos o por qué el resto del mundo mágico no se interesó por nuestro destino. Ahora me daba cuenta de algunas cosas. Por eso el marido de Fely y sus amigos no pudieron llevarla de vuelta a casa.

—¿Pero por qué dejaste Eclaria en primer lugar? Si te hubieras quedado aquí, podrías haber hecho mucho más —cuestionó ahora Kayden. Al parecer, aún no estaba del todo convencido de la historia de Hakon.

—Porque me habría matado —respondió el anciano con tristeza —. Sabía que yo intentaría salvar el país. Pero mi magia blanca no podía hacer nada contra la negra.

—¿Quién *te habría matado*? —pregunté. ¿Quién era tan poderoso para pronunciar esta maldición?

Hakon miró al suelo, consternado.

—También era uno de los consejeros personales del rey y la reina. Era el mejor amigo del rey y…

En ese momento, llamaron a nuestra puerta.

—Nadie debe saber de nuestra reunión, ¿me oyen? — dijo Hakon alterado, su reflejo ya se desvanecía—. Encontraré la forma de enseñarte, Jadina. Espera mi mensaje.

Luego desapareció y se abrió la puerta de nuestras habitaciones.

—¿Kay? —oímos la voz de Lenn.

Kayden cubrió rápidamente el espejo con el paño cuando los pasos de Lenn se acercaron.

—Tenemos… —Lenn estaba a punto de decir algo, pero se detuvo de inmediato cuando nos vio a los dos de pie en medio de la habitación envueltos en mantas—. Oh —fue lo único que alcanzó a decir mientras se frotaba la nuca, con los ojos bajos por la vergüenza. De repente nos miró y la alegría apareció en su rostro—. ¿Ya se reconciliaron? —preguntó mirándonos expectante. Al parecer, nuestros amigos también estaban muy preocupados por nuestra pelea.

—Sí, lo hicimos —confirmó Kayden su suposición, me estrechó entre sus brazos y me besó en la sien. Fue entonces cuando me di cuenta de que su tacto ya no provocaba la misma sensación de hormigueo que había causado la magia bajo mi piel. Una magia que siempre creí no tener. No, una nueva sensación ocupaba ahora su lugar: como perderse y encontrarse de nuevo. Sin Kayden, me estuve perdiendo una parte de mí misma.

—Eso me alivia un montón —dijo Lenn—, las almas gemelas no deberían separarse ni pelearse.

¿Incluso él sabía lo de nuestra cinta? *¡Mierda!* ¿Cuán ignorante fui de mis propias emociones e instintos?

—¿Así que consiguieron arreglar todo el asunto con Cilia? —preguntó. Pero antes de que pudiéramos responder, nos miró inquisitivamente—. Pero entonces, ¿por qué ponen cara de que se acaba el mundo?

Lenn era demasiado buen observador.

—Porque acabas de interrumpirnos —dije, casi mordiéndome la lengua—. Por algo importante.

¿Había revelado demasiado? No sabía si Kayden les contó a sus amigos de entonces de dónde había salido la información sobre mi paradero. Pero una voz en mi cabeza seguía confirmándolo: *Lenn no sabe lo del espejo. No se lo digas.*

Una sonrisa pícara se dibujó en el rostro de nuestro amigo mientras volvía a mirar nuestras mantas, que eran lo único que cubría nuestros cuerpos desnudos.

—Aaah… —dijo muy despacio—. Así que los he interrumpido mientras hacían algo *muy* importante. —Me guiñó un ojo y enseguida supe por dónde había vagado su mente.

—Pero… —intenté objetar, mas Kayden me acercó más a su cuerpo.

—Tienes razón, Lenn. Así que, si no tienes ninguna noticia trascendental que contarnos, nos gustaría continuar donde acabamos de dejarlo.

Solo para demostrarlo, deslizó su mano por mi espalda hasta mi trasero.

Lenn siguió su movimiento con los ojos muy abiertos, y luego se balanceó de un lado a otro en el sitio demasiado nervioso.

—No —dijo en voz alta—. Solo quería informar de que hemos apostado un guardia frente a la casa de Felycitia. —Vaciló un momento, pero luego se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta—. ¡Que se diviertan! —gritó por encima del hombro y desapareció.

—Pobrecito —dije, mirando con reproche a Kayden, que sonrió con descaro—. ¿Cómo te atreviste a avergonzarlo de esa manera?

—La próxima vez, seguro que se lo pensará dos veces antes de irrumpir aquí así. Después de todo, ahora estoy casado. —Me giró para que estuviera frente a él y me apretó contra su torso—. Con la mujer más hermosa del mundo y a la que quiero hacer muy feliz. —Me besó suave detrás del lóbulo de la oreja—. Tan a menudo como pueda.

Respiré temblorosa.

—¿No deberíamos hablar de las palabras de Hakon? —Intenté ser razonable, pero ya podía sentir una oleada de lujuria atenazándome.

—No puedo concentrarme si estás a mi lado envuelta en una manta. Podemos seguir hablando cuando estemos vestidos de nuevo.

Con estas palabras, retiró la manta que me cubría y sus ojos exigentes, que incendiaban mi piel desnuda, me devoraron.

Cuando me acercó y me besó como si no hubiera mañana, ya no estaba tan segura de que la ropa pudiera disminuir nuestro deseo.

# CAPÍTULO 28



***Un dragón joven que ya se ha separado de su madre, se llama Frischling.***
***Se sabe que estas crías son descaradas, bulliciosas y a veces agresivas,***
***se separan de la manada durante un tiempo,***
***para que puedan desarrollarse libremente en las montañas,***
***sin poner en peligro a otros seres.***

**Libro de texto del tercer año de la Escuela de Equitación del Dragón**

Hicimos el amor tres veces más en el dormitorio, pero la primera vez ni siquiera llegamos a la cama. Cuando decidimos darnos un baño, quisimos hacerlo por separado, pero fracasamos estrepitosamente, lo que nos llevó a nuevos clímax en el agua humeante.

Después de innumerables interrupciones, por fin me vestí y estaba lista para ir al comedor a desayunar. Solo para encontrarme tumbada en la alfombra frente al armario con la falda levantada y sin ropa interior, gimiendo el nombre de Kayden, embriagada de felicidad.

Esta maldita atracción de verdad nos estaba causando problemas.

Luego, por precaución, me puse un traje de cuero como él, que era más difícil de abrir. Además, yo quería entrenar con Nayda de todos modos.

Cuando entramos en el comedor cogidos de la mano, aún tenía las mejillas sonrojadas, el pelo revuelto y mi magia crepitaba salvaje bajo mi piel. Casi como si fuera a estallar como fuegos artificiales en cualquier momento. Una mirada a Kayden me demostró que nuestro acto de amor tampoco le dejó indiferente. Una fila de botones de su traje estaba mal abrochada, su pelo, en el que hundí mis dedos unas cuantas veces, sobresalía en todas direcciones. Sin embargo, no tuvimos tiempo de volver a peinarnos bien, pues temíamos no volver a salir así de la habitación.

Con una amplia sonrisa, Nayda nos observaba desde una de las mesas. Por supuesto, había guardado un asiento junto a ella. Para mí, para exprimirme como una baya madura sobre cómo estaban ahora las cosas entre Kayden y yo. Aunque pensé que nuestra aparición juntos en el desayuno era respuesta suficiente.

Nunca dejaría de sorprenderme lo diferente que podía ser esta mujer tan dura cuando se trataba de sus amigos y de sus vidas amorosas.

—Buenos días a los dos —nos llamó—. ¡Parecen un par de pollitos felices!

No pude evitar envolver esta felicidad en una sonrisa radiante, mientras Kayden refunfuñaba algo así como «no es asunto tuyo».

Sin responderle, tiré de él hacia la mesa de Nayda y me senté en el banco de al lado. Mi esposo se acercó tanto a mí que nuestros muslos se tocaban. Por suerte, no había elegido el asiento de enfrente. En aquel momento me parecía demasiado lejos.

*Por los dioses, ¿cómo se supone que vamos a seguir?*

Hambrienta por la noche anterior y lo sucedido, cogí un trozo de pan y el bol de huevos revueltos. Kayden hizo lo mismo, mientras Nayda se limitaba a observarnos en silencio.

—Es increíble lo claro que se ve de repente su lazo —dijo de pronto y yo la miré asombrada.

—¿Qué quieres decir? Seguimos igual que ayer.

—Tampoco creo que haya cambiado nada en tu aspecto. Aunque sí ha cambiado. Tus ojos tienen un brillo interior y pareces mucho más equilibrada que antes. Pero lo que en realidad quería decir es que se nota en tu comportamiento. La forma en que interactúan entre los dos. La forma en que hacen las cosas en sincronía o reaccionan el uno al otro sin decir una palabra. —Abrió mucho los ojos y se inclinó más hacia ambos—. ¿Ya pueden leerse la mente entre ustedes? ¿Así como decía el libro de ayer?

Confundida, miré a Kayden, que miraba pensativo a un lado y a otro entre las dos.

—La verdad, no lo sé —reflexionó—. A veces hay momentos en los que sé muy bien lo que Jadina quiere o necesita. Es como una voz en mi cabeza que me lo susurra.

Recordé la situación de esta mañana, cuando Lenn interrumpió en nuestra habitación y una voz en mi cabeza también me dijo que no debía enterarse de lo del espejo. ¿A eso se refería mi marido?

—Interesante —comentó Nayda sobre su afirmación—. Sugeriría que añadiéramos esa posible habilidad al programa de entrenamiento. Ese tipo de comunicación sería muy útil.

—De acuerdo —me limité a responder. La lista de tareas pendientes era ya tan larga que había perdido la cuenta de todo.

—¿Sabes cómo está Eline? —le pregunté—. ¿Y te llevaste a Limycu contigo anoche? —Me sentía culpable porque me olvidé por completo del pequeño debido a la pasión entre Kayden y yo.

—No te preocupes. Durmió muy bien en el cajón de mi mesita de noche. Ahora está con Elara para sus lecciones de vuelo.

—¿Qué? —exclamé, sobresaltada. ¿De verdad esta mujer metió a la pobre ave en un cajón? El pequeño polluelo en la oscuridad dentro de un armario—. ¿Durmió en el cajón?

—En el cajón abierto, por supuesto. Y en un cojín —me tranquilizó la jinete de dragón—. Pero deberías empezar a pensar dónde debe vivir a partir de ahora. Me imagino que los dos serán ruidosos por la noche. —Volvió a sonreírnos altiva. *Madre mía, qué vergüenza.*

—Um… bueno —tartamudeé para mis adentros.

—Tenemos una habitación contigua en nuestros aposentos que puede ocupar Limycu —me rescató mi marido y podría haberle besado por haber pensado ya, al parecer, en el águila bebé. Pero a estas alturas ya sabía adónde podía llevarnos un beso y lo poco que podíamos controlarnos, así que me abstuve de esta expresión de gratitud.

—Y en cuanto a Eline —Nayda respondió ahora a mi otra pregunta, pero su mirada triste ya me decía lo que sabía—. Su estado no ha cambiado. Todavía no se ha despertado.

Acaricié reconfortante la espalda de Kayden, que me cogió la mano y me la apretó con cariño. Luego se volvió hacia Nayda.

—¿Cómo procederemos hoy con el entrenamiento?

—Ya he preparado un plan. Empezaremos con un entrenamiento de carrera. Después, le enseñarás a Jadina a sacar y controlar tu magia. Lenn se encargará del entrenamiento de combate y quiero empezar hoy el entrenamiento con armas. Sobre todo, ahora que sé lo buena que es Jadina con los cuchillos. —Me guiñó un ojo de forma conspiradora y le dediqué una sonrisa de disculpa. Había decidido no hablarles de mis habilidades con los cuchillos en ese momento, ya que no confiaba lo suficiente en ellos antes de ahora. Además, lo había guardado para un momento de necesidad, que en mi mente siempre había consistido en sorprender a los jinetes con un ataque de cuchillo y no a otra cazadora. Nunca habría soñado que acabaría matando a Cilia con un hábil lanzamiento.

—Me gusta la mezcla de magia y entrenamiento de combate. Después de todo, Jadina necesitará ambos durante la ceremonia de unión —Kayden estuvo de acuerdo con sus planes.

—Después de cenar, Dex quiere llevar a Jadina a la biblioteca para que reciba lección sobre la tradición de los dragones —añadió Nayda a mi plan de entrenamiento y sentí que todo se tensaba en mi interior, al saber que no podría estar cerca de mi alma gemela durante tantas horas. Kayden seguía cogido de mi mano y ahora parecía aferrarse a ella. Así que él no era diferente a mí.

Me habría encantado decírselo, pero sabía que no se sentiría cómodo con tanta intimidad delante de Nayda. Ojalá pudiéramos comunicarnos con nuestros pensamientos.

—Entonces no perdamos tiempo y empecemos a entrenar enseguida —dije, lo más motivada posible. Tal vez eso me llevaría de vuelta a mi marido más rápido.

—¡Mierda! Estás rebosante de energía. Tenía la sensación de que no habían dormido mucho.

—¿Quién no durmió mucho? —escuché a Lenn justo detrás de nosotros—. ¿Kayden y Jadina?

También sonriente, el jinete de dragón se sentó en la mesa frente a nosotros y empujó el resto de los huevos revueltos a un plato.

—Ya has desayunado —informó Nayda, mientras observaba cómo Lenn se metía una gran cucharada del plato en la boca, igual que nosotros.

—Lo hice —corroboró sin vacilar, masticando y Nayda se limitó a negar con la cabeza.

—Vamos, Jadina. Vamos a correr —me instó.

Vacilante, me levanté. Todo dentro de mí gritaba que tenía que quedarme cerca de Kayden, pero también sabía que no podía. Era el vínculo lo que lo exigía.

Sin embargo, se levantó al mismo tiempo que yo.

—Iré contigo. A mí también me vendrá bien correr. —Me apretó suavemente la mano y durante un breve instante me apoyé en él, disfrutando de su calor y su aroma.

—Entonces a partir de ahora solo los estarán viendo en pareja, ¿no? —preguntó Nayda, y noté algo vulnerable en su mirada, que vagaba de un lado a otro entre los dos.

—Kayden no podrá acompañarme en todo el día. —La frase me dolió, pero sabía que era lo mejor para nosotros.

—No, no puedo hacerlo —confirmó mi marido con un suspiro.

—Así que seguiremos teniendo tiempo solo para nosotras, Nayda —tranquilicé a mi compinche, que entonces se enganchó a mí con energías renovadas. De verdad había temido que me olvidara de ella ahora que había encontrado a mi alma gemela.

Sin embargo, murmuró algo acerca de que *no quería decir eso*. Riendo, la acerqué más a mí y me di cuenta de que nunca había sido tan feliz en toda mi vida como en aquel momento. Mi amiga por un

lado, mi alma gemela por otro y mi magia palpitando bajo mi piel. Me pregunté si mis padres habrían deseado un futuro así para mí.

En medio de esta nueva familia que me obsequiaron, era fácil olvidar los obstáculos que aún me esperaban. Rápidamente aparté ese pensamiento.

Caminamos juntos hacia la sala de entrenamiento mientras Lenn corría delante de nosotros y nos contaba su combate en el tatami de ayer contra un jinete de dragón de la tercera temporada, puntuando sus explicaciones con patadas o puñetazos al aire.

—¿Dónde está Dex de todos modos? — preguntó Kayden después.

—Se ha encerrado en la biblioteca y está escudriñando los libros que hay allí en busca de información sobre la profecía y la maldición —explicó Nayda. Así que ya estaba llevando a cabo la tarea que se le asignó el día anterior. Era típico de Dex. Lo más probable, y conociéndolo, se la pasó haciendo eso toda la noche.

—¿Pero no pensabas ayudarle, Lenn? —quise saber y le vi hacer una leve mueca de dolor.

—Dex me echó —admitió contrito—. Dijo que hablaba demasiado.

—No me sorprende en absoluto —espetó Nayda un poco seca y Lenn la miró mal.

—No hablé tanto —se defendió apasionado—. Pero los libros eran mortalmente aburridos y quería aligerar las cosas con una broma. O Dex no lo entendió o no estaba escuchando. Al menos no pudo reírse de ello y me echó poco después. —Se notaba que estaba molesto. Se pasó las palmas de las manos por los pantalones—. Puedo trabajar mejor solo —imitó la voz de Dex, lo que me hizo reír.

—Entonces, ¿por qué no corres con nosotros? —sugirió Kayden, sintiendo compasión de su amigo.

—Con mucho gusto —aceptó, radiante de alegría.

Poco después, entramos en el vestíbulo y caminamos decididos hacia la pista de atletismo.

—¡Cazadora! —gritó de repente alguien detrás de nosotros y apareció Dorian con su grupo. Noté como Julze me miraba sorprendida a la cara, donde ya debería haber aparecido una gran

cicatriz, y no pude evitar sonreír en su dirección. Su mirada insegura hacia Dorian tampoco se me escapó. ¿Cuál era su relación? ¿Y cuánto de sus palabras y de su odio hacia mí provenía en realidad de ella?

Un gruñido escapó de la garganta de Kayden a mi lado.

—¿Qué quieres de tu *reina*, Dorian?

—Mi rey —dijo con asombroso respeto y se inclinó ante él, sin hacer ningún esfuerzo por mostrarme el mismo respeto. Acaricié tranquilizadora el brazo de Kayden. *No le toques. No merece la pena,* pensé, con la esperanza de que este mensaje le llegara de algún modo.

—Entonces, ¿qué quieres? —repitió mi alma gemela su pregunta con brusquedad, pero con calma. ¿Funcionó la transferencia de pensamientos?

—Gronus ha dispuesto que los candidatos a la ceremonia de vinculación entrenen con los de primer año este año.

Todos a mi alrededor aspiraron de golpe al oír sus palabras y reconocí el miedo en la mirada, por lo demás arrogante, de Dorian.

# CAPÍTULO 29



***Separar a dos alamas gemelas que están destinadas a ser,***
***puedes ser el comienzo de experimentar***
***graves consecuencias.***
***Física y emocionalmente, una separación así es***
***muy difícil.***
***Algo así hay que entrenarlo primero.***
***Solo entonces,***
***cuando las almas gemelas han aprendido a hacer frente a la distancia que les separa***
***por cortos periodos de tiempo,***
***podrán hacerlo durante más tiempo.***
***Pero no deben exceder el límite.***

**Extracto del libro *La Conexión* de Horacio**

Con las crías? ¿Estás seguro? —cuestionó Lenn la afirmación del jinete de dragón, que asintió en silencio a modo de confirmación y tragó saliva con dificultad. ¿Qué tenían esas *crías* que los tenía a todos tan aterrorizados?

—¿A qué se refieren con las...? —empecé a preguntar.

—*¿Freshers?* —Nayda completó mi frase utilizando este último término.

—Son dragones jóvenes que están a punto de convertirse en dragones adultos —explicó Kayden—. Son impredecibles, salvajes y peligrosos. Por eso suelen vivir en lo alto del norte, en las cumbres más altas de Eclaria. Donde nadie se ha asentado. —Miró a Dorian y, junto con nuestros amigos, me apartó ligeramente del alcance del oído del otro grupo—. Mi padre debe de haberlos traído aquí —dijo sombríamente, pero en voz tan baja que solo nosotros pudimos oírle.

—¿Pero qué razón podría tener para eso? —cuestioné.

—Quiere que los nuevos jinetes puedan ir a la guerra en cuanto se vinculen. Pero solo estarán listos para la acción después de su vinculación si tienen experiencia de vuelo —respondió Lenn. Su mirada se paseó por un momento por el grupo de Dorian, cargada de compasión.

—Entonces, ¿por qué no nos deja entrenar con los dragones adultos? —Me volví hacia Kayden.

—Porque no pueden verte hasta la ceremonia de unión. —Suspirando, se pasó una mano por el cabello—. Está poniendo a todos en un peligro solo para poder enviar a unos cuantos más a una guerra que podría haberse evitado.

—¿De verdad crees que es la única razón? —inquirió Nayda, cruzando los brazos frente al pecho—. Me parece una maldita coincidencia que Jadina esté en el grupo de estos jinetes.

—¿Quieres decir pretende ponerla en peligro con tal de que su magia aparezca?

Con sus palabras, pude sentir cómo una tormenta furiosa comenzaba desatarse dentro de Kayden, haciendo eco en mí.

—Piensa en ello. La magia se revela más rápido bajo estrés y peligro.

No pude evitar pensar en aquellos momentos en los que había sentido mi don justo bajo mi piel. La ira, el miedo y el deseo fueron los detonantes para mí. La magia reaccionaba sobre todo a las emociones fuertes.

—He recibido órdenes de llevar a todos los candidatos a la ceremonia de vinculación, a las terrazas superiores. Incluida la Cazadora. Allí es donde tendrá lugar el entrenamiento.

La voz de Dorian interrumpió nuestra conversación y me miró con prontitud

—Voy —dije y me uní a su grupo, Julze me dedicó una sonrisa rencorosa.

—No es buena idea —discrepó Kayden, pero incluso él sabía que era inútil desafiar las órdenes de Gronus. Nuestros amigos sufrirían de ser así y el estado de Eline era un ejemplo aterrador de sus métodos para convencernos.

—¡Oh, mierda! —maldijo poco después y le hizo una señal a Nayda para que me acompañara. La razón del por qué no lo hizo él mismo, me quedó bastante claro. Por un lado, su temperamento pendía de un hilo en ese momento y, por otro, estaba segura de que quería ir a ver a Gronus para convencerle de que aquella idea era estúpida.

Con una última mirada a mi alma gemela, que también me miraba con la mandíbula apretada, eché a correr tras los demás. Salí de la sala de entrenamiento y subí varias escaleras muy estrechas hasta el tejado del castillo.

Cuanto más me alejaba de Kayden, más ganas sentía de volver atrás. Sin embargo, luché contra ello.

—¿No te encuentras bien? —preguntó Nayda con preocupación.

—¿Por qué lo preguntas? —evité responder.

—Porque te has puesto pálida y tienes la frente cubierta de sudor. Te conozco y sé que eso no es una reacción a un encuentro con las cría de dragón. —Me miró atentamente—. ¿Qué pasa?

—Es la separación con Kayden —admití, oyendo por mí misma lo ridícula que sonaba esa afirmación.

—Una vez leí que a las almas gemelas les resulta muy difícil no estar juntas. También se hablaba de dolor físico durante las separaciones.

Me di cuenta justo en ese momento y me retorcí un poco.

—Lo siento, tal vez no debería haberlo mencionado —se disculpó contrita—. Ahora acabo de provocar el dolor.

Intentó apoyarme, pero las escaleras eran tan estrechas que era imposible subirlas de lado a lado. Dorian y el resto del grupo que caminaba delante de nosotras nos devolvían miradas despectivas, razón de más para rechazar la ayuda de Nayda. Nunca obtendría de ellos el respeto que merecía.

—No entiendo por qué no lo sentí tan fuerte ayer cuando estaba lejos de él —comenté mientras intentaba controlar el dolor.

—Tal vez es porque aceptaste la cinta anoche. Antes de eso, te resistías y no la aceptabas.

—Tal vez imposible no aceptarla ahora, ¿no? —bromeé y ya no pude reprimir un suave gemido. Nayda me miró preocupada.

—Bajo ninguna circunstancia puedes ir así al entrenamiento con los novatos. —Se detuvo y cruzó los brazos de forma demostrativa delante del pecho—. Tendrás que faltar hasta que encontremos una solución.

—¿Qué pasa? —preguntó Julze, que venía detrás de Nayda y casi chocó con ella cuando nos detuvimos. Frunció el ceño, molesta, y luego observó con ojos suspicaces cómo me retorcía de dolor, empapada en sudor.

—La reina Jadina no podrá participar en el entrenamiento. Ya ves cómo está. Tendremos que volver atrás, lo que también se aplicará a ti —le informó Nayda, para mi sorpresa.

—No voy a volver. Me esperan en el tejado, con los jóvenes, donde está Dorian. Solo porque ella se sienta un poco *indispuesta*, no voy a renunciar a mi entrenamiento. —Molesta, puso los ojos en blanco e intentó pasar por delante de Nayda, mirándome de nuevo —. De verdad no tiene buen aspecto. ¿Qué le pasa? —Dio un paso atrás y me miró como si tuviera una enfermedad contagiosa. Sería un festín para ella en este estado.

—El dolor de la separación de su alma gemela.

¿Por qué Nayda le estaba contando todo esto? ¿Confiaba en ella?

—Ya veo —contestó Julze con una risa desdeñosa y le hizo un gesto para que se fuera—. Te librarás de él pronto.

La miré asombrada.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y cómo se supone que funciona exactamente?

—Aunque mis padres no son almas gemelas, han pasado toda su vida estudiando el tema. Por eso sé mucho sobre él.

Miré a Nayda, que me sonrió. Por eso se lo contó.

—Solo tienes que cambiar tu forma de pensar para sentirte mejor. Las almas gemelas se quedan demasiado atrapadas en el pensamiento de que su pareja no está con ellas. Pero si solo piensas en el hecho de que está aquí en el castillo, cerca de ti y no te dejará, entonces podrás afrontar mejor la separación.

—¿Ya está? ¿Eso es todo? —pregunté, desconcertada tanto por su respuesta como por su comunicatividad. ¿Era porque Dorian no estaba a su lado? Mi instinto me decía que esa era la razón.

—Sí, eso es todo —confirmó la jinete del dragón—. Ahora apúrense. Si no llegamos junto al resto, todo el grupo será castigado. —Sus cejas se fruncieron con enfado y allí estaba de nuevo, la maga de hielo que me odiaba.

Sin embargo, asentí, cerré los ojos e intenté concentrarme en lo que dijo. En la cercanía de Kayden. Mis sentidos parecían estar buscándolo, intentando encontrarlo y sentirlo.

Se extendieron como una alfombra dentro y alrededor del castillo y siguieron el vínculo que nos unía. De repente, mi magia, mi alma y mi cuerpo se regocijaron cuando llegué al final de esta conexión. Podía sentirle de verdad. A él y su presencia. No estábamos separados en absoluto. Eso ni siquiera era posible mientras el lazo existiera entre nosotros.

El dolor desapareció de inmediato y un agradable calor ocupó su lugar.

Aliviada, por fin exhalé relajada de nuevo y abrí los ojos. Nayda y Julze me miraron expectantes.

—Ya no está el dolor —dije y mis ojos se posaron en Julze—. Gracias por tu ayuda.

—No lo hice por ti —me espetó a los pies—. Lo hice por el grupo. —Luego señaló las escaleras que llevaban al tejado.

Me puse en marcha y las dos me siguieron. Como me encontraba mejor, por suerte pudimos alcanzar al grupo.

Pronto fuimos recibidos por gritos y chillidos que eran cualquier cosa menos tranquilizadores. Nos dimos cuenta de dónde venían

cuando llegamos a los últimos escalones. Porque donde debería habernos golpeado el frío del aire exterior, nos sorprendió un calor increíble que procedía de unos dragones que escupían fuego.

Nayda me arrastró de golpe detrás de un saliente de la pared, desde donde podíamos hacernos una idea de la situación. Lady Flavia estaba en medio de la acción, gritando órdenes, y era obvio que no le gustaban los recién llegados. Jinetes de dragón de diversos rangos corrían agazapados con las monturas en las manos. Intentaron acercarse a los dragones. Se atrincheraron repetidamente tras muros y chimeneas para protegerse de las llamas. Sin embargo, los recién llegados se negaron a ser ensillados y repelieron a los jinetes que se les acercaban o les amenazaron con su fuego. Manchas negras individuales en el suelo atestiguaban que ya había habido bajas. Esta misión, era la misión de la muerte y reduciría las filas de los jinetes en lugar de ampliar la fuerza con nosotros.

—Es peor de lo que me temía —murmuró Nayda, que observaba la situación con los ojos entrecerrados—. Por favor, quédate aquí y no te muevas. Voy a ver a Lady Flavia.

Con estas palabras, se escabulló hasta la siguiente saliente, detrás de la cual se agachó.

¿En qué estaba pensando Gronus? ¿Era más importante para él quebrantarme que mantener a salvo a sus hombres y mujeres? Esto era locura. Con suerte Kayden podría convencerlo de detener estas sesiones de entrenamiento.

Nayda se había acercado a Lady Flavia y ambas discutían en voz alta. Aunque no podía oírlas por el ruido que nos rodeaba, sus gestos evidenciaban una acalorada discusión.

—Hago mucho por mi pueblo —oí decir de pronto a Julze a mi lado—. Pero no podría montar ni diez caballos con estos monstruos. —La miré asombrada y reconocí el miedo en sus labios temblorosos y en sus manos temblorosas, con las que se aferraba a la pared que teníamos delante.

—Sí, siento lo mismo —contestó Dorian, que estaba agachado junto al jinete de dragón. Tenía un sudor frío en la frente.

Mi situación era diferente. Tenía que hacerlo por mis amigos. Los que quería, porque Gronus nos lo dejó más que claro a Kayden y a

mí. Si ignorábamos sus órdenes, uno de ellos pagaría por nuestra desobediencia.

Tragué saliva. Así que no tenía sentido atrincherarme aquí. No para mí. El intento de Nayda de hacer cambiar de opinión a Lady Flavia tampoco tenía sentido. Ella también solo seguía órdenes.

Tenía que enfrentarme a esos dragones. Lo quisiera o no. Así que me levanté y salí de detrás de la pared.

—¿Qué haces, Cazadora? —gritó Dorian, pero no oí nada más de lo que dijo porque ya había empezado a correr. Con la mayor confianza posible, me dirigí hacia uno de los dragones. Llevaba un rato observándolo. Todavía no había crecido del todo, tenía las mismas escamas azules que Elara con algunas motas rojas mezcladas, y hasta ahora podía decir que solo apartaba a los jinetes de dragón que se le acercaban y no usaba fuego contra ellos. Si tenía suerte, seguiría así. Por qué lo escogí con exactitud, no lo sabía. Fue más bien por un sentimiento, una intuición que me acercaba a él y que seguí en este asunto.

Caminé con decisión, dejando a los otros dragones a una gran distancia.

En cuanto me acerqué al joven dragón y supe que me había visto, me detuve, bajé los ojos y le hice una reverencia. Como aprendí a hacer. Como hice cuando conocí a Elara.

El corazón me latía tan fuerte que pensé que se me saldría del pecho en cualquier momento. ¿Qué hacía yo aquí caminando de esta manera hacia un dragón que no quitaba su mirada de mí?

# CAPÍTULO 30



***El señor dragón no debe intervenir***
***en los asuntos de la***
***gente de los jinetes de dragones.***
***Así se acordó en su momento,***
***cuando el pacto entre jinetes***
***y dragones se llevó a cabo.***
***Solo incidentes relacionados con sus dragones,***
***requieren su intervención.***

**Actas del comandante supremo**
**de los jinetes de dragón**

De repente se hizo el silencio a mi alrededor. Lo único que oía era el resoplido del dragón que se acercaba a mí. Podía sentir el calor oculto en lo más profundo de su garganta, pero aún no lo liberaba.

El suelo tembló bajo mis pies cuando dio otro paso hacia mí. Era un poco más pequeño que Elara, pero podría matarme con un chorro de fuego si quisiera.

Me quedé inmóvil, helada. *No debes huir*, me dije. *Sería tu muerte segura.*

El miedo me tenía ahora en sus garras y hacía que me temblaran las piernas. No pude evitar contener la respiración y apretar los ojos con fuerza cuando el enorme hocico se acercó tanto a mí, olfateando, que solo tendría que alargar la mano para tocar al dragón.

Volvió a aspirar mi aroma y gruñó indignado. Sentí la vibración de ese sonido en lo más profundo de mis entrañas. ¿Qué significaba? ¿Se sentía molesto? ¿Atacado? ¿No le gustaba ni yo ni mi olor? Confundida, repasé mentalmente mis opciones, pero solo me quedé atascada en una. *No debes huir.* Así que me quedé quieto.

Volvió a gruñirme, pero yo seguía sin moverme y sin mirarle. Tenía los ojos cerrados con fuerza, las manos cerradas en puños y las piernas temblorosas.

El dolor llegó lacerante que al principio me sentí mareada cuando el dragón me golpeó en el estómago con una de sus garras. Aturdido y azorada por la fuerza del golpe, me tambaleé hacia atrás, luchando por mantener los ojos cerrados. Por suerte no me había clavado las garras en las tripas.

Acababa de recuperar el equilibrio cuando recibí otro duro golpe, seguido de otro gruñido. *¿Qué demonios quería este dragón de mí?* ¿Me veía como su juguete?

Su garra me golpeó por tercera vez y esta vez tan fuerte que caí al suelo. Justo sobre mi trasero.

La ira estalló en mi interior como un manantial de agua en el desierto que por fin había encontrado un camino hacia la superficie.

Enfadada, me puse en pie de un salto, abrí los ojos y corrí hacia el dragón con el dedo índice levantado.

—¿Qué haces? —grité enfadada—. ¡Eso duele!

Dio un paso atrás e inclinó la cabeza. Su mirada era intensa y parecía como si ya nos conociéramos.

—Entiendo que no estés de humor para esto. —Señalé a mi alrededor con una mano—. Créeme. Yo tampoco. Pero, aun así, he sido respetuosa contigo.

Mi enfado se calmó cuando vi que el recién llegado se tumbaba y miraba una silla de montar. La que un jinete de dragón había

perdido al intentar atársela a la espalda. Se le había resbalado de la mano mientras le tiraban de los pies gracias a un empujón.

—¿Quieres volar? —pregunté más calmada—. A mí me encanta volar. —Una sonrisa se dibujó en mis labios y el dragón volvió a inclinar la cabeza. Caminé muy despacio hacia la silla, manteniendo siempre el contacto visual con la criatura. Él permaneció en su sitio y me observó.

—¿Puedo ponértela? —le pregunté cuando volví a ponerme delante de él, con montura y todo. Para mi sorpresa, estiró la pata delantera. Me subí a ella con cierta torpeza. Solo podía esperar que aquel ser imprevisible no me estuviera gastando una broma y me empujara ahora fuera de su cuerpo. Pero no ocurrió nada de eso.

Me tomé mi tiempo para ajustarle la silla a la espalda y, cuando todas las correas estuvieron abrochadas, volví a deslizarme por su pierna.

—¿Quieres que te lleve en volandas? —le pregunté, aunque no me gustaba la idea de volar con uno de ellos. Elara era una dragona experimentada, pero estos recién llegados eran exactamente como me los describieron. Impredecibles, salvajes y peligrosos. La prueba estaba en la forma de una mancha negra justo al lado de mis pies. Pensarlo me hizo sentir mal.

El dragón volvió a estirar la pata delante de mí y me miró desafiante. Desde luego, ahora no me echaría atrás.

En lugar de eso, respiré y me subí a su espalda con las palmas sudorosas.

—¡No hagas eso, Jadina! — me gritó Nayda—. ¡Es demasiado peligroso!

Solo ahora me di cuenta de que todo el mundo me miraba. Algunos con respeto en los ojos, otros opinaban claramente que estaba loca. Tal vez tuvieran razón. Pero ya era demasiado tarde para cuestionar mi decisión.

—Me las arreglaré, Nayda —tranquilicé a mi amiga mientras me balanceaba en la silla de montar, me ajustaba todas las correas y me ponía las gafas que llevaba sujetas—. Entonces… demuéstrame lo que sabes hacer —le pedí al dragón, que se puso en pie de golpe y saltó corriendo desde el tejado del castillo.

Quizá debería haberle pedido que volara de otra manera.

Me agarré al sillín con todas mis fuerzas mientras atravesábamos la capa de nubes que teníamos debajo. El miedo me taladraba el pecho y creía que no podía respirar.

—¡Ahora mismo estaría bien un vuelo sin motor! —grité lo más alto que pude, con la esperanza de que me oyera de algún modo y de que también le apeteciera planear. La comunicación mental con Elara durante el vuelo era mucho más práctica. Pero no tenía conexión con este dragón, así que no podía hablarle de esa forma.

Algo torpe, el dragón frenó su caída en el instante siguiente, extendió sus alas y juntos planeamos a través de la capa de nubes hacia la luz del sol. Bajo nosotros se veían los picos de las montañas cubiertas de polvo blanco. La nieve brillaba al sol como un manto de diamantes. Era hermoso y muy diferente del paisaje nocturno, cuando volaba con Elara.

Por fin aflojé un poco el agarre de la silla y sentí cómo la tensión se iba disipando poco a poco. Al parecer, este dragón fue la elección correcta. Me habría encantado estirar los brazos hacia los lados y soltar un grito de alegría.

No había terminado de pensar en ello cuando volvió a cerrar las alas y se dejó caer en las profundidades, girando como un tornillo.

Corrimos hacia el abismo a una velocidad vertiginosa, y cada giro me hacía sentir aún peor.

De la nada, se oyó un fuerte estruendo sobre su cabeza, lo que hizo que el joven dragón se estremeciera y volviera a planear.

Sorprendida, levanté la vista y descubrí a Elara junto a Limycu.

Otro estruendo vibrante azotó el cielo y mi dragón cambió de rumbo, dirigiéndose directamente hacia la dragona.

*—¿Estás bien, Jadina*? —me preguntó en mi cabeza.

*—Sí, todo va bien. Solo estoy un poco mareada y tengo náuseas* —admití.

*—Siento mucho que mi hijo se haya metido en semejante travesura contigo.*

¿Su hijo? De ahí los mismos tonos de azul en sus escamas. ¿Por eso fue que lo elegí?

*—Troas está en esa fase de la vida de un dragón en la que está aprendiendo a sobrepasar los límites y a desarrollarse. Por desgracia, esto suele ir acompañado de desobediencia, ideas estúpidas y un comportamiento cada vez más agresivo. Espero que se haya comportado contigo.*

Lo mejor sería no mencionarle los moratones que me hizo en el estómago y en el trasero.

*—Tuvimos un comienzo difícil, pero ahora estamos volando juntos. Todo bien, entonces.*

Como en confirmación, Troas sopló una nube desde su garganta hacia su madre, a lo que ella no reaccionó. Al parecer, conocía demasiado bien a su hijo.

*—No debería estar aquí, sino en las montañas del norte. Pero he oído que Gronus ha dispuesto que los candidatos a la Ceremonia de Vinculación se entrenen con estos jóvenes bestias.* —Elara suspiró—*. El Señor de los Dragones no está nada contento con esta idea. Está haciendo todo lo posible para evitarlo.*

*—No creo que logre hacer cambiar de opinión a Gronus.*

*—Tal vez no. Pero me alegro de que eligieras Troas y de que parezca aceptarte.*

*—Ni siquiera entiendo por qué no me dejó arder en llamas* —dije, sin querer imaginar lo cerca que podría haber estado de la muerte.

*—Me olió en ti. Por eso quería que lo miraras* —respondió Elara.

*—Oh, ¿es por eso que me estuvo dando codazos todo el tiempo? ¿Porque quería que abriera los ojos?* —pregunté asombrada y acaricié el cuello de Troas una vez, a lo que él respondió con un pequeño gorjeo de satisfacción procedente de su garganta.

*—Así es. Troas no es de mostrar respeto. Solo espero que no haya presionado su punto de vista con demasiada vehemencia sobre el asunto.*

*—No pasa nada. Sigo viva* —bromeé con desgana.

Mi mirada se posó en Limycu, que volaba junto a Elara como si no hiciera otra cosa todos los días.

—Limycu, ¡estás haciendo grandes progresos! —Elogié al pequeño, ante lo cual Troas, que no parecía querer atención dividida, le lanzó un chasquido.

—*Nunca subestimes los celos de un dragón* —Elara soltó una risita y en mi estómago se sintió como las burbujitas del vino espumoso.

—*Creo que Troas y yo tendremos que volver antes de que envíen un grupo de búsqueda por mí.*

Volví a acariciar el cuello del recién llegado. Ávido de más, se acurrucó en mi mano. Así que también podía ser bastante manso.

—¡Entonces volvamos volando, grandullón! —dije lo suficiente alto para que me oyera a pesar del viento.

—*Volveré mañana a esta hora* —prometió Elara—. *Entonces podré entrenar con los dos.*

Nos dirigimos hacia el castillo, que ahora no parecía más que una pequeña pieza de ajedrez en la distancia.

—¡Hasta mañana! —grité a Elara y Limycu y Troas salió disparado verticalmente como un rayo a través de la capa de nubes cada vez más arriba en el cielo. Su juventud se reflejaba sin lugar a dudas en su estilo de vuelo.

Con un potente batir de alas, voló hacia el castillo y luego apuntó al tejado sin frenar. *Vamos demasiado rápidos para aterrizar.* Volví a aferrarme a mi montura y me preparé para un aterrizaje brusco, al igual que los jinetes de dragones, que gritaban e intentaban huir.

Pero en el último momento, Troas se detuvo de nuevo y me pareció sentir una risita en su enorme cuerpo. ¿Intentaba molestar a los demás? ¿Asustarlos?

Poco después dio la vuelta y esta vez frenó a tiempo para realizar un aterrizaje suave y ejemplar. En aquel momento me sentí orgullosa de él. Después de todo, era el hijo de Elara. Aunque era el dragón de Kayden y no el mío, tenía una relación especial con ella.

—Has hecho un gran trabajo, Troas —le elogié y le di unas palmaditas en el cuello—. Estaría encantada de volver a volar contigo mañana.

Su nuevo gorgoteo en la garganta fue respuesta suficiente para mí.

Me desabroché con cuidado y luego la silla de montar, que me llevé conmigo mientras me deslizaba del lomo del dragón sobre su pata delantera.

Le acaricié una última vez, esta vez en el hocico, lo que también pareció gustarle.

—Hasta mañana, Troas —le dije, y mientras caminaba hacia una Nayda que parecía increíblemente enfadada, le oí despegar detrás de mí y salir volando.

Mi amiga tenía los brazos cruzados delante del pecho y me miraba con fijeza. Estaba sola en el tejado. Al parecer, el resto de jinetes habían huido durante nuestro primer intento de aterrizaje.

—¿En qué estabas pensando? —me regañó en cuanto la alcancé.

—Pensé que no tenía sentido desobedecer las órdenes de Gronus. Después de todo, estabas presente cuando nos amenazó a Kayden y a mí, ¿no?

—Ya sabes lo que pienso de esa amenaza —gruñó indignada.

—Ya lo sé, pero ¿podrías soportar la idea de que torturen a Lenn hasta casi matarlo o que le quiten la vista a Dex para que nunca pueda volver a leer un libro?

Nayda apretó los labios en silencio y pude ver en su rostro que aquel pensamiento le parecía terrible. Los dos chicos eran sus amigos, su familia.

—¿Entiendes ahora por qué tuve que hacerlo? Y cuanto más tiempo hubiera esperado detrás del muro, menos valor habría tenido. Por eso ignoré tu petición de quedarme allí.

La dulzura entró en sus ojos y finalmente me abrazó.

—Entiendo lo que dices. Pero, maldita sea, estaba tan asustada por ti.

—Sin saberlo, elegí al hijo de Elara —solté una risita contra su hombro—. Así que no tienes que preocuparte. La dragona le arrancará la cabeza si no se comporta.

Nayda me miró asombrada.

—¿Es en serio? ¿El hijo de Elara? —sonrió—. Cómo puedes tener tanta puta suerte.

# CAPÍTULO 31



***La relación entre un ser mágico y su don***
***es muy especial.***
***La magia no recibe órdenes ni es sierva de su amo.***
***Todo lo contrario.***

**Extracto de la antología**
***Las criaturas mágicas* de *Brysalia* por Horacio**

De vuelta a la sala de entrenamiento, Nayda me contó lo sucedido en el tejado después de que me fui volando.

Dorian no pudo soportar el hecho de que una cazadora se hubiera enfrentado a un dragón con más valor que él, por lo que también terminó saliendo detrás del muro, corriendo hacia un dragón.

Sin embargo, el dragón no fue tan amable con él como Troas lo fue conmigo y la cosa acabó en caos, con Dorian siendo perseguido por el dragón a través del tejado. Al final, Lady Flavia decidió que no tenía sentido y dejó que los dragones se marcharan por ese día. Luego había ido a la sala de entrenamiento con el grupo de candidatos para la ceremonia de vinculación para discutir cómo abordar a un dragón tan impredecible.

Como resultado, solo quedaban unos pocos jinetes de dragón cuando aterricé, todos los cuales habían huido cuando Troas se abalanzó sobre ellos.

Volví a contarle a Nayda mi encuentro con Elara y Limycu.

—Esperemos que el señor dragón pueda hacer entrar en razón a Gronus —suspiró—. Tres jinetes perdieron la vida hoy en el tejado. ¿Y por qué? Por el maldito capricho de un viejo loco.

—¿Tres? —pregunté, conmocionada, y la sensación de haber obtenido una victoria disminuyó. La muerte de esos inocentes eclipsó todo lo demás.

Cuando entramos en la sala, todas las cabezas se volvieron hacia mí e incluso vi algo parecido al respeto en los ojos de Julze. Solo Dorian me miraba enfadado. Parecía que aún no había digerido su derrota, sobre todo porque tenía pequeñas quemaduras aquí y allá.

Tuvo suerte de escapar con vida.

—Reina Jadina —me saludó Lady Flavia, pero sin una inclinación de cabeza ni ninguna otra forma de respeto. Al parecer, ella tampoco me veía más que como la cazadora que había enviado a las pruebas —. Insensato tu comportamiento —me reprendió con una mirada severa, para luego volverse sorprendentemente suave—. Pero muy valiente. —Me tendió una mano y la estreché—. Bien hecho —dijo para mi sorpresa.

¿Era una ofrenda de paz?

—El rey te espera en la sala de entrenamiento cuatro. —Señaló con la barbilla una de las puertas al borde del pasillo y luego se volvió hacia el grupo.

—Vamos, iré contigo —dijo Nayda, pero para entonces yo ya me había ido. En un rápido sprint, corrí hacia la puerta detrás de la cual se encontraba mi alma gemela. Podía sentirlo y todo dentro de mí me empujaba hacia él.

Tiré impaciente de la puerta y volé a los brazos del hombre que había detrás.

—Te he echado de menos —me susurró al oído—. Y estoy tan aliviad de que estés bien. —Se apresuró a darme besos en el cuello y, gimiendo, dejé caer la cabeza hacia atrás para que pudiera llegar a cada parte de mí.

En ese momento, la puerta chocó fuertemente contra la cerradura y se oyó un carraspeo.

—Vete, Nayda —gruñó Kayden, que había dejado de besarme detrás del lóbulo de la oreja, muy a mi pesar.

—Por supuesto que no —resopló—. Tienes un maldito entrenamiento que cumplir. Jadina tiene que aprender a usar tu magia —dijo con firmeza.

—Mierda —maldijo mi esposo, dándose cuenta como yo de que tenía razón. Sin embargo, nuestro vínculo parecía tener planes muy diferentes para nosotros. Gimiendo, nos despegamos del abrazo y retrocedí tres pasos, con las piernas temblorosas. Kayden hizo lo mismo. Respirando deprisa, nos quedamos frente a frente. Incapaces de quitarnos los ojos de encima.

—Así está mejor —comentó Nayda sobre nuestros esfuerzos por mantener la distancia, lo que Kayden agradeció con otro gruñido—. Entonces que empiece el entreno —ordenó mi amiga, pasando entre los dos y sentándose en la única silla apoyada en la pared. Por lo demás, la habitación no estaba amueblada. No se veía ningún otro mueble ni equipo de entrenamiento por ninguna parte.

—¿Te quedas? —Kayden preguntó, mirando a Nayda después de todo.

—Sí —sentenció. Y para demostrarlo, se apoyó contra la silla—. Alguien tiene que vigilarlos, si no, van a estar cogiendo como conejos en vez de entrenar.

—¡Nayda! —exclamé indignada. Pero al instante supe que ella nos conocía mejor que nosotros mismos en aquel momento. Si no estuviera aquí, ya estaríamos haciendo justo lo que había dicho. El calor se disparó en mi centro al pensarlo y percibí en la cinta que Kayden sentía lo mismo.

Nos miramos y el deseo se encendió como por sí solo.

—¡Ya! —gritó Nayda—. No pensaba que se calentaran con mi declaración. ¡Mírenme y escuchen!

A regañadientes nos quitamos los ojos de encima y miramos a Nayda, que estaba inclinada hacia delante con los codos apoyados en los muslos.

—Entonces. Todos sabemos lo importante que es que al menos domine tu magia durante la ceremonia de vinculación. En eso es en lo que tenemos que centrarnos ahora, joder. Como Jadina me dijo, el Señor Dragón no está nada contento con la situación de los críos.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó Kayden.

—Elara me lo dijo.

—¿Viste a Elara? Creía que estaba volando con Limycu. —Me miró con el ceño fruncido y me di cuenta de que aún no sabía nada de mi aventura.

—La vi en el aire cuando volaba con su hijo Troas —respondí contrita.

—¿Qué? —Kayden me miró horrorizado.

—Sí, voló en un novato de mierda. Gran drama. Pero terminó bien. Así que no necesitamos discutirlo ahora. Ahora es tiempo de entrenamiento y debemos empezar poco a poco —nos interrumpió Nayda con impaciencia.

—Exacto —acepté deprisa, aliviada de no tener que contarle todo esto ahora.

—Bien —dijo Kayden, estirándose, lo que era señal suficiente de que el tema aún no estaba descartado para él. Sin duda tendría que hacer frente a sus preguntas más tarde.

—Entonces empecemos de una vez —suspiró Nayda y volvió a reclinarse en su silla.

—Bueno, ¿por dónde empiezo? —reflexionó Kayden—. Para mí, invocar mi magia es tan natural que no tengo que pensar en ello.

Para demostrarlo, creó un pequeño torbellino en la palma de su mano y no pude evitar pensar en todas las cosas que se podrían hacer con él en la cama. Los ojos de Kayden se oscurecieron de inmediato y una sonrisa me dijo que sabía justo adónde habían ido a parar mis pensamientos.

—¡Ay, joder!, ¿es en serio? —exclamó Nayda, que también parecía saberlo—. ¿Por un pequeño torbellino? —Se levantó indignada y vino hacia mí, tirando de mi brazo hasta halarme a un lado de la habitación y arrastrando luego a Kayden hacia el otro. Ahora había entre nosotros la máxima distancia que podía ofrecer esta habitación.

—Bien, continúa. —En lugar de volver a sentarse en su silla, permaneció de pie entre nosotros.

—Entonces, lo primero que debemos practicar es encontrar la magia en tu cuerpo. ¿Alguna vez la has sentido conscientemente? —preguntó mi marido.

—Sí, bastantes veces.

—¿Y en qué situaciones? —Mi alma gemela me miró con interés.

—En los momentos en que me enfadaba mucho o… —Me tragué la última palabra.

—Ya tenemos claro lo que quieres decir —intervino Nayda, poniendo los ojos en blanco.

—Um… Sí —tartamudeó Kayden un poco nervioso—. —Entonces veamos si puedes rastrearla sin ninguna… emoción. Es mejor que cierres los ojos y te concentres solo en tu cuerpo.

Hice lo que me dijo y recordé el ejercicio del príncipe dragón de mi sueño. Así que supe de inmediato dónde buscar.

—Lo encontré —le informé.

—¿Ya? Ni siquiera he podido darte instrucciones sobre cómo y dónde —dijo asombrado.

—Ya he practicado esa parte con Kargon. ¿Qué sigue ahora? —Impaciente, me froté las manos en los muslos. También quise crear un pequeño torbellino en la palma de mi mano.

—Ahora imagina que llevas un hilo de este brillo mágico a la superficie de tu piel.

En mi mente, alcancé una de las cintas azules de luz y tiré de ella mientras salía de las profundidades de mí misma.

—Siente cómo se desliza sobre tu piel como una corriente pulsante, extendiéndose por todo tu cuerpo.

La magia fluyó caliente por mis venas, golpeó la superficie de mi piel y se extendió una sensación de hormigueo.

—Puedo sentirlo por todas partes dentro de mí —exclamé con entusiasmo.

—Eso es genial. Sigue así. Deja que se cargue en tu interior. Más y más.

Pero yo quería este torbellino en mi mano. Así que ordené a la magia que se concentrara en ella. Solo a regañadientes se asentó allí

y cuando estiré la mano e imaginé un torbellino, de repente salió disparada de ella tanta magia aérea que salí despedida hacia arriba y contra la pared que tenía detrás. Caí al suelo con un gemido.

—¡Jadina! —gritó Kayden y estaba a punto de correr hacia mí, pero Nayda lo detuvo.

—Vuelve a tu asiento. Está bien —dijo con severidad mientras me esforzaba por ponerme en pie.

—¿Qué pasó? —pregunté, todavía un poco desorientada. Me zumbaba un poco la cabeza y me dolía el trasero.

Kayden, que parecía haberse recuperado del susto inicial, sonrió.

—Lo que nos pasa a todos a los que en algún momento de nuestro descubrimiento hacemos. Intentaste obligar a la magia a hacer algo. Pero no se le puede decir lo que tiene que hacer. Tienes que trabajar con ella. Si no, pasan cosas como esta.

—¿Cómo voy a hacerlo si no puedo decirle lo que tiene que hacer?

—Tienes que engatusarla, convencerla. Convertirte en uno con ella.

—Ajá.

Fue más fácil decirlo que hacerlo. Al final de la sesión de entrenamiento, tenía moratones por todas partes y no había conjurado ni un solo torbellino.

Durante mi último intento, también llamaron a Kayden sin que pudiera despedirme de él, y Nayda tuvo que ir al entrenamiento de vuelo con su dragón Molgar.

Un poco abatida por el fracaso de la lección de magia, fui a las colchonetas un poco más tarde, donde Lenn ya me esperaba para el entrenamiento de combate.

—¡Eh! —gritó y me lanzó algo, que resultó ser un pastelito cuando lo atrapé—. Seguro que no has vuelto a comer en todo el día, ¿verdad? —inquirió de forma acertada, sentándose con las piernas cruzadas en una de las colchonetas y mordiendo otro trozo.

¿Cómo se las arreglaba este tipo para animarme siempre? Aliviada por no ser enviada directamente a entrenar, me uní a él y también le di un mordisco a la deliciosa y olorosa masa.

—¿Y bien? —preguntó después, masticando—. ¿Cómo estás?

—Un poco agitada por el vuelo con el novato y la lección de magia con Kayden.

—Sí, ya me he enterado de lo del vuelo. Pero me refería a cómo te sientes sobre el hecho de que la ceremonia de unión tendrá lugar mañana.

Casi me ahogo con mi pastel ante sus palabras.

—¿Qué?, ¿mañana?

—Sí, el señor dragón lo prefirió. Tal vez para acabar con la locura de los críos.

*¡Por los dioses! ¡No estoy en absoluto preparada para enfrentarme a un dragón y demostrarle que soy lo bastante poderosa para él!*

# CAPÍTULO 32



***Los Caminantes del Sueño no solo tienen el don***
***de visitar los sueños,***
***también pueden cambiarlos o interrumpirlos.***
***Esto les da la oportunidad de manipular***
***la perspectiva del soñador,***
***de convertir su sueño en una pesadilla.***
***Pero, por otro lado, también pueden crear sueños.***
***Está en sus manos,***
***sean buenos o malos.***

**Fuente anónima**

El dolor me golpeó de forma totalmente inesperada. La magia me penetró como una flecha. Primero en la pierna, luego en el brazo. La sangre salió disparada de las heridas y goteó sobre el suelo de piedra.

Rojo oscuro sobre gris claro. Destacaba como los distintos tonos de rojo de los cuadros que había admirado en la galería del castillo. Pero no era el color de un pintor. Era mi sangre, que manchaba el suelo y se extendía como un monumento.

Sería mi muerte. ¿Era un buen día para morir? No lo sabía.

Lo que sí sabía era que estaba rodeada, indefensa e impotente. El final estaba cerca.

Fui golpeada por otro ataque mágico. Esta vez en el estómago. La sangre rezumaba espesa de mi uniforme desgarrado y el dolor me paralizó durante un latido. Mi grito resonó en mis oídos. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Mi arrogancia, mi terquedad me lo hicieron pagar caro.

Temblando, me desplomé y caí de rodillas. Con mis últimas fuerzas, me mantuve erguida y alcé la mirada hacia las filas. A mi alma gemela. Si tenía que morir, quería despedirme de este mundo mientras su rostro fuera lo último que viera.

Kayden gritó. Estaba furioso. Lenn, Dex y Nayda lo sujetaron. Estaba tan impotente como yo. Las lágrimas corrían libremente por su hermoso rostro. ¿Me encontraría en el reino de los muertos cuando llegara su hora?

—Jadina —gruñó una voz grave a lo lejos y la figura de Kayden se desdibujó ante mis ojos por un momento. El ruido de la arena se tragó el grito de mi nombre. Algunos espectadores me miraban horrorizados, rezando a su diosa o llorando. Otros vitoreaban al grupo que me había rodeado. Sus rostros mostraban muecas con amplias sonrisas.

—¡Jadina! —Una vez más la voz gruñó mi nombre y esta vez la tierra tembló bajo mis pies, haciéndome tambalear hasta que caí al suelo. No quería ver venir la muerte. Así que cerré los ojos. Ahora moriría.

—¡Jadina! ¡Levántate! —gruñó el señor dragón, con impaciencia resonando en sus palabras.

Sorprendida, abrí los ojos y descubrí al dragón negro justo delante de mí. Sus ojos dorados me miraban con una mezcla de respeto y preocupación. Todo lo demás, como la sangre, el dolor, el público y la arena, había desaparecido.

Solo el señor de los dragones y yo estábamos en la cueva donde había tenido lugar la última de las pruebas de los jinetes de dragón.

*Es solo un sueño.* A pesar de darme cuenta, me pasé las manos por las partes del cuerpo por las que estuve sangrando hasta hacía un momento. Pero ya no quedaba nada.

—Un sueño —susurré, apenas capaz de ocultar mi horror. ¿Fue un sueño sobre mi futuro? ¿Con mi muerte? ¿Moriría de verdad?

—¿Te viste morir? —preguntó el dragón, ladeando la cabeza.

—No. —Me lo pensé un momento—. Me golpearon en el brazo, la pierna y el estómago. Pensé que iba a morir en cualquier momento, pero no lo vi.

—Entonces aún hay esperanza —dijo impasible el príncipe de los dragones.

¿Esperanza? ¿De verdad?

—Hay esperanza para todos, siempre que no la pierdan —dijo el dragón, con expresión apacible.

—La ceremonia de vinculación está prevista para mañana —comenté lo obvio. Al fin y al cabo, fue él quien lo ordenó.

—Sí. —Pareció pensar por un momento sus siguientes palabras —. Tomé esa decisión porque salvará muchas vidas.

Muchas, pero tal parecía, no la mía. Al menos no había afirmado no tener otra opción. Tomó su decisión y yo tendría que asumir las consecuencias.

—¿Crees en mi supervivencia? —pregunté.

—Creo en el poder que hay en ti. En tu magia y en tu voluntad de sobrevivir.

¿Mi poder? ¿Mi magia? ¿Mi voluntad de sobrevivir? En mi predicción, los tres brillaron por su ausencia.

—No olvides lo que alimenta tu magia.

—¿Mis sentimientos?

—Exacto. De momento, son tus emociones las que pueden conjurarla. He oído que hoy has practicado tu magia aérea con el rey.

—Su magia de aire, querrás decir.

—No. Me refiero a *la tuya*. Puede que él te la haya dado, pero ahora forma parte de ti. Así que, si quieres controlarla, tienes que tratarla como quieres que te traten.

Y yo era muy reacia a recibir órdenes. Solo ahora comprendí porqué me estuvo tirando contra la pared todo el tiempo. Podía ganarme con honestidad. Esa era una cualidad muy importante para mí. ¿Esa era la clave?

—Veo que lo entiendes.

Un estruendo llegó a mis oídos desde una esquina indeterminada.

—Y en cuanto a tu propia magia, Jadina, nunca olvides que…

De nuevo, un fuerte estruendo, luego una maldición y el dragón negro se disolvió en la nada. ¿Qué es lo que nunca debo olvidar?

Con esta pregunta en los labios, abrí los ojos y me encontré en la cama del dormitorio de Kayden y mío. Todavía llevaba puesto el chándal.

Me pasé los dedos por el cabello y me incorporé. Había vuelto aquí después de la clase de dragonería con Dex y esperaba ver a Kayden. Pero estuvo en reunión durante el resto del día, así que acabé quedándome dormida.

—¡Mierda! —La maldición de Kayden sonó desde el baño.

Me deslicé silenciosa de la cama y me arrastré hasta la puerta que daba a la habitación contigua. Desde allí, observé a mi alma gemela de pie frente al espejo, acariciándose la cara mojada. Parecía pensativo y preocupado. Así que abandoné mi puesto de exploradora, me coloqué detrás de él y le rodeé el torso con los brazos.

Olía increíblemente bien. Nuestros ojos se encontraron en el espejo y me dedicó una leve sonrisa.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—La ceremonia de vinculación está prevista para mañana —suspiró.

—Sí. Lo sé.

—Tengo miedo. Por ti. —Se volvió hacia mí y me acercó.

—Yo también —admití, mirándole a los ojos. Lo mejor sería no contarle sobre mi sueño. ¿O él también lo había visto? Al fin y al cabo, ahora también podía ver el futuro.

—Esperaba que tuviéramos más tiempo para prepararte para esto. —Me besó en la sien con suavidad y exhaló temblorosamente.

—Hicimos lo que pudimos. Es todo lo que nos queda.

Asintió.

—Cuéntame cómo te fue durante el día —intenté persuadirle de sus preocupaciones.

Se rio sin gracia.

—Todo menos bien. —Suspirando, me acercó más a él—. Demasiadas reuniones sobre el próximo ataque militar contra los cazadores, demasiado poco tiempo contigo. —Esta vez me besó en la comisura de los labios. Ligero como una pluma, pero exigente—. Y luego el maldito dolor que me da, por saberme separado de ti.

—Sé lo que quieres decir —dije, recordando el consejo de Julze —. Ayuda si no piensas en el hecho de que estamos separados, sino en que estamos conectados y que siempre puedes sentirme.

¿Seguiría siendo capaz de sentirme cuando estuviera muerta? ¿O sería incapaz de sentir este dolor el resto de su vida? Me tragué ese pensamiento. Era demasiado cruel.

—Eso tiene sentido. Lo probaré mañana. —Asentí en silencio. Mañana. ¿Tendría un día después de mañana luego de entonces?

—Pero ahora por fin estamos solos —gruñó—. No hay ninguna Nayda para mantenernos separados. Ninguna reunión que requiera mi presencia. Ningún entrenamiento al que debas asistir. Solo tú, yo y este cuarto de baño. —Su rostro se iluminó mientras desabrochaba con cuidado los primeros corchetes y botones de mi uniforme—. Te deseo —murmuró, y yo también solo lo deseaba a él. Quería a mi alma gemela y una vida junto a él. No importaba lo que este sueño me hubiera mostrado. Me juré a mí misma que no me rendiría y que seguiría luchando.

Cuando Kayden me levantó y me llevó al agua caliente, estaba decidida a defender a este hombre, nuestro amor y mi vida hasta la última gota de mi sangre. Con mis propias manos, si era necesario.

ESA NOCHE también hicimos el amor incontables veces. Hasta que nos quedamos dormidos de cansancio, para volver a hacerlo a la mañana siguiente. No tuve más visiones durante mi descanso, ni el señor dragón reapareció de nuevo.

Sin embargo, no me sentía descansada cuando me desperté a la mañana siguiente. Aunque la emoción de la próxima ceremonia de

unión me mantenía en pie, el caos y el agotamiento reinaban en mi interior.

—Come un poco más de pan —me instó Lenn durante el desayuno, al parecer habiéndose propuesto vigilar mis hábitos alimenticios—. Hoy vas a necesitar mucha fuerza. —Sin esperar mi respuesta, colocó una rebanada en mi plato y añadió una cucharada de huevos revueltos. Miraba su trabajo con satisfacción, mientras que a mí la comida me revolvía el estómago.

Kayden se sentó a mi lado y me cogió la mano por debajo del tablero de la mesa. También se limitaba a pinchar su comida con un tenedor, sin comer nada.

—La ceremonia comenzará después del desayuno —nos informó Nayda, que había tomado asiento frente a mí—. Antes, recordaremos a los jinetes que murieron ayer a manos de los críos.

El recuerdo de las manchas negras en el suelo me trajo a la memoria el poco desayuno que me había tragado.

—Su muerte fue un completo sinsentido —dijo Dex, que había vuelto a atrincherarse detrás de un libro.

—Ni siquiera el grupo de aspirantes puede compensar su pérdida en la batalla. Carecen de la experiencia necesaria. Así que los juegos de mierda de Gronus pondrán aún más vidas en peligro si realmente nos envía a una maldita guerra —refunfuñó Nayda, utilizando una retahíla de maldiciones para dejar clara su opinión.

—Cazadora —oí de repente la voz de Dorian. Estaba en la puerta del comedor y me hizo señas para que me acercara.

—Al parecer, me necesitan —dije, tratando de ocultar mi asombro de que fuese él quien viniera a buscarme

Me levanté despacio, pero Kayden no soltó mi mano. Le acaricié con cariño la mejilla con la que tenía libre.

—Suéltame —le pedí—. Y recuerda que estoy contigo. Aunque estemos físicamente separados. A través de nuestro vínculo —le recordé. No quería que volviera a sufrir por eso, aunque hoy podría volverse insoportable si mi sueño se hacía realidad.

Me soltó de mala gana y me dirigió una mirada que hablaba de todo su amor por mí.

—Y yo también estoy contigo. Estaré sentado entre el público. Puedes hacerlo. Creo en ti.

Haría cualquier cosa por estar a la altura de esta creencia en mí misma, decidí mientras caminaba hacia Dorian.

—Buenos días. ¿Vienes a llevarme para la ceremonia? —pregunté.

—Sí —respondió tajante, sin responder a mi saludo—. Y estoy aquí para recordarte que no tienes permitido llevar tus armas a la arena. Ese fue el trato. ¿O eres una reina que no cumple su palabra?

Literalmente escupió la palabra *reina* a mis pies.

—Siempre cumplo mi palabra —respondí con cierta rigidez, tratando de tragarme el enorme nudo que se me formó en la garganta. Así que seguían con su plan de matarme.

¿Cómo podría salvarme ahora?

# CAPÍTULO 33



***En los últimos años, la ceremonia de unión se ha convertido en un procedimiento igual mortal, que las pruebas de jinete de dragón. Los participantes dominados por el miedo, no podían aparecer suficientes para los dragones. Los chicos suelen intentar eliminarse antes de la ceremonia, para aumentar tus propias posibilidades.***

**Registros de Lady Flavia,**
**Líder de la segunda temporada**

Como de costumbre, Lady Flavia permaneció de pie, sin emoción, frente a nuestro grupo y nos explicó el desarrollo de la ceremonia. Nos encontrábamos en una pequeña antesala, tras cuya puerta se encontraba la arena. Desde aquí, ya podíamos escuchar el vitoreo del público y solo de oírlos, se me revolvía el estómago con cada grito de alegría que daban.

—Recuerden bajar la mirada en cuanto entren en la arena y mostrar respeto. Los dragones son quienes los eligen a ustedes. No ustedes a ellos —hizo una pausa—. Este año están de suerte. Hay tantos dragones como ustedes de participantes, así que no pierdan

la calma. Su poder y la fuerza del mismo es el que influirá en la decisión del dragón que los elija, así que no traten de hacer algo estúpido. —Nos miró a cada uno de nosotros, pero luego, su mirada se detuvo un poco más en mí. Sus palabras eran claras. Ni siquiera mi posición como reina decidía mi favor—. De acuerdo al orden en el que están a punto de entrar, es que pueden ir mostrando sus habilidades. Solo entonces los dragones decidirán. Así que esperen pacientes y no les falten el respeto —reiteró de nuevo.

Mi mirada se desvió hacia Julze, que me miraba con su habitual odio en los ojos. Sin embargo, me invadió la sensación de que algo era diferente. Una incertidumbre se había colado en su odio. ¿Era nuestra conversación sobre las almas gemelas el motivo? ¿O la profecía que aún no se había cumplido y podía afectar si moría? No lo sabía, pero sospechaba que no evitaría una pelea conmigo. Sobre todo, porque Dorian estaba cien por ciento seguro de que tenía que morir.

—Entonces, si están todos listos, les pediré que tomen un arma de su elección y se pongan en fila.

Todos los demás se dirigieron hacia la mesa en la que se habían colocado arcos, flechas, espadas y cuchillos. Solo yo permanecí de pie. Por la estúpida promesa que hice. Con suerte no me costaría la vida.

—¿Estás segura de que no quieres elegir un arma, Majestad? —preguntó Lady Flavia, acercándose a mí—. Sé lo de la pelea y la promesa que hiciste con relación a la ceremonia —susurró y la miré sorprendida. ¿Cómo se enteró?

—Aun así, te aconsejo que no entres desarmada.

—Gracias, pero mantendré mi palabra —respondí con la mayor firmeza posible. ¿Era orgullo lo que percibía en sus rasgos?

—Entonces, por supuesto, respetaré tus deseos y espero poder felicitarte más tarde por tu vínculo con un dragón.

Con una inclinación de cabeza, se alejó y se unió a los demás candidatos, que se aconsejaban unos a otros sobre la elección de sus armas. Por el rabillo del ojo vi una capa roja y, al momento siguiente, la sacerdotisa Rosaria estaba a mi lado.

—Mi reina —me saludó—. Te deseo mucho éxito con la ceremonia de hoy. ¿Ya pudiste descubrir tu magia?

—Gracias —respondí y la saludé con la cabeza—. Por desgracia, todavía me es desconocida.

Me sonrió suavemente y en sus ojos brilló una sabiduría que debía de tener siglos de antigüedad.

—A veces se muestra en los momentos más sorprendentes.

—Ya la he sentido, pero no se despliega. Es como… si fuera una flor que no quiere abrirse —intenté explicarle.

—Una flor necesita agua, tierra y sol para crecer y abrirse. La magia necesita fe, amor y un equilibrio interior para que se encienda su chispa. —De repente, la sacerdotisa se apartó de mí—. ¡Felycitia! —gritó, y en ese momento apareció Fely—. ¿Has preparado el remedio para la reina que te pedí?

¿Un remedio? ¿De qué estaba hablando?

—Sí —respondió la vil y me dedicó una sonrisa radiante mientras me tendía un pequeño frasco. Contenía un líquido amarillo.

Lo tomé insegura y lo sostuve a la luz de una de las antorchas que iluminaban la sala. Su contenido no era transparente, sino que se asemejaba al pudin que se encontraba en los pastelitos, pero que este en su lugar, ya tenía varios días de estar ahí. Tenía un aspecto un poco repugnante.

Fely se rio.

—Lo sé, apetitoso es otra cosa. Es para ayudarte a equilibrar tu magia y a ti misma.

—Puedes tomarlo ahora. No infringe ninguna de las normas y estatutos —intervino Rosaria y me miró alentadora.

—Bien —acepté entre dientes. Ya me sentía mal del estómago por la inminente ceremonia que se avecinaba—. ¿Funciona desde ya?

—No. De hecho, puede tardar varios días en interiorizarse. Por eso es importante que lo bebas desde ya. —Rosaria hizo un gesto con la mano y miró el vial que tenía en la mía. Al parecer, no me dejaría entrar en la arena si no me lo bebía en el acto. Descorché el vial con cuidado y un olor tan repulsivo como la consistencia que sugería me recibió.

—Será mejor que te tapes la nariz —me aconsejó Fely. Miré inseguro de ella a Rosaria. ¿Podría fiarme de ellas? ¿Y si querían darme algo que me debilitara aún más para el combate?

—¿Estás lista? —De repente oí a Nayda detrás de mí y casi derramo la medicina amarilla de alivio. Me volví en su dirección. Ella sí que sabía si se podía confiar en ellos.

Sus ojos se posaron en la botella y arrugó la nariz con asco.

—¿Qué es eso, Jadina?

—Este es un remedio que Lady Felycitia hizo para la Reina a petición mía. Está destinado a promover el equilibrio entre su magia y ella.

Mi amiga entrecerró los ojos y me miró.

—Bueno, ¡trágate esa mierda! Tienes que salir ahí ahora mismo.

Miré a las tres mujeres con asombro. Nayda tenía muy buen sentido de la personalidad de cada uno. Después de todo, Cilia no le cayó bien cuando la conoció y también se enfadó cuando no me ayudó.

Así que, sin cuestionar más los motivos de la sacerdotisa, me llevé la abertura del frasco a los labios y dejé que el contenido se deslizara hasta mi boca. Sabía incluso peor de lo que parecía y olía.

Fely me miró con satisfacción.

—Espero tanto que podamos ayudarte con esto.

—Yo también lo espero —respondí, tratando de quitarme al mismo tiempo ese asqueroso sabor de la boca.

—Sacerdotisa —Nayda detuvo a Rosaria, que estaba a punto de desaparecer en la arena. Se acercó a la mujer y antes de que siguiera hablando, comprobó que no hubiera nadie más que Fely y yo al alcance—. Tenemos algunas preguntas sobre la maldición y la profecía. ¿Tendrías tiempo de contestárnoslas esta noche?

—Por supuesto, Lady Nayda. —Sus ojos se posaron en mí—. Yo también quería pedir audiencia. Hay mucho que discutir ahora que las almas gemelas se han encontrado.

Nayda le hizo un gesto con la cabeza y Rosaria desapareció por la puerta de la arena, con su capa ondeando, donde se subió a una pequeña plataforma. A través del hueco abierto en la puerta, pude ver que se trataba de la arena que había visto en mi sueño. Un

escalofrío me recorrió la espalda y jadeé. En las gradas, entre los demás espectadores, que se habían vuelto más silenciosos desde la aparición de Rosaria, vi a Kayden, Lenn y Dex. Solo faltaba Nayda.

—Tienes que ir con Kayden —le dije apresuradamente.

Me miró, frunciendo el ceño.

—¿Por qué?

—Porque te necesita ahora. —Su mirada se volvió suspicaz, así que añadí—: Ya sabes, por nuestra maldita atracción. No puedo tener distracciones y tú fuiste un gran amortiguador entre nosotros la última vez en la sala de entrenamiento. Por favor, apóyale. De todas formas, no puedes hacer nada aquí cuando estoy a punto de salir a la arena.

—Está bien. Iré. Pero prométeme que después podremos celebrar tu vínculo con un dragón —dijo y me dio un rápido abrazo sin esperar respuesta por mi parte—. Puedes hacerlo. Creo en ti.

Entonces también desapareció. Amasé nerviosa mis temblorosas manos, que ahora deberían estar sujetando un arma, pero que, en su lugar, sentí vacías y frías.

—¿Qué viste? —me preguntó Fely de pronto. Su mirada era decidida y al mismo tiempo tan empática. ¿Cómo pudo ver tan bien a través de mí?

—Estaba malherida —admití con sinceridad y no supe por qué salió tan fácil de sus labios—. En la visión, pensé que iba a morir.

Fely se limitó a asentir y bajó un momento la mirada, para volver a mirarme con más determinación que antes.

—Cuando llegue el momento, pronúnciame. Confía en mí. No vas a morir hoy. —Con esas palabras, se dio la vuelta y salió de la habitación. En la dirección opuesta a la que yo estaba a punto de ir.

—Recordemos a las víctimas del trágico accidente de ayer —oí la voz de Rosaria, que a continuación pronunció uno a uno los nombres de los jinetes de dragón que habían fallecido el día anterior. Eran un hombre y una mujer—. Pido unos momentos de silencio mientras rezo a la Gran Madre.

Incluso aquí, en la pequeña habitación, todo el mundo permaneció en silencio. Todos habían inclinado la cabeza y escuchaban la oración de la sacerdotisa.

—Gran Madre, que nos creaste a nosotros y al mundo. Gran Madre, que despertaste la vida y abrazaste la muerte —citó las palabras que todos los brysalianos conocían. ¿Harían un momento de recuerdo para mí mañana?

—Gran Madre, aquí termina mi río de vida y me sumerjo en tu tierra de miel y vino, para que el ciclo se cierre —terminó Rosaria, luego inclinó la cabeza y guardó silencio.

Todos permanecimos así unos minutos hasta que la sacerdotisa volvió a alzar la voz.

—Llevemos su recuerdo en nuestros corazones durante la ceremonia de unión y deseemos a los candidatos mucho éxito también esta vez.

Un estruendo de vítores resonó en las paredes del enorme estadio.

—Los dragones pueden entrar primero —gritó Rosaria contra la tormenta de gritos entusiastas. En el mismo momento, la cúpula sobre la arena se abrió para revelar un cielo azul en el que se podían ver las siluetas de exactamente once dragones. Justo como se había anunciado. Un dragón por concursante.

Planeaban majestuosos sobre la banda despejada que se extendía por encima de nosotros, y yo deseaba estar allí arriba a lomos de Elara o Troas. Le había prometido al joven que hoy entrenaría con él y lamentaba no poder cumplir esa promesa.

El primer dragón descendió en picado desde el cielo a través de la cúpula abierta, dio una vuelta sobre los espectadores que gritaban y luego aterrizó en el borde de la arena. Era rojo y creí conocerlo. Mientras seguía pensando de dónde venía, los demás dragones volaron poco a poco por la cúpula. Hasta que por fin los once encontraron su sitio uno junto al otro. Sus ojos estaban fijos en el centro de la arena, donde Rosaria seguía de pie.

—Bienvenidos, honorables dragones —saludó la sacerdotisa a estos poderosos seres—. Les agradecemos la voluntad que tuvieron de establecer un vínculo con cada uno de nuestros jinetes de dragón el día de hoy.

Luego dirigió su mirada hacia la puerta, detrás de la cual todos nos habíamos alineado como Lady Flavia ordenó. Formé la primera

fila y, cuando la puerta se abrió del todo, salí a la arena. El atronador aplauso, mezclado con algunos abucheos, que estaba segura iban dirigidos a mí, me hizo vacilar y me detuve de golpe.

—¡Queridos aspirantes! ¡Este es vuestro gran día! Que la Gran Madre esté con todos ustedes —nos anunció Rosaria.

—Sigue caminando, Cazadora —siseó Dorian, que estaba justo detrás de mí. Me empujó con fuerza y entré a trompicones en la arena.

Como no sabía dónde teníamos que colocarnos, miré a mi alrededor en busca de instrucciones, pero la sacerdotisa ya me estaba haciendo señas para que me acercara. Así que me dirigí hacia el podio donde ella estaba.

—Los participantes pueden presentar sus habilidades y luego se les someterá a una prueba de valor, resistencia y lealtad. Buena suerte a todos. —Con estas palabras, abandonó el podio, que fue inmediatamente despejado por dos jinetes de dragón. Al pasar junto a mí en dirección a la sala de la que acabábamos de salir, me dedicó una sonrisa alentadora.

Lady Flavia había dicho que debíamos mostrar nuestras habilidades en el orden en que entráramos en la arena. Eso significaría que yo tendría que ir primero. Pero, por mi vida, no sabía qué podía presentar. No tenía ningún arma para mostrar mis habilidades, ni ningún poder mágico para impresionar a nadie.

Estaba a punto de dar un paso adelante de todos modos, cuando Dorian me detuvo y dio un paso delante de mí. ¿Qué significaba eso?

—Honorables dragones. Como grupo hemos decidido demostrarles nuestro poder y habilidades en batalla.

Sorprendida y expectante al mismo tiempo, vi que los diez jinetes de dragón formaban un círculo a mi alrededor y me apuntaban con sus armas. La sonrisa rencorosa de Dorian confirmó mi temor. No saldría viva de la arena.

# CAPÍTULO 34



***Solo los dragones que han escogido jinete,***
***pueden decidir si comparten o no, parte de sus poderes a este.***
***Esto ocurre en muy raras ocasiones,***
***ya que requiere mucha fuerza por parte del jinete para recibir y aplicar la magia recibida.***

**Libro de texto del tercer año de la Rider Academy**

El público, que se había sumido en un silencio expectante durante un breve instante, se inquietó ahora tanto como mi interior. Una mitad criticaba con abucheos esta lucha injusta y la otra vitoreaba a los contendientes armados. Aquí y allá me pareció oír la palabra *rata del desierto* entre los gritos.

—Veamos entonces sí haber sido coronada reina fue lo correcto. ¿Ya encontraste tu magia, rata? —Dorian se mofó y los demás rieron a su epíteto—. ¿O sigues siendo tan débil como en la lucha contra Julze? Si es así, no te mereces un dragón, como tampoco te mereces el trono. De todos modos, no tienes derecho a ninguno de los dos, sucia rata del desierto.

Miró con urgencia a sus compañeros, que parecían un poco nerviosos. ¿Cómo les convenció de hacer esto? ¿Querían hacerlo también? ¿Matarme? Sobre todo, ahora que estaba claro que había un dragón presente para todos.

—Si tomas un dragón hoy, un verdadero jinete de dragón se quedará sin el derecho al suyo el día de mañana —espetó sardónico —. Aunque hoy hayan venido bastantes, las cosas pueden ser muy distintas en la próxima ceremonia. Y eso no lo podemos permitir. —Levantó su arma en el aire de forma demostrativa y miró a los demás con esto último—. Nosotros somos jinetes y ella es solo una cazadora, una enemiga. La matemos aquí o en la guerra, tiene que morir de todos modos. —Me miró con odio y parecía estar esperando algún tipo de reacción por mi parte, pero ¿qué podía decir? Al parecer sabían que aún no tenía magia que pudiera utilizar.

Sin embargo, levanté la barbilla y cuadré los hombros. Si tenía que morir, tenía que morir con orgullo.

—Con o sin magia. Lucharé por mi vida —aseguré y lo miré altanera, lista para luchar.

Pero Dorian no me prestó atención. En su lugar, se volvió de nuevo hacia el grupo.

—Sugiero que usemos nuestros poderes contra ella por turnos. Pero dejémosla vivir. Estaré encantado de asestarle el golpe final.

Julze, que estaba a su lado, sonrió y supe que esta vez no me perdonaría.

—Impediremos que nos arrebate el dragón que no es suyo —dijo y Dorian tiró de ella para abrazarla, asintiendo. En ese momento me pregunté si eran pareja o solo amigos.

Sin embargo, no importaba, porque iban a atacarme de todos modos. Tensa, adopté una posición defensiva, girando en círculos para vigilar a todos mis contrincantes. ¿Quién iría primero?

El miedo cayó sobre mí como una lluvia fría. Había visto lo que me harían. Aun así, me tragué el miedo e imaginé estar en un entrenamiento de combate con Lenn y Dex.

El primer ataque vino de un jinete de dragón rubio, que solo me atacó después de que me hubiera girado para mirarle. Al menos tuvo la decencia de no dispararme su bola de fuego a la espalda. Esquivé

el proyectil sin ninguna dificultad y oí a dos del grupo de Dorian detrás de mí maldiciendo mientras también lo esquivaban.

¿Tenían decido cómo me atacarían? Con esa pregunta, el sudor comenzó a correrme por la espalda, aunque en la arena no había tanto calor.

De nuevo, giré en círculos, intentando anticiparme a cada pequeño movimiento y el siguiente del grupo solo me atacó con una ráfaga de aire cuando le miré a los ojos. El entrenamiento con mis amigos dio sus frutos, ya que aquí también pude esquivar el ataque.

—¡Golpéenla! —gritó Dorian con impaciencia—. ¡Quién dijo que ella tiene que ver a quién le toca! —Mientras decía esto, agitó un escudo sobre nuestro grupo. Su mirada se desvió hacia Kayden, que había saltado. Mi alma gemela, quería salvarme. Pero el escudo le impediría intervenir.

Una tormenta se levantó dentro de mí, la tormenta de Kayden. Su magia aérea empujó a la superficie de mi ser y esta vez la liberé.

La arena bajo mis pies se levantó y vi a mis atacantes mirándome con los ojos muy abiertos mientras luchaban contra el viento que me sacudía.

No era impotente. Este conocimiento fluyó por mis venas con una calidez desorbitante, pero no cegadora y liberé más de la magia. Con amor por mi alma gemela en mi corazón, pedí su ayuda y ella vino.

—¡Dispara! —Dorian gritó contra la tormenta cada vez mayor.

Al momento siguiente sentí un dolor ardiente en el muslo izquierdo. Alguien se había tomado al pie de la letra las palabras de Dorian y me había atacado por la espalda. Cuando miré hacia abajo, ya rezumaba sangre de la herida y fue como una repetición de lo que había experimentado en mi sueño. El dolor, la sangre, las impresiones y los pensamientos formaron una imagen de la versión de esta situación de lo que había soñado.

La rabia se apoderó de mi estómago. ¿Por qué hacían esto? Sabía la respuesta. El miedo y el odio habían crecido en ellos durante las últimas semanas. Estaban convencidos de que yo les estaba quitando algo y que era su enemiga. Los planes de guerra de

Gronus y su evidente odio hacia mi pueblo fueron motivos suficientes para avivar estos pensamientos.

Sin embargo, no comprendía su comportamiento. La rabia me hizo levantarme de nuevo y ocupar mi posición una vez más. La magia del aire no me estaba defraudando y seguía alejando a los atacantes de mí.

Con los dientes enseñados, miré al grupo desafiante. No iba a rendirme, así como así. Yo era una luchadora. Una cazadora. Me miré la palma de la mano e imaginé que allí se formaba un torbellino que podría disparar al siguiente atacante. Miré fijamente el espacio vacío de mi mano.

—¡Vamos! —ordenó Dorian por encima de la inquietud del público, que al parecer seguía dividido sobre la función que estábamos dándoles.

El siguiente golpe, una bola de fuego, me dio en el brazo, provocándome una herida. Entonces todo sucedió muy deprisa. Sentí el golpe en el estómago antes de que me alcanzara. Pero aun así no pude reprimir mi grito.

Caí de rodillas y la magia del aire se desvaneció tan repentinamente como había aparecido. Aún podía sentirla bajo la piel, pero mi cuerpo carecía de fuerzas para invocarla.

Me di cuenta de lo que ya había sospechado en la visión. Iba a morir. La desesperación me inundó.

*No quiero morir.*

Apreté los puños y me clavé las uñas en las palmas de las manos, mis ojos se dirigieron a Kayden. Gritaba y rabiaba mientras Lenn, Dex y Nayda lo sujetaban. Mi amiga me miraba con los ojos muy abiertos. Solo ahora comprendía porqué le pedí que se quedara con Kayden.

Una flecha me alcanzó en la espalda y la fuerza del impacto me hizo caer al suelo, donde cerré los ojos. No, no me rendiría tan fácilmente. Con mis últimas fuerzas, me incorporé, levanté la cabeza y miré a mis atacantes.

Lo que vi fueron hombres y mujeres que me miraban horrorizados. Algunos soltaron sus armas con manos temblorosas, otros se apartaron avergonzados. Solo Dorian permanecía entre ellos

con una sonrisa de suficiencia en el rostro, mirándome con odio. Seguía gritando órdenes a los miembros de su grupo, algunos de los cuales seguían cumpliéndolas.

La muerte, llegó en silencio. Lenta pero cuidadosamente, contó de diez en diez. Uno, estaba segura, significaría mi fin. Dorian cumpliría su amenaza.

Mientras me llovían más ataques —demasiados para que mi magia pudiera curarlos con rapidez—, que se unían al dolor que ya sentía, los últimos días se arremolinaron salvajes en mi cabeza. Palabras y fragmentos de frases sobresalían del caos, para volver a deslizarse hacia las profundidades de mis recuerdos. *Esposa. Reina. Alma gemela. Magia del aire. Maldición. Profecía. Entrenamiento de vuelo con los volantones. El mago suprimió tu magia. No la ordenes, conviértete en uno con ella. Llama mi nombre.* ¡Fely!

¿Lo había pensado? ¿O lo había gritado? Temblando, me lamí los labios y probé la sangre, aunque no sabía de dónde venía.

—Fely —exhalé con las últimas fuerzas que sentía, tan bajo que estaba segura de que ella nunca me escucharía.

Y entonces llegó el siguiente ataque, y sentí que se me escapaba la vida. Con el siguiente, sería el de Dorian, y todo habría terminado. Estaría muerta. Ese pensamiento me apretó la garganta y un temblor inquieto recorrió mi cuerpo. Quería incorporarme, mirarle a los ojos, pero por más que lo intentaba era incapaz de moverme.

¿Era posible prepararse para la muerte? ¿Cómo aceptarla cuando se dejaban atrás tantas tareas inacabadas? La profecía, la tierra y los pueblos hostiles. Mi amor, mis amigos, una vida ya no en soledad.

Un fuerte chirrido me sacó de mi carrusel mental y abrí los ojos, con los párpados agitados. Solo podía ver a Limycu planeando sobre mí. Volaba cada vez más bajo, en círculos cada vez más pequeños. ¿Cómo atravesó el escudo? Seguramente no era más que una proyección de mis pensamientos, de mi agonía. Sin embargo, el amor y la tristeza fluyeron a través de mí. También le dejaría a él.

*¡No!* No podía hacer eso. Tenía que defenderme. Tenía que vivir. De repente, sus garras se abrieron y una lluvia de polvo brillante cayó sobre mí.

Confundida, miré tras el águila, que se dio la vuelta y abandonó de nuevo la arena. El polvo cayó sobre mí como pequeñas estrellas y, en cuanto tocó mi piel, sentí calor. Sentí que mi magia era atraída como un imán por el brillo de mi piel y, poco después, sentí un hormigueo justo debajo de ella.

¡Mi magia! Me miré las manos con asombro y tuve que parpadear dos veces porque pensé que estaba alucinando en el delirio del dolor.

Pero no me equivocaba. Estaba brillando. Brillante y clara, como una estrella. El dolor fue desapareciendo poco a poco y, cuando me miré el muslo, la herida ya no estaba. Lo mismo ocurrió en mi brazo, el estómago, la espalda y todos los demás lugares donde me habían golpeado. Me invadió una nueva energía y nuevas fuerzas también, y me sentí más sólida que nunca.

Como si no acabara de morirme, me levanté y me volví hacia Dorian, que me miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Pero qué putas? —preguntó furioso—. ¿Qué hizo ese maldito pájaro? ¿Es magia negra?

¿Miró a Limycu, pero no al polvo brillante?

Ahora sus ojos se entrecerraron y el odio que albergaba hacia mí parecía haber crecido aún más.

—¡No cantes victoria, maldita cazadora! —gritó como si delirara, listo para atacar—. No escaparás de mí. No vas a vincularte a ningún dragón. ¡Son solo para los jinetes y no para una zorra!

De alguna manera tenía que defenderme de él y de su magia. ¿Pero cómo? ¿Con mi magia? ¿Con el resplandor?

Merecía la pena intentarlo. Respiré hondo, cerré los ojos y me puse en contacto con mi don. Ya sabía que no podía ordenarle que me ayudara. Ella era como yo. *Nada de órdenes*, me recordé.

*Te necesito,* envié al resplandor, justo bajo mi piel. *Solo tú puedes ayudarme. Por favor. De lo contrario, moriré y aún me queda mucho qué hacer en la vida. Quiero ayudar a esta tierra y a sus gentes, pasar tiempo con mi alma gemela y mis amigos, volar alto en el cielo en el dragón que se une a mí. Por favor, ayúdame.* La cortejé, la engatusé diciéndole que solo ella podía salvarme.

Sentí entonces cómo mi magia se refregaba contra mí como un gato que ronronea, acurrucándose justo a mi lado para convertirse en uno conmigo. Y entonces supe que haría lo que le pidiera.

Así que volví a abrir los ojos y, cuando mi mirada se encontró con la de Dorian, retrocedió dos pasos.

—¡Te brillan los ojos! —gritó enfadado—. ¡Bruja!

Sin previo aviso, extendió su mano hacia mí y una bola de fuego salió disparada en mi dirección. Pero mi don me cubría ahora como una segunda piel y me resultaba increíblemente familiar, que supe de inmediato qué tenía que hacer.

Sin mucho esfuerzo, formé un escudo de luz en el que ardió el fuego. Pero eso solo animó a Dorian a lanzarme más de sus bolas en lugar de detener el ataque. Todas corrieron la misma suerte que la primera.

—¡Julze! —gritó en frenesí—. ¡Quiero hielo!

La jinete de dragón con la que hablé miró ansiosamente de su amigo a mí. Sin embargo, hizo lo que le pidió. No sabía si por lealtad o por miedo a mí. Con manos temblorosas, me disparó una flecha de hielo. Era rápida, pero yo lo era más. Un rayo de luz de mis dedos la derritió en el aire.

Julze vio con la boca abierta cómo su ataque se deshacía en agua y acababa en un charco en el suelo, entre nosotros.

—Deberíamos parar —le dijo a Dorian con voz temblorosa, sin apartar los ojos de mí, como si temiera que pudiera atacarla en cualquier momento.

—¡No! ¡Seguiremos hasta que esta rata del desierto esté muerta!

Ahora ella lo miraba y aparentemente reconoció la obsesión fanática que nublaba su mente.

—Tienes que parar, Dorian. Ella es superior a nosotros —le dijo Julze, pero él siguió mirándome con odio—. Con ese don, es una verdadera reina. Nuestra reina.

—Jamás —espetó furioso.

El público había enmudecido tanto que me pareció oír el rechinar de sus dientes bajo la presión. La tensión era cortante y todos los presentes contenían la respiración.

Luego me lanzó otra andanada de bolas de fuego, mientras Julze se daba la vuelta, sacudiendo la cabeza, y se dirigía hacia los demás candidatos. Ahora habían abandonado su formación en círculo y miraban mi magia con ojos muy abiertos de horror. Uno a uno, cayeron de rodillas, asombrados, y me rindieron el respeto que antes me habían negado.

Incluso con los siguientes ataques de Dorian, todas las bolas se quemaron en mi escudo. Sin embargo, me di cuenta de que no estaba acostumbrada a usar la magia. Mi cuerpo estaba cada vez más débil. Tenía que actuar, porque Dorian no parecía cansarse mientras me apuntaba de nuevo.

Lo pensé por un momento. Como reina, sería una muy mala jugada si solo lo mataba. La mitad de los presentes podrían entenderlo, pero la otra mitad no. Así que sería mejor acabar con él sin dañarle ni un pelo.

«Átalo».

Sí. Tendría que atarlo de alguna manera. Tejí una larga cinta de luz bajo mi piel y tras alcanzar su siguiente proyectil, la envié y dejé que envolviera a Dorian hasta que cayó al suelo atrapado en un capullo. Completamente inmóvil e impotente. Solo se oían sus maldiciones.

—Lo hiciste.

La profunda voz del señor dragón vibró de repente en mi estómago.

Me giré asombrada y le miré a sus ojos dorados. En ellos brillaba el orgullo.

—Por fin se ha despertado tu magia —dijo mirando mi resplandor, que se fue debilitando hasta apagarse por completo. Mi don se retiró de nuevo—. Es magia de luz.

Una felicidad indescriptible brotó de mi interior al oír esas cuatro palabras. *Mi don. Mi regalo.*

La había anhelado desde que tenía memoria. La había buscado dentro de mí y no la había encontrado. Aunque lo intenté durante tantas veces, nunca fui capaz de aceptar su ausencia. Y ahora el vacío que antes reinaba en mi pecho, se llenó con calor y mi corazón pareció desbordarse con tantos sentimientos. La acaricié por última

vez, le di las gracias y supe que volvería a ayudarme si la necesitaba.

Ahora ella era yo y yo era ella.

Kargon se volvió hacia el público.

—¡Los dragones han hecho su elección! —Su voz retumbó en toda la arena antes de que su mirada se posara en los dragones presentes.

—Hijo mío, ¿qué candidato elegirás?

¿Su hijo? Me sorprendió ver que el dragón rojo que había visto al principio daba un paso adelante. Al observarlo más de cerca, pude ver la relación. También tenía los ojos dorados y se veía una capa negra bajo el rojo de sus escamas superiores.

Era gigantesco. Más alto que Elara, casi tanto como el Señor de los Dragones, y cuando dirigió su atención hacia mí, retrocedí un paso.

*—Saludos, Jadina. Mi nombre es Jarok y te elijo a ti como mi jinete*. —Su mirada se enfrascó en la mía—. *He oído muchas cosas sobre ti. Significas mucho para Elara, mi compañera.* —Las palabras bailaron arriba y abajo en mi cabeza hasta que se detuvieron y comprendí su significado. Este poderoso dragón acababa de unirse a mí y no solo era el hijo del señor de los dragones, sino también el compañero de Elara y probablemente el padre de Troas. El destino parecía haber cerrado el círculo y no pude evitar sonreír.

*—Gracias, Jarok. Es un gran honor que me hayas elegido* —respondí con la voz entrecortada, todavía sorprendida por todo lo sucedido.

Por el rabillo del ojo, observé cómo los demás dragones elegían a sus jinetes. Uno verde estaba justo delante de Julze, que lo miraba feliz. El único que no consiguió un dragón fue Dorian. El undécimo dragón ascendió hacia el cielo y se alejó volando.

*—Hemos decidido asignar también un dragón a los otros jinetes, ya que lamentan su error de tenderte una emboscada. El remordimiento también es una fortaleza* —explicó Jarok.

—¡Dorian! —sonó la voz del señor dragón, haciendo temblar la arena. El hombre al que se dirigió empezó a temblar en su capullo de luz. De algún modo, ahora sentía lástima por él.

—No recibirás dragón el día de hoy. No podemos tolerar tu odio y tu comportamiento. En la próxima ceremonia de unión, serás bienvenido a participar de nuevo, pero trabaja en tu actitud y tu ira hasta entonces. —Entonces el dragón negro se volvió hacia los demás—. Fue el arrepentimiento lo que los salvó a cada uno de ustedes. Demuéstranos que mereces nuestra decisión. Un dragón puede romper su vínculo con su jinete en cualquier momento. —Miró severamente a todos y cada uno de los jinetes presentes en la arena —. Y ahora alinéense al lado de sus dragones para que podamos completar el vínculo.

Sorprendida, miré a Kargon. ¿Qué había de la parte de la ceremonia en la que se nos ponía a prueba el valor, la resistencia y la lealtad?

—Durante la batalla, los dragones ya han podido observar y evaluar el valor, la resistencia y la lealtad de los participantes — anunció el señor de los dragones en ese mismo momento y me pregunté si habría vuelto a leerme la mente.

Esperó paciente hasta que todos se alinearon con sus dragones. Mientras tanto, unos guardias se llevaron a Dorian, que se retorcía como un gusano.

El silencio volvió a reinar en la arena y se apagaron gran parte de las antorchas que antes iluminaban las gradas y el campo de batalla.

—Cada uno libere su magia, queridos jinetes de dragón —nos habló el señor de los dragones. Confundida, miré a mi alrededor y observé cómo cada uno de los demás aspirantes formaba su magia en forma de bola de fuego, hielo o agua. ¿Qué se suponía que debía forjar yo a partir de la luz? ¿Un rayo de luz?

Poco a poco, fui sacando mi magia a la superficie hasta que hormigueó bajo mi piel y me hizo sentir calor. *¿Cómo quieres mostrarte?*, le pregunté, ya que me parecía mejor dejarle a ella la elección.

Al momento siguiente, mi piel brilló y emití más luz que diez antorchas juntas. Julze, que estaba a mi lado, se me quedó mirando.

—Tus ojos —susurró.

—¿Qué pasa con ellos?

—Brillan como las mechas de las velas encendidas —me explicó, aunque no sabía muy bien si el temblor de su voz era de miedo o de asombro.

—Muy bien —elogió Kargon—. Dragones, únanse a su jinete.

En el instante siguiente, una sacudida recorrió todo mi cuerpo y una energía desconocida fluyó en mi cuerpo con tal fuerza que inhalé conmocionada. Me recorrió, me llenó y me bombeó una fuerza que me hizo temblar. Entonces lo sentí con claridad. La magia del dragón. No era una cinta brillante como la de Kayden, era más bien una inundación radiante. Corrientes de magia de distintos colores se mezclaban con mi resplandor y mi otra magia, oculta en lo más profundo de mi ser. Era tanto que tuve que cerrar los ojos y respirar con fuerza.

Entonces volvió la calma a mi cuerpo, a mi alma y a mi magia, que se encontraban simultáneamente en gran tensión. Cuando volví a levantar los párpados, una variedad de colores danzó arriba y abajo frente a mi visión hasta envolver las cabezas de los presentes. Julze, a mi lado, era de un púrpura brillante, mientras que la sacerdotisa que ahora se acercaba a nosotros era de un verde intenso.

—*Esos son sus sentimientos* —refunfuñó Jarok en mis pensamientos.

—*¿Qué?, ¿puedo leer las emociones?*

# CAPÍTULO 35



***Los dragones llegaron a Eclaria***
***cuando la maldición cayó sobre nuestro país.***
***Su oráculo los envió a nuestras montañas,***
***para forjar una alianza con nosotros, los jinetes.***
***Así es como nos convertimos en jinetes de dragón***
***y pudimos sobrevivir en las montañas.***
***Qué dijo exactamente el Oráculo de los Dragones,***
***no lo sabemos, así como tampoco sabemos cuál es su profecía.***
***Solo nos queda esperar que satisfagan nuestras necesidades.***
***Y deseos.***

**Actas del comandante supremo**
**De los jinetes**

*Sí. Se me permitió transferirte uno de mis dones durante nuestro vínculo. Desde que la Cazadora teletransportadora te traicionó, has tenido problemas para confiar en los demás. Así que este don parecía el mejor para ti.*

Si Jarok no fuera tan enorme, le habría abrazado por su generoso gesto.

*—Gracias. No sabes lo que significa eso para mí* —dije en su lugar y le sonreí. Esperaba que no le molestara la forma más personal de dirigirse a mí. Pero como era el compañero de Elara y el padre de Troas, me resultaba demasiado familiar como para dirigirme a él de forma formal—. *¿Me enseñarás a leer las emociones? ¿Qué significan los diferentes colores?*

*—Lo haré* —respondió, con su sabiduría mirándome desde sus ojos dorados. El color de estos contrastaba con el color rojizo de su cuerpo.

—Aprovechemos esta ceremonia de unión para celebrar la alianza entre los dragones y los jinetes —gritó el Señor de los dragones, y el público aplaudió en sus asientos. Miré hacia donde Kayden había estado sentado, pero él y mis amigos ya no estaban. Por instinto, mi subconsciente buscó la cinta que nos unía y busqué el otro extremo. El que llevaba Kayden. Lo encontré. Exhalé un suspiro de alivio. Mi alma gemela estaba cerca.

Kargon estaba justo debajo de la cúpula abierta y ahora los veía. Montones de siluetas de dragones volando en el cielo sobre nosotros.

Pero al levantar la vista, me di cuenta de que las nubes se movían delante del sol a un ritmo vertiginoso y el día, que acababa de ser tan luminoso, casi parecía de noche.

Miré asombrada al dragón negro, cuyo fuego era visible en su garganta. No podía ver tan rápido como Kargon estaba lanzando llamas al aire en ese momento. Pero no eran llamas normales las que estaba emitiendo. Eran destellos de colores que adornaban el cielo con bellas formas. Y como si se tratara del pistoletazo de salida, los dragones que se encontraban fuera de la cúpula se unieron al espectáculo hasta que todo lo que se podía ver por encima de nosotros eran hermosos relámpagos y formas de colores brillantes.

Con un indescriptible sentimiento de felicidad, contemplé este impresionante gesto que nos regalaban los dragones. Y amenazó

con desbordarse cuando dos brazos me rodearon la cintura por detrás y quedé apretada contra un cuerpo cálido y musculoso.

—Siento un alivio indescriptible y estoy muy orgulloso de ti —me susurró Kayden al oído, con su aliento haciéndome cosquillas en la piel. Un agradable escalofrío me recorrió la espalda y casi olvidé lo cerca que había estado de la muerte.

—No puedo perderte, acabo de encontrarte. —La desesperación resonaba en su voz y me apretó aún más contra su cuerpo—. Quería derribar el mundo y matar a Dorian con mis propias manos. La impotencia de ver lo que te pasó me mató. Me arrancó el corazón del cuerpo. No quiero volver a experimentar algo así.

Temblaba y jadeaba, y me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración mientras hablaba. Podía sentir su desesperación y su dolor.

—Nunca te habría dejado morir.

—Lo sé.

Habría reducido todo a escombros para llegar a mí. Lo sabía. Pero también me alegré de que no lo hubiera hecho antes de que pudiera probarme.

—Nos costó mucho retenerlo. Sobre todo, porque nos habría encantado correr nosotros mismos a la arena para defenderte. También estamos muy orgullosos de que hayas sido capaz de enfrentarte a tantos jinetes tú sola —añadió Lenn, que estaba tan cerca de nosotros que pudo escuchar las palabras susurradas.

—Pero no te atrevas a asustarnos así otra vez —dijo Nayda enfática y se introdujo en mi campo de visión. Un color púrpura brillante, como el que ya había visto en Julze, se cernía sobre su cabeza.

—*Alivio* —oí que explicaba la voz de Jarok en mi cabeza. Nayda temió por mi vida.

En ese momento, Fely vino corriendo en mi dirección. Era un blanco brillante que la envolvía.

—*Pura alegría* —refunfuñó Jarok.

Fue Fely quien me salvó, fuera como fuera. Hasta ese momento, no había sabido si podía confiar en ella. Pero esas dudas quedaron

en el pasado. Su alegría por haber sobrevivido era sincera, al igual que su ofrecimiento de ayudarme.

Me separé de Kayden. Aunque fue difícil, porque después de esta experiencia cercana a la muerte quería mantener a mi alma gemela cerca de mí. Sin embargo, caminé hacia Fely.

Sin pensarlo dos veces, la abracé.

—Gracias, gracias, gracias —dije en voz lo suficiente baja como para que los transeúntes no me oyeran. Porque también me di cuenta de que esta acción podría ponerla en la lista negra de Gronus. Solo ahora me di cuenta de que ni siquiera había mostrado su rostro. Una sensación de inquietud recorrió todo mi cuerpo al pensarlo.

—Con mucho gusto —respondió la Vile y ahora también me rodeó con sus brazos.

—No entiendo cómo lo conseguiste y cómo pudiste convencer a Limycu para que te ayudara.

—Te lo contaré todo más tarde con calma. Por ahora, estoy feliz de que haya funcionado.

Tiré de ella de la mano hacia mis amigos, que seguían de pie con Jarok. El dragón rojo me miró expectante con ojos dorados.

*—Los amigos son importantes y tú has reunido a tu alrededor a personas leales y honestas que se preocupan por ti.*

*—También significan mucho para mí* —le envié en mis pensamientos.

Fely fue recibida con entusiasmo por los demás. Al parecer, sabían que la curandera era la responsable de mi rescate. Volví a acurrucarme junto a mi alma gemela y juntos admiramos el espectáculo del cielo hasta que se apagaron los últimos destellos de color y volvió a salir el sol.

—¿Te importa si te llevo a nuestros aposentos por ahora? Necesito tenerte para mí ahora mismo —susurró Kayden cerca de mi oído y su deseo de tenerme lo más cerca posible de él palpitó en mi interior. Había pensado que iba a morir. Abandonar a mi alma gemela y el dolor de esa realización aún rondaba en mi ser como un fantasma de recuerdo.

—No me importa en absoluto —murmuré en respuesta y sentí sus labios recorrer suavemente mi cuello. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Más, necesitaba más.

—*Empezaremos a entrenar mañana, Reina* —oí la voz divertida de Jarok resonando demasiado fuerte en mi cabeza y abrí los ojos sobresaltada. Todos nos miraban y Nayda puso los ojos en blanco, molesta. Una vez más, estuvimos tan absortos en nuestros deseos que nos olvidamos de todo lo que nos rodeaba. Agradecí a Jarok que nos interrumpiera.

—Un día seremos testigos involuntarios de su lujuria —comentó enojada mi amiga y Lenn, que no sabía dónde mirar, gimió de agonía.

—Entonces seguro que no te importa que nos retiremos el resto del día —señaló Kayden y quiso tirar de mí hacia la salida, pero Nayda nos retuvo.

—Para nada. Los acompañamos —dijo con voz firme y sentí que la magia del aire de Kayden se agitaba.

—Ayer nos mantuviste alejados el uno del otro todo el día. Casi pierdo a mi alma gemela. Ahora necesitamos estar juntos. A solas —espetó enfadado, con una neblina gris en la cabeza.

*Casi pierdo a mi alma gemela.* Esa frase me atravesó el corazón. No podía ni imaginar por lo que había pasado durante el combate. Imaginar estar en su lugar y tener que ver impotente cómo intentaban matarle… De repente se me revolvió el estómago.

—*No estoy muerto. Estoy contigo* —le envié en mis pensamientos mientras le acariciaba el brazo con suavidad. Lentamente, se relajó.

—Tú también —respondió Nayda, indiferente a su enfado—. *Después* del encuentro con la sacerdotisa —continuó en voz tan baja que nadie pudo oírnos. Sin embargo, la gente que nos rodeaba lo celebraba tan alto que era imposible oír nuestra conversación.

Sorprendido, Kayden miró a mi amiga y la emoción anterior se evaporó.

—¿Qué quiere de nosotros?

—Tiene información sobre la profecía y la maldición que podría ayudarnos.

—Bien, entonces hazle saber que debe venir a nuestros aposentos. Con el pretexto de querer bendecir a la reina tras el despertar de su don.

Nayda asintió y desapareció entre la multitud.

—Los demás se vienen conmigo —ordenó Kayden, cogiéndome de la mano y tirando de mí.

Me volví hacia Fely.

—Tú también, Fely. También quiero saber cómo pudiste liberar mi don.

La sanadora asintió y se unió a nosotros. Poco antes de salir de la arena, un pequeño aguilucho se sentó en mi hombro y frotó su cabeza contra mi mejilla.

—Gracias, pequeño —le susurré—. Fuiste muy valiente.

Detrás de nosotros, oí a los dragones desplegar sus alas y volar hacia el cielo.

—*Gracias, Jarok* —dije en voz baja—. *Nos vemos mañana.*

—*Hasta mañana, reina* —respondió, y su voz grave, que se parecía a la del señor de los dragones, vibró en mi interior—. *Llámame si me necesitas.*

Así que salimos de la arena, que casi me había costado la vida y al mismo tiempo me había abierto una nueva. Caminamos deprisa por los pasillos. Subimos varios tramos de escaleras y dimos tantos rodeos hasta que estuvimos seguros de que nadie nos había seguido antes de llegar a nuestros aposentos. Samir estaba allí de pie en su puesto.

—Samir —dijo Kayden, señalando con la cabeza al leal jinete.

Nos dirigimos al salón, donde todos nos tumbamos en los sillones y sofás, agotados por el día.

—Voy a cambiarme un momento —dije, mirando mi uniforme. La tela estaba desgarrada por varios sitios y había sangre seca por todas partes donde había un agujero. Kayden estaba a punto de decir algo que seguramente explicaría por qué tenía que acompañarme. Pero Nayda, que también venía entrando, se interpuso entre nosotros y lo hizo callar con una mirada severa. Me escabullí al dormitorio, donde me quité el traje de cuero y me puse un vestido.

Cuando volví, había galletas y té en la mesa de café y en el mismo momento Rosaria entró en la habitación con su capa roja.

Me senté en el sofá junto a Kayden y él me tendió un pastelito.

—Tienes que comer algo —susurró, mirándome con tanto cariño que mi corazón latió más deprisa.

—Rosaria, gracias por esta reunión —dijo Nayda, mirando con reproche en nuestra dirección. Nos habría correspondido saludar a la sacerdotisa.

Me aparté un poco de Kayden e intenté centrar toda mi atención en Rosaria. Ella me sonrió un momento.

—Qué bien, Majestad, que por fin haya encontrado su don. —Miró a Fely—. Gracias, Felycitia. Pero creo que no hablo solo por mí cuando me pregunto cómo lo hiciste.

Las mejillas de Fely se tiñeron de rosa mientras todos la miraban expectantes.

—He visto la profecía muchas veces y siempre me quedaba atascada en las mismas palabras: *besada por las estrellas*. Era más una sospecha que una certeza sólida. Después de que Jadina me contara su sueño, supe que el tiempo apremiaba y que era el momento de poner a prueba mi teoría.

—¿Un sueño? —Kayden interrumpió a la Vile y me miró con los ojos entrecerrados.

—Uno de esos que muestran el futuro —le expliqué y le acaricié el brazo para tranquilizarlo—. Pero eso no importa ahora. —Se dio cuenta y tragó saliva sin decir nada.

—Fue entonces cuando cogí polvo de estrellas de mi alijo. Estaba segura de que activaría la magia de la luz si estaba presente —continuó Fely, mirándose las manos—. Tuvimos suerte. Mi corazonada resultó ser correcta.

—¿Y cómo te encontraste con Limycu? —quise saber y le agradecí que no hubiera dado tiempo a Kayden a adentrarse en mi visión del futuro. Ya se lo explicaría todo más tarde con tranquilidad.

—Eline hizo la sugerencia —comentó con una sonrisa—. Iba a decírtelo antes de tu ceremonia de unión, pero entonces me hablaste de tu sueño y tuve que apresurarme a buscar el polvo de estrellas.

Me quedé mirándola con los ojos muy abiertos y Kayden, a mi lado, también se desplazó al borde exterior del sofá.

—¿Qué querías decirme? —pregunté.

—Eline por fin se ha despertado y está muy bien. Aparte de la vista y los dedos que le faltan, está curada. Ya está ocupada cocinando y horneando en mi cabaña. Su magia también se ha reactivado.

Lágrimas silenciosas de alegría rodaron por mis mejillas. Eline se había despertado y estaba bien.

Kayden me acercó y me besó en la sien.

—Ahora todo va a ir bien —me susurró en el pelo. Podía sentir el alivio apoderándose de él también.

—Son muy buenas noticias —dijo la sacerdotisa, que seguía de pie junto al lado de las butacas—. Entonces ya pueden abandonar Palacio con la conciencia tranquila y emprender el viaje que les corresponde. Un viaje que cumplirá con sus futuros.

Miramos a la sacerdotisa con asombro.

—¿De qué estás hablando? ¿A dónde debemos viajar? —preguntó mi marido.

—Al palacio Eclariano. A la tierra negra entre el desierto y las montañas.

¿Rosaria nos estaba enviando a la zona maldita de la que nadie había regresado jamás?

# CAPÍTULO 36



***Las sacerdotisas tenemos una relación con la magia***
***diferente a la de la mayoría de los seres.***
***Los mensajes nos llegan en sueños***
***así como durante nuestros rezos.***
***La Gran Madre nos ha bendecido con este don***
***y a menudo nos muestra el camino.***
***Aunque a veces resulte difícil aceptar***
***lo que nos dice la Gran Madre,***
***siempre debemos someternos a su voluntad***
***y poner nuestro destino en sus manos.***

**Del diario de la gran sacerdotisa Rosaria**

Una inquietud similar a la mía surgió en la pequeña habitación. Kayden me había tomado la mano y me acariciaba el dorso tranquilizándome.

—¿Por qué se supone que deberíamos ir a una muerte segura? —preguntó con sorprendente compostura. Confiaba en esta mujer, podía sentirlo. La mirada que le dio a la sacerdotisa no era de desconfianza. A pesar de su inesperada demanda de nosotros.

—No encontrarán tu muerte en la tierra negra, pero sí la información que necesitan para romper la maldición. Mucho de lo que crees saber es erróneo.

—Eso ya lo sabemos —dije, porque si íbamos a correr semejante riesgo, había que jugar con las cartas sobre la mesa.

La sacerdotisa me miró asombrada.

—¿De dónde?

—De un mago. Se llama Hakon —respondió Kayden en mi lugar, demostrándome que estaba de acuerdo con mi decisión.

—¿Hakon? —Una sonrisa se dibujó en los labios de Rosaria y, por un breve instante, recuerdos de tiempos pasados tomaron forma ante su ojo interno—. Entonces sigue vivo, ese mago astuto.

—Sí, pero fuera de Eclaria. —Rosaria ladeó la cabeza mientras me miraba pensativa.

—¿Así que mi suposición de que no hay forma de llegar a Eclaria desde fuera es correcta?

Asentí y mi mirada se deslizó hacia Fely, cuyos ojos se abrieron de par en par. ¿Creía que sus amigos y su marido se habían olvidado de ella?

—¿Qué más les dijo? —preguntó la sacerdotisa y yo volví a concentrarme en nuestra conversación.

—Que la profecía fue mal traducida.

Un grito colectivo de sorpresa recorrió a los presentes.

—¿Así que la profecía tal y como la conocemos no es cierta? —preguntó Dex, y vi cómo su cerebro intentaba encajar todas las piezas del rompecabezas.

—No —confirmó Kayden—. El matrimonio que menciona es en realidad sobre nuestro vínculo como almas gemelas.

—Uy —jadeó Nayda—. ¿Así que pasaste por esta mierda de ceremonia de boda para nada?

—Sí —suspiró Kayden, y supe que su promesa rota aún lo atormentaba. La de nunca casarse conmigo a menos que yo estuviera de acuerdo con él.

—Me alegro de ese error en la traducción —le susurré. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, reflejaron alivio y felicidad.

—¿Qué más se tradujo mal? —preguntó Dex, mirándonos como un niño al que le acabaran de decir que podía saquear toda una tienda de golosinas.

—En realidad debería ser «Guiarán a sus pueblos a la paz y destruirán al enemigo». Así que Kayden y yo juntos, no yo solo —informé.

—¿Dijo Hakon quién es el enemigo? —preguntó Rosaria.

—No, no lo hizo. Pero… —Miré a Kayden—, me pareció que lo sabe. ¿Lo sabe?

—Sí, yo también tuve esa sensación. Quizá quería decírnoslo, pero Lenn nos interrumpió.

El susodicho pareció culpable.

—Lo siento.

—Pero ¿cómo les contó todo esto si no puede entrar en Eclaria? —preguntó Nayda, a lo que Kayden se levantó y cogió el espejo.

—Se nos apareció a través de esto.

—Así que usa el Espejo de la Vista —comentó la sacerdotisa—. Interesante. ¿Cómo llegó a tu poder?

—Apareció en mis aposentos. Poco después de que mi padre me dijera que sería rey. Hakon también utilizó el espejo para hacerme saber dónde podía encontrar a Jadina.

—¡Esto es increíble! —exclamó Dex con entusiasmo y se acercó para inspeccionar el artefacto.

—Entonces es realmente importante que se marchen cuanto antes. Los 100 años desde que se anunció la profecía están a punto de cumplirse y no sabemos qué nos espera después. ¿Habrá una nueva profecía? ¿O se sumirá el país en una ruina aún mayor si no se cumple? Todo es posible, pero preferimos no elegir la incertidumbre.

—En cuanto Jadina haya completado suficientes lecciones de vuelo y sepamos cómo proteger a nuestros amigos de la crueldad de mi padre, nos iremos —prometió Kayden y me alegré de que no quisiera marcharse de inmediato. La seguridad de nuestros amigos era tan importante para mí como para él.

—No dejes pasar mucho tiempo —le pidió Rosaria y se dio la vuelta para marcharse—. Estoy segura de que encontrarán muchas

respuestas a sus preguntas en el lugar desde el que se propagó la maldición.

Luego desapareció de nuestros aposentos, con su capa ondeando. La seguí con la mirada. ¿Cuál era exactamente su posición en toda esta estructura de poder? ¿Y qué sabía que no nos estaba contando? No sabría decir por qué me asaltó esta sospecha, tal vez fuera intuición. Pero en el fondo sospechaba que era un secreto. Un secreto que aún no nos contaba, porque de lo contrario podría ponernos en peligro.

Kayden me rodeó la cintura con un brazo y me acercó a él. Todavía ensimismada, apoyé la cabeza en su hombro y me acurruqué contra su cuerpo.

—Chicos, ¿tienen hambre? —preguntó Nayda a Lenn y Dex. Fely se levantó y nos miró demasiado tiempo.

—Oh, Nayda. Es una gran idea. Iré contigo.

La jinete de dragón se levantó y tiró a Lenn del sofá al mismo tiempo. Dex seguía absorto mirando el espejo, pero fue arrancado sin piedad del objeto de su deseo.

—Los vemos luego —informó de Kayden y a mí.

—Fely, ¿podemos visitar a Eline mañana por la mañana? —le pregunté a la Vile, que ya estaba a punto de irse con los demás.

—Sí, por supuesto. Pueden bajar a mi cabaña. Esta noche ya es muy tarde y pasaré la pasaré aquí en el castillo. Nayda me ha ofrecido una cama en sus aposentos.

Al parecer, las dos mujeres se llevaban muy bien. Me alegré muchísimo por Fely. Como yo, se había sentido sola.

—Eso estaría bien. Muchas gracias. Te veré en el desayuno.

—Que duermas bien —dijo, guiñándome un ojo y echó a correr tras los demás.

En cuanto se cerró la puerta, Kayden me giró para mirarme. Un hambre insaciable, unida a llamas eternas, estaba escrita en sus ojos.

—Por fin —suspiró y, antes de que pudiera reaccionar, sus labios se encontraron con los míos. Exigentes, apasionados, salvajes. Un gemido escapó de mi garganta y todo lo que había ocurrido hoy desapareció en las brumas de la lujuria.

Mi magia buscaba la superficie de mi piel, casi como si quisiera conectar con la de él.

Sorprendido, hizo una pausa, interrumpió el beso y una mirada de admiración se posó en mi figura.

—Eres hermosa y tan fuerte —me dijo con reverencia y ahora me di cuenta de que volvía a brillar. El asombro abandonó los ojos de mi alma gemela y una oscuridad que lo consumía todo pasó a primer plano—. Esperaba que tú también pudieras evocar este brillo increíblemente atractivo en momentos como este. Es tan sensual en tu mirada —jadeó y se entusiasmó. Mi magia brilló un poco más para complacerlo. Una sonrisa se dibujó en mis labios y la tensión de las últimas horas se desvaneció. Despreocupada, puse la mano en su mejilla y me perdí en su mirada.

Una vez más, Kayden me estrechó entre sus brazos y, mientras me levantaba para llevarme a nuestro dormitorio, me besó la piel brillante del cuello hasta que pensé que me volvería loca si no me cogía allí mismo.

Juntos olvidamos nuestros problemas y fortalecimos nuestro vínculo hasta que me dormí en sus brazos.

TIRÉ de Kayden detrás de mí mientras corría por el pasillo. La sensación de que algo terrible debía de haber ocurrido me perseguía.

—¿Dónde están sus aposentos? —pregunté a mi alma gemela.

—Al final del pasillo a la izquierda y luego la tercera puerta a la derecha —respondió, sin aliento.

Mi corazón se aceleró, y no solo por el esfuerzo. Era una terrible premonición la que lo impulsaba. Que me impulsaba.

Corrimos al siguiente pasillo y empecé a contar las puertas. Una. Dos. Tres. Nos detuvimos frente a esta e intentamos recuperar el aliento. Pero no teníamos tiempo para descansar. Algo nos estaba respirando en la nuca y yo no sabía lo que era. Así que respiré dos veces y llamé a la puerta. Nada se movió al otro lado.

Era plena noche. Así que no me sorprendió en absoluto que alguien que se suponía que estaba durmiendo no respondiera a

nuestra llamada. Volví a golpear la madera con la mano, esta vez más fuerte que antes. Pero de nuevo no se oyó nada del otro lado. Pasé de una pierna a la otra demasiado nerviosa.

—Mira —dijo Kayden con las cejas fruncidas mientras señalaba la parte de la puerta donde estaba el ojo de la cerradura. Marcas de arañazos.

Sobresaltada, contuve la respiración y un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Habíamos llegado demasiado tarde?

—Deberíamos entrar a ver —sugirió mi marido y yo asentí en silencio mientras él ya estaba empujando el picaporte.

Nos recibió la oscuridad y un frío antinatural. Temblando, me rodeé el torso con los brazos. Nos arrastramos con cautela hasta una mesita situada junto a la entrada. Gracias a la luz que entraba por la puerta abierta, descubrimos una vela. La encendimos con una cerilla y nos adentramos en la habitación.

Había tanto silencio en el lugar que solo se oían nuestros pasos y nuestra respiración frenética y demasiado rápida.

—¿Crees que ni siquiera está aquí? —le pregunté a mi alma gemela y en el mismo momento divisamos la puerta del balcón abierta. Nos acercamos en silencio. Un viento helado sopló contra nosotros, haciéndome temblar aún más.

Y entonces lo vi. Un manto rojo ondulante que era arrastrado sin piedad con cada ráfaga de viento. Y cada vez que se unía al viento, revelaba a una mujer de pelo rubio. Colgaba del parapeto del balcón con una cuerda alrededor de la garganta.

La sangre, tan roja como la capa, manaba de las heridas de su cuello y muñecas.

Horrorizada, me tapé la boca con la mano y mi grito ahogado atravesó el aire helado. La mujer no estaba sola. La muerte se cernía a su lado, extendiendo sus dedos con avidez.

# CAPÍTULO 37



***Lo he visto.***
***No me queda mucho tiempo.***
***Tengo que enviarlos por el buen camino,***
***antes de que sea demasiado tarde.***

**Del diario de la gran sacerdotisa Rosaria**

Me desperté del sueño respirando con dificultad. El corazón aún me latía desbocado en el pecho y el hedor de la sangre me llegaba a la nariz. Me incorporé lentamente e hice un esfuerzo por serenarme.

¿Había vuelto a soñar con el futuro? *Por favor, Gran Madre, ¡que no sea verdad!*

—¿Estás bien? —oí la voz somnolienta de Kayden. Él también se incorporó y se secó los ojos. Aliviada de que estuviera conmigo, me acurruqué contra su pecho y me dio un beso en la sien. Su cercanía y su calor me recordaron la noche anterior y cómo estuvimos haciendo el amor.

—¿Tuviste un sueño? —La pregunta de Kayden me devolvió a la realidad.

Intenté recapitular lo que vi hasta que lo recordé. Kayden y yo habíamos corrido a los aposentos de Rosaria y encontrado a la sacerdotisa colgada del balcón, casi muerta.

Sobresaltada, me tapé la boca con la mano y se me saltaron las primeras lágrimas.

—Rosaria —balbuceé, y entonces supe que teníamos que darnos prisa. Salté de la cama, me puse una bata y corrí hacia la puerta.

—¡Jadina! —gritó mi esposo, que ya estaba de pie junto a la cama y poniéndose unos pantalones—. De ninguna manera vas a ir allí sola. Puedes contarme lo que viste por el camino.

Antes de que pudiera ponerse las botas, le agarré de la mano y tiré de él conmigo.

—Está bien, pero tenemos que darnos prisa. He visto que se moría —le insté mientras salíamos de nuestros aposentos. Samir nos miró atónito, pero no dijo nada.

Corrimos por los pasillos tan rápido como pudimos descalzos sobre el suelo resbaladizo, yo contándole a Kayden lo que había visto y él indicándome el camino.

Por fin llegamos a la puerta de Rosaria. Sin aliento y con los nervios tensos como cuerdas metálicas, nos plantamos ante ella. Me temblaban las manos mientras llamaba a la puerta. Nada se movió. Como en mi sueño, lo intenté por segunda vez. De nuevo, no se oyó nada.

—Mira —dijo mi marido, mirando pensativo la madera alrededor del ojo de la cerradura, que tenía muchos arañazos. Un escalofrío me recorrió la espalda—. Deberíamos entrar y echar un vistazo —sugirió y yo asentí en silencio mientras él empujaba la manilla hacia abajo.

«Mi sueño se está haciendo realidad», pensé y las náuseas se apoderaron de mí. Esta vez estaba preparada para la oscuridad y el frío. Caminé decidida hacia la mesita donde estaba la vela y las cerillas. Nunca me había planteado qué magia llevaba dentro la sacerdotisa, pero al parecer no la del fuego.

Con la ayuda de la vela encendida, nos abrimos paso por los aposentos de Rosaria, pero no encontramos a la sacerdotisa por ninguna parte.

Por fin llegamos a la puerta abierta del balcón y esta vez no temblé por el frío que soplaba desde fuera, sino por saber lo que nos esperaba.

Me detuve un momento y respiré hondo. Me armé de valor para recorrer el último tramo hasta el balcón. El calor de Kayden, que nunca se apartó de mi lado, me dio la fuerza que necesitaba.

La capa roja ondeaba como un monumento al viento y Rosaria colgaba del parapeto del centro del balcón con una cuerda alrededor de su garganta sangrante.

Kayden aspiró con fuerza mientras yo tiraba de la cuerda para intentar subirla al balcón.

—Ayúdame —le supliqué, y juntos conseguimos levantar a la sacerdotisa. Seguía viva, pero su vida pendía de un hilo. Aunque esta vez no podía ver la muerte, sabía que se cernía sobre nuestras cabezas. Ávida de su presa.

Su cabello rubio estaba manchado de sangre. Le habían arrancado algunos mechos. Tenía la cara morada y descubrí profundos cortes que partían sobre su piel, por lo demás impecable. Estaba claro que la habían torturado. Igual que Eline.

Miré a Kayden.

—Fue Gronus —gruñí entre dientes apretados, y pude ver la ira en su rostro ante lo que estábamos viendo.

Desaté con cuidado la cuerda de su garganta. Tenía las manos tan frías que me dolían las articulaciones. Sin embargo, la herida del cuello sangraba tanto que mis dedos apenas podían agarrar la cuerda. Así que arranqué un trozo de mi bata y lo pasé por el agujero de la garganta. Kayden hizo lo mismo con parte de su pantalón a la altura de las muñecas.

Rosaria tenía los ojos cerrados y, a pesar de las numerosas heridas, había una expresión de paz en su rostro.

—Rosaria —susurré temblorosa y le puse una mano en el cuello. Apenas si podía distinguir el pulso. Se estaba desangrando y su magia ya no estaba. Se había agotado. La sacerdotisa iba a morir y no podíamos hacer nada para evitarlo.

Abrumada por esta constatación, solté un grito frustrado y Kayden me estrechó entre sus brazos.

—Sé que parece que no tenemos poder —susurró—. Pero eso es lo que mi padre quiere. Quiere doblegarnos y sabe cuál es la mejor manera de hacerlo. Con nuestra empatía, nuestros corazones.

Asentí y volví a mirar a Rosaria. Podíamos hacer algo. Podíamos estar a su lado mientras pasaba al reino de los muertos. Podíamos abrazarla, rezar por ella y decirle que no estaba sola.

Así que me arrastré tan cerca de ella que pude acariciarle el pelo y recé, tal y como había hecho por las cazadoras y jinetes caídos en las últimas semanas.

—Gran Madre, que nos creaste a nosotros y al mundo. Gran Madre, que despertaste la vida y abrazaste la muerte —empecé con suavidad y Kayden se unió. Lo recitamos despacio y sentí el momento en que la muerte finalmente le llegó. Cuando la vida se desvaneció de su cuerpo, sentí un vacío bajo su caparazón y dirigí las últimas palabras de la oración al cielo.

Kayden le puso un dedo en el cuello y sacudió la cabeza con tristeza. Estaba muerta.

Pudimos salvar a Eline, pero tuvimos que dejar marchar a Rosaria. Era tan doloroso.

Le acaricié el cabello una última vez y luego le cubrí la cara con la tela roja de su capa. Solo ahora me di cuenta de que seguía llevando lo mismo que cuando nos dejó.

—La interceptaron cuando salía de nuestros aposentos —dije y miré a Kayden, que ahora la observaba pensativo. El mismo miedo que yo sentía estaba escrito en su cara. Rosaria estuvo siendo torturada. ¿Qué quería saber su torturador de ella?

—Tenemos que ver si los demás están bien —concluyó, al igual que yo—. Pero antes debemos pedir a Samir y a los otros guardias que pongan a salvo el cuerpo de Rosaria.

No debería estar tirada aquí así. Kayden tenía razón en eso, pero la preocupación por nuestros amigos pesaba más.

—Entonces separémonos —sugerí, pero supe la respuesta incluso antes de terminar de hablar.

—Absolutamente no. La gente de Gronus está merodeando por aquí. No debemos separarnos, de lo contrario estaremos en peligro también.

Tenía razón, aunque odiara admitirlo.

—Bien, entonces démonos darnos prisa —le insté y me puse de pie.

Juntos recorrimos el camino de vuelta hasta el ala de nuestro apartamento, y no pude quitarme de la cabeza la idea de que debería haber hecho más entrenamiento para correr. ¿Estaba pensando en cosas tan macabras para protegerme de la verdad?

Acabábamos de doblar la última esquina cuando vimos a Samir. Muerto en un charco de sangre más grande que él. En el último momento, ahogué el grito que intentaba escapar de mi garganta.

Kayden me detuvo de inmediato y me empujó de vuelta al pasillo por el que habíamos venido. Allí me cogió en brazos y apretó mi cuerpo tembloroso contra el suyo.

—Podrían estar aún en nuestros aposentos —susurró en voz tan baja junto a mi oído que apenas pude oírlo. Intenté apartar de mi mente la imagen del segundo cadáver y centré toda mi atención en el significado de las palabras de Kayden.

—Tenemos que comprobarlo. El espejo está ahí. Gronus no debe poner sus manos en él bajo ninguna circunstancia.

Mi alma gemela apretó los labios formando una fina línea. Sabía que tenía razón, pero no se sentía cómodo con la idea de entrar ahí conmigo ahora. Yo tampoco. Pero no teníamos elección. El espejo era demasiado valioso.

Mi alma gemela asintió y se asomó con cautela por la esquina. Se detuvo un momento y me hizo señas con la mano para que le siguiera mientras caminaba despacio hacia nuestros aposentos. Le seguí lo más silenciosa que pude.

Cuando llegamos a Samir, me puse en cuclillas y le tomé el pulso. No tenía nada. Su sangre estaba en mis pies, al igual que la de Rosaria en mis manos. La túnica blanca mostraba ahora más rojo que blanco.

Kayden recogió con cuidado la espada de Samir, que debió de caérsele de la mano. Luego me hizo una señal para que le siguiera.

Juntos nos arrastramos hasta nuestros aposentos, Kayden sosteniendo la espada delante de él para derribar a cualquier posible

atacante. Cuando atravesamos la puerta abierta, tuve que reprimir un grito de horror.

La habitación yacía devastada ante nosotros. Los muebles se habían desplazado y estaban dañados, el plumón de los cojines del sofá seguía volando por el aire como pequeños copos de nieve e incluso la lámpara de araña ya no colgaba del techo, sino que yacía destrozada sobre la alfombra.

Sin embargo, nos arrastramos hasta el dormitorio, donde nuestra cama también había sido acuchillada y nuestra ropa estaba esparcida por el suelo. Revisamos el cuarto de baño, donde, aparte del caos, tampoco nos esperaba ningún atacante.

—Limycu —exhalé horrorizada y me dirigí furiosa hacia la habitación que era para él.

—No está allí —me detuvo mi marido—. Elara lo llevó a su casa ayer. La gente de mi padre lo vio ayer en la arena. Quería que estuviera a salvo.

Aliviada, eché los brazos al cuello de mi alma gemela.

—Gracias —susurré contra el pliegue de su cuello, donde aspiré su relajante aroma.

—Vamos, pongámonos algo más práctico y armémonos —dijo, tirando de mí tras él hacia el dormitorio—. Tenemos que ver a nuestros amigos.

—Espera. El espejo —le sujeté.

Caminamos juntos hasta la cómoda donde antes estaba el espejo. Pero todo lo que quedaba de él eran fragmentos.

Con el corazón apretado, recogí un trozo grande. Me recordó mucho a la astilla que tenían mis padres.

—Hakon mencionó que se comunicaba con mis padres a través de un fragmento de espejo —le mostré el que tomé—. Al parecer, incluso una pequeña pieza es suficiente para ponerse en contacto con él.

—Tal vez —reflexionó—. Podrías tener razón. Guárdalo.

Buscamos entre la ropa arrancada del armario hasta que cada uno encontró un uniforme de juego y nos los pusimos. Nuestras botas habían sido arrojadas a un rincón, pero estaban intactas.

También descubrí una bandolera entre el tiradero, y ahí metí el fragmento del espejo y algunas cosas más, como guantes, gafas de vuelo y un mapa de Eclaria.

Mientras tanto, mi alma gemela se había acercado a la estantería y había empujado hacia atrás uno de los libros del estante superior. Se oyó un suave clic y el armario se abrió como una puerta. Con los ojos abiertos de par en par, vi cómo Kayden entraba en una pequeña habitación adyacente con varias armas colgadas de las paredes.

Cogió un arco y un carcaj de uno de los ganchos y me los lanzó sin decir palabra. Me los puse tras la espalda con rapidez para que estuvieran listos para usarlos en cualquier momento.

—Toma —me dijo y me entregó también dos cuchillos y una espada corta. Él también se puso varios cinturones de cuchillos y llevaba dos espadas cruzadas a la espalda.

—¿Guardaste el arco y las flechas especialmente para mí? —pregunté asombrada mientras guardaba las armas.

—Sí —me sonrió—. ¿Para quién si no? Después de todo, solo soy un arrogante jinete de dragón que no sabe nada de tiro con arco. —Me guiñó un ojo con picardía—. Le pedí a Nayda que te lo hiciera.

—Gracias —respondí emocionada y me habría encantado echarle los brazos al cuello, pero el tiempo apremiaba.

# CAPÍTULO 38



***Los seres mágicos son inmortales.***
***Sin embargo, esto no significa que no puedan morir.***
***Ser inmortal solo significa***
***que no puedes enfermar.***
***Esto la distingue de la mortalidad humana.***
***Los seres mágicos solo pueden***
***morir de causas violentas.***
***La lesión debe ser lo suficientemente grave para***
***que la magia no puede curarles.***
***De lo contrario, las criaturas mágicas***
***pueden vivir cientos de años.***

**Extracto de la antología**
***Las criaturas mágicas de Brysalia* por Horacio**

Tenemos que ir por Nayda, Dex y Lenn —dijo Kayden. Su voz era apenas un susurro y se pasó una mano por el uniforme—. No sé si llegaremos a tiempo, ya que Nayda vive en un ala completamente diferente a la de Dex y Lenn.

—Esta vez sí que deberíamos separarnos —le sugerí, viendo el conflicto con el que luchaba en su interior. Pero al final, prevaleció la

razón y accedió.

—Ve con Nayda. Felycitia también está con ella. Nos encontraremos en la cueva donde nos vemos con Elara. ¿La encontrarás?

—Sí, claro que sí —dije con confianza. En dos pasos, Kayden estaba de pie frente a mí y tomó mi cara entre sus manos. Me acarició las mejillas con los pulgares. Su mirada se deslizó por mi rostro y se detuvo en mis ojos.

—Cuídate mucho —exhaló, antes de darme un beso que me dejó sin aliento.

—Tú también —le respondí en cuanto sus labios se separaron de los míos. Juntos salimos de nuestra habitación, Kayden a la cabeza con la espada desenvainada para comprobar que no había nadie al acecho.

Sin una palabra de despedida, nos separamos en la siguiente esquina, yo caminando a la derecha hacia los aposentos de Nayda y Kayden a la izquierda hacia los de Lenn y Dex.

Los pasillos estaban oscuros y me detenía en cada esquina para asomarme a la siguiente y ver si me esperaba alguno de los hombres de Gronus.

Pero no veía a nadie por ninguna parte y finalmente llegué a mi destino antes de lo esperado.

La puerta de la habitación de Nayda estaba cerrada. Sin embargo, tuve un mal presentimiento. ¿Y si vine demasiado tarde? Escuché nerviosa para ver si podía distinguir algún ruido del interior, pero el silencio era total. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal y me estremecí ante la idea de encontrar el mismo cuadro que en las habitaciones de Rosaria.

No obstante, empujé con cuidado el picaporte y me colé en la oscura habitación en cuanto la puerta quedó entreabierta. Solo la luna que entraba por la ventana proporcionaba algo de luz. Con el cuchillo desenvainado y una mano en la pared para orientarme, avancé con cuidado. Cuando por fin tropecé con algo en el suelo, logré mantener el equilibrio por los pelos.

Los pensamientos daban vueltas en mi cabeza. ¿Y si era un cadáver? Se me llenaron los ojos de lágrimas y casi se me cae el

cuchillo de las manos temblorosas. Era demasiado tarde.

Más rápido de lo que hubiera podido reaccionar, el frío acero se abalanzó sobre mi garganta. Sobresaltad, contuve la respiración.

—Suelta el cuchillo, imbécil, o te abriré en canal como a un cerdo, hijo de puta —me gruñó Nayda al oído, presionando el arma con tanta fuerza contra mi cuello que pude sentir la sangre caliente fluyendo por mi piel.

El alivio estalló en mi interior y una risa nerviosa seguida de un sollozo escapó de mi garganta.

—¿Jadina? —jadeó mi amiga sorprendida y apartó la navaja de inmediato.

—Estás viva —susurré y la estreché en un fuerte abrazo. Pero entonces, ¿quién era el que estaba en el suelo?

—¿Fely también está bien? —pregunté esperanzada.

—Sí, no me ha pasado nada —oí que confirmaba su desde la oscuridad.

—Abatimos a todos los bastardos que intentaron asesinarnos mientras dormíamos —contó Nayda y escupió al suelo. Hacia donde estaba el cuerpo sobre el que casi había caído.

—Tenemos que salir de aquí —urgí ahora a las dos mujeres—. Tomen las cosas más importante y vámonos. Rosaria está muerta y también estuvieron en nuestros aposentos. Lo más seguro es que para asesinarnos también.

—¿Dónde está Kayden?

—Fue a buscar a Lenn y a Dex. Nos reuniremos en una de las cuevas fuera del castillo —les informé mientras las escuchaba recoger algunas cosas.

—Por cierto, Limycu también está aquí conmigo —dijo Fely—. Está un poco asustado, pero está bien. Como esta noche iba a hacer tanto frío, lo recogí de Elara para que pudiera dormir aquí.

*Gracias a la Gran Madre.* Todos estaban bien, con suerte Kayden también estaba teniendo tanta suerte como yo. No quería imaginar que fuera diferente.

Las dos mujeres se dispusieron a partir, y esta vez Nayda corrió delante con la espada desenvainada.

Nos arrastramos por los pasillos del palacio dormido, pero el silencio era engañoso. Ahora lo sabíamos. Solo una vez vimos a algunos guardias corretear por los pasillos mientras nos escondíamos en las sombras.

Justo antes de llegar a la cueva, Nayda frenó de golpe y nos empujó hacia la siguiente esquina oscura.

—Hay gente de Gronus —susurró, mirándonos con preocupación.

—¿Qué hacemos? —pregunté, mirando de una a la otra. Me mordí el labio inferior para mermar el nerviosismo que tenía—. ¿Y si interceptaron a los chicos?

Nayda se quedó pensativa un momento hasta que en su rostro apareció una determinación que me asustó.

—Lo importante es ustedes se vaya —dijo y su rostro se volvió impenetrable—. Yo los distraeré y ustedes dos bajen corriendo las escaleras hacia la cueva.

—Estás loca —le espeté—. Desde luego que no. Tampoco sabemos dónde están los demás. Tenemos que encontrarlos primero.

Tal vez podría averiguar dónde estaba Kayden. A través de nuestro vínculo. Cerré los ojos y me sumergí en el vínculo que nos unía hasta llegar a su lado. Familiar, la certeza de su presencia palpitó en mí y me envolvió cálidamente. Estaba vivo y tenía que estar cerca. Mi corazón saltó de alegría.

—Kayden no está lejos de aquí —les informé. Una vez más, miramos a la vuelta de la esquina para ver si podíamos divisarlo en alguna parte, cuando de repente un cuchillo se pegó contra mi garganta por segunda vez en la noche. En el instante me envolvió el frío aire nocturno y el cuero, que me arrancó una sonrisa.

—Tienes que estar más atenta —susurró la voz ronca de Kayden contra mi oído, solo para besarme ahí.

—¡Mierda! ¿Ni siquiera puedes contenerte en una situación tan condenadamente dramática? —maldijo Nayda en voz baja, volviéndose hacia nosotros.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Kayden sin responder a sus quejas.

—El acceso a las escaleras que llevan a la cueva está bloqueado.

—Entonces tendremos que probar por el tejado —sugirió Dex y Kayden asintió, ensimismado. ¿No estaba cómodo con esa ruta de escape?

—Vamos, antes de que monten guardia ahí también —dijo Lenn y echó a correr en la dirección por la que habíamos venido.

—Estoy tan aliviada de que todos sigan vivos —le susurré a mi marido. Me acercó un poco y me dio un beso en la sien.

—Yo también.

Seguimos a los demás y de nuevo tuvimos que abrirnos paso por el palacio sin ser vistos. Todos nosotros, incluso Fely, íbamos fuertemente armados, pero queríamos evitar un enfrentamiento con los hombres de Gronus.

Subimos en silencio varios tramos de escaleras hasta que por fin llegamos a una pequeña puerta.

—¿Dónde estamos? —pregunté. No venimos por donde fuimos a la clase de vuelo con los jóvenes. Estos pasillos y escaleras eran mucho más estrechos.

—Este es un acceso al tejado que no se utiliza a menudo. Solo cuando hay que limpiar las chimeneas traseras. Lo que ocurre quizá una o dos veces al año. Así que tenemos que esperar que la puerta no esté cerrada con llave —dijo Dex y empujó hacia abajo el picaporte, que todos observamos con la respiración contenida.

Por desgracia, no se podía abrir. Detrás estaba el tejado del palacio. Estábamos tan cerca de nuestro destino.

—Puedo forzar la puerta para abrirla, pero hará mucho ruido —dijo Lenn, rascándose la nuca.

—Déjame ver —dijo Fely, apartando a Dex con energía. Luego sacó dos horquillas de su peinado y empezó a hurgar con ellas en la cerradura de la puerta. Para sorpresa de todos, al final hizo clic y el vil nos sonrió satisfecha—. Lo aprendí durante mi estancia con los humanos —explicó, radiante de alegría. ¿Con los humanos? Probablemente no era la única que se lo preguntaba, pero ahora no teníamos tiempo para eso. Teníamos que seguir adelante. Dex volvió a empujar la manilla con cuidado y esta vez la puerta se abrió sin problemas.

Nuestro amigo se asomó con cuidado por el hueco antes de abrirlo más y hacernos señas para que pasáramos. Agachándose, se dirigió al siguiente saliente y nosotros hicimos lo mismo.

El aire frío de la noche azotó nuestras caras con fuerza y el aullido del viento sugería vientos huracanados.

—No es el mejor tiempo para una excursión —comentó Lenn a mis pensamientos.

—No, definitivamente no —asintió Kayden, mirando al cielo sobre nosotros—. Pero no tenemos otra opción.

Con Dex a la cabeza, seguimos corriendo por el tejado, escondiéndonos detrás de los salientes de las paredes a intervalos regulares. Hasta ahora no habíamos podido ver a nadie. Probablemente la gente de Gronus estaba vigilando las otras entradas desde dentro, al calor.

De repente oímos voces y nos retiramos detrás de un muro.

—Son Dorian y Julze —nos informó Dex, mirando preocupado a su alrededor.

—¿Qué hacen aquí? ¿En mitad de la noche? —preguntó Nayda enfadada.

—Voy a echar un vistazo", dijo Lenn y desapareció al instante. Era demasiado ágil para su estatura, serpenteó de pared en pared para acercarse a los dos jinetes de dragón sin ser visto.

—Creía que Dorian estaba detenido —susurré sorprendida, recordando a los guardias que se lo habían llevado.

—Yo también —respondió Kayden.

De repente, Lenn apareció delante de nosotros y me sobresalté. ¿Cómo se las arregló para ir y venir tan rápido?

—Los dos ya no están solos —informó—. El dragón de Julze y el recién llegado en el que voló Jadina acaban de llegar.

—¿Troas? —Gemí sorprendido—. ¿Qué quieren de él?

—Sea lo que sea, están justo en la zona de aterrizaje. No podemos llamar a nuestros dragones sin que se den cuenta. Esos pequeños idiotas se tienen que quitar de ahí —regañó Dex y yo lo miré asombrada. No me había dado cuenta de que él también podía enfadarse.

—¿A dónde vamos a escapar de todos modos? —Nayda preguntó ahora y todos nos miraron a Kayden y a mí.

Intercambiamos una mirada. Era una locura decirlo en voz alta.

—Al palacio Eclariano. Rosaria quería que fuéramos a la fuente de la maldición, y ciertamente no sin razón —dijo Kayden.

—Yo también lo creo. Pero solo si todos vienen con nosotros. —Miré al Vile—. Tú también, Fely. No voy a dejar atrás a nadie que me importe.

—Ya escucharon a mi mujer. Entonces, ¿vienen? —les preguntó Kayden a nuestros amigos.

—Cuando se trata de una aventura peligrosa, por supuesto que no digo que no —anunció Nayda de inmediato y no esperé que dijera nada más.

—Estoy de acuerdo contigo. Pueden contar conmigo. —Lenn sonrió con picardía.

—Bueno, los seguiré a donde sea que vaya —dijo Dex.

Ahora solo faltaba la respuesta de Fely. Estaba claro que seguía luchando consigo misma.

—¿Fely? —pregunté en voz baja. ¿Qué haría si se negaba? Esto se había vuelto demasiado peligroso para ella.

—¿Y Eline? —preguntó finalmente. Por supuesto que también nos la llevaríamos. De eso no había duda.

—Los demás creen que Eline ha muerto —dijo Nayda, mirándose las uñas un poco distraída.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque los tres difundimos el rumor en palacio. —Señaló primero a Lenn y Dex, y luego a sí misma—. Después de llevarla a Felycitia, tuvimos que dar una razón de su ausencia. Así que le dijimos a todo el mundo que estaba muerta.

# CAPÍTULO 39



***La jerarquía de los dragones es muy clara.***
***El Señor Dragón es el primero de la lista***
***de su estructura de poder.***
***Fue elegido porque es el más fuerte y el más dotado de todos los dragones.***
***Su magia es incluso más fuerte y sobresaliente***
***que todos los demás.***
***Es a quien debe protegerse en una guerra.***

**Libro de texto del tercer año de la Rider Academy**

Sin saber si este giro de los acontecimientos era bueno o malo, me pregunté si Eline podría irse con nosotros en aquel momento.

—Eso facilita las cosas, porque entonces nadie la estará buscando. No me gustaría enviarla a un viaje como este todavía —respondió Fely a mi pregunta sin darse cuenta.

—¿Puede cuidar de sí misma? —pregunto Kayden.

—Sí, no hay problema dentro de la cabaña. Y hay suficiente comida en la despensa para todo un mes.

—Pero los hombres de Gronus no dudarán en buscar a Felycitia allí mismo y entonces encontrarán a Eline. Ella todavía no está a salvo —señaló Dex.

Kayden se lo pensó y se frotó la nuca.

—Eso solo significa una cosa —exclamó Lenn con seguridad y, de algún modo, tuve la sensación de que se trataba de una idea arriesgada con la que estaba a punto de sorprendernos—. Tenemos que ser vistos escapando para que nadie tenga la idea de buscar a Felycitia.

—No es mala idea —tuve que admitir. Arriesgada, pero tenía sentido—. Si llamamos la atención en cuanto estemos sobre los dragones, debería funcionar sin problemas.

—¿Te atreves a venir con nosotros de esa manera? —preguntó Nayda a Fely sin rodeos.

—Sí —respondió con voz firme y descubrí una nueva determinación en sus rasgos. Una neblina verde azulada se había formado alrededor de su cabeza. Tenía que saber qué significaban esos colores.

—Bien, entonces está decidido. —Kayden volvió su atención a la zona de aterrizaje y a los jinetes de dragón que interferían allí—. Ahora solo tenemos que deshacernos de esos dos.

—No creo que podamos evitar una pelea —suspiró Dex.

—Yo tampoco. —Kayden desenvainó su espada y al mismo tiempo sentí que invocaba su magia, que, a su vez, se agitó dentro de mí—. Vamos. No debemos perder más tiempo. Solo… No vayan a hacerles daño.

—Obvio —susurró Nayda y supe que sus planes eran muy distintos. Así que me puse a su lado e invoqué también mi magia de luz.

—Se ve tan condenadamente fantástico cada vez que brillas —jadeó con admiración, y solo entonces me di cuenta de que no tenía ni idea de qué don poseía. Al mismo tiempo, saqué dos cuchillos de mi cinturón y esperaba que mi amiga hiciera lo mismo, pero ella se limitó a sonreír, levantó las manos y en ese momento sus uñas crecieron hasta convertirse en diez largas y afiladas garras que brillaban como acero puro a la luz de la luna.

—Tampoco tiene mala pinta —dije asombrada a la vez.

—Sí, puede ser bastante práctico —se rio—, sobre todo si te atacan en tu cuarto en mitad de la noche.

Así fue como consiguió cazar a los atacantes.

—Vamos —oímos ordenar a Kayden, que ya había abandonado la seguridad del muro. Dex se unió a él, poniéndosele de repente un montón de pelo en la cara y creciendo unas cuantas cabezas.

—Es un metamorfo —me susurró Nayda—. Los osos son su animal favorito.

—¿Y Lenn? ¿Puede hacerse invisible? —quise saber y miré a mi alrededor buscando.

—Lo más probable es que ya esté con eso dos. Es realmente rápido —informó mi amiga mientras seguía a mi marido.

Eso explicaba cómo siempre era capaz de acercarse sin ser escuchado. Aunque *escabullirse* no era la palabra adecuada para él.

Fely corría justo detrás de mí. También había desenvainado su espada y ya tenía una bola de agua en la mano. Esto sin duda resultaría muy eficaz contra las bolas de fuego de Dorian.

En efecto, Lenn ya estaba esperando en el último saliente de la pared antes de la zona de aterrizaje del tejado.

Utilizando varias señales con las manos, nos dividió para que acabáramos rodeando al pequeño grupo. Me envió junto con Fely y Nayda al lado derecho, Kayden y Dex cubrirían el lado izquierdo con él.

Por fortuna, Julze y Dorian nos daban la espalda. Al parecer, tenían la loca idea de querer montar Troas, o al menos Dorian, con el dragón de Julze haciendo de intérprete.

El recién llegado, sin embargo, no tenía ningún deseo de volar con el jinete de dragón y siempre saltaba a un lado cuando llegaba con la silla de montar. Entonces me vio y pude ver en el brillo de sus ojos que estaba a punto de cargar contra mí. Tenía que impedirlo a toda costa. ¿Cómo? No reaccionó a mis señales con las manos, que pretendían decirle más mal que bien que debía quedarse donde estaba. Al contrario, solo se agitó más.

Si podía hablar con Elara y Jarok, ¿por qué no también con Troas? Después de todo, él era su hijo y por lo tanto también familia.

*—Troas, por favor, quédate donde estás. De lo contrario nos delatarás.*

Me esforcé por dirigir estas palabras en su dirección. Repetí las frases varias veces hasta que, de repente, el dragón ladeó la cabeza y me miró embelesado.

*—No te traicionaré* —dijo una voz joven en mi mente. ¿Lo había conseguido? Le sonreí con orgullo.

Por fin llegamos a la posición en la que Lenn quería que estuviéramos. Respiré hondo por última vez antes de salir de mi escondite con los demás.

Aún era demasiado pronto para atraer la atención de los hombres de Gronus dentro del palacio.

—Llama a tu dragón —me susurró Nayda y a lo lejos pude ver las siluetas de unos cuantos dragones en el velo rosado del sol naciente.

*—Jarok, te necesito. Estoy en el tejado del palacio* —le hice saber a mi dragón a través de mi mente.

*—Ya estoy en camino. Elara me avisó. Enseguida estoy contigo* —oí resonar en mi cabeza la profunda voz de aquel poderoso ser. La emoción me invadió. Nunca había volado en Jarok. Pero no tuve tiempo de pensar en ello, porque en ese mismo instante Julze se volvió hacia nosotros y se quedó helada.

—Dorian —habló en voz baja en dirección a su compañero—. Ya no estamos solos.

El otro jinete de dragón se volvió también hacia nosotros y su mirada, que se llenó de odio en el instante, se posó en mí.

—¿Qué hacen aquí? —escupió a nuestros pies. Incluso después de que el señor dragón lo reprendiera y lo excluyera de la ceremonia de vinculación como castigo, seguía comportándose de forma imposible.

—No es asunto tuyo —gruñó Nayda y dio más pasos hacia los dos, extendiendo sus garras hacia ellos.

—¡Ja! —Fue más una exclamación sarcástica que humorística—. En otras palabras, están aquí en el tejado sin permiso, igual que nosotros. Entonces, ¿qué van a hacer al respecto? ¿Llamar a tu padre, Kayden, para que venga en tu ayuda? ¿O más bien a ese maldito señor dragón?

¿Cómo podía comportarse de aquella manera? Era un misterio para mí. Al parecer, no solo iba dirigido a mí como cazadora, sino también a su rey y al jefe de los dragones.

Troas emitió una nube de humo y se acercó peligrosamente a Dorian. No quería dejar impunes las últimas palabras de su abuelo.

—Deberías tener cuidado con cómo hablas de los demás —advirtió Kayden, señalando con la barbilla a los dragones, ambos se acercaban ahora a Dorian, el mayor de ellos, el dragón verde de Julze, enviando un resplandor rojo por su garganta.

¿Cuándo lanzaría sin más su bola de fuego contra Dorian? ¿Cuántos insultos más harían falta para agotar la paciencia de esta criatura?

—Oh, no podría importarme menos —se desentendió Dorian, formó una bola de fuego en su mano y nos miró a todos por turnos, retándonos.

Este hombre de verdad sufría delirios de grandeza si pensaba que podía hacer algo contra todos nosotros. Frente a él se encontraba la primera tropa de vuelo del ejército de jinetes, el rey y la reina y dos dragones cuya familia y amigos llegarían en cualquier momento.

—Déjalo, Dorian —exigió Lenn. "Ninguno de nosotros quiere pelear y arriesgarse a ser visto después de todo.

—Tanto mejor —contestó y se echó a reír—. Prefiero ir a una celda a que ella… —me señaló—, se salga con la suya.

Ahora Julze también abrió los ojos con incredulidad y miró con fijeza a su amigo. Su mirada hacía parecer que estaba viendo su verdadero yo por primera vez. Incluso la estaba sacrificando por su odio, porque si nos encontraban aquí, Julze también acabaría en una celda.

El dolor parpadeó en sus ojos y se apartó de él para unirse a nuestra formación.

Allí también sacó su espada del cinturón que llevaba a la espalda y formó con la otra mano una de esas flechas de hielo que yo ya había disfrutado unas cuantas veces. El recuerdo del dolor cuando tal flecha penetraba en la carne y destruía todo el tejido era una satisfacción esta vez. Después de todo, Dorian también me hizo

sufrir en la arena. Quiso matarme. Gracias a su arrogancia yo seguía viva. Dorian había insistido en ser el último del círculo en usar su magia contra mí, y debía ser el golpe mortal.

La retirada de Julze no pasó desapercibida para él, que ahora la miraba enfadado.

—La verdad es que no me esperaba eso de ti —dijo chasqueando la lengua con desaprobación—. Ya verás lo que sacas.

Como un poseso, nos disparó bolas de fuego. Una fue directa hacia mí.

«Ven, magia de luz, ayúdame por favor», supliqué para mis adentros y esta súplica fue atendida, porque en el mismo instante sentí que la luz se acumulaba en mi mano. Justo a tiempo, pude rechazar el orbe con mi luz y vi cómo los demás también conseguían destruirlo con la ayuda del agua, el viento, las garras, la velocidad y el hielo.

Mientras tanto, más dragones habían aterrizado en el tejado. Descubrí a Elara, Sunny y Molgar, el dragón de Nayda.

Con suerte, el dragón de Lenn, Trihar, y Jarok llegarían pronto para que por fin pudiéramos salir de aquí. No me gustaba nada toda esta situación con el jinete.

Apretaba las mandíbulas con fuerza, frustrado por el ataque fallido, y su mirada llena de odio se volvió hacia mí. ¿Qué le había hecho? ¿O era mi dragón el que se había atado a mí? ¿Había querido Dorian reclamar a Jarok para sí? Los dragones eligen a los jinetes, no al revés. Debería ser consciente de ello. Aunque este odio ya existía antes de la ceremonia de unión.

—Todo es culpa tuya —me espetó y luego disparó una andanada en mi dirección. *¡Mierda!* Estas bolas de fuego se dirigían hacia mí a una velocidad increíble. Una vez más, formé luz en mi mano y la utilicé para repeler los primeros ataques. Pero entonces, por el rabillo del ojo, vi a Jarok aterrizar en el tejado y dirigir su atención hacia Dorian.

—*No le hagas daño* —le supliqué, pero aquella distracción bastó para que no viera a tiempo una de las bolas que Dorian me lanzó. Me rozó el hombro con un silbido y un dolor caliente me recorrió el brazo. Al momento siguiente oímos cómo el proyectil golpeaba con

estrépito una de las puertas que daban acceso al palacio, que estalló en llamas.

Sin embargo, conseguí esquivar las otras balas y al momento siguiente Kayden estaba a mi lado.

—¿Estás bien? —jadeó preocupado mientras me examinaba el hombro. Me ardía muchísimo, pero ya notaba cómo mi magia se encargaba de la herida.

—Sí, todo está bien, pero debemos salir de aquí ahora. Ese estruendo debe haberse escuchado fuerte en el palacio.

Kayden asintió y se volvió hacia el resto del pelotón.

—¡Todos a sus dragones ya! —gritó. Ya no era necesario mantener la calma ni el silencio.

# CAPÍTULO 40



***Mi hijo tiene una magia muy fuerte.***
***Si la profecía es de creer,***
***también se dice que la cazadora es muy poderosa.***
***Un niño de esta conexión podría llegar a ser grande bajo mi custodia.***

**Del diario de Gronus**

Llévenme con ustedes —suplicó de repente Julze a mi lado.

Una rápida mirada a Kayden fue suficiente. Nos había ayudado y, como el señor dragón también lo notó, se arrepentía de lo que había hecho. No merecía estar ahora a merced de los hombres de Gronus.

—Claro que sí. Súbete a tu dragón y síguenos —le ordené. Kayden sonrió y me pareció reconocer orgullo en ella.

—Vamos, te llevaré a Jarok —dijo, intentando apoyarme, pero me resistí.

—No necesito ayuda. Ve con Elara y larguémonos de aquí. —Le di un beso rápido en la mejilla para que mis palabras no parecieran demasiado duras y luego corrí hacia mi dragón.

—*Siento haber tardado tanto* —se disculpó en mi cabeza.

—*Todo está bien. Ya estás aquí. Tenemos que darnos prisa. Me duele mucho el hombro. Me vendría bien un poco de ayuda extra* —admití mientras me colocaba frente a aquella enorme criatura y miraba hacia su espalda, que era mi objetivo.

De repente oí un fuerte estruendo detrás de mí. La puerta que nos conducía al tejado crujía sobre sus goznes y amenazaba con romperse de su anclaje. La guardia de Gronus podía irrumpir en cualquier momento.

Jarok se tumbó delante de mí y estiró la pata delantera para que yo pudiera subir. Los primeros pasos los hice bien, pero cuando llegué a la parte más empinada, mi hombro falló estrepitosamente y no pude encontrar un punto de apoyo para tirar hacia arriba.

—*Espera, te ayudaré* —refunfuñó Jarok, y al momento siguiente sentí que su gran garra se acercaba a mí y me empujaba con cuidado hacia arriba.

—Gracias.

Se oyó otro fuerte estruendo. Sobresaltada, me apuré y traté de llegar aún más rápido a la parte trasera, donde, para mi sorpresa, me esperaba una silla de montar.

—*¿Cómo llegó aquí la silla?* —pregunté. Solo ahora vi que todos los demás dragones también llevaban una. No supuse que pudieran ponérsela ellos mismos.

—*Unas sacerdotisas estaban con nosotros y nos las pusieron. Nos dijeron que esperáramos hasta que nos llamaran. Entonces deberíamos darnos prisa* —explicó.

¿Rosaria sabía sobre su muerte? ¿Sabía lo que ocurriría luego de reunirse con nosotros? Me invadió la tristeza.

—*Agárrate a las correas. La puerta no aguantará mucho más* —me advirtió mi dragón y, con manos temblorosas, hice lo que me dijo. Cogí las gafas de vuelo de mi equipaje y, en cuanto oí un fuerte golpe en la puerta, me dispuse a volar.

—Llévame a mí también —oí de pronto una voz completamente asustada procedente de Dorian. Su suficiencia y arrogancia, con las que antes había anunciado que iría encantado a una celda con tal de que yo no consiguiera lo que quería, habían desaparecido. En su lugar, ahora veía a un hombre joven, con los ojos muy abiertos por

el terror, al que le esperaba un destino cruel si lo encontraban aquí. Sin duda sería torturado para sacarle información.

Sabía que era un riesgo, pero había visto lo que les habían hecho a Eline y Rosaria. Ni siquiera Dorian se merecía eso.

—*Troas, agárralo y llévatelo contigo, por favor* —le pedí al recién llegado. Todavía no estaba ensillado, así que se balanceó en el aire y luego agarró al jinete de dragón por la cintura con sus garras y se lo llevó con él.

Dorian se aferró temeroso a la silla de montar, que al parecer quería volver a colocar en el joven dragón. Pero no hubo tiempo.

Jarok despegó y en el momento en que los hombres de Gronus asaltaron el tejado, todos estábamos ya tan altos que sus proyectiles mágicos no pudieron alcanzarnos.

Reconocí las caras de algunos de los jinetes de dragón que siempre habían sido muy amables conmigo. Tristemente, me di cuenta de que o bien había sido una farsa o bien aquellos hombres fueron obligados por Gronus a matar a la sacerdotisa y a nosotros.

Nos miraron horrorizados y nuestro plan funcionó. Sabían quiénes estaba en nuestro grupo porque sus ojos también se posaron en Fely, que volaba con sus hermosas alas junto al dragón de Nayda. Con suerte, eso fue suficiente para evitar que la buscaran en su cabaña y luego descubrieran a Eline.

Agitando las alas enérgicamente, Jarok se cerró junto a Elara, que no perdía de vista a Troas a su otro lado.

Con nostalgia, miré hacia el castillo de Dragonfall. El contorno de las torres se hacía cada vez más pequeño a medida que los dragones avanzaban a paso ligero. Aunque muchas cosas me sucedieron ahí, había despertado dentro de mí un sentimiento de hogar, de pertenencia. En ese lugar encontré a mi alma gemela, a mis amigos y a mi dragón. Ahora me daba cuenta de que me resistía a abandonar este lugar por completo. ¿Cómo se sentirían los jinetes que habían vivido aquí durante décadas?

Kayden miró al frente, casi como si quisiera evitar volver la vista a su casa.

—*No te preocupes por él* —oí la voz de Elara en mi cabeza—. *Su hogar está donde estás tú. Eso es todo lo que necesita para ser feliz.*

*Además, hay demasiados malos recuerdos para que los asocie con el castillo.*

Tal vez ella tenía razón y lo mismo era cierto para mí. Kayden me completaba y me hacía sentir segura y amada. Sería tonto asociar estas emociones con un lugar.

Volví a mirar hacia atrás y me pareció ver las siluetas de dragones a lo lejos.

—*Tenemos que ir más rápido* —insté a Jarok—. *¿Y si retoman la persecución?*

Una risa burbujeante sacudió mi cuerpo. Me sorprendió darme cuenta de que procedía de Jarok.

—*¿Qué tiene de gracioso esa suposición?* —pregunté, un poco ofendida. ¿Se estaba riendo de mí?

—*No, tu sospecha de que podrían estar siguiéndonos no tiene ninguna gracia. Ya hemos pensado en eso y tomamos precauciones.* —Una vez más, la risa burbujeante me hizo cosquillas. Al parecer, era de esas precauciones de lo que se reía.

—*¿Qué hicieron?* —quise saber y no pude evitar sonreír.

—*Al principio no sabíamos qué hacer, pero a uno de los recién llegados se le ocurrió una idea brillante.* —Jarok apenas podía continuar, estaba tan agitado por la risa. Si no le hubiera llevado en volandas desde el primer momento, lo habría hecho ahora como muy tarde—. *Untamos la parte inferior de las monturas con mocos de dragón. Así se resbalarán cada vez que intenten subirse sobre ellas.*

Sonaba como una travesura infantil y era al mismo tiempo como Jarok lo había descrito: brillante. Probablemente pasarían siglos antes de que las monturas estuvieran limpias y luego atadas. Así que, después de todo, fue una suerte que Gronus mandara llamar a los jóvenes. Para cuando nuestros perseguidores pudieran ponerse en marcha, nosotros ya habríamos llegado a la maldita franja negra de Eclaria y nadie nos seguiría hasta allí. El miedo era demasiado profundo y la creencia en las terribles historias era demasiado fuerte.

Nos deslizamos casi en silencio por el cielo, mientras el sol seguía saliendo a nuestras espaldas y bañaba de un suave color rosa los

picos de las montañas empolvados de blanco. Era tan hermoso aquí arriba, por encima de las nubes, que casi se podía olvidar todo lo que había pasado en la última hora. Debería decirle a Kayden que Rosaria sabía lo que le iba a pasar.

*—Elara, ¿puedes por favor darle a Kayden un mensaje de mi parte?* —le pregunté a la dragona a través de nuestra conexión mental.

*—¿No puedes hacerlo tú misma?* —respondió asombrada.

*—No, la corriente de aire es demasiado ruidosa. Estaría gritando como una loca.*

*—No me refería a eso. ¿No tienen una conexión mental entre ustedes?*

*—No, no de esa manera. Podemos sentirnos y adivinar lo que la otra persona quiere decir, pero nada más.*

*—¿Estás segura?*

¿Estaba segura? Por supuesto que deseaba que fuera de otro modo, pero el libro había dicho que la comunicación telepática no se concedía a todas las almas gemelas.

*—Sí, por desgracia* —respondí.

*—¿Ah, sí?* —Hizo una breve pausa, como si quisiera darme un poco más de tiempo para pensar—. *¿Qué debo decirle?*

*—Por favor, dile que fueron las sacerdotisas quienes te ensillaron. Eso indica que Rosaria sabía lo que le pasaría. Ella nunca nos habría puesto en peligro de no haberlo sabido. También estoy segura de que ella no nos traicionó a los hombres de Gronus. Nadie sabe a dónde vamos.*

*—Se lo diré* —prometió la dragona.

*—La sacerdotisa era una mujer fuerte* —intervino ahora Jarok—. *Ninguna tortura habría podido arrancarle palabras que quería mantener en secreto.*

Jarok tenía razón. Lo más seguro es que la decidieran matar por no haber revelado nada.

*—¿Cuándo llegaremos por fin?* —intervino de pronto la voz juvenil y algo molesta de Troas.

*—Pronto* —intentó tranquilizarle su madre.

*—¿Cuándo es pronto?* —preguntó sin embargo el recién llegado.

*—Pronto será cuando lleguemos. Y ahora deja de quejarte, Troas* —dijo Jarok con voz severa.

*—Vaya* —resopló aún más molesto—. *Este jinete de aquí es pesado y creo que ha mojado los pantalones* —continuó quejándose —. *Es asqueroso y apesta.*

Esta vez fui yo quien tuvo que reírse. La refrescante honestidad de ese joven dragón era demasiado divertida.

*—Ahora aún te ríes, pero espera a tener hijos* —refunfuñó Jarok y mi risa se apagó de inmediato. Hijos. ¿Podría tener hijos con Kayden? Mi mirada se desvió hacia mi alma gemela. Sin duda sería un buen padre. Muy diferente del suyo, eso lo sabía con certeza.

Pero, ¿podría ser yo una buena madre?

Asombrada por mis propios pensamientos, sacudí la cabeza. En un momento como este, con guerras e incertidumbre para el país y mi propia vida, era un pensamiento absurdo.

*—Por cierto, Kayden está de acuerdo contigo* —me interrumpió Elara.

*—¿Con qué? ¿Con Rosaria o con el hecho de que no podemos comunicarnos de forma mental?* —pregunté, un poco confuso.

*—Con ambas* —respondió la dragona y la oí divertida ante mi confusión—. *Y estoy segura de que serías tan buena madre como reina. Puedo sentirlo.*

Atónita por su declaración, que significaba tanto para mí, la miré. Ella también me miró directo a los ojos y luego me guiñó un ojo de forma conspiradora. No pude evitar sonreír.

*—Gracias.*

De repente, noté cómo volábamos cada vez más bajo y atravesábamos la capa de nubes que teníamos debajo. Estiré los brazos a ambos lados y dejé que las nubes se deslizaran entre mis dedos. Volar era la sensación más hermosa del mundo y me encantaba.

# CAPÍTULO 41



***Las sirenas viven en las profundidades de los océanos.***
***Son mujeres sabias y poderosas***
***y están en contacto directo con los oráculos.***
***Estas criaturas son capaces,***
***para poner las profecías en palabras,***
***para revelarlas a otros seres mágicos.***
***A menudo se les subestima por su belleza.***

**Extracto de la antología**
***Las criaturas mágicas de Brysalia* por Horacio**

Cuando salimos volando de la alfombra blanca de nubes, Eclaria yacía en la oscuridad bajo nosotros. Los primeros rayos de sol aún no habían llegado a la tierra y el resplandor de la luna estaba oculto por las nubes.

Apenas se veía nada, ya que todo estaba engullido por las sombras de la noche. Por fortuna, pronto se haría de día y el sol sacaría todo a la luz.

Entrar en una tierra maldita a oscuras me daba mala espina. Si me iban a maldecir, quería verlo venir y no caer a ciegas en una trampa.

—*Ya casi hemos llegado* —me informó Jarok—. *Aterrizaremos en las orillas del río justo antes de que se funde en el lago frente al palacio. Tal y como nos dijeron las sacerdotisas.*

¿Qué más sabía Rosaria que no nos dijo?

—*De acuerdo* —respondí y miré hacia el paisaje. Los primeros rayos de sol atravesaban ya la capa de nubes y, aquí y allá, divisé cumbres nevadas. Seguíamos sobrevolando la tierra de los jinetes de dragones.

¿Podría sentirlo en cuanto llegáramos a la tierra negra?

—*¿Has estado alguna vez allí? En el Palacio Eclariano, quiero decir* —le pregunté a mi dragón.

—*Sí, al principio, después de llegar aquí. Mi padre tuvo la idea de ir al lugar donde todo empezó. Esperaba poder conseguir algo con la magia, pero cuando llegamos, nos dimos cuenta de que no podíamos hacer nada contra esa forma de magia.*

Si seres tan poderosos no podían hacer nada, ¿cómo íbamos a poder hacerlo nosotros? Pensar en la carga que la profecía suponía para Kayden y para mí me enfermaba.

—*¿Por qué vinieron realmente a Eclaria?* —Intenté desviar la atención del tema. Lo único que sabía era que habían aparecido de repente en cuanto se formaron las montañas. Debía de ser antes de que ya no se pudiera entrar en Eclaria. Ya le había hecho la misma pregunta a Elara durante uno de nuestros vuelos, pero esperaba que Jarok pudiera contarme algo más.

—*Porque el oráculo nos lo dijo. Tenemos un trabajo que hacer aquí. No sabemos cuál es. Pero estamos seguros de que estamos en el camino correcto ahora que te has unido a los jinetes y estás unida a Kayden y a mí* —respondió con paciencia.

—*Eres de Aughurn, ¿verdad?*

—*Sí, así es.*

—*¿Así que ya no hay dragones en Aughurn?*

Jarok se rio.

—*Claro que sí*. *Solo nuestro clan fue enviado aquí. Los otros clanes siguen allí.*

—*¿Cómo es Aughurn? ¿Y en el resto de Brysalia?*

*—No se puede resumir en términos generales. Cada reino es completamente diferente de los demás. Aughurn, por ejemplo, tiene muchas montañas altas, igual que Eclaria, mientras que Ellyllia es una isla flotante sobre tierra firme con una cascada que cae de ella* —explicó el dragón e intuí que echaba de menos su hogar.

*—Debe ser precioso.*

*—Lo es. Pero allí también hemos tenido que luchar contra el mal. Undgar, el mayor de todos los reinos, fue ocupado por un ser del inframundo, y cuando quiso apoderarse de toda Brysalia, hubo una guerra terrible que se cobró muchas víctimas. Incluso entre los dragones.* —La tristeza y el recuerdo de las pérdidas resonaban en su voz.

*—Fely me habló de esa guerra* —le dije.

*—La pequeña Vile luchó valientemente entonces y, sin su ayuda, Brysalia no sería ahora un país libre* —dijo Jarok entusiasmado sobre la sanadora. Debería haberme quedado claro que intentaba ocultar su verdadero papel en esta guerra. Al parecer, fue más que una de las muchas que luchó contra el mal en esa batalla.

*—No me lo dijo de esa manera* —dije y tuve que sonreír, pues le quedaba muy bien a Fely.

*—No esperaba otra cosa de ella.* —Observamos en silencio a la Vile, que seguía volando junto a Nayda. Debía ser muy agotador para ella. Sin embargo, mantenía una cara seria.

*—Pobrecita* —Jarok interrumpió el silencio—. *Se ha vuelto cada vez más retraída en las últimas décadas. Al principio, esperaba cada día que su marido llegara a Eclaria en su barco y la liberara. Pero los años pasaban y no había rastro del mundo fuera de esta isla. Seguía intentando creer en sus amigos y en su liberación, pero cada vez la veíamos menos. Hasta que apareciste tú.*

*—Espero que nos aseguremos de que Fely pueda regresar a su país de origen.*

*—Yo también lo espero.*

*—¿Ya vamos a llegar?* —se oyó de nuevo la voz molesta de Troas. Empezaba a dudar de si había sido buena idea llevarlo con nosotros.

Pero ni Elara ni Jarok respondieron a su hijo, que dejó escapar un gemido de frustración extrema.

El sol iba ganando fuerza y ahora incluso yo podía distinguir la negra franja de tierra que era nuestro destino. La oscura fachada del Palacio Eclariano destacaba claramente sobre las amarillas arenas del desierto que se extendían al otro lado de la maldita franja de tierra. El desierto. Me traía recuerdos de mis padres y de una época llena de amor y alegría. Sin embargo, también fue el lugar de muchos años de soledad y me di cuenta de que la sensación de hogar que siempre sentí por el territorio arenoso de los cazadores ya no era tan fuerte como antes.

Observé embelesada cómo el palacio se acercaba cada vez más. Hasta ahora solo lo había visto de lejos, pero cuanto más nos acercábamos, más claro se podían ver las flores negras entrelazadas en las paredes. ¿Cómo las había llamado Elara?

—*¿Qué flores son esas que crecen en los muros del palacio?* —le pregunté a mi dragón.

—*Se llaman rosas* —explicó—. *Eran las flores favoritas de la pareja real, según he oído.*

Rosas. Había visto una foto de ellas en uno de los muchos libros de la biblioteca. Por lo general tenían grandes pétalos rojos y espinas en el tallo.

Eran hermosas, elegantes y, sin embargo, peligrosas. Comprendía la afición de la anterior pareja real por esta flor.

Poco antes de llegar al palacio, nos desviamos y seguimos el curso del río que surgía del gran lago frente a la residencia de los gobernantes.

Los dragones parecían saber exactamente dónde aterrizar. Al momento siguiente aterrizamos en el suelo oscuro, junto al cual el agua, igual negra, serpenteaba por la tierra como un largo hilo. Por primera vez desde que habíamos pisado aquella extensión de tierra, sentí miedo.

Jarok, a quien no parecía molestar la oscuridad reinante en el suelo y el agua, estiró la pata delantera para que yo pudiera desmontar. Pero no estaba segura de querer hacerlo. Un escalofrío me recorrió la espalda al ver la maldición que parecía estar grabada

en la tierra. Las historias sobre este lugar que Lenn, Dex y Nayda me habían contado se apoderaron de mi mente y ya no podía desprenderme de ellas. Me agarré con fuerza a las correas.

Mi mirada se dirigió hacia mi esposo. Ya se estaba desabrochando el cinturón de seguridad y fue el primero en saltar de su dragón para acercarse a mí. En los rostros de los demás vi la misma incertidumbre que tenía yo. Miraban inquietos a su alrededor y no se atrevían a bajar de sus monturas. Todos sabían lo que se decía sobre la maldición. Nadie estaba libre del miedo. Ni siquiera Nayda.

Kayden fue el primero en descender para animar a todos los demás. Entonces yo debería hacer lo mismo.

Temblorosa, inspiré, me desabroché el cinturón de seguridad, me quité las gafas de vuelo y luego me deslicé por la pierna de Jarok hasta tocar el suelo con los dos pies y ser afortunadamente atrapada por Kayden. Algo me pasaba.

—¿Estás bien? —preguntó mi marido preocupado, apretando mi cuerpo más contra el suyo. En cualquier otra situación, habría caído rendida ante nuestra atracción ahora mismo, pero en ese momento, lo único que podía sentir era la furia de mi interior. En el lugar de mi interior donde se escondía mi magia. Surgía como las olas y tiraba de su núcleo, casi como si quisiera liberarse. Sobresaltada por esta sensación, me llevé la mano al pecho, donde se tensó con la siguiente oleada de mi magia. No importaba lo que me estuviera pasando aquí, no parecía afectar a Kayden a mi lado. ¿Quizá era solo mi propio miedo lo que me hacía entrar en pánico?

Fuera lo que fuese, no me estaba permitido mostrarlo, después de todo no quería inquietar a mis amigos. Así que me obligué a sonreír.

—No, todo está bien. Se me durmió la pierna, por eso perdí el equilibrio.

Kayden me miró inquisitivo, pero no dijo nada sobre mi mentira. Era obvia para él.

—*Puedes sentir la maldición, ¿verdad?* —La voz profunda de Jarok gruñó dentro de mí.

—*Sí, puedo, pero también mi magia. Eso me preocupa un poco.*

—¿Entiendes por qué Rosaria quería que aterrizáramos tan lejos del palacio? —Kayden me susurró.

—No. No parece haber mucho aquí. Aparte de tierra y agua negra. Nada más. —Miré a mi alrededor de forma demostrativa, con la esperanza de evitar preguntas sobre mi bienestar. Pero incluso una segunda mirada no cambió el paisaje ni las razones obvias por las que aterrizamos aquí.

Fely y Nayda vinieron corriendo hacia nosotros. La primera miraba a su alrededor con los labios fruncidos y los ojos entrecerrados. La jinete de dragón, por su parte, mostraba su desagrado por este páramo. Sostenía sus gafas voladoras en el puño cerrado, con las articulaciones blancas. Fely, en cambio, me sonrió como si nada pudiera afectar a su carácter amistoso.

—Maldita sea, esto es espeluznante —espetó Nayda—. No creo que sea menos espeluznante en el puto palacio, pero no me apetece detenerme aquí. Así que sugiero que sigamos caminando en dirección al castillo.

—Esa es una buena idea —Kayden estuvo de acuerdo con ella—. Lenn, por favor, adelántate y mira si ves algo sospechoso. —Luego se volvió hacia Dex—. Sunny y tú, vuelen sobre nosotros por si nos atacan desde el aire.

Dex asintió y al momento siguiente estaba de nuevo sobre la espalda de Sunny, muy por encima de nosotros.

—Los demás, saquen sus armas y sígannos. —Por *nosotros*, mi alma gemela se refería aparentemente a él y a mí, porque me cogió de la mano como si nada y corrió conmigo río arriba hacia el lago. Me esforcé por bloquear la inquietud que sentía en mi interior.

Jarok, Elara y los otros dragones nos siguieron.

*—¡Espérenme!* —gritó Troas de repente—. *Tengo un problema con el jinete.*

Me volví hacia él. *«¿Qué suce…?»* No llegué más lejos, porque me quedé mirando a la joven criatura con los ojos muy abiertos y la boca abierta mientras intentaba apartar a Dorian de él. Pero él trepaba por él cada vez más.

—Dorian, ¿qué estás haciendo? —preguntó Kayden, que ahora también observaba el espectáculo.

—De ninguna manera voy a pisar este suelo —gritó el cobarde y volvió a trepar por la pierna de Troas, mientras el dragón seguía sacudiéndoselo de encima.

—Sabes que la tierra no es venenosa, ¿verdad? —le pregunté, aunque aún podía sentir que el contacto con la tierra maldita había provocado un verdadero tornado en el centro de mi magia.

—¿Por qué debería creerte? —Volvió a tener esa vena de odio alrededor de su boca—. Rata del desierto.

Oí a Kayden respirar furioso a mi lado. Oh no, esperemos que esto no termine en una pelea entre ellos dos.

En ese momento, sonó un fuerte grito que atrajo nuestra atención hacia la orilla del río. ¡Julze!

La jinete del dragón se aferró a la orilla, pálida como un cadáver, mientras unos brazos grisáceos la rodeaban. Detrás de ella se alzaba un rostro femenino enmarcado por una cabellera negra. Me miraba fijamente con ojos oscuros y una sonrisa rencorosa que mostraba dos filas de dientes puntiagudos.

# CAPÍTULO 42



***La piel azulada de la sirena se volvió gris,***
***su cabello dorado igual de negro***
***como sus ojos penetrantes,***
***que me señaló.***
***Los hermosos labios,***
***que antes había cantado la profecía,***
***de repente se torció en una sonrisa cruel,***
***que mostraba dos filas de dientes puntiagudos.***
***La maldición había clavado sus garras en ella***
***y nunca la soltaría.***

**De las notas de Hakon,**
**Consejero del Rey Ryland**

Ayúdame —susurró Julze, con lágrimas cayendo por sus mejillas. Kayden, a mi lado, ya había desenvainado su espada. Lenn, Dex, que acababa de aterrizar, y Nayda también iban armados.

Una risita gorgoteante se escapó de la garganta de esa extraña mujer, pero en lugar de soltar a Julze, tiró de ella hacia el agua.

—*Eso es una sirena* —gruñó Jarok en mi cabeza—. *Pero hay algo mal con esa.*

*—Mira su piel gris y su pelo negro. Está maldita, como esta tierra. Eso solo puede significar una cosa: es la sirena que proclamó la profecía hace casi cien años* —reflexionó Elara.

¿Una sirena? Hasta ahora solo había leído sobre ellas en los libros. Siempre se las describía como criaturas sabias y muy hermosas.

Curiosa, me acerqué un paso. Sus ojos seguían clavados en mí y no reflejaban menos interés que el que yo sentía por ella.

—¿Eres una sirena? —le pregunté directa y noté cómo todos, excepto Kayden, me miraban a mí y luego a la desconocida con asombro.

El ser al que se dirigía se detuvo y ladeó la cabeza. Sus cabellos enmarañados cayeron sobre sus hombros y se sumergieron en el agua.

—¿Quién quiere saberlo? —graznó, sacando la lengua negra al final de cada palabra, como una serpiente.

—Me llamo Jadina. Soy la Reina de los Jinetes de Dragón —me presenté. El título, que era mío desde hacía poco, me supo amargo. ¿Qué hacía hasta ahora para ganármelo?

La criatura volvió a soltar una risita y, sin soltar a su presa, levantó la cabeza y olfateó el aire. Al momento siguiente, sus ojos se abrieron de par en par y una especie de excitación pudo verse en sus rasgos.

—Interesante —siseó—. Huelo magia muy antigua en ti. Una magia muy fuerte.

Sin responder a sus palabras, di otro paso adelante y me puse en cuclillas para que quedáramos a la altura de los ojos.

—Ya me presenté —le recordé—. ¿Me dirás ahora quién eres?

—Mi nombre carece de importancia y hace tiempo que lo olvidé. —Por un momento, me pareció ver un destello de tristeza en los iris negros de sus ojos—. Pero sí, soy una sirena.

Tan rápido que mis ojos solo lo notaron demasiado tarde, tiró de la temblorosa Julze completamente al agua con un fuerte tirón. Ella volvió a gritar y empezó a remar con los brazos para alcanzar de nuevo la orilla.

—Una sirena hambrienta —gruñó la criatura acuática.

Corrí hacia la orilla para ayudar a Julze, pero Kayden me detuvo.

—Si haces eso, te llevará a ti también —me susurró al oído. ¡Tenía que haber algo que pudiéramos hacer para salvarla!

La mirada de la sirena seguía posada en mí.

—Deja ir a la jinete del dragón —la insté—. Entonces te diré quién soy en realidad.

Era solo una sensación, pero no podía ser una coincidencia que solo me mirara a mí. Sospechaba que yo era la cazadora de la profecía que había proclamado hacía casi cien años.

—Sé quién eres. Pero no creas que no te comería por eso. —Como para enfatizar sus palabras, pasó su larga y oscura lengua por sus dientes puntiagudos y un escalofrío de asco me recorrió la espina dorsal.

Los intentos de Julze por llegar a tierra y librarse de las garras de la sirena eran cada vez más débiles. Casi parecía que fuera a desmayarse en cualquier momento. La desconocida pasó un dedo huesudo casi con ternura por la mejilla de Julze.

—Pronto se dormirá —siseó, mostrando de nuevo sus dientes afilados—. Y entonces me la comeré. Mi primera comida en casi un siglo.

La expectación se reflejaba en su rostro. Se lamió los labios con avidez mientras un brillo aparecía en sus ojos. Necesitábamos un plan para liberar a Julze. Pero no se me ocurría nada. Lo único que podía hacer era distraerla hasta que alguien tuviera una idea.

—¿Sabías que tradujeron mal tu profecía? —le pregunté, lo que pareció despertar su interés.

—¡Esos chapuceros! —gritó enfadada—. No me sorprende. —Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Qué es exactamente lo que no tradujeron como debía ser?

—Te haré una sugerencia. Cántanos la profecía y luego te diré lo que se transmitió de forma errónea. —Esperaba que tuviera que soltar a Julze para interpretar la canción. Pero la criatura acuática no era estúpida.

Me miró como un lobo con una sonrisa cómplice.

—Te haré otra sugerencia, *Reina*. Métete en el agua conmigo y estaré encantada de entonarte la canción.

Su risa me puso la piel de gallina y miré a mi alrededor en busca de ayuda. Nayda, Dex y Lenn discutían en voz baja, Kayden tenía los ojos fijos en la sirena, al igual que Fely, que también tenía la espada en las manos. Solo Dorian seguía aferrado a la pierna de Troas, completamente ajeno. Julze era su amiga. ¿Tan poco significaba ella para él? Estaba claro que no podía esperar ayuda de su parte.

Así que me volví hacia la sirena.

—Entonces, ¿qué me ofreces a cambio de mis conocimientos? —le pregunté, esperando que fuera algo que nos diera la oportunidad de salvar a la jinete. Ella colgaba sin fuerzas de los brazos de la criatura y apenas podía mantener los ojos abiertos. ¿Por qué no usaba su magia?

La sirena chasqueó la lengua mientras seguía mi mirada hacia su presa.

—No puede usar su magia —respondió a mi silenciosa pregunta —. La maldición del agua se lo impide.

—¿Y tú? —Mi atención estaba ahora puesta en ella—. ¿Todavía puedes hacer magia?

—Demasiadas preguntas y muy poco tiempo —dijo con una sonrisa y no me gustó pensar que aquellos dientes afilados desgarrarían la carne de Julze si no hacíamos algo—. Tic. Tac. Tic. Tac.

—¿Qué estás dispuesto a dar? —gruñí impaciente.

—Ni más ni menos que tú. Estoy harta de la eterna oscuridad en mis aguas y el hambre me roe demasiado a menudo. Tal vez tú puedas cambiar eso. Por eso te ofrezco una información que es importante para ti y no una profecía que ya conoces —respondió y, por primera vez durante nuestro encuentro, no me sonrió.

¿Información? Quería cambiar sus conocimientos por los míos. Pero, ¿y Julze?

Me volví de nuevo hacia mis amigos, pero se limitaron a mirarme con impotencia. ¿De verdad no tenían ni idea?

*—Jarok, ¿no puedes hacer nada para salvar a Julze?* —le pregunté a mi dragón.

*—Por desgracia, no. Para empezar, viola nuestra alianza con los merfolk. Mientras ella no nos ataque, nosotros tampoco podemos*

*atacarla. En segundo lugar, es demasiado rápida. En cuanto disparemos nuestra magia, ya habrá desaparecido. Con Julze, pero también con la información.* —Suspiró con tristeza—. *Sé que te cuesta aceptarlo, pero Julze está perdida.*

¿Habían consultado ya los demás con sus dragones y por eso no habían intervenido? Negociar era tan inútil como atacar. Lágrimas de rabia brotaron de mis ojos.

—Oh. —La sirena volvió a inclinar la cabeza y me miró con sus iris negros—. Por fin te has dado cuenta de que esta jinete de dragón no puede ser salvada.

Apreté los dientes y los puños. La rabia que sentía en mi interior y que amenazaba con alimentar la magia aérea de Kayden crecía a cada segundo que esta constatación se convertía en una realidad implacable.

—Cálmate —me amonestó Kayden en voz baja a mi lado.

—Bien —le espeté a la sirena—. Mis conocimientos por tu información. —No sabía por qué estaba tan interesada en qué parte de la profecía se había traducido mal, pero no me importaba.

Miré por última vez a Julze, que entretanto había perdido el conocimiento y cuyo cabello rojo se difuminaba por el velo de lágrimas ante mis ojos.

—Tú primero —dijo con una amplia sonrisa. Era arriesgado dejarse llevar por eso, porque aún podía decidir dejarme plantada en la orilla del río después sin una respuesta por su parte.

—Como no me fío de ti —dije sincera—, te sugiero hablar de la primera parte mal traducida de la profecía, luego me das tu información y yo te diré qué más se malinterpretó.

Para enfatizar mi posición en esta negociación, crucé los brazos de forma demostrativa delante del pecho.

—Eso está bien. Empieza a hablar —me instó.

—La traducción dice que tengo que casarme con el Rey de los Jinetes de Dragón —le informé, y sus ojos se abrieron de par en par antes de que volviera a soltar esa risita espeluznante.

—Qué tontos eran esos viejos. ¡Un matrimonio! —Miró de mí a Kayden y viceversa—. Espero que ya te hayas dado cuenta de que hay mucho más para ustedes que un matrimonio.

Había curiosidad en su mirada.

—Sí, sabemos que somos almas gemelas —respondió Kayden.

—Aún así siguen casados. —Sonrió con malicia—. Qué delicioso.

—Ahora te toca a ti —dije, ciñéndome al acuerdo.

—De nada. Soy una mujer de palabra —siseó, pero al mismo tiempo acercó a Julze a ella.

—Es conocida por su belleza, elegancia y peligrosidad,
Pero no solo se nombra a uno, sino a tres.
Encuéntralos todos, pero ten cuidado,
pues el doble mundo los vigila.
El tiempo se acaba,
Así que date prisa.
Si los encuentras todos,
átalos a la tierra.
Con poder compartido,
enciendes tu magia.
Así se destruye la maldición,
Solo entonces prescindiré de la chica.

¿Un acertijo? ¿Intentaba tomarnos el pelo? El único rayo de esperanza estaba en la última frase de ese enredo. Dejaría ir a Julze.

—¿Nos darás también tu palabra? —le pregunté.

—¿Para qué?

—A cambio de que la liberes cuando rompamos la maldición. —Señalé a Julze para aclarar.

—Sí, lo haré. —De nuevo, su dedo acarició la mejilla de la jinete de dragón en su brazo—. Pero solo si llegan a tiempo.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Por qué? ¿Lo preguntas en serio? —La ira brilló en sus ojos—. Quiero volver a ser yo misma y poder regresar con mi familia al océano.

Solo ahora se me ocurrió pensar que ella era tan víctima de esta maldición como el resto de nosotros.

—Ahora cumple tu promesa. ¿Qué más se tradujo mal?

—Se habla de que solo guiaré *a su* pueblo hacia la paz y destruiré *a su enemigo* —le dije señalando a Kayden, observando de nuevo cómo la ira se agolpaba en sus facciones.

—Los tontos empezaron una guerra con ella. Palabras pronunciadas sin ningún cuidado que se convirtieron en la chispa de la división y la ruina. Palabras que han costado muchas vidas. —Sus labios temblaron de ira—. Ahora ya no me sorprende que la profecía aún no se haya cumplido.

Me miró tan penetrantemente que di un paso atrás.

—Resuelvan el misterio y salven a todos —nos instó—. Pero tengan cuidado, porque las apariencias engañan a menudo en este espectáculo de marionetas en el que todos solo somos eso.

Luego desapareció. Ni siquiera un movimiento en la superficie del agua fue testigo de su desaparición. Y se había llevado con ella Julze.

# CAPÍTULO 43



***El Palacio Eclariano se alza majestuoso en una colina sobre el lago y forma el centro de nuestra isla.***
***Con su ladrillo blanco puro, brilla bajo el sol***
***y parece un diamante pulido,***
***cuando la luna está en el cielo.***
***Se puede ver desde todas las direcciones,***
***como un monumento a su poder.***

**De las Crónicas de Vulas**

Mierda! —gritó Nayda y corrió hacia la orilla del río—. ¡Se fue!

Todos compartíamos su rabia y desesperación, pero no tenía sentido centrarse en ello.

—Aún podemos salvar a Julze —le recordé—, pero no si ahora nos ahogamos en nuestra ira. Tenemos que resolver el misterio que nos dijo.

—Tienes razón —concordó Dex—. Pero deberíamos hacerlo de camino al palacio. Cuanto más tiempo permanezcamos aquí, mayor será la posibilidad de que no lleguemos antes del atardecer.

Señaló la sede del gobernante, que se alzaba a lo lejos como un monumento oscuro.

—Entonces pongámonos en marcha —ordenó Lenn, que no tardaría en llegar al destino en pocas horas sin nosotros.

—¡Dex! —llamó Kayden a su amigo, que corría hacia su dragón. Le habían asignado la vigilancia aérea antes de que apareciera la sirena—. Quédate con el grupo. Necesitamos tu ingenio más que tus ojos de águila.

Oh, ahora me daba cuenta de por qué era Dex quien debía vigilar la zona desde el aire. Su habilidad para cambiar de forma le daba la capacidad de ver mejor que el resto de nosotros.

—¿Qué tal si le damos a Limycu el trabajo de Dex? —sugerí y me acerqué a Fely, que había estado cargando con el pequeño desde nuestra huida.

—Limycu, ¿te atreverías? En cuanto veas algo, tienes que chillar fuerte como advertencia —le expliqué mientras su cabecita asomaba por el cuello de la túnica de Fely.

En respuesta, se despegó de su cálido nido, saltó a mi hombro y me acarició la mejilla con el pico. Le rasqué la cabeza y, al momento siguiente, desplegó las alas y voló hacia el cielo. Era tan valiente mi pequeñín.

—No podrá volar todo el día, pero al menos durante unas horas —le dije a Kayden, que observaba a Limycu sobrevolándonos.

—Entonces sugiero que comencemos cuanto antes.

Con eso dicho, nos pusimos en marcha. Como tantos dragones en el cielo llamarían demasiado la atención, ellos también tuvieron que esconderse. El dragón de Julze miró hacia atrás unas cuantas veces, hacia donde la sirena había arrastrado a su jinete al río. Lo sentía por él, pero no podíamos hacer nada más que mirar hacia delante y romper aquella maldita maldición.

—Empecemos por la primera frase —dijo Dex a mi lado, transmitiendo sus pensamientos—. Es conocida por la belleza, la elegancia y el peligro, pero no se menciona solo uno, sino tres.

—Un arma, tal vez —caviló Nayda.

—Ya lo había pensado, pero no todas las armas son conocidas por su belleza —respondió el jinete.

—Bueno, era mi opinión —sonrió la jinete.

—Yo tampoco creo que sea un arma —intervino Fely.

—Quizá sea algo que se subestime por su belleza —continúo nuestro hilo de pensamiento.

—Sea lo que sea —siguió el jinete—. Tenemos que encontrarlo tres veces, y tenemos que encontrarlo en el mundo doble donde está custodiado.

—¿Podría ser el mundo doble el continente de Brysalia? —preguntó Lenn a su amigo.

—Eso sería un problema, porque no es posible que busquemos allí, ya que no podemos salir de la isla —señaló Dex—. No, tiene que ser en otro lugar.

—¿Qué pasa con el mundo de los sueños? —intervino Kayden de repente, mirándome—. Después de todo, tienes el don de la vista, que se refleja en tus sueños. Eso tendría sentido, ¿no?

Le miré pensativa.

—Sí, tal vez. Pero, ¿cómo se supone que voy a llevar un objeto de ese mundo al nuestro?

Cuanto más pensábamos en las palabras de la sirena, más confusas nos resultaban. Sobre todo, cuando llegamos a la parte del acertijo que decía que debíamos atarla a la tierra. Ninguna de las teorías propuestas era coherente. Ni siquiera los dragones podían ayudarnos.

—¡Eso es un montón de mierda! —exclamó Nayda con frustración en un momento dado—. No sabemos qué buscar ni dónde, y desde luego no sabemos qué hacer después con eso.

Seguimos el río hasta el lago. Pero avanzamos despacio, porque los dragones no están acostumbrados a caminar largas distancias. Además, todos tuvimos hambre y sed en algún momento. Ninguno de nosotros había pensado en provisiones en nuestra prisa por escapar y nadie quería beber del río negro.

En el pasado, el hambre y la sed fueron mis compañeros constantes y había luchado a diario contra esa sensación carcomida en el estómago y la garganta. Pero después de las semanas con los jinetes de dragón, en las que me abastecieron y agradaron con comida y bebida, mi cuerpo era igual de susceptible a los efectos de estas carencias.

Lenn ya se había adelantado varias veces para explorar la zona, pero no pudo descubrir nada aparte de la tierra negra y el agua.

—En algún momento de las próximas cuarenta y ocho horas, tendremos que volar de vuelta a las montañas para buscar agua y salir de caza —comentó Kayden.

—O en el desierto —objeté, ya que allí también se podía encontrar todo lo necesario para sobrevivir. No tan abundante como en las montañas, pero, aun así, se encontraba.

—O allí —concordó Kayden conmigo de todas formas.

—¿Crees que llegaremos al palacio antes de que se ponga el sol? —le pregunté en voz baja.

Miró pensativo hacia el castillo, que aún parecía lejano.

—Eso espero. Ninguno de nosotros quiere pasar la noche aquí. Y menos cerca del agua donde vive esa sirena. No queremos correr el riesgo de que nos arrastre a todos al río y nos coma.

Cuando horas más tarde llegamos por fin al lago que bordeaba el palacio, el sol ya se estaba poniendo. Todos estábamos agotados por el largo viaje que nos esperaba. Todos menos Dorian, que hasta el momento se había negado a pisar el negro suelo. Varias veces había estado a punto de arrojarlo al río y cambiarlo por Julze con la sirena. Era un cobarde arrogante y solo se podía sentir lástima por él.

Limycu dormía en la mochila que llevaba al hombro. Voló tanto durante el día, que en algún momento se agotó.

Apenas podíamos poner un pie delante del otro mientras rodeábamos el lago y nos dirigíamos hacia el palacio. Desde aquí se veían claramente las rosas negras que cubrían las paredes hasta lo alto de la torre, junto con sus grandes pétalos y espinas.

Me quedé asombrada. Belleza, elegancia y peligro. Todo eso en una sola rosa. ¿Era a eso lo que se refería la primera parte del acertijo?

—¡Son las rosas! —exclamé emocionada.

—¿Qué quieres decir? —se preguntó Kayden, caminando a mi lado mientras sostenía mi mano entre las suyas.

—La primera frase del acertijo se refiere a una rosa. Mira, tiene sentido, porque las rosas son parte de la maldición.

—Jadina tiene razón —estuvo de acuerdo Fely—. Tenemos que encontrar tres rosas en el mundo doble y luego atarlas a la tierra.

—¡Hay que plantarlas! —gritó Nayda con entusiasmo.

—Eso es —coincidió Dex con ella—. Así que ahora solo tenemos que averiguar dónde exactamente este doble mundo se supone que es.

—Pero, ¿por qué este tipo de flor? ¿Qué significa? —preguntó Lenn asombrado y mientras miraba el palacio cubierto de maleza, yo pensaba lo mismo.

—Quizá encontremos la respuesta allí —dijo Kayden, señalando el asiento del gobernante, al que llegaríamos en cualquier momento. Una gran puerta abierta conducía a su interior.

Incluso nuestros pasos ya se escuchaban contra las paredes. Pero aparte de la piedra negra y las rosas, no se veía nada. Ni seres vivos, ni otras plantas, solo… nada. Era espeluznante.

*—Jarok, por favor, espera aquí fuera* —le pedí a mi dragón, que no necesitó que se lo dijera dos veces. Luego de escucharme, se tumbó a descansar. Elara se unió a él e incluso el rebelde Troas trotó hacia ellos. Dorian seguía pegado a la joven criatura.

—¡Llévame a la puerta! —gritó enfadado y yo le miré, desconcertada.

—¡Vamos, dragón! —trató de ordenar a Troas, pero éste se quedó quieto y no se movió ni un milímetro.

—¿Por qué a la puerta? El dragón, aunque sea el más, no cabrá por ella —dijo Dex, extrañado por las instrucciones de Dorian.

—¿No lo ves? —preguntó señalando la verja—. El suelo detrás no es negro.

Ahora yo también lo vi. Asombrada, caminé hacia la entrada y, en efecto, todo lo que había detrás brillaba en puro mármol blanco.

—¿Cómo? —gemí y Kayden también miró con los ojos muy abiertos aquel esplendor blanco, que brillaba casi rosado bajo el sol poniente.

—Quizá se haya conservado la biblioteca —suspiró Dex aliviado y yo esperaba que tuviera razón. Sin duda podríamos encontrar mucha información allí.

—¡Vete, animal estúpido! —regañó Dorian a Troas, que seguía inmóvil a unos pasos de la puerta. No pude evitar sonreír. Le estaba bien empleado al jinete de dragón.

Dex pasó corriendo junto a nosotros y fue el primero en entrar en el palacio. Lenn, que nunca enviaría solo a su amigo a la boca del lobo, le siguió.

Nayda se enganchó a mí y sonrió.

—¿Te apetece una aventura? —me preguntó y tuve que reírme.

—En realidad pensé que ya estábamos en una desde hacía horas. —Le di un codazo burlón en el costado mientras acercaba a Fely a nosotros—. Pero por supuesto que me apunto.

—Entonces asaltemos el palacio —dijo, mirando a Kayden con ánimo y tirando de mí con ella.

—¡Espérenme! —gritó Dorian y empezó a golpear a Troas.

*—Troas, si no quieres que siga fastidiándote la noche entera, tal vez deberías llevarlo a la puerta después de todo* —le sugerí al dragón. No es que me entusiasmara la idea de llevar a Dorian al palacio, pero Troas me daba pena, después de haber tenido ese vómito en la pata todo el día.

El joven dragón me miró, ladeó la cabeza y pareció pensar. Luego corrió demasiado rápido hacia la puerta, dejó allí al jinete de dragón y finalmente se apresuró a ir con sus padres.

*—Cuídense ahí dentro* —oí la voz de Elara en mi interior—. *Si pasa algo, avísennos.*

*—Entonces también asaltaremos el palacio* —se rio Jarok y tuve que sonreír. Aunque parecía tan enorme y aterrador, en realidad tenía sentido del humor. Kayden, a mi lado, también sonrió. Claro que lo había oído. Todavía no entendía por qué podíamos comunicarnos con el dragón del otro e incluso con Troas a través de nuestros pensamientos, pero no entre nosotros.

*—Eso haremos. Descansen un poco* —le contesté y dejé que Nayda tirara de mí mientras me instaba a atravesar por fin la puerta.

# CAPÍTULO 44



***Hoy en un puesto del mercado***
***Descubrí una hermosa flor.***
***Una rosa azul oscuro,***
***en cuyos pétalos había un brillo,***
***que se asemeja al cielo estrellado.***
***Me detuve ante ella asombrada y el vendedor me pidió que la oliera.***
***Pero cuando le tendí la mano,***
***alguien me lo arrebató delante de mis narices.***
***Un hombre con ojos color caramelo.***

**Del diario de Lady Adayla**

Cuando por fin entramos en el mármol blanco, Dorian ya había desaparecido.

—¿A dónde habrá ido Doria? —pregunté, asombrada y aliviada al mismo tiempo, porque nos habíamos librado de su presencia.

—Ni idea. Pero tampoco me importa una mierda. Sigo sin entender por qué dejaste que el novato se lo llevara. —Nayda me

miró con reproche—. De verdad que tienes que dejar de querer ver siempre lo bueno de todo el mundo.

—No vi lo bueno de Dorian, solo lo malo que le habría pasado si no lo hubiéramos traído con nosotros —defendí mi decisión.

Nayda suspiró, pero no dijo nada más sobre el tema.

—Entiendo tu decisión —dijo Kayden—. Pero como reina, a menudo tendrás que llevar a los criminales ante la justicia y castigarlos. Dorian es un delincuente, no lo olvides.

Eso era cierto. Dorian tampoco le hacía ningún bien al grupo. Era un grano en el culo, siempre rezongando y yo siempre tenía que estar alerta a su alrededor. Después de todo, no ocultaba que me quería muerta.

Entramos en un enorme vestíbulo del que partían pasillos en cuatro direcciones. También había una escalera abierta que se dividía en dos a mitad de camino entre el vestíbulo y los pisos superiores. Justo donde la escalera continuaba a derecha e izquierda, descubrí un retrato muy grande en la pared.

Era un cuadro de un hombre y una mujer. Los miré a ambos con asombro. *¿Es una imagen de Kayden y de mí?*

Me separé de Nayda y Kayden y corrí escaleras arriba para ver más de cerca el retrato. El corazón me latía con fuerza en la garganta. ¿Era de verdad eso? ¿Una imagen de ambos?

Pero cuando me puse delante del retrato, me di cuenta de que, aunque se parecían mucho a nosotros, no éramos nosotros.

Al igual que yo, la mujer tenía el cabello largo y negro y la piel dorada, y en sus ojos, que también se parecían a los míos, detecté determinación y algo feroz. Pero cuando miré su vestido, pensé por un momento que estaba de vuelta en mi boda y coronación en el castillo de Dragonfall.

Su vestido era revelador y elegante a la vez, con cenefas en el escote y la tela… Tuve que tragar saliva. La tela era azul oscuro y estaba cubierta de purpurina, igual que el vestido que Eline me confeccionó.

Si entrecerrabas los ojos, habrías pensado que se trataba de un retrato mío en el baile de coronación. No es de extrañar que verme hubiera asombrado a la gente que entraba y salía de aquel palacio.

Descubrí una placa en el marco con dos nombres. *Reina Adayla y Rey Ryland.* Una vez más, miré asombrada a aquella mujer que se parecía tanto a mí. ¿Era una antepasada mía? ¿O se trataba de una coincidencia?

—¿Entiendes ahora por qué tu vestido causó tanto revuelo? —preguntó Kayden, que se había puesto a mi lado—. La reina Adayla era amada y venerada por el pueblo. Cuando entraste en el salón de baile, todos creyeron verla al principio.

—Sí, me sorprendió nuestro parecido admití—. Pero también tienes un gemelo en este retrato. —Señalé al rey Ryland, que incluso tenía el mismo color de ojos que Kayden.

—Oh, sí. —Kayden se rio y se pasó una mano por la nuca—. Es mi tío, de ahí el parecido.

—¿Tu tío? ¿El hermano de tu padre?

Eso explicaría por qué Gronus había tomado el poder con tanta avidez después de que estallara la maldición y murieran el rey y la reina.

—No, el hermano de mi madre —respondió mi alma gemela y pude oír en su voz la añoranza que aún sentía por ella.

Le cogí la mano y le acaricié el dorso con el pulgar. Me miró agradecido.

—¡Mierda! —oímos exclamar a Nayda detrás de nosotros—. Había olvidado lo mucho que se parecían a ustedes. Si ahora volvieras a llevar la ropa de la noche del baile, pensaría que has saltado del retrato. —Se rio—. Lo único que faltaría serían las flores que sostiene la reina Adayla.

Mis ojos se desviaron hacia el retrato. La reina sostenía tres rosas en las manos, que, al igual que su vestido, eran de color azul oscuro y tenían purpurina.

¿Sería a estas rosas las que refirió la sirena?

—Tres rosas —dijo Kayden sorprendido—. ¿Será que a esto se refería la sirena en cuanto a los dos mundos? ¿Al retrato?

Dio un paso atrás y miró el bastidor. Luego me soltó la mano y acarició los raíles inferiores del bastidor.

—Jadina, Nayda, ayudadme a quitar la foto.

Juntos levantamos la pesada pintura de la pared.

—¿Qué estás buscando? —le pregunté.

—Un mecanismo que abra o retrase algo o lo que sea. Si esto representa el doble mundo, entonces debe estar escondiendo las rosas en alguna parte.

—Quizá solo tengas que coger las tres flores de las manos de la reina Adayla —sugerí, pero cuando Kayden pasó los dedos por encima del cuadro, tampoco ocurrió nada.

—Inténtalo tú —me pidió, pero la imagen no cambió y las rosas siguieron siendo un cuadro.

Abatida, aparté la mano.

—Pero al menos ahora sabemos cómo son las rosas que buscamos.

Nayda intentó mermar la ansiedad que todos sentíamos.

—Tienes razón —coincidí con ella—. Si hubieran sido negras, habríamos tenido un problema. —Pensé en las interminables rosas negras que rodeaban todo el palacio.

—¡Kayden, Jadina, Nayda! —oímos la voz de Lenn desde el hall de entrada—. Vengan rápido. Encontramos la biblioteca. —Lenn estaba de pie al pie de las escaleras con una antorcha en la mano.

*¿La biblioteca?* Mi corazón empezó a latir más rápido.

—¿Con o sin libros? —preguntó Kayden, y yo entendí muy bien su pregunta. Aparte del retrato, no había muebles ni otros cuadros a nuestro alrededor. La sala estaba vacía.

—*Con* —respondió el jinete—. Tienes que verlo con tus propios ojos. Da miedo.

—¿Quieres decir tan espeluznante como los gemelos de Kayden y Jadina? —preguntó Nayda, señalando el retrato.

Los ojos de Lenn se abrieron de par en par y al momento siguiente estaba de pie frente a nosotros, mirando el retrato de cerca.

—¿La antigua pareja real? —preguntó, como si quisiera que se lo confirmáramos.

—Sí —respondió Kayden a secas—. Ayúdame a llevarlo a la biblioteca. Quiero que Dex mire el cuadro. Parece que hay pistas escondidas en él.

Lenn entregó a Nayda su antorcha y levantó un lado del marco mientras Kayden sujetaba el otro.

—¿Para qué es la antorcha? —preguntó Nayda.

—El sol solo brilla en esta parte del palacio. En todas las demás, las ventanas están cubiertas de rosas y está tan oscuro que apenas puedes verte la mano delante de los ojos. Pero por suerte Fely había metido una cerilla.

La bolsa de Fely era más grande que la nuestra. Me preguntaba qué escondería en ella. Probablemente algunas de sus hierbas curativas y pociones.

—¿Por dónde tenemos que ir? —le pregunté a Lenn mientras bajábamos las escaleras.

—A la derecha.

Miré con asombro el oscuro agujero que nos esperaba allí.

—¿Cómo se les ocurrió meterse ahí? —pregunté.

—Dex parece tener un séptimo sentido cuando se trata de libros. —Lenn se rio entre dientes—. Se fue directo ahí sin dudarlo.

Nayda se adelantó con la antorcha. No había señales de vida por ninguna parte. Tampoco cuadros, alfombras, jarrones ni muebles. Ni siquiera telarañas, ratas o ratones.

Estaba desierto. Solo nuestros pasos resonaban demasiado en las paredes y sentí que estaba entrando en alguna parte, perturbando la paz de alguien.

En este pasillo se alineaban varias puertas. Nayda había abierto una de ellas varias veces, pero una y otra vez solo encontrábamos un aterrador vacío. Habitaciones que brillaban rojizas a la luz de la antorcha, pero en las que no había más que mármol.

Pronto divisamos luz procedente de una puerta abierta al final del pasillo. Aceleramos el paso. Era casi como si la luz nos atrajera como polillas a una llama.

*¿Esa era la biblioteca?* ¿Podríamos encontrar aquí algo que nos ayudara a resolver el maldito misterio y romper la maldición?

—Espérennos —llamó Kayden detrás de mí y de Nayda. Oh sí, los dos hombres tenían una pesada carga que llevar.

—Lo siento —respondí—. Pero es como si nos atrajera mágicamente.

—Nosotros pensábamos lo mismo —dijo Lenn—. En cuanto vimos la puerta, ya no nos interesaron las otras. Como he dicho, es demasiado espeluznante.

—¿De dónde salió la antorcha? —preguntó Nayda.

—Encontramos estos en la entrada del corredor. Hay más en la biblioteca. Pero espera a verlo por ti misma. Es un gran contraste con el resto de las habitaciones.

Los últimos pasos fueron agónicos, ya que sentí el impulso de empezar a correr, pero eso habría sido injusto para los hombres.

Cuando por fin llegamos a la puerta, Nayda, que caminaba delante de mí, se detuvo de golpe.

—¡Mierda! —exclamó sorprendida y yo la empujé para echar un vistazo también al interior.

Delante de mí se extendía un vestíbulo que parecía interminable. El suelo y las paredes también eran de mármol, pero apenas se notaba porque había muchas estanterías alineadas unas junto a otras.

Un acogedor fuego crepitaba en una chimenea que lindaba con una zona de asientos y una larga mesa flanqueada por sillas se extendía entre dos estanterías. Incluso las ventanas tenían cortinas.

Me quedé helada en la puerta junto a Nayda, sin darme cuenta de lo que estaba viendo. ¿Era una ilusión? ¿O las otras habitaciones no eran reales?

—¡Vengan! —llamó Dex, que estaba sentado en la larga mesa y ya tenía delante una pila de libros.

—¡Esto es asombroso! Una biblioteca completamente amueblada en un castillo que, de otro modo, estaría vacío —exclamé y pasé junto a Nayda para entrar en la habitación.

Todas las paredes tenían antorchas colgadas, arrojando una hermosa luz sobre la biblioteca de cuento de hadas, y me di cuenta de que Fely seguía encendiendo algunas al fondo de la sala.

—Veo que también han encontrado lo que buscaban —dijo Dex y se acercó a los otros dos hombres para examinar el retrato.

—Sí, es una pintura de la Reina Adayla y el Rey Ryland —explicó Kayden—. También encontramos una primera pista en la pintura.

Lenn y Kayden dejaron el marco en el suelo y mi alma gemela señaló las tres rosas que sostenía la reina.

—Mira aquí, estos podrían ser los tres mencionados en el acertijo. Belleza, elegancia y peligro. ¡Rosas!

Dex miró el cuadro con curiosidad, para volver sin decir palabra a su pila de libros. Pasó unas cuantas páginas hasta que pareció encontrar lo que buscaba.

—Creo que tienen razón —dijo mirándonos—. A la reina Adayla le encantaban esas rosas azules por su brillo. —Levantó la página abierta, que mostraba un dibujo de la reina con una de estas rosas.

—Pero ella tenía una segunda pasión. —De nuevo, pasó unas cuantas páginas más, para volver a detener la obra—. Los libros. Le encantaban los libros.

Una vez más se trataba de un retrato de la reina Adayla, pero esta vez estaba representada con un libro.

—Ahora —dijo ahora Dex, y tuve la sensación de que hablaba más bajo que antes—, ¿puede ser una coincidencia que solo la biblioteca siga presente y que sean estas rosas las que tenemos que encontrar para levantar la maldición?

La piel de gallina me recorrió todo el cuerpo. ¿Qué papel desempeñó la reina Adayla en esta enredada historia?

# CAPÍTULO 45



***Algunas acciones mágicas se denominan***
***magia negra.***
***Esto incluye también las maldiciones y las ocupaciones.***
***Para prevenir***
***que se puede utilizar esta magia,***
***se ha prohibido toda la literatura sobre el tema.***

**Extracto del libro de texto**
***Los poderes mágicos y su entrenamiento***

Leímos la mayoría de los libros, buscando pistas, pero llegó un momento en que todos estuvimos demasiado agotados como para continuar buscando. Lenn también había estado buscando a Dorian en el palacio, pero parecía haber desaparecido sin dejar rastro. Lo más seguro era que lo encontraríamos mañana por la mañana. No podía haber ido muy lejos sin un dragón.

Nos pusimos cómodos frente a la chimenea con los cojines y las mantas de la sala de estar. Acurrucada junto a Kayden, me dormí enseguida.

—Jadina —me susurró una voz cerca del oído, sobresaltándome. Confundida, parpadeé y miré alrededor de la biblioteca. ¿Quién me habló? ¿Fue mi imaginación?

—¡Jadina! —Volví a oír la voz femenina, solo que más lejos. Y entonces la vi de pie en la puerta. Una mujer con un vestido azul oscuro con finos brillos. *¿Era la reina Adayla?* Me desperté y me quedé mirando a la extraña mujer como si fuera un fantasma. Tal vez lo fuera de verdad.

Me incorporé despacio y estaba a punto de despertar a Kayden cuando la reina sacudió la cabeza con vehemencia y me hizo señas para que me acercara.

¿Qué hago? ¿Debía despertar a Kayden de todas formas y arriesgarme a que la Reina Adayla desapareciera de nuevo? ¿O dejarle dormir y seguirla yo sola?

Al menos podría encontrar una respuesta a todas las preguntas que teníamos. En primer lugar, de dónde había salido así de la nada. ¿Pero podía confiar en ella? Parecía desempeñar un papel en todo el origen de la maldición. ¿Y si en realidad era ella la responsable?

Volví a mirar a la reina. Una niebla transparente flotaba sobre su cabeza. ¿Qué sentimiento era ese? Debería haber practicado con Jarok. Tal vez podría despertarlo y preguntarle qué emoción transmitía la reina.

*—Jarok* —le susurré a mi dragón.

*—¿Sí?* —preguntó somnoliento.

*—¿Qué significa una niebla transparente?*

Jarok bostezó con fuerza y un ensordecedor sonido de bofetadas siguió a la expresión de su cansancio.

*—¿Te refieres al blanco? El blanco es símbolo de pureza. Significa que la persona que lo proyecta es pura.*

*—No, quiero decir transparente, translúcido* —le expliqué.

*—No existe una emoción así. Solo blanco.*

*—Gracias, Jarok. Ahora vuelve a dormir. Nos vemos por la mañana.*

Entonces se hizo el silencio del otro lado. Tal vez sí estaba equivocada y la niebla en realidad sí era blanca. Si aquello era cierto,

entonces todo lo que se decía de la reina Adayla, era verdad; era una reina muy empática, amable y justa.

Volvió a saludarme y un instante después desapareció por el pasillo. Me levanté de un salto, cogí una de las antorchas y corrí hacia la puerta. Pero cuando llegué allí, ella ya estaba bastante lejos y acababa de doblar la esquina hacia otra parte del castillo. ¿Debía seguirla? Mis ojos se posaron en mi bolso, que estaba en una de las sillas de la mesa de lectura. La cogí y me la colgué del hombro. Todavía llevaba el cinturón de armas alrededor de la cintura, en el que también tenía cuchillos. No es que pudiera ahuyentar a un fantasma con ellos, pero me parecía más seguro.

Entonces la seguí con el corazón palpitante. Era una mezcla de emoción y gozosa expectación. Tenía muchas preguntas. Tal vez me llevaría al lugar donde se encontraba ese doble mundo para que pudiéramos recuperar las tres rosas.

La falda de su vestido, apenas fue visible, cuando dobló la siguiente esquina. *Maldita sea. Es rápida.* No fue fácil seguirla y me alegré de haber llevado la antorcha conmigo. De lo contrario, me habría caído entre tanta la oscuridad.

La reina Adayla me condujo por varios tramos de escaleras hasta que llegamos a un ala alejada de la biblioteca.

Mi persecución terminó de golpe frente a una habitación; un dormitorio completamente amueblado.

Con los ojos muy abiertos, contemplé la gran cama con dosel, los armarios y el escritorio, sobre el que se amontonaban libros y documentos. Todo parecía como si no hubiera estado deshabitado durante casi cien años.

La reina se sentó en un sillón junto a la chimenea, de espaldas a mí.

—Reina Adayla —dije lo bastante alto para que supiera que estaba aquí. Pero no se movió. Así que di unos pasos hacia ella.

—Majestad —volví a intentar cuando ya estaba de pie junto a la cama.

—Ven aquí, hija mía —me pidió, y seguí su invitación. Había otro sillón frente a ella y, después de fijar la antorcha en un soporte de la pared, me senté.

La Reina era igual al cuadro que encontramos junto a la gran escalera del vestíbulo.

—He oído que conociste a la sirena y que ahora intentas romper la maldición. ¿Recibiste un acertijo de su parte? —preguntó, mirándome con ojos alertas. No había urgencia en su voz.

—Sí, así es. No queremos perturbar su paz, es solo que creemos que podremos encontrar algo aquí.

—¿Y qué crees que van a encontrar?

—Tres rosas azul oscuro con una capa brillante en los pétalos. Debemos encontrarlas en el doble mundo, solo entonces podremos atarlas a la tierra y acabar con la maldición —respondí, sin revelar lo poco que sabíamos en realidad.

—¿Es así? —preguntó la reina, ladeando la cabeza—. Entonces ya has recorrido un largo camino. —Hizo una pausa antes de continuar —. Demasiado largo.

En el instante siguiente, sus rasgos cambiaron y fue como si su aspecto se estremeciera. Lo primero que noté fue que la niebla que rodeaba su cabeza se volvió de un gris oscuro. El color de la ira y el odio. Algo iba mal. No era la reina.

Me levanté de un salto e intenté volver a la puerta, pero antes de que pudiera alcanzarla, un muro de fuego se levantó delante de la salida.

El corazón me latió con fuerza en la garganta y, cuando me volví hacia la zona de asientos, no me sorprendió ver a Dorian de pie en lugar de la Reina.

—Dorian —jadeé—. ¿Qué estás haciendo?

Miré su figura, que ahora vestía de nuevo el uniforme de cuero de los jinetes de dragones. Me miró con odio.

—¿Dorian? ¿De verdad crees que un pequeño jinete de dragón como él puede poseer tanta magia? —me preguntó y por primera vez miré a mi homólogo con otros ojos. No, tenía razón. Este no podía ser un simple jinete de dragón. No era el verdadero Dorian. ¿Llegué a conocerlo alguna vez?

Recordaba la cara de decepción de Julze en la azotea, cuando se dio cuenta de que Dorian la traicionaría incluso a ella. La conmoción

en su rostro había ido de la mano al asombro. Dorian era su amigo y siempre había estado a su lado. Hasta ese momento.

Dorian, o quienquiera que fuese en realidad, se acercó un paso y me miró desafiante.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—No creo que seas el verdadero Dorian —respondí entrecortadamente, observando cómo se formaba una sonrisa cruel en sus labios.

—Eres una inteligente rata del desierto —respondió con calma. Sus ojos brillaban—. No, no soy Dorian. Soy aquel cuya maldición quieres destruir, pero no te lo permitiré.

¿Fue este quien impuso la maldición? Abrí los ojos sorprendida y di un paso atrás.

—Muéstrame tu verdadero rostro —exigí. Quería saber quién estaba a punto de matarme. Si de algo estaba segura, era de que no me dejaría vivir. No había nada más que pudiera hacer para detenernos.

—¡Ja! Valiente, lo reconozco. —Me miró pensativo—. Se supone que debes conceder a una persona muerta su último deseo, ¿no?

Al momento siguiente, vi que la cara de Dorian empezaba a parpadear y su joven rostro se convertía en el de un hombre mayor. Sobresaltada, me tapé la boca con la mano y se me llenaron los ojos de lágrimas.

*¡Traición!* Ese mismo sentimiento de nuevo, que carcomía mis entrañas como ácido ardiente. Era Hakon el que estaba frente a mí. El mago del espejo. El hombre que había afirmado querer protegerme.

—Interesante —susurró, observándome con ojos fríos. Al momento siguiente, Dorian estaba de nuevo frente a mí.

—¿Por qué? —jadeé.

—¿Por qué ya no estoy en mi verdadera forma? Porque en realidad no estoy aquí —respondió y, aunque asa no había sido mi pregunta, le dejé continuar. Cualquier información podía ser útil—. Ocupé este patético cuerpo —continuó, señalando con gesto adusto la forma de Dorian—, porque en realidad yo mismo no puedo estar aquí. Por desgracia, la ocupación conlleva la limitación de la magia

del cuerpo anfitrión. En otras palabras, solo puedo utilizar la magia en la medida en que la magia del portador lo permita. Así que solo puedo hacer uso de un poco de magia de fuego y del poder de las ilusiones, ya que este jinete de dragón tiene una chispa del don en su interior sin haberlo descubierto nunca. Es un poco frustrante.

¿Me acababa de revelar que no podía usar su verdadero poder? Entonces tenía la oportunidad de enfrentarme a él. No era más poderoso de lo que había sido en la arena o en el tejado del palacio.

—Esa no era mi pregunta. ¿Por qué haces esto? —Volví con más confianza y di un paso hacia él.

—Por qué hago todo esto no es asunto tuyo —siseó irritado. Al parecer era algo personal, por la forma en que reaccionó.

—¿Por qué me haces esto? —continué entonces, mis emociones amenazaban con desbordarse. Decepción, rabia, tristeza, miedo. ¿Por qué tenía que luchar por mi vida cada vez? Y sí, lo haría. No se lo había puesto tan fácil. Me había mantenido viva todos estos años, solo para traicionarme al final. Se arrepentiría de eso.

—Basta de cháchara —decidió el mago y formó una bola de fuego en su mano—. Es hora de poner fin a todo esto. Y no creas que te lo voy a poner tan fácil como la última vez. Entonces teníamos público y no me estaba permitido llamar la atención. Pero ahora… —hizo un movimiento de barrido con la otra mano que abarcaba toda la habitación—, ahora solo estamos los dos.

Una sonrisa diabólica se dibujó en su rostro y lo convirtió en una mueca espeluznante mientras daba unos pasos hacia atrás. Lanzó la bola de fuego a cada paso y luego la atrapó.

Invoqué mi magia más rápido que nunca y esta vez me respondió sin condiciones. Se arrastró bajo mi piel, familiar y lista. *No estoy sola.* Hakon se equivocaba. Tenía mi magia de luz, que ahora también se enfurecía en mi interior y quería expiar su traición.

El primer ataque no se hizo esperar. La llama salió disparada hacia mí a una velocidad vertiginosa y, cuando levanté mi escudo de luz demasiado tarde, me rozó el hombro. El mismo que fue herido la última vez.

Inhalé con un silbido, pero aguanté las siguientes balas.

—Esto es aburrido —espetó y soltó una risita—. Podría esperar a que te cansaras, pero entonces estaría perdiendo el tiempo aquí.

Lanzó otra andanada de bolas de fuego en mi dirección, pero, por el rabillo del ojo, alcancé a ver más balas que venían hacia mí desde un lado. Sobresaltada, me di cuenta de que no podía rodearme con mi escudo. Tenía que elegir un bando. ¿Qué bolas de fuego debía rechazar? ¿Las de delante o las de los lados?

No podía esperar demasiado para tomar una decisión. ¿Qué debía hacer?

No tuve más remedio que rechazar ambos ataques, de lo contrario podría costarme la vida.

En el último momento, extendí la mano libre hacia un lado y disparé bolas de luz contra las llamas que se acercaban. Se desvanecieron antes de alcanzarme. ¿Qué demonios? ¿Una ilusión?

—Bueno, pequeña rata del desierto, ¿qué llamas son reales y cuáles no?

De nuevo me disparó más. Y de nuevo me llegaron desde varias direcciones.

¿Cómo iba a saber cuáles eran solo ilusiones? El pánico se estaba apoderando de mí y ya había comenzado a sudar. Tanto por el esfuerzo como por el miedo.

Se me acercaron por delante y por ambos lados. Tenía que tomar una decisión. Solo tenía dos manos. ¿Cómo iba a defender tres puntos con ellas?

De repente, sentí un hormigueo en los brazos. Mi magia se acumuló en ellos y fue como si mis músculos ya no me obedecieran, sino que tuvieran mente propia.

Ambos brazos se estiraron hacia delante con una rapidez inusitada y luego se abrieron hacia los lados. De mis manos brotó magia luminosa al mismo tiempo, formando un muro protector justo a tiempo para que algunas de las esferas se quemaran.

Por encima de mi luz cegadora, vi al mago mirándome sombríamente. Ya no se divertía.

Sin previo aviso, una fuente de fuego se elevó en el aire y al instante siguiente me vi envuelta en un círculo de llamas. Sobresaltada, retrocedí, mi bolsa se incendió y ardió.

Presa del pánico, me la quité y la tiré al suelo. Se detuvo frente a Hakon. La abrió y reveló su contenido.

Una luz rojiza parecía brillar en su interior. Curioso, el mago observó el inusual resplandor y se agachó.

Esta era quizás mi única oportunidad. Estaba distraído y no me prestaba atención. Escapar no era una opción ya que tendría que atravesar el muro de fuego y era demasiado grueso para estar a salvo. Sería inútil pedir ayuda, ya que estaba demasiado lejos de la biblioteca.

Pero podía contactar a Jarok.

—*Jarok* —grité en mi mente y en el instante siguiente sentí la presencia de mi dragón en mis pensamientos—. *Necesito ayuda. Avísale a Kayden. Estoy en los aposentos de la antigua reina. El mago está aquí. Necesita tener cuidado.*

—*Se lo haré saber* —respondió—. *¿Estás bien? Voy a ayudarte.*

—*Estoy bien, pero es urgente.*

De alguna manera tenía que ganar más tiempo. Hablar sería inútil, pero si sorprendía al mago con un ataque, al menos podría debilitarlo.

Hakon seguía arrodillado junto a mi bolsa y ahora sacaba casi con reverencia el fragmento del espejo en el que le había conocido antes. A través de las llamas, vi su verdadero rostro, no el de Dorian, reflejado en la superficie del fragmento.

*Magia*, conjuré mi don mientras tanto. *Tenemos que darlo todo ahora. Tú y yo, las dos juntas. Unidos y fuertes.*

La familiar sensación de hormigueo se intensificó y pude sentir cómo la magia de Kayden se agitaba también en mi interior. Una tormenta de emociones se desató en mi interior. Kayden estaba en camino. No tardaría mucho y estaría aquí para cazar al mago conmigo.

*Ataquemos con todas nuestras fuerzas*. El hormigueo aumentó y me preparé para liberar mi luz de forma explosiva. Sentí que la tormenta se hinchaba y cuando envié un haz de luz en dirección a Hakon, lo hizo tan rápido que apenas fue visible a simple vista.

Contemplé embelesada cómo aquel destello brillante partía el fuego y corría hacia su objetivo. Hakon levantó la vista y, al dar un

paso a un lado, hizo algo completamente inesperado. Lanzó el fragmento de espejo. Solo me di cuenta de a qué apuntaba cuando un fuerte golpe fue seguido de dolor.

Me miré como a cámara lenta. El fragmento, que ahora brillaba en azul, estaba clavado en mi carne bajo el pecho y el líquido caliente que fluía por mi espalda me decía que había salido por el otro lado.

Mi grito ahogado fue lo único que pude oír. Por lo demás, un silencio glacial se había apoderado de mi cuerpo. Un silencio inusual.

Ni hormigueo, ni cosquilleo, ni luz. Ni pensamientos de un dragón. No se oía ni se sentía nada. Excepto por el insoportable dolor.

Las piernas me fallaron y me caí. Caí de espaldas y un chorro de sangre brotó de mi boca. Vi las gotas rojas salpicar hacia arriba, para aterrizar cálidamente en mi cara poco después.

*Aire. Necesito aire.* Pero no había nada. Me había arrebatado todo, el aliento, la magia.

Mi cuerpo no podía luchar contra el fragmento de espejo, no podía curar mis heridas.

La cara de Dorian apareció sobre mí. ¿O era la de Hakon? Mi visión se nubló. Lo único que podía ver ahora, era su sonrisa, tan clara e imperturbable.

—El espejo se encargó de destruir tu magia. Gracias por arrojarme el arma perfecta para hacerlo —le oí decir. ¿Mi magia? ¿La destruyó?

—Ahora que estás medio muerta, puedo decirte por qué hice todo esto. —Inclinó la cabeza y me miró. Casi como si estuviera mirando al pasado—. Lo hice por ella.

—¡Jadina! —Oí la voz de Kayden llamando desde el pasillo. Estaba muy cerca y, sin embargo, demasiado tarde.

—¿Quién…? —Intenté preguntar con las últimas fuerzas que me quedaban, pero lo único que salió de mi garganta fue un gorgoteo y, una vez más, mi propia sangre me salpicó la cara.

—La profecía muere contigo —dijo Hakon con una sonrisa satisfecha que por primera vez no parecía cruel ni aterradora, y al momento siguiente su rostro desapareció.

La sangre se me agolpó en los oídos y los latidos del corazón se ralentizaron mientras mis pulmones se acalambraban sin oxígeno. Los bordes de mi campo de visión se fueron oscureciendo hasta que me envolvió la negrura.

Hoy no era un buen día para morir.

# EPÍLOGO



***Al principio, aún creía que podía haber algo más que amor entre nosotros.***
***El vínculo de las almas gemelas.***
***Pero luego buscó el poder,***
***al que no estaba destinado.***
***Esto influyó en su personalidad***
***y en nuestra relación.***
***Incluso el nacimiento de nuestro hijo***
***no pudo detener su cambio.***
***Ahora solo me queda espera que mi hijo tenga,***
***lo que a mí se me negó.***
***Amor y mucho más.***

**Del diario de Elzira,**
**Asesor de la pareja real**

*Kayden*

SABÍA QUE ALGO IBA MAL. Tan rápido como pude, corrí por los pasillos en busca de la alcoba en la que una vez había residido la reina Adayla. Recordaba muy vagamente en dónde se encontraba. Mi madre me llevó una vez ahí a ver a la reina cuando era pequeño.

Tenía la espada extendida delante de mí para rechazar cualquier ataque. Porque tenía que ser alguien muy poderoso.

Peligroso. Jadina estaba en peligro. Seguía viéndola en mi mente. Sangrando. Muerta.

Mi sueño de Jadina en su propia sangre me había sobresaltado y, cuando descubrí que ya no yacía a mi lado, me entró el pánico.

—*Jadina está en peligro* —oí la voz de Jarok dentro de mí en el mismo momento. El dragón de Jadina confirmó lo que ya intuía.

—*¿Dónde está?* —quise saber mientras me levantaba de un salto y me ponía las armas.

—*En los aposentos de la antigua reina* —contestó el dragón—. *Es urgente. El mago está allí. Debes tener cuidado.*

¿El mago? Me detuve en seco. ¿Cómo podía estar Hakon aquí, en Eclaria? ¿Y por qué debería tener cuidado?

—¡Lenn! —grité, despertando a los demás que miraban a su alrededor somnolientos—. Corre y encuentra el dormitorio de la Reina Adayla, pero ten cuidado. Alguien poderoso se aloja allí.

—¿Dónde está Jadina? —quiso saber y miró a su alrededor buscando.

—Ella ya está allí.

Sus ojos se abrieron de par en par durante un segundo y luego desapareció. Sabía que podía confiar en él.

—Nayda y Dex, conmigo. —No era una petición de un amigo, sino una orden de un rey. Pero yo sabía que me habrían seguido por amistad.

—Yo también voy —dijo Felycitia y yo me limité a asentir. El miedo se apoderó de mí. ¿Y si mi sueño se hacía realidad?

Sin esperar más, corrimos por los numerosos pasillos en silencio y mi preocupación crecía a cada paso.

Estaba cerca. Podía sentirla. Mi alma gemela, mi vida. Aún no podía creerme la suerte que tenía de estar unido a ella. Tuvimos un comienzo complicado y las acusaciones de mi padre y Cilia solo lo hicieron más difícil.

Podía entenderla. Toda su vida creció sin fiarse de los extraños y en cuanto hubo derribado esos muros, experimentó traición. Sí, yo tampoco era del todo inocente y la inquieté con mi comportamiento.

Pero preferí incurrir en su odio antes que dejar que se enfrentara a mi padre sola. Y sabía una cosa sobre mi gata salvaje: la ira alimentaba su coraje y ella lo había necesitado más que mi comprensión durante la ceremonia nupcial.

Así que la provoqué, la desafié. No había dejado que todo eso se ahogara en su pena y su dolor. Sin embargo, el precio había sido alto y en algún momento no me dejó acercarme más a ella, su miedo a que realmente la hubiera traicionado era demasiado grande. El dolor, ahora me daba cuenta, la habría destrozado.

Cuando comprendió que éramos algo más que cazadora y jinete de dragón, mujer y hombre, reina y rey, quise estrecharla entre mis brazos y no dejarla marchar nunca más. El vínculo me empujaba cada vez más cerca de ella, haciendo que la distancia entre nosotros fuera un infierno.

Cuando por fin me perdonó, fui el hombre más feliz del mundo y, al fin, poder estar cerca de ella hizo que mis sentimientos por mi esposa, estallaran como fuegos artificiales. Después de todo, era mía, esa mujer fuerte, testaruda y de corazón cálido, con su piel suave, sus besos tiernos y sus gemidos placenteros. Todo esto se había grabado a fuego en mi memoria, en mi ser.

No podía perderla de nuevo. Sería mi muerte.

Corrí por el laberinto de pasillos más rápido que antes. Mis amigos me pisaban los talones. No había rastro de Lenn. No debí enviarlo solo.

De repente, un dolor invisible me apuñaló. Justo en mi pecho. Justo donde estaba mi magia. Me detuve, me doblé y me llevé la mano a la herida, pero cuando la examiné, no había sangre por ninguna parte.

Entonces sentí un cambio. Un vacío inusual. Mi magia gritó en agonía y entonces supe lo que estaba causando este vacío. La magia de Jadina. No estaba. Presa del pánico, busqué nuestro vínculo, la conexión que siempre me permitía saber dónde y cómo estaba. Pero cuanto más seguía el hilo, más oscuro se volvía.

—¡Jadina! —grité presa del pánico y empecé a correr de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó Nayda, pero ahora no podía explicárselo. ¡Mi alma gemela! Tenía que encontrarla.

Por fin vimos una luz procedente de una puerta abierta y corrí hacia ella, pero me quedé clavado en el sitio.

Porque fue allí, en el dormitorio, que seguía amueblado como yo lo recordaba, donde me encontré con mi sueño.

Un sueño que se había convertido en una cruel realidad. Un sueño que parecía acabar con mi propia vida, pues mi vida yacía en el suelo en su propia sangre.

Inmóvil. Sin vida. Muerta.

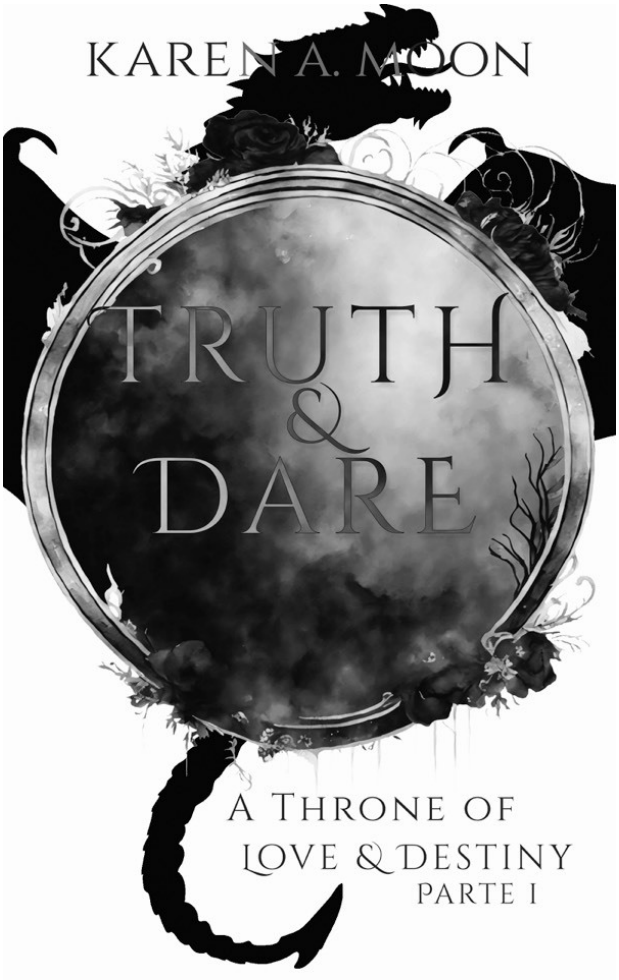
**FIN DEL VOLUMEN 2**

**¿Amaste el libro?**
**¿Te gustaría compartir tu opinión con otros lectores?**
**En ese caso, me encantaría recibir tu reseña.**
Y si no quieres perderte ninguna de mis novedades, también puedes seguirme en Amazon.

**¿QUIERES SABER**
**CÓMO CONTINÚA LA HISTORIA?**
¿SE SALVARÁ JADINA?
¿O EL DESTINO ES REALMENTE TAN CRUEL?
SIGA LEYENDO EN EL TERCER VOLUMEN DE UN TRONO DE ROSAS Y ESPINAS:

Lágrimas y Rosas

# PRECUELA GRATUITA



ANTES DE QUE LA MALDICIÓN CAYERA SOBRE ECLARIA, UN REY Y UNA REINA GOBERNABAN EL IMPERIO UNIDO.

DÉJATE HECHIZAR POR SU HISTORIA DE AMOR Y DESCUBRE PIEZA A PIEZA EL SECRETO QUE SE ESCONDE TRAS LA MALDICIÓN.

Puedes empezar aquí...

https://dl.bookfunnel.com/t8mj51rmbt

# AQUÍ ME ENCONTRARÁS:

**www.karenamoon.com**
**Facebook: Karen A. Moon**
**Instagram: karenamoon.author**
**TikTok: karenamoon.author**
**Suscríbete a mi MoonlightPost a través de**
**www.karenamoon.com y**
**recibe un CAPÍTULO BONIFICADO gratis con mis libros.**